

A woman with blonde hair styled in an updo, wearing a black lace dress, is shown in profile against a textured, dark background. Numerous dark, petal-like shapes are falling around her, creating a dramatic and ethereal atmosphere.

Aurora Fuentes

LA OSCURA CARA

del éxito

LA OSCURA CARA DEL ÉXITO

AURORA FUERTES



© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *La oscura cara del éxito*

© *Aurora Fuertes*

Edición publicada en Diciembre 2016

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

Aurora Fuentes

LA OSCURA CARA
del éxito

Dedicado a mi abuela Aurora.

Índice

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

El mar se extendía hacia el infinito, donde delimitaba con un sol rojizo producto de un ocaso, que daría paso a una noche más. Envuelta por aquel característico aroma, por su brisa y su color azul intenso, observaba las olas romper en una playa repleta de gaviotas que, hambrientas a esas horas del atardecer de un verano cualquiera, graznaban alertando a sus congéneres la presencia de, tal vez, un succulento festín.

Todo esto provocaba en mí ese sentimiento de paz, que en tantos momentos de mi vida fui incapaz de encontrar. Tan simple y a la vez tan complejo, no supe ver aquellos retazos de naturaleza, que fueron testigos de la dura caída de alguien que un día llegó a formar parte del elenco de mejores modelos del mundo. Una mujer que convirtió su propio éxito en la más absoluta miseria. Empujada por una locura pasional, o tal vez, por una debilidad pasmosa que condujo por el camino de las adicciones y hasta las profundidades de un mar sin fondo, todo aquello que un día amé y encarné.

Ahora que mi mundo está hecho mil pedazos después de haber conocido el brillo de la gloria, la paz era mi mejor amiga, mi fiel compañera y la que luchará hasta mi último aliento por apartar de mi lado a aquella que llaman soledad y que tanto me ha perturbado en estos últimos años.

Si pudiera volver atrás, ¿borraría todo el dolor causado? Tal vez, aunque con ello no hubiera conocido el infierno en el que sí, disfruté a pesar de todo. Pero hubiera evitado las dolorosas consecuencias que traen consigo muchos errores cometidos por la ignorancia de creernos, siquiera por un momento, dioses en la tierra.

1

Antes de que me entregaran el examen ya sabía que había suspendido. No me equivoqué. Estaba a las puertas de la universidad y tenía claro que no conseguiría pasar las pruebas de acceso. Ahora tocaba la peor parte: las consecuencias emocionales que me produciría no poder ir a estudiar a Moscú y por consiguiente, poder dejar aquella pequeña ciudad sin ningún futuro.

La reprimenda de mis padres al llegar a casa y ver que las puertas académicas se me cerraban en plenas narices, fue desmedida, pero estaba acostumbrada a que así fuera. Había supuesto mucho esfuerzo por su parte poder pagarme unos estudios y esperaban como mínimo que hubiera respondido de otra manera. Simplemente, no lo logré. Aguanté la sarta de humillaciones e insultos de toda índole aparentando la mayor de las enterezas, pero por dentro me hacía más y más pequeña a medida que iban calando en mi alma.

Contuve las lágrimas al recibir aquel fuerte tortazo. Fue un golpe seco, como cuando un objeto pesado cae al suelo. Dolió, pero más por el sentimiento de humillación que por el mero dolor físico en sí. Mi padre bien sabía sobre eso. Si bien disfrutaba haciendo uso ocasional de aquella fuerza, más lo hacía utilizando palabras cínicas, despectivas y mordaces contra mí. Aquel atolladero de emociones en el que viví aquellos años, solo me condujo a ser una adolescente llena de miedos e inseguridades. Dejé a mis padres expulsar por la boca las frustraciones que habían acumulado durante toda una vida. «Nunca llegarás a nada», decía mi madre a menudo.

Y me marché a mi habitación donde disfrutaba de aquella libertad que solo dan los sueños. Era lo único que nadie me podía impedir en aquella vieja casa de la Rusia soviética.

Durante los dos días siguientes, me desesperé buscando una solución para huir de aquel pequeño infierno en el que no estaba dispuesta a quedarme. Nada se me hacía más terrible, que la idea de quedarme para siempre en aquel lugar donde nadie me quería ni me respetaba, con unos padres para los que solo era un estorbo, incapaces de comprender mis sueños, y dos hermanos pequeños en esa edad de las travesuras insufribles. Con el sol brillando en lo alto y el cielo azul, salí a pasear para despejarme de los días de encierro entre aquellas

cuatro paredes. Nadie pareció verme. Mis hermanos, Volodia y Yura, estaban en su mundo de juegos infantiles. Felices, retozaban por el suelo de nuestro pequeño jardín, llenándose de barro la única ropa que tenían. A mí nunca me dejaron hacer algo así, pero claro, para mí tampoco hubo el amor y el cariño que para ellos parecía sobrar. Yo solo podía anhelarlo en algún desapercibido rincón. Cualquiera podría pensar que tan solo es un punto de vista provocado por los celos. Pero no era así. Era nostalgia por una niñez normal, como parecían tener todos los niños, refugiados en el calor de un hogar feliz.

Estuve fuera de casa todo el día paseando por aquella ciudad como tantos miles de veces había hecho a lo largo de mis dieciocho años. Suzdal era un lugar precioso para cualquiera que lo visitara por primera vez, sin embargo, yo solo lo percibía como una bonita prisión. Nunca había visto más allá de aquel paisaje campestre, lleno de iglesias ortodoxas con cúpulas de distintos colores y verdes prados de los que ya estaba hastiada. Anduve hasta el río Kamenka y me tumbé en el frondoso césped. Permanecí allí recordando cómo tan solo un año antes compartía mi pequeño mundo con mi mejor amiga, Olga. Ahora ella ya no estaba, como tantos otros. Estudiaba Medicina en la Universidad Lomonosov de Moscú y compartía piso con su hermano, que había conseguido un trabajo en el Kremlin hacía ya tres años.

Soñando con un futuro lejos de allí, dejé pasar las horas hasta que comenzó a atardecer. Fue entonces cuando decidí volver a casa.

No había nadie, nadie me esperaba. Era mejor así. Me preparé algo para cenar y volví a mi habitación. Saqué una revista de moda que escondía bajo mi cama. El padre de Olga la trajo unos años antes de París expresamente para mí. Sabía de mi pasión por aquel mundo que tan lejano se me antojaba, y en la Unión Soviética no había oportunidad de hacerse con ninguna —demasiadas restricciones—, por lo que cuando viajaban me traía un ejemplar de *Vogue* o uno de *Elle*, que por culpa de mis padres acababan en la basura. Esta vez sería bien diferente, esta revista estaba a buen recaudo.

Acaricié sus pastas, mientras observaba a la mujer que sonreía en la portada y que nunca antes había visto. Llevaba un bonito collar de diamantes e iba envuelta en un abrigo de piel color chocolate. Pensé en lo feliz que tenía que sentirse aquella joven tan hermosa, fotografiada, adorada y admirada gran parte del tiempo, rodeada de un lujo con el que la mayoría de los mortales no podían ni tan siquiera soñar.

De pronto oí a mis padres y a mis hermanos entrar en la casa y me dispuse a guardarla de nuevo en su escondite, rompiendo la magia del momento. Mi

madre, como supuse, no tardó en abrir la puerta de mi cuarto para recriminarme porque no estaba la cena preparada.

—Es mejor estar ahí tirada sin hacer nada —me soltó con aquel tono irónico al que tanto solía recurrir cuando estaba muy enfadada.

—No hay demasiada comida...

—¡Tonterías! Siempre estás poniendo excusas. —Realmente no se trataba de ninguna excusa. Normalmente la comida escaseaba en nuestra casa, pero esta vez, la ausencia de algo para prepararles era más acusada que en otras ocasiones. No quise discutir y me levanté de mi cama.

Fui hacia la despensa buscando algo rápido para poder hacerles. Deseaba estar el menor tiempo posible en su compañía, por lo que me di prisa en poner la mesa y en preparar un tentempié. Efectivamente podría haber tenido la cena preparada. Hacían diariamente un duro trabajo en el campo, pero estaba harta de llevar aquella casa como si solo fuera una esclava sin corazón, como si solo fuera una extraña cualquiera.

Mientras, mi madre se divertía viendo cómo Volodia y Yura atemorizaban a una gallina del pequeño huerto que teníamos en la parte trasera; y mi padre leía el periódico en la mesa de la cocina. Era su manera de desconectar de sus largas jornadas trabajando.

Les preparé la cena, sin muchas ganas, y la reprimenda no tardó en llegar. —Está malísimo, ¿no puedes esmerarte un poco más? —gritó mi padre exaltado.

Recuerdo cómo dio un puñetazo a la mesa y acto seguido se levantó para acabar la faena en mi rostro. No dije nada. No hice nada, y la sarta de improperios comenzó a salir de su boca en ese mismo instante, mientras un punzante dolor se hacía presente en mi mandíbula izquierda.

—¡A estas alturas y no sabes ni cocinar algo decente! —gritó mirándome—. Pon un poquito de interés —me dijo, no sin cierto retintín—. Alexei, no sé qué hemos estado haciendo con esta niña para que salga así, con tan poca sangre.

Hablaban entre ellos como si yo no estuviera, refiriéndose a mí de aquella manera para manifestar su desprecio o tal vez para acrecentar mi pena interior. ¿Me lo merecía? No lo creo. Solo esperaban que yo hubiera hecho las cosas que como primogénita recaían en mí, pero muchas veces no me comportaba como una buena hija, ni como un buen ejemplo para mis hermanos, que aunque pequeños aún, ya me tomaban como referente para muchos asuntos. Entonces su rabia crecía, provocándoles repetidos ataques verbales que yo consideraba

desproporcionados, cuando no físicos. Me refugiaba en mi mundo de ensueños adolescentes: ansiaba vivir, viajar..., y no me paraba a pensar, que ellos habían apostado mucho por aquella hija mayor, que para sus ojos, no valoraba los esfuerzos por darme unos estudios a los que muchos de nuestra posición no podían optar. La posguerra fue muy dura para nosotros en muchos aspectos, sin embargo, yo parecía vivir muy alejada mentalmente de aquella situación en la vivíamos cada día. Me sentía lejana, a todas las carencias que me empujaban a tener que aportar otro sueldo más pronto que tarde.

—No podemos mantenerte —me recordó mi padre.

—Sabes de sobra nuestra situación, Natascha. No puedes vivir aquí si no aportas dinero para la casa.

—Sí, deberías irte o ponerte a trabajar —concluyó mi padre sin sopesarlo siquiera—. Porque nos vendría bien otro sueldo.

Ambos guardaron silencio durante unos segundos en los que yo no pude hacer frente a sus miradas. Me imaginaba cualquier cosa menos que renegaran de mí de aquel modo tan cruel, y contuve como pude unas lágrimas que luchaban por salir mientras esperaba con impaciencia el resultado de aquella contienda.

—Vas a buscar un trabajo, y lo harás por ti misma, ya que el que te busqué el año pasado no supiste desempeñarlo como Dios manda, después de lo que me costó que te contrataran...te doy una semana, óyeme bien, una semana. Si en ese plazo no has empezado en un empleo decente, tendrás que buscarte otro lugar para malvivir, que es a lo único que podrás aspirar.

—Aquí no encontraré nada... —dije no sin cierta pesadumbre.

—Desde luego, si no buscas, no. Y no me pidas que te ayude, porque no lo haré después de lo mal que me dejaste con Sergei, que te dio un trabajo sin necesitarte por hacerme un favor.

—¿Qué esperabas después de haber suspendido la prueba para entrar en la universidad? —dijo mi madre entonces.

Me di la vuelta derrotada al ver que el veredicto final ya había sido dictado sin derecho a réplica. Conducida por un sinfín de crudas emociones, llegué hasta mi habitación donde rompí a llorar nada más cerrar la puerta. Me tumbé en la cama, miré al techo y sentí cómo aquellas cuatro paredes me oprimían hasta dejarme sin aire. Incapaz de pensar con claridad qué haría a partir de ahora, sentí como todo se oscurecía a mi alrededor, y por unos instantes la idea de quitarme de en medio cobró fuerza en mi perdida cabeza.

Salí de allí por la ventana cuando las lágrimas cesaron por fin, bien

entrada la noche, con una necesidad imperiosa en mente. La luna reinaba en lo alto de aquel cielo sin estrellas mientras atravesaba las desiertas calles hasta la casa de mis tíos. Ellos no tenían buena relación con mis padres. Pero ¿quién la tenía?

Fue Galina la que me abrió la puerta. Su rostro medio asustado, medio desconcertado, me invitó a pasar. Hacía semanas que no los visitaba, pues había estado enfrascada con los estudios. Pero allí siempre era bien recibida a cualquier hora. Eran muy buenos conmigo. Galina me acompañó a la salita de estar que tenían cerca de la entrada, donde Nil degustaba un té de rico aroma.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —me preguntó preocupado.

Extrañada por la pregunta, pues en aquel momento no sabía a qué podía referirse, dirigí la mirada a un pequeño espejo que tenían en la pared y pude observar mi rostro y entender a qué se estaba refiriendo. Tenía un aspecto deplorable. Lo peor no eran aquellos ojos enrojecidos y abotargados de tanto llorar. Lo peor era el moratón que se me estaba formando ya, en el lado izquierdo del rostro. Una gota resbaló por mi mejilla cuando pensaba que ya no me quedaban más por soltar, al comprender que el golpe de mi padre me había provocado aquello.

—¿Alexei? —me preguntó Galina, más como afirmación que como pregunta, pues conocían los ataques de cólera que mi padre solía tener.

Yo me limité a asentir. Sabían que no era la primera vez. Galina se acercó y me estrechó entre sus brazos con la ternura de una verdadera madre. ¡Qué ironías de la vida! ¡Ella, que no podía haberlo sido a pesar de sus enormes deseos!

Solo necesité unos segundos entre aquellos brazos, para calmar la ansiedad que llevaba varios días arrastrando. Los tres nos sentamos después alrededor de una mesa redonda que tenían para cuatro comensales y comencé a contarles, abreviadamente, el motivo de aquella inesperada visita.

—No sé por qué mis padres se comportan así —les dije apesadumbrada concluyendo mi relato mientras ambos me escuchaban atentamente.

Pero sí lo sabía, aunque necesité que mis tíos me lo recordaran, pues yo no veía más allá de mi propio dolor.

—Tus padres son muy pobres, Nata —dijo Nil en un intento de no echar más leña al fuego.

—Son unos pobres que no admiten serlo, que no desean serlo y se sienten frustrados porque lo que ambicionaban para ellos mismos a través de ti, han visto que no pueden conseguirlo —razonó Galia—. Y te culpan. Ellos sienten

que la culpa es tuya y de nadie más, y mejor me callo, no quiero seguir hablando, que termino encendiéndome y largando más de la cuenta.

Era cierto, muy a mi pesar. Habían vivido situaciones muy complicadas, con la guerra de fondo como protagonista y todo lo que eso supone. Habían pasado penalidades, hambre..., y no les había sido fácil sacarme adelante. Aun así lo hicieron, con su carácter circunspecto y frío, que se fue atenuando con el paso de los años, tal vez arrepintiéndose alguna vez de haberme tenido. Sin mí, las cosas hubieran sido más fáciles para ellos, pero eso, era solo una suposición mía.

—¿Y qué puedo hacer? No me quieren en casa si no consigo dinero para ayudarles con los gastos... —Suspiré cabizbaja—. Y sé que aquí nunca conseguiré nada...

—Yo en tu lugar me iría a Moscú. Allí podrías encontrar un trabajo —me recomendó Nil.

—Nunca he salido de Suzdal..., no sabría por dónde empezar a buscar. Me siento tan perdida..., al final va a ser verdad lo que tanto me dicen mis padres. Solo soy una tonta.

—No, mi niña, no... —trató de consolarme la mujer cogiéndome de la mano—. Simplemente eres joven y no has tenido a nadie que te guíe adecuadamente. Yo estoy con Nil, deberías probar. Moscú es muy grande, podrías buscar trabajo de secretaria o incluso de dependienta en los almacenes GUM.

—Sí, están en la Plaza Roja, podrías empezar por ahí, no tiene perdida, hay muchas tiendas —me explicó él.

—Tal vez debería hacerlo, sí —dije sopesando las posibilidades de éxito y de fracaso.

—Anda, voy a por algo de comer, que seguro que no has comido nada en todo el día.

Sonreí, no estaba acostumbrada a tanta amabilidad. Desde que Olga se fue, las únicas personas en las que siempre había podido confiar se encontraban en esta casa. De pronto, al recordar a mi amiga, una luz se encendió en mi cabeza.

—¡Dios mío! —dije saltando de la silla—. He recordado algo muy importante, tengo que irme.

Les expliqué brevemente mientras la exaltación se apoderaba de mí, como había recordado en ese mismo momento, que guardaba en un papel la dirección de mi amiga en Moscú.

—¡Suerte, pequeña! —dijo mi tía dándome un sonoro beso.

—Manténnos informados con la solución que tomes.

—Sí, tío, gracias. ¡Os quiero! —dije gritando ya fuera de la casa.

Me volví a introducir en mi habitación, de la misma manera que había salido: por la ventana. Comprobé dos cosas antes de tomar la decisión, que ya estaba fraguando mi mente desde hacía unos minutos, justamente los que separaban la casa de mis tíos de la nuestra: contar el dinero que tenía en una pequeña hucha con forma de cerdito y encontrar el papel donde tenía aquella dirección que un día mi amiga me dejó.

Así fue como decidí dar el paso que cambiaría el rumbo de mi vida. Pero para ello, tenía que dejar atrás todas aquellas cosas que me ataban a los más tristes sinsabores de mi existencia. Necesitaba soltarme de las cadenas que oprimían mi corazón sin necesidad, porque la mayor cárcel no es aquella que está formada por rejas y barrotes, es aquella que está formada de recuerdos negativos que van envenenando el alma.

Con una pequeña bolsa, donde guardé un poco de pan, un par de prendas de ropa y mi *Vogue*, me dirigí a casa de mis tíos poco antes del amanecer. Después de verificar que mis padres y hermanos dormían, salí en silencio de aquella casa que me había visto nacer, con la intención de no regresar jamás.

Nil y Galina, se despidieron de mí con lágrimas en los ojos. Emocionados, nos abrazamos los tres antes de recibir sus bendiciones y sin saber si volvería a verlos algún día.

Anduve hasta la parada del autobús durante casi quince minutos y me senté al borde de la carretera mientras luchaba por apartar los miedos y disfrutar de las ilusiones que se fraguaban en mi mente. Apareció puntual y paró al verme. Ya no había vuelta atrás. Subí y me senté en un asiento pegado a la ventana, aún me quedaba mucho camino por delante antes de llegar a Moscú. Doscientos veinte kilómetros me separaban de la libertad. Disfruté del paisaje hasta llegar a Vladimir, cuarenta y cinco minutos después, donde tuve que cambiar de autobús. Allí cogí otro que tardaría algo más en llevarme a la capital y donde me sumergí en una duermevela producida por la relajación que procedió a aquella noche en vela con los nervios a flor de piel y miles de dudas atormentando mi inexperta alma.

No hicieron falta ni despedidas, ni cartas que evidenciaran más la realidad a la que había decidido por fin agarrarme. A pesar de la rapidez con la que tomé aquella decisión, no era algo que no me hubiera pasado por la cabeza en otras muchas ocasiones, en las que el poderoso miedo a lo

desconocido, había sido más fuerte que mis propios sueños de libertad. Pero por fin, después de mucho tiempo, el rayo de esperanza que, dibujado tantas veces frente a mí, había sido incapaz de ver, se volvió de una nitidez tan palpable, que casi podía tocarlo.

2

Jamás pude imaginar que existiera una ciudad como aquella, en ningún sentido. Corría el año 1974 cuando pisé por primera vez suelo moscovita. Era primavera y la ciudad brillaba imponente bajo aquel cielo azul que invitaba a pasear y navegar por el caudaloso río Moscova —conocido por el puerto de los cinco mares, porque comunicaba Moscú con el Mar Blanco, el Mar Báltico, el Mar Caspio, el Mar de Azov y el Mar Negro— donde muchos ya disfrutaban navegando en pequeñas embarcaciones.

Construcciones majestuosas llenas de ricos coloridos, anchas avenidas, cafés, tiendas, variedades de vehículos y tranvías circulando en diferentes direcciones... me tuvieron absorta mientras caminaba hacia casa de mi amiga Olga, entre aquella multitud, ajena al torbellino de sensaciones que invadían mi interior.

Enfrascada en las idas y venidas de aquellas barquitas, cavilando que en algún punto cercano, Rusia perdió la batalla frente a Napoleón en 1812, una brisa sacudió mi cabello y llenó mis pulmones de un aroma desconocido hasta entonces. «¿Este es el aroma de la felicidad?», me pregunté. Aún no lo sabía, me quedaba mucho por delante para averiguar si había tomado la decisión correcta, consciente de que ya no había vuelta atrás lo fuera o no. Inspiré de nuevo aquel aire que parecía insuflarme fuerzas y después de preguntar a una señora si iba en la dirección correcta, continué caminando hacia mi destino que resultó estar muy cerca desde el punto donde me encontraba.

No pude evitar sentirme un poco fuera de lugar en aquella gran ciudad. Mi imagen distaba mucho de parecerse al del resto de las personas que veía de aquí para allá. Supuse que a todos los recién llegados les pasaría algo parecido, pero mi aspecto de campesina, con aquellas ropas tan bastas y anodinas, me hizo replantearme si no necesitaría otro atuendo más adecuado para buscar un trabajo, si no quería que me echaran a patadas confundíendome con una mendiga. Pero me sentía optimista, Olga podría dejarme algo suyo en un determinado momento o aconsejarme algo que comprar con el poco dinero que había conseguido reunir. Por lo que no tardé en despachar cualquier idea negativa al respecto. ¡Ojalá todos los problemas tuvieran tan fácil solución!

Con todos esos pensamientos llegué hasta un bonito edificio señorial, que

correspondía con la dirección que había mantenido todo el trayecto conmigo, en un papel arrugado. Un portero que barría la entrada se apresuró a saludarme con una leve inclinación de cabeza y al preguntarle por Olga Petrov me indicó una escalera.

—Tercer piso, puerta derecha —me dijo sin dejar sus quehaceres.

El corazón me latía apresuradamente a causa de la emoción, mientras subía hacia el piso de mi amiga. Tuve que coger aliento en el rellano debido a los nervios del momento entremezclados con el reciente esfuerzo, antes de llamar a la puerta, comprobando una y otra vez si efectivamente, era esa la dirección que estaba buscando. Llamé al timbre y cuando la puerta se abrió tuve que contener un grito de alegría al ver a una Olga bellísima, sin rastro de la que yo había conocido.

—¡La mejor sorpresa del mundo! —gritó ella antes de abrazarme con fuerza—. Pasa, amiga, pasa, no te quedes en la puerta.

Se había teñido el pelo de un color caoba que resaltaba su piel blanca y le enmarcaba aquellos preciosos ojos azules dándole un aire de muñeca. Vestía una blusa roja con unos pantalones de talle alto y ancha campana de color verde, con los que tapaba unas plataformas, solo apreciables al verla andar, que sumaban varios centímetros a su estatura.

—Estás muy guapa —dije al fin cuando nos sentamos en unos amplios sofás de un salón de grandes ventanales con amplias vistas a la ciudad.

—Estoy feliz de tenerte aquí. ¿Estás de paso?

Entonces mi rostro se ensombreció al recordar el verdadero motivo de mi llegada, ¿o debería haberlo llamado, de mi partida? No tuve más que decirle que había venido para quedarme.

—Pero ¿por qué esa cara, Nata? ¿Cuántas veces te dije que Suzdal no era lugar para ti? Deberías estar feliz.

—Y lo estoy, no te puedes imaginar cuánto. Pero recordar todo...

—¡No tienes nada que recordar! —me interrumpió alegre cogiéndome las manos con fuerza como muestra de afecto—. Tienes que vivir. Por cierto, ¿y esa marca que tienes en la cara?

—Un golpe sin importancia. ¡A veces soy muy torpe! —dije quitando hierro al asunto.

Estaba dispuesta a vivir, como bien me había dicho Olga, dejando atrás toda una vida de maltratos psicológicos cuando no físicos. Pero aquella herida que había ahondado con fuerza en mi alma, tardaría tiempo en curarse, si es que el tiempo conseguía hacerlo.

Esa mañana me quedé sola en el apartamento, pues mi amiga tenía que ir a la biblioteca para preparar su último examen del curso. Estaba en primer año de medicina y parecía irle muy bien.

Aproveché para darme un baño caliente lleno de espuma, en una bañera de verdad. Jugué con las pompas como una niña y disfruté del rico aroma del jabón hasta que la piel empezó a arrugarse en las yemas de mis dedos. Me puse una camiseta larga que había traído conmigo y me metí en la cama de la habitación de invitados, donde caí rendida después de aquel atolladero emocional de los últimos días. Dormí durante varias horas, como hacía tiempo no recordaba. El cómodo colchón, las sábanas con olor a limpio y la relajación que me supuso encontrarme allí, tuvieron mucha culpa de que el sueño fuera tan reparador. Me sentía como si aquel fuera mi verdadero hogar, y solo llevaba unas horas.

Tenemos a veces tanto miedo a lo desconocido que nos frenamos a nosotros mismos, no permitiéndonos vivir lo que realmente nos gustaría. Si no se juega, no se puede ganar. Tanto tiempo viví con aquel negativo sentimiento que al final hizo falta un ultimátum de mis padres, para que me diera cuenta que nada de lo que tenía en esos momentos valía la pena, que nada de lo que vivía era realmente lo que quería vivir y que solo yo tenía el poder de cambiarlo. Todo en la vida ocurre por algo y aquella solo sería la primera lección de mi vida.

No desperté hasta bien entrada la noche. Las luces de Moscú encendidas en la oscuridad, le daban un aspecto mágico al otro lado del ventanal, del que sería mi nuevo cuarto, por lo menos por un tiempo. Me levanté y al acercarme para ver aquella bonita imagen, vi en el cristal de la ventana mi rostro reflejado. Comprobé a través del reflejo cómo el moratón de mi ojo se había tornado más oscuro, por lo que sopesé si el maquillaje sería capaz de camuflarlo aún, mientras iba hacia mi bolso para cogerlo. Lo probé para cerciorarme. Me gustó el resultado al comprobar que casi podía pasar desapercibido si no se fijaban demasiado, me avergonzaba que pudieran notar aquella marca. Sería solo cuestión de días. No tardaría en desaparecer por completo. Es la diferencia con las otras heridas, las del corazón. Esas cicatrices permanecen para siempre.

Al abrir la puerta que daba al pasillo, unas voces me llevaron hasta la cocina donde Alexander, el hermano de Olga, y ella, hablaban mientras cenaban una variada ensalada. Hacía varios años que no le veía, desde que abandonó Suzdal para trabajar en el Kremlin. No sabía a qué se dedicaba allí,

pero sin duda era un puesto importante, pues ganaba el suficiente dinero para poder vivir de manera acomodada en un bonito piso de tres habitaciones en el centro de la ciudad. Antes, los miembros del Kremlin vivían dentro del recinto, pero eso ya no era así desde el año 1961, cuando se construyó el Palacio de Congresos. Nunca tuvimos demasiado trato a pesar de que me pasé la infancia y parte de la adolescencia más en su casa que en la mía, pero nos separaban siete años y esa diferencia era suficiente para que me viera como otra niña más, similar a su hermana pequeña.

Al entrar en la estancia no sé sorprendió al verme, por lo que imaginé que Olga ya le había puesto sobre aviso de mi inesperada llegada, mi relato y mi intención de quedarme durante una temporada allí con ellos. Se levantó para saludarme con amabilidad y me invitó a sentarme a la mesa. Olga me acercó un plato para que me sirviera yo misma del bol lleno de ensalada de patata, guisantes, huevo duro y mayonesa.

—Imagino que estarás muerta de hambre. También tenemos un poco de sopa fría que sobró de la comida por si quieres —me dijo mi amiga.

—Sois muy amables. Espero poder encontrar trabajo pronto para poder ayudaros, no soporto pensar que pueda ser una carga.

—Primero tenemos que hacer algo contigo —dijo Olga tocando mi pelo—. No puedes ir así, no te contratarían nunca ni con el mejor currículum del mundo.

—Tranquila, todos traemos ese aspecto —dijo Alexander.

Me relajé con el comentario y me dispuse a comer con la avidez que mi estómago me exigía después de tantas horas vacío. La cena transcurrió en silencio pues me sentía completamente concentrada en disfrutar de aquella variedad de alimentos a los que no estaba acostumbrada. Después ya del postre, con una copa de vodka, comenzamos a hablar compartiendo nuestras experiencias en aquel último año. Los dos estaban felices y parecía haberles ido muy bien. Por un momento, pensé en que ojalá yo pudiera decir lo mismo en un año.

Los dos días siguientes los dediqué a limpiar la casa y a hacer la compra para una semana, en un supermercado cercano. Me hice con lo imprescindible para poder tenerles la comida hecha diariamente. Para la cena se turnaban entre ellos y no me dejaban hacer nada más.

Me esmeraba tanto en aquellas tareas por tres razones principalmente: no quería sentirme como un parásito, no tenía otra cosa que hacer, y era la única manera que tenía por el momento, para agradecer que me hubieran acogido

como a una más. Además mientras limpiaba, colocaba cosas, o cocinaba, evadía mi mente de los recientes recuerdos.

Fue aquel viernes del 24 de mayo, cuando mi amiga volvió a eso de las dos de la tarde feliz después de haber pasado las últimas noches sin dormir, preparando un examen que solo por el tesón que demostraba, merecía aprobar. Yo la esperaba en la mesa de la cocina con unos entremeses y pollo con patata asada.

—¿Qué tal? ¿Cómo fue? —le pregunté.

—Creo que muy bien, Nata. Hoy podremos ir a darnos un homenaje al bar de mi amigo Nico —dijo guiñándome un ojo—, pero no sin antes irnos a una peluquería que conocí hace unos meses para ponernos bien guapas.

—¡Qué bien! —exclamé entusiasmada por la idea.

—Llevas tres días en Moscú, hace un día estupendo y yo... ¡ya estoy libre!

Me sentía pletórica ante la idea de ir a un lugar donde me arreglaran el pelo y me hicieran la manicura. Nunca había visto ni oído que existiera algo así para los mortales de a pie, pensaba que esas cosas solo eran para las mujeres famosas y con mucho dinero. No pude dejar de fantasear sobre como sería algo así, mientras comíamos en un restaurante cercano a casa. Hasta ahora me cortaba yo sola las puntas del cabello de vez en cuando, con las mismas tijeras con las que me cortaba las uñas.

Hacía una semana, todo aquello solo lo hubiera sentido como una utopía propia de mis sueños. Hoy se convertiría en algo real.

Entré algo tímida y cohibida en aquel lujoso salón de belleza, poblado por arañas de cristal, suelos de mármol y enormes espejos. Tenía miedo de lo que pudieran pensar de mí aquellos profesionales que durante horas trataron de arreglarme el cabello, las manos y los pies. Los espejos me devolvían un reflejo que distaba mucho de la imagen sofisticada de aquel lugar. Y no podía evitar sentirme vulgar e insignificante. Olga parecía darse cuenta de mis pensamientos y en un par de ocasiones, pudo acercarse a mi oído para decirme que disfrutara del momento, de los mimos y las atenciones, porque pronto dejaría de necesitarlos.

—Sólo te están abrigando, Nata.

—Olga, yo no puedo pagar todo esto, no sé ni tan siquiera cuándo voy a poder hacerlo... —dije algo turbada por el dineral que imaginé que costaba todo aquello.

—No te preocupes por nada, ¿me has oído? Por nada.

—Es que no puedo evitar sentirme extraña...

—Es normal, a todos nos pasa. Pero no te preocupes, tú me tienes a mí —dijo sonriéndome con es hilera de dientes perfectamente alineados.

—Gracias, no sé cómo podré agradecerte todo esto.

—Disfrutándolo —dijo guiñándome un ojo.

—Sí, eso me deja más tranquila —dije irónicamente.

—De todas formas, no te lo tomes así. No me importa invitarte, de veras, eres mi mejor amiga y espero que lo seas por siempre.

—Yo también lo espero. —Nos cogimos de la mano en un gesto de cariño que nadie que nos pudiera observar desde fuera podría realmente comprender, y nos sonreímos—. Te eché tanto de menos... —le confesé.

—Me puedo imaginar. No creas que yo, por estar aquí en Moscú, no añoraba cosas. Mis primeros meses fueron duros, no conocía a nadie, ni nada y salí alguna vez con mi hermano y sus compañeros, pero me aburría muchísimo, son tan tediosos, siempre hablando de trabajo... ¡pero que no me oiga! —me dijo acercándose más a mí como quien cuenta un gran secreto—. Le dije que eran encantadores.

Reímos a carcajadas y moví los pies sin querer por lo que la chica que me estaba pintando las uñas en ese momento me lanzó una mirada de pocos amigos.

A medida que iban avanzando en su trabajo, me iba relajando al comprobar el buen resultado de aquellos pequeños arreglos. En Olga, no se hacían tan patentes, pues ella ya estaba preciosa de por sí.

Cuando acabamos, ya en caja pagando, mi amiga me miró con una felicidad entremezclada con altas dosis de admiración. Eso me hizo deducir que estaba realmente bella, pues mi inseguridad muchas veces me impedía verlo por mi misma.

—Qué guapa estás, Nata —me dijo ya en la calle—. Con poco que te hagas... ni siquiera llevas maquillaje y destacas tanto... ¿Alguna vez te has dado cuenta?

Yo negué con la cabeza, no tenía ni idea a que se refería. Nunca había sido coqueta, bueno tal vez algo sí, pero no me pintaba, ni me arreglaba, ni me importaba la ropa que me ponía pues lo consideraba algo fuera de mi alcance y prefería no pensar en ello. No me consideraba guapa al uso y mi alta estatura respecto a mis compañeras de clase me acomplejó en más de alguna ocasión. Tampoco tuve nunca éxito con los chicos del pueblo como Olga, por ejemplo, que a todos volvía locos con sus rotundas curvas, sus andares sexys y sus

labios pintados de carmín rojo.

—Creo que has estado bajo el perverso yugo de tus padres mucho tiempo. Ya es hora de que te mires al espejo, y no para verte los moratones como hasta ahora. —Me cogió del brazo y tiró de mí calle arriba dispuesta a que eligiéramos juntas un bonito atuendo para celebrar la que iba a convertirse en nuestra primera salida nocturna juntas por Moscú. Se convertiría en la primera fiesta de muchas, y no solo por la capital rusa..., pero eso aún no lo sabíamos, ni tan siquiera podíamos imaginarlo.

—Soy incapaz de llevar esto por la calle —le dije al salir del probador con aquel vestido colorido de mangas acampanadas a la moda *hippy*, que tan en auge en Europa estaba.

—Bueno, a lo mejor es un poco atrevido para comenzar...

Elegí otros tres y después de probármelos, salí dispuesta a llevarme uno de ellos.

—Es bonito. Los tres me gustan, tal vez sea el más discreto.

—Sí, seguramente.

Claro que elegí el más discreto, por lo menos en lo que a tonalidades se refería, y aun así no me sentía convencida del todo, pero la noche fue redonda y no volví a acordarme de lo que llevaba puesto cuando llegó la primera copa.

Recuerdo cuando entramos en aquel bar por primera vez. Me sentí como una niña cuando la llevan por primera vez a un parque de atracciones y se queda como abducida por todas aquellas cosas increíbles y personajes de cuento. Despacio, intentaba asimilar todo lo que nos rodeaba. La atmósfera cargada de humo de tabaco, la música, la gente y los bailes me envolvieron al poco de llegar y no tardé en soltarme a mover las caderas, siquiera tímidamente, al son del ritmo que sonaba. Me sorprendió ver una especie de escenario al fondo del local y me pregunté que función tendría. Olga pareció darse cuenta de mi pensamiento y no tardó en aclararme que en diez minutos saldría un grupo de *rock* a tocar allí.

—Siempre toca algún grupo todos los viernes y sábados de diez a doce. Si lo hacen bien y gusta, repiten el fin de semana siguiente, si no, hasta nunca.

Y entre música, baile, algún que otro piropo y mi segunda copa de vodka, Olga sacó un paquete de tabaco de su bolso. Cogió uno y me extendió la cajetilla ofreciéndome.

—Coge.

—No sabía que fumabas —dije dudando.

—Anda coge, siempre hay una primera vez.

Ahora me entra la risa al recordar aquella escena de mi vida y me pregunto si fue ese momento en el que perdí mi inocencia. Tantas dudas me inundaron por un simple cigarrillo...

—Yo solo fumo los fines de semana y a eso nos limitaremos, ¿eh? No pienso enviarte en algo que luego quizá me toque pagar a mí —dijo riendo mi amiga como si aquella broma hubiera sido la más graciosa del mundo.

Me metí el cigarro entre los labios y tardé algo más de lo debido en encenderlo. No tenía claro lo que debía hacer y eso derivó en que no tragara el humo y saliera expulsado de mi boca como si fuera una cafetera. Olga rompió a reír.

—Tienes que tragarlo y echarlo poco a poco, Nata. ¿No lo has visto en las películas?

En realidad nunca lo había visto. En el pueblo pocos eran los que fumaban pues no había dinero para ello; y ¿películas? En casa solo había un pequeño televisor del que yo no pude disfrutar nunca. Realmente me sentía como una tonta ante el desparpajo de Olga ante la vida.

Las siguientes caladas las disfruté más e incluso me gustaron, no tardando en hacerme con el tabaco como si fuera una fumadora de años. Las copas siguieron subiendo, rodeándome de un halo de felicidad que no recordaba haber experimentado anteriormente. Fueron cinco, tal vez seis, mientras cantábamos y bailábamos la música que aquel desconocido grupo tocaba.

Disfruté mucho, y al llegar a casa, ya me preguntaba cuando repetiríamos.

—Creo que no atino a abrir la puerta, Nata. Inténtalo tú —dijo entregándome las llaves desternillándose de risa.

Al final después de varios intentos fallidos por su parte y por la mía, Alex nos abrió en calzoncillos. Debimos despertarle con tremendo alboroto de voces escandalosas, pero no nos dijo nada, solo se limitó a mirarnos con un deje de desdén que casi no pude ni apreciar. Estaba completamente borracha y no era consciente de muchas cosas, tan solo me di cuenta de que Alex desapareció —posiblemente a seguir descansando.

Como llegué a mi cama es otro cantar, no lo puedo recordar por más ejercicio de memoria que hiciera. El caso es que al día siguiente, me desperté sobre las sábanas, con la ropa puesta y un dolor lacerante en la cabeza, que me hizo maldecir el alcohol.

—No pienso volver a probar una gota de esa mierda de anoche —me dije. Tardé bien poco en incumplir aquel pensamiento.

3

—La madre de una amiga trabaja en un taller cosiendo ropa para una tienda. Le pagan bien, aunque sin duda, echa muchas horas. Podría preguntarle —me comentaba Olga recién levantada, una mañana.

Madrugamos temprano aquel lunes y nos metimos en la cocina cuando aún ni Alex se había levantado. Eso era lo que buscábamos, pues teníamos en mente prepararle un buen desayuno como manera de disculparnos por aquella noche en la que, por lo visto, tardamos tiempo en dejarle dormir. Desde entonces, parecía estar más serio con nosotras, eso nos hizo percatarnos del enfado que aún tenía. Por lo que ideamos ese plan, con el fin, de ganárnoslo por el estómago.

Hicimos *blini*. Lo cocinamos en dos sartenes por ambos lados y lo servimos a la mesa con mucha nata, y sin que faltaran los huevos revueltos de siempre, y el café. Desde luego era una muy buena manera de empezar un día. Sobre todo después de intuirlo largo, ya que teníamos pensado salir a buscar un trabajo para mí.

No me hacían falta demasiados lujos, solo poder vivir dignamente, por lo que estaba dispuesta a agarrarme a cualquier cosa que bien me ofrecieran y pudiera desempeñar. Desde luego no sería de costurera, pues coser no era mi fuerte, deberíamos pensar en otras opciones. Pero, ¿qué sabía realmente hacer? Tenía que pensarlo, pues hasta ahora había pocas oportunidades de dedicarme a otra cosa que no fuera, llevar una casa y estudiar. No podía culpar a mis padres de ello, ya era adulta y responsable de mis actos. Pero lo que es cierto, es que hay rasgos de nuestra personalidad integrados en nuestro ADN, mientras otros, se van modelando con los años.

Debía dejar de lado aquella oscuridad en la que me encontraba si quería poder sacar aquel brillo tan potente que según Olga, tenía escondido no muy lejos de la superficie.

Anoche mi amiga me invitó a situarme frente al espejo de cuerpo entero que había en mi habitación.

—Quítate toda la ropa. Y obsérvate detenidamente.

Nada de aquello tenía nada de índole sexual, a pesar de lo que pudiera parecer a simple vista, solo era una especie de juego en el que Olga quería

poner en práctica los conocimientos adquiridos en la asignatura de psicología médica.

—Cierra los ojos, siéntete y luego ábrelos. Tú sola tienes que aprender a querer ese reflejo que el espejo te da cada día, Natascha.

Me observé durante unos segundos antes de que mi amiga abandonara la habitación, dejándome a solas con mi verdadero yo. Paseé la mirada por mi rostro, parando durante unos segundos en aquellas largas pestañas que enmarcaban mis grandes ojos azules, heredados de mi abuela materna. Mi piel blanca sin imperfecciones, mis pómulos marcados, mi nariz recta de tamaño medio, aquella boca formada por unos labios carnosos, suaves y sonrosados que al sonreír dejaba adivinar una perfecta hilera de dientes blancos... y mi pelo abundante y rubio como el sol cayéndome por la espalda. En ese momento al reparar en mi cabellera rememoré sin querer un comentario que de pequeña tanto había oído a mi madre decirle a mi padre respecto a mi cabello casi blanco.

—¿Cómo es que a esta niña no se le oscurece ese horrible pelo que tiene?

A lo que mi padre me miraba con desdén y decía a modo de respuesta:

—Si se lo cortáramos corto como lo llevan sus hermanos, seguro que le crecería más oscuro...

Entonces yo salía de allí aterrorizada, escapando de su presencia como si eso pudiera hacer que se olvidaran de mí. Corría y corría y me adentraba en alguna casa deshabitada, donde lloraba con la libertad que da no tener testigos. Permanecía allí durante horas, con el temor de que al regresar me estuvieran esperando las horribles tijeras de podar. Pero al anochecer tenía que volver si no quería aparecer congelada al día siguiente. No hubiera podido resistir las bajas temperaturas, y no estaba dispuesta a darles esa alegría.

Mi cuerpo era armónico, delgado pero con curvas. Mis pechos medianos, mi cintura estrecha, mis piernas largas y torneadas... Era la primera vez que me observaba de esa manera y tengo que reconocer que con aquel espejo, comencé a tener una bonita historia de amistad secreta. Mis dedos recorrieron mi piel como si instintivamente quisiera cerciorarme de que no era una visión irreal. Era yo: Natascha Ivanova..., la que nunca hasta entonces se había gustado, la que nunca hasta entonces se había querido. Tal vez, porque no había tenido ningún motivo para hacerlo.

La sorpresa que se llevó Alex al entrar en la cocina después de haberse duchado y vestido para el trabajo, fue colosal. Aquella sonrisa de oreja a

oreja mirando la mesa llena de rica comida con aroma embriagador, era una clara muestra de que estábamos perdonadas por cualquier cosa que hubiéramos podido hacer.

—Ya decía yo que hoy había un olor diferente pululando por la casa —dijo sentándose a la mesa mientras nosotras permanecíamos de pie, esperando a ver que nos decía su expresión tras el primer bocado—. Sois unas verdaderas artistas, por lo menos el aspecto es excelente, ahora toca comprobar el sabor —dijo mientras saboreaba con parsimonia el primer trozo—. Natascha, esto no es obra de mi hermana, ¡esto es obra tuya!

—Bueno, Olga me ha ayudado bastante, no creas...

—Creo que deberías buscar trabajo de cocinera.

—¿Tú crees? —le pregunté no muy convencida imaginándome entre fogones en algún mesón.

—Yo también lo creo —apuntó mi amiga—. Además, hay un buen restaurante aquí cerca que hemos frecuentado bastante estos últimos meses y conocemos al hombre que lo lleva. Podríamos ir luego a ver que nos dice.

Esperamos a que abrieran a eso de las doce del mediodía para entrar y preguntar por el encargado. Nos dijeron que tardaría un cuarto de hora en llegar, así que esperamos ahí sentadas, mientras los demás iban de aquí para allá pendientes de los últimos detalles, sin importarles nuestra presencia. Me sentía tranquila, la compañía de Olga también contribuía a ese estado.

Un caballero de unos cincuenta años, bien vestido y algo regordete, entró con paso decidido, hasta la parte de las cocinas. Deduje que era el hombre que esperábamos antes de que Olga, en un susurro, efectivamente me lo confirmara.

—Hola, buenos días señorita, Olga —saludó a mi amiga—. Hola, señorita —dijo educadamente con una inclinación de cabeza dirigiéndose a mí.

—Verá, Nikolai, mi amiga busca trabajo como cocinera, no sé si sería posible...

—¿Tienes experiencia? —me preguntó.

—No —fue mi respuesta.

—Pero cocina como nadie, señor, se lo aseguro —puntualizó Olga.

—Miren, realmente no busco cocineras ahora, pero una camarera me vendría muy bien. Ya estamos en verano, como quien dice y en estos meses siempre me viene bien un refuerzo.

Me quedé pensativa un rato pues no era la idea con la que venía mientras

Olga me miraba en silencio para no interferir en mi decisión.

—Puede pensárselo y si le interesa venir mañana...

—No —dije decidida—. Necesito trabajar y usted necesita contratar una camarera. Empezaré cuando quiera.

El hombre asintió con una sonrisa y me dijo que le acompañara para hablar de las cláusulas de mi nuevo contrato en el despacho. Le seguí por un estrecho pasillo de paredes descascarilladas y suelos sucios que contrastaba con la parte del restaurante abierta al público.

Por un lado, me sentía ilusionada, había sido más fácil de lo que nunca hubiese imaginado encontrar un trabajo. Pero por otro, me preocupaba no estar a la altura por la inexperiencia, y ser rápidamente despedida. A pesar de todo eso, hice acopio de atención y puse mis cinco sentidos en escuchar todo lo que aquel hombre me fue explicando.

Mi primer día fue duro y largo. Al llegar a casa cerca de la medianoche me tiré en el sofá como quien dice, ante la extrañada cara de mi amiga.

—No se te ve muy contenta...

—Muerta. Pero no te preocupes, no me daré por vencida tan pronto —dije guiñándole un ojo, con la verdadera intención de autoinsuflarme suficientes fuerzas para aguantar ese ritmo diez horas diarias, por un sueldo tan precario.

—No te veo convencida con esos argumentos...

Y no lo estaba, nada más entrar aquella mañana tuve que barrer y fregar el comedor, limpiar las mesas, colocar los respectivos manteles y cubertería, y lo peor de todo, mover cajas de distintas botellas de bebidas y de comida para aquí y para allá, hasta que quedaran colocadas las nuevas que habían llegado detrás de las que ya estaban en el almacén, con la poca ayuda de otro camarero joven como yo, que supuse igual de desesperado por un sueldo.

—¿Esto hay que hacerlo todos los días? —le pregunté.

—Sí —me respondió con la cara perlada de sudor por el esfuerzo físico.

Fueron llegando los comensales poco a poco, hasta que el local se llenó a eso de la hora punta de las comidas. En alguna ocasión me confundí de mesa al llevar los platos, un par de veces la bandeja se me cayó, provocando tal estruendo que hizo que todo el mundo apuntara sus ojos críticos sobre mí. Por no hablar, de la poca comprensión que observé en algunos clientes, con comentarios como: «es la tercera vez que pido una cerveza», «esto está malísimo», «lo quiero más hecho», «quiero otro plato» o, «señorita, deme sal», mientras iba y venida cargada de platos en una bandeja que luchaba por controlar.

Nikolai no fue testigo de ninguna de aquellas impericias por mi parte pues hasta las cuatro de la tarde no apareció por ahí, cuando ya vació el local, comíamos en la cocina: los dos camareros que había aparte de mí y las dos cocineras.

—¿Qué tal, Natascha? —me preguntó.

—Bien —dije aparentando una alegría que no sentía.

—Ahora cuando acabes con el café hay que volver a barrer todo el suelo y volver a fregarlo.

—Muy bien.

Que poco me había durado la tranquilidad. No llevaba ni media hora sentada después de cinco de intenso trabajo y ya me estaba requiriendo otra vez con más trabajo. Pero ahí me puse, y que conste, con buena cara, de nuevo a barrer, fregar y repetir los mismos pasos que a mi llegada había realizado para que acto seguido pudieran ir llegando los primeros comensales de la cena y se fueran repitiendo los mismos acontecimientos bochornosos de aquella caótica mañana.

—Tranquila, la bandeja no es fácil de manejar... —me dijo el camarero que me ayudó con las cajas por la mañana.

—Creo que esto no es para mí.

—Todo con la práctica se termina aprendiendo.

Y razón llevaba, pero no tenía ganas de seguir practicando por mucho más tiempo. Solo contaba los minutos que iban pasando y me iban acercando a la hora de poder irme a casa a descansar.

—Después, cuando ya la última mesa se marchó y yo pensaba que cerraríamos y colocaríamos por encima las cosas para mañana, mientras Nikolai hacía el recuento de caja del día, no te vas a creer que me mandó hacer —le dije a Olga después de relatarle mi día.

—Sorpréndeme.

—Me dijo que tenía que fregar también la cocina. ¡Qué la última persona que llegaba era la que se encargaba de eso! Justo cuando estaba ya soñando con llegar a casa y descansar.

—Bienvenida al mundo laboral —dijo Alex que en ese momento llegaba y había oído la última parte de la conversación—. En todos los lados se cuecen habas, ya lo verás. Solo te bastará rascar un poco de la superficie, para que veas lo que a uno le cuesta ganar su propio dinero.

Aquel comentario lejos de animarme, hizo todo lo contrario. Sentí un peso caer sobre mis, ya de por sí, doloridos hombros. Aun así, estaba decidida a

volver al día siguiente, demostrándome a mí misma, que no era de esas que se rendían fácilmente.

Pero el día siguiente fue más de lo mismo. Supuse que con el tiempo terminaría dominando la bandeja, conociendo la gran variedad de marcas de bebidas y llevando mejor las continuas quejas hacia mi persona de clientes poco satisfechos con mi invisible esfuerzo por darles el mejor servicio.

—Al principio a todos les pasa... —quiso alentarme Nikolai cuando le expuse al final del día mis reticencias a continuar trabajando para él—. Tienes voluntad y eso es muy importante.

Y por supuesto que la tenía, puse todo mi empeño para que no pudiera tener queja alguna de mí, agradecida por su confianza y comprensión, pero mi decisión estaba tomada. No había vuelta de hoja a pesar de su amabilidad y paciencia, por lo que recibí el pago correspondiente por los dos días trabajados y nos despedimos, no sin antes prometerle que volvería como clienta algún día. Y volví, claro que volví, pero para entonces él ya no me recordaría, ni tan siquiera me reconocería al explicarle que había vuelto para cumplir mi promesa. Las vueltas del destino tuvieron la culpa.

Al llegar a casa esa noche, pillé a Olga recostada en el sofá leyendo una de esas novelas románticas que tanto le gustaban, y con solo una mirada supo que lo había dejado.

—Nikolai ha sido muy amable, prácticamente me ha dejado las puertas abiertas por si cambio de opinión.

—Se te nota cansada.

—Lo estoy físicamente. Mentalmente me siento liberada al saber que mañana no tengo que volver.

—¿Hoy hubo tanto trabajo como ayer?

—En la misma línea, y así son todos los días. Desde luego ese hombre no puede quejarse de clientela.

—Sí, la verdad es que yo siempre que he ido estaba bastante concurrido. Se come muy bien.

—Sí, desde luego las cocineras que tiene son de primera.

Tomé la decisión de entregarle mi primer sueldo a Olga por el dinero que me había estado prestando aquella semana de distinta manera, a pesar de que no llegaba ni para pagar la cuarta parte de lo que ella había invertido en el salón de belleza, ropa y noche de fiesta. Pero al decírselo ella se negó en redondo.

—Ni hablar. Es tu primer sueldo —recuerdo que me contestó.

No volví a insistir y guardé aquel dinero con mucha ilusión. Por primera vez, tenía algo que yo sola había conseguido.

La tarde siguiente decidimos gastarla en algo que nos encantaba: irnos de compras. Ahora tenía un poco de dinero propio y necesitaba comprar algo de ropa por lo que fuimos al impresionante centro comercial GUM (Glavny Universalny Magazin), que se alzaba majestuoso sobre la Plaza Roja. Estaba compuesto por un techo de vidrio que inundaba el interior de luz natural, arquitectura trapezoidal combinada con elementos de arquitectura medieval rusa y 242 metros de fachada que pasados los años, albergaría las tiendas más caras de todo el país atrayendo a la gente más elegante y elitista de la nueva Rusia capitalista.

Pero volvamos al hoy, a 1974, que a pesar de que siempre fue el centro comercial ruso más grande para orgullo del pueblo moscovita, aún estaba lejos de albergar el lujo que décadas después poseería. Recorrimos diversas tiendas donde compramos alguna que otra cosa de ropa, calzado y maquillaje pero sin excesos pues, sobre todo yo, no podía permitírmelo. Entonces, reparé en un cartel que en la cristalera de una bonita tienda de ropa de caballero citaba: «Se busca señorita para la limpieza». No lo dudé ni un segundo, como si algo dentro de mí ya supiera que aquel lugar iba a cambiar mi destino para siempre.

—Sujétame las bolsas —le dije a Olga mientras ella reparaba en el verdadero motivo de mi interés por aquella tienda.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres hacer?

—¿Por qué no? Es de las pocas cosas que sé hacer bien.

—Te espero en la cafetería, estoy muerta de sed —me dijo algo resignada—. ¡Suerte, cariño!

Yo sabía que aquello no era lo que mi amiga deseaba para mí, tal vez podría aspirar a algo mejor, pero era dinero para ir subsistiendo, para no vivir de la gratitud de una persona buena a la que tenía la suerte de tener cerca, para no sentirme un parásito de la sociedad como tantas veces me habían hecho sentir mis propios padres, para no vivir ociosa esperando unos sueños casi imposibles para la mayoría de los seres humanos... Tal vez, podría aspirar a algo mejor, pero de momento, era ese el tren que estaba parado en mi estación.

Entré y dos hombres bien vestidos atendían respectivamente a una pareja de mediana edad y a un hombre joven, de poco más o menos mi edad. Miré a mí alrededor buscando a otro dependiente que tal vez pudiera ayudarme pero no parecía que hubiera ningún otro en aquel momento, por lo que esperé

ojeando los artículos que allí vendían, entre los que se encontraban: trajes, camisas, corbatas, zapatos y alguna que otra maleta de viaje.

—Buenas tardes, señorita. ¿Qué desea? —me preguntó uno de los elegantes dependientes cuando quedó desocupado pocos minutos después.

—Venía por el trabajo de limpiadora.

—Sí, un momento. Voy a avisar al responsable —dijo, para acto seguido desaparecer tras una puerta cercana al mostrador.

Asomó su cabeza cuando apenas habría pasado medio minuto indicándome que pasara.

Le acompañé por un corto pasillo de suelo enmoquetado en verde oscuro hasta un pequeño cuarto sin ventanas, donde esperaba un hombre sentado tras una sencilla mesa sin adornos, tan solo una máquina de escribir de aspecto bastante antiguo.

—Adelante —me invitó el desconocido.

Me escrutó con una mirada poco disimulada que consiguió turbarme durante los primeros segundos.

—¿Usted busca trabajo de limpiadora? —me preguntó, no sin mostrar cierto recelo.

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Necesito trabajar, pasé por aquí y vi el anuncio...

—Si me permite, y no me interprete mal, creo que es demasiado bonita para estar sacando brillo al suelo que los demás pisan.

Aquello se podría interpretar de muchas maneras, luego supe que realmente sus palabras no escondían nada oscuro y que solo se limitaba a decir lo que realmente pensaba. Pero en aquel momento, no pude evitar sentirme algo incómoda ante el comentario.

—Es más —continuó diciendo mirándome por encima de unas gafas de montura metálica—, me gustaría preguntarle si preferiría trabajar como dependienta.

—Supongo que sí —dije algo descolocada ante el cambio repentino que me ofrecía aquel hombre.

—¿Supone? —me interrogó extrañado.

—Perdone, es que no me esperaba su ofrecimiento... —dije intentando hacerle entender el porqué de mi dubitativa respuesta—, pero estaría encantada.

—Sí, supongo que es extraño entrar preguntando por un trabajo y salir con

uno mejor, no es algo que ocurra todos los días. Pero al verla supe de inmediato que su puesto debería ser de cara al cliente, no de espaldas a él.

—Gracias —dije feliz.

Y sonriendo con la mejor de mis sonrisas comencé al día siguiente en aquel nuevo trabajo que parecía como caído del cielo.

No tenía preparación específica, ni tan siquiera era conocedora de aquel nuevo oficio donde terminaría doblando camisas con una precisión absoluta, pero una vez más mi rostro parecía haberlo hecho todo. ¡Qué ironía de la vida! Yo que siempre me había sentido una chica insignificante, yo que nunca había recibido ningún tipo de piropo, yo que tanto había evitado los espejos... Y sin embargo, ahí estaba, trabajando en un lugar que para mí, por aquel entonces, podía considerar de lujo: con sus suelos brillantes, sus arañas de cristal, sus butacones de elegantes brocados para que los clientes probasen cómodos sus futuros zapatos de piel... y todo por un rostro que no tardaría en salir del anonimato al que le tenía acostumbrado mi anodina existencia.

Pero eso estaba lejos de saberlo incluso de imaginarlo siquiera, en aquellos momentos era feliz aconsejando a caballeros sobre qué corbata combinaba con este o aquel traje. No podía dejar de sorprenderme a mí misma al comprender que tenía un gusto innato dentro de mí, que me hacía acertar en cada una de mis ventas. Así comenzaron a hacérmelo saber algunos clientes, que volvían a los pocos días, exclusivamente para darme las gracias por mi ayuda.

¡Cómo se valoran cosas tan simples cuando uno no ha tenido nada! Yerik, mi nuevo jefe, había llegado aquella mañana, con un bonito vestido negro que sería mi nuevo uniforme. Sobria y elegante me vi al probármelo en la trastienda. Fue un detalle que me hizo muy feliz.

Por primera vez, sentí miradas a mi paso de camino a casa. Me sentía sexy repiqueteando el piso con aquellos zapatos de tacón. Era una sensación agradable.

—¿Así vas a trabajar? —me dijo Alex el primer día que me vio con aquel atuendo lista para salir hacia la tienda.

—Sí...

—Debería estar prohibido —dijo riéndose—. ¿La has visto, Olga? —le preguntó a su hermana que aún estaba en el baño arreglándose—. La pequeña Nata está irreconocible.

Entonces, mi amiga, invadida por un repentino ataque de curiosidad, se acercó hasta el salón, con el pelo recién lavado chorreando por el parqué y

una toalla rodeando su menuda figura. De pronto, al sentir a los dos mirándome con aquellas expresiones en sus caras, no pude evitar sentir cierto nerviosismo, en especial porque no terminaban de soltar que era lo que tanto les había impresionado.

—Natascha...

—No me miréis así, Olga, por favor, y habla, dime algo.

—Eres la mujer más bella de toda Rusia.

Aquellas mismas miradas me persiguieron todo el día: por la calle, por el centro comercial, en la tienda..., era algo a lo que tendría que ir acostumbrándome, porque aquel vestido, era lo mejor que había llevado en mi vida.

—¿Te sientes bien? —me preguntó Yerik aquella tarde.

—Es precioso, pero no estoy acostumbrada a sentirme observada —dije sonriéndole.

—No debe tener miedo a sacarse partido a través de la moda, todo lo contrario. La ropa es un sello de identidad, una manera de mostrarnos a la sociedad, un arte en evolución constante. La gente ignorante puede considerarlo una superficialidad vana y sin sentido, otros no se percatarían nunca de los pequeños detalles que nos hacen diferentes, pero lo que si es cierto, es que todos necesitamos de ella, queramos o no.

—Debo reconocer que siempre he disfrutado mucho con la moda de las revistas internacionales que han caído en mis manos.

—¿Tipo *Vogue*?

—Exacto.

—Pues tenemos muchas. Puede echarles un vistazo siempre que quiera en su tiempo libre. Pregúnteme en otro momento y se las mostraré para que elija la que quiera.

Fue aquella primera noche cuando comencé a disfrutar en la soledad de mi cuarto, de una revista llamada *Elle*, que había cogido prestada del montón que mi jefe me había enseñado a la hora del cierre. Por lo visto, hacía algunos años había tenido una tienda de ropa femenina y las guardaba desde entonces. Todo venía en francés por lo que no pude leer los artículos de belleza y salud, pero era feliz teniendo en mis manos un ejemplar como aquel y poder disfrutar de las diferentes fotografías de moda que en ella aparecían. Olga salió sola aquella noche, quiero decir, sin mí, pues yo antepuse a la diversión de una noche de fiesta aquella revista que nunca antes había visto. Puede parecer raro, pero estuve toda la tarde desde que mi jefe Yerik me habló de la

posibilidad de dejarme alguna, con una curiosidad constante de llegar a casa y empapar-me de aquellas fotografías que mostraban un mundo tan inalcanzable, que no me permitía ni tan siquiera soñar..., ¿o tal vez sí? Noches para salir, había más. Una actriz francesa que yo desconocía por completo aparecía en la portada de aquella revista que tenía entre mis manos: Catherine Deneuve, que parecía invitarme a abrir las primeras hojas.

Pasaron las horas y la noche se me echó encima mientras sentía la belleza y versatilidad de aquellas fotografías, y no pude más que comparar el triste vestuario que había dejado atrás, con los hermosos vestidos que lucían aquellas bellas modelos. No pude evitar preguntarme qué se sentiría en un mundo donde todo eran cosas bonitas.

Recuerdo como me levanté en ese momento y me dirigí hacia el espejo de mi habitación. Sin saber muy bien qué esperaba encontrar, contemplé mi rostro limpio de maquillaje y sentí con tristeza como entre aquellas chicas y yo había un abismo infranqueable. Yo solo era una pobre chica rusa..., una de tantas en un país que contaba con una superficie de miles de kilómetros cuadrados. París se tornaba tan lejano en mis pensamientos..., pero la suerte era caprichosa, y yo sin saberlo, me sonreía esperando el momento perfecto para salir de su escondite.

4

Cada noche durante aquella primera semana como dependienta en la tienda de Yerik, mis únicas compañeras de cama fueron aquellas revistas, que me mostraban un mundo maravilloso más allá de Moscú. Olga, mientras tanto, se buscaba otro tipo de compañía muchas noches. Lo sabía porque cuando comenzaba a quedarme dormida, la oía entrar en su cuarto, contiguo al mío, entre risas y voces susurrantes entremezcladas con las del caballero de turno. Después, se sucedían jadeos y algún que otro grito ahogado. Yo era virgen, de hecho nunca había visto a un chico desnudo, y aquello que oía algunas noches al otro lado del tabique movía mi más íntima curiosidad morbosa, donde la imaginación volaba excitándose en un carrusel de fantasía. Olga siempre pensó que yo no me enteraba de todo aquello, lo ocultaba bien y yo ayudé a ello pues nunca le comenté nada al respecto. Los despachaba antes del amanecer para evitar que Alex o yo los pudiésemos descubrir si decidíamos madrugar antes o ir al baño con la casa inundada de la luz solar de la mañana. Tal vez tenía miedo de ser juzgada, tal vez ella misma sentía vergüenza de aquellos actos, tal vez fuera adicta al sexo..., o tal vez fuera yo, que por mi inexperiencia, no podía entender ciertas cosas.

Aquella mañana de sábado en concreto, me fue bastante difícil levantarme para ir a trabajar, pues la fiesta de mi amiga duró hasta las tantas y mi sueño pareció abandonarme para unirse a ella en disimulado secreto. Tuve que darme una ducha de agua fría y tomarme dos cafés bien cargados, para poder activar aquella cara de trasnochada que me devolvía el reflejo del espejo. Comencé a maquillarme con esmero agradeciendo aquel invento que, bien usado, podía lograr milagros, y recogíendome el pelo en una simple coleta, salí hacia la tienda repiqueteando el piso con mis elegantes zapatos negros de tacón.

La semana pasó tranquila en el trabajo, haciéndome poco a poco a él y dominando el arte del comercio con mi entusiasmo juvenil. Yerik parecía contento de haberme contratado como empleada pues según él, notaba como gracias a mi presencia el número de ventas había ido *in crescendo* en aquellos últimos días, por lo que me dejaba irme a casa a la hora de comer autorizándome para una pequeña demora más que a mis compañeros, pues

decía medio en broma medio en serio, que un bocadillo en toda la jornada laboral no era alimentación para una señorita de bien. Yo procuraba estar de vuelta lo antes posible, no sería justo aprovecharme de aquel gesto de confianza y agradecimiento que había depositado Yerik en mí, pero había veces que era imposible pues Olga no estaba y tenía que prepararme yo la comida a todo correr. Por las noches, sí que cenábamos juntas siempre y nos contábamos como había ido nuestro día si no nos habíamos visto al mediodía, donde casi siempre mi amiga terminaba reprochándome mi excesiva disposición a un trabajo sin futuro.

—Debes de salir —me decía a menudo.

Yo sabía que llevaba razón, pero me sentía tan agradecida por una oportunidad así, que lo único que podía hacer era entregarme a mi labor con el entusiasmo y la profesionalidad que siempre, años después, me caracterizó. Y más después de conocer las largas salidas de Olga, que alcanzaban altas horas de la madrugada, cosa que podía permitirse, pues contaba con unos ingresos mensuales proporcionados por su adinerado padre y una ausencia de responsabilidad alguna por sus merecidas vacaciones. Vivíamos en mundos paralelos a pesar de estar físicamente tan cercanas, y ella tenía que comprenderlo, y así lo hacía después de mis sucesivas negativas y explicaciones.

A penas llevaba dos semanas en la tienda cuando mi jefe me comentó que vendría a buscarlo un joven parisino llamado Jean Fontaine. Yo aún no lo sabía, pero ese joven cambiaría el rumbo de mi vida.

—Estaré en la oficina toda la mañana, avísame cuando llegue y trátalo muy correctamente, como tú sabes. Es un caballero muy influyente en las altas esferas de la moda —me dijo Yerik aquella mañana de sábado.

Así actué cuando vi aparecer a un hombre con un físico claramente extranjero, a eso del mediodía. Era imposible que aquel joven que rondaría la treintena, pasara desapercibido. Su elegante porte y su atractivo físico le hacían diferente entre todos los posibles clientes que por allí pasaban diariamente. Era alto, rubio, con ojos grises e iba muy bien vestido. Aunque no hubiera sido avisada de que aquel hombre iba a venir, me hubiera llamado la atención igualmente.

Nuestras miradas se cruzaron y yo me acerqué dispuesta a atenderle con una amplia sonrisa en los labios.

—Hola, buenos días —dijo con un perfecto ruso que me impresionó—. He quedado con Yerik Vorodin.

—Es usted el señor Fontaine, ¿verdad?

—Sí, Jean Fontaine, por favor.

—Claro —dije sonriendo ante su aclaración—. Le está esperando. Un momento.

Sentí su mirada seguirme hasta perderme tras la puerta que me llevaba hasta el despacho de mi jefe.

Estuvieron hablando durante unos minutos, en los que yo aparentemente distraída, pude percatarme de las miradas que me dedicaban los dos hombres, mientras estaban enfrascados en una conversación, que no llegaba a entender desde donde me encontraba. Algo intranquila, no tardé en darme cuenta que hablaban de mí y me temí lo peor. Tal vez aquel joven le estaba transmitiendo alguna queja sobre mi comportamiento, tal vez aquella mañana me había pasado con el colorete o tal vez tenía manchado mi vestido..., el caso es que después de salir por la puerta, despidiéndose ambos con mucha amabilidad, sentí que mis pensamientos negativos se desvanecían a la vez que iba al baño y comprobaba en el espejo que todo estaba en su sitio.

No le di más vueltas al asunto, olvidándome por completo en cuanto me puse a atender a un par de caballeros con los que me tiré el resto de la mañana, hasta que mis tripas comenzaron a clamar algo de alimento. El tiempo se me había pasado volando. Le dije a uno de mis compañeros que me iba a comer y me despedí hasta dentro de un rato. Aquel día era la última en comer, Olga me habría estado esperando y deseé que me hubiera dejado algo de su almuerzo, no pensando que hubiera picado ya algo fuera. Gracias a Dios así fue, un rico aroma inundaba el vestíbulo del piso.

A la vuelta, Yerik me estaba esperando para que le acompañara al despacho y temí lo peor durante los momentos previos a sentarnos frente a frente. Entonces me di cuenta de que su rostro no mostraba contrariedad alguna y seguía luciendo su semblante cortés de siempre, por lo que rápidamente me relaje en la butaca y esperé a que me hablara.

—¿Qué tal estás, Natascha? —me preguntó.

—Muy bien, gracias. Estoy muy contenta.

—Eres una chica con valía, yo me alegro mucho de tenerte en mi equipo, pero quizás tengas más valía de la necesitada para este trabajo.

«Oh, Dios mío», pensé mientras el corazón se me aceleraba pensando en lo que podían significar esas palabras.

—Tranquila, no estoy echándote ni nada parecido —me dijo tranquilizador, tal vez al descubrir mi siempre delatadora expresividad—.

Mira, el caballero que vino esta mañana a buscarme para ir a comer, es un importante fotógrafo, aparte de gran amigo, e hijo de uno de los directores de la agencia de modelos más importante de París.

Yo asentía, escuchándole muy atentamente, sin comprender aún qué tenía todo aquello que ver conmigo.

—Él se pasó a verme, pues mañana en la mañana regresa a París. Lleva aquí tres días buscando una nueva cara para un *spot*, porque por lo visto, están interesados en una mujer con rasgos eslavos. Se ha fijado en tres chicas para que viajen a París con él y pasen por una selección donde una de ellas será la imagen de una firma muy sólida y de gran trayectoria internacional.

Yo seguía escuchando con atención, mientras el corazón comenzaba a palpitarme con fuerza, intuyendo lo que me confirmó a continuación.

—Una de ellas eres tú..., si así lo deseas —dijo sonriendo de oreja a oreja.

La respiración en aquel momento pareció fallarme. ¿Cómo no iba desearlo? ¿Cómo decir que no? ¿Cómo creer que no estaba tan solo soñando? Y lo más importante, ¿cómo podría salir del país con las restricciones que había en estos momentos por la Guerra Fría?

Todo estaba preparado, aquel hombre francés tenía contactos en las altas esferas, que me permitieron disponer de un pasaporte vigente para la mañana siguiente, con el que viajaría primero en tren hasta Varsovia, capital de Polonia, y de allí ya podríamos volar hasta París.

La última noche que pasé en Moscú no pude pegar ojo. Ni a la mañana siguiente, ni a la tarde siguiente. No quería perderme ni un segundo de aquel imprevisto viaje que cambiaría mi vida para siempre. A diferencia de Jean y las otras dos chicas, que prácticamente no abrieron el ojo hasta llegar a Varsovia y con los que no pude, por tanto, intercambiar más que unas pocas palabras.

El tren avanzaba despacio, por lo que me podía recrear viendo el paisaje, que en algunas ocasiones era de ensueño y en otras solo se veían pequeños pueblos de casas humildes y cabras dispersas. Los pasajeros de nuestro compartimento se bajaron en la primera parada y otros ocuparon su lugar. Estos últimos, resultaron ser aficionados al ajedrez y pude evadirme, viéndolos jugar. Me resultaba atractivo aquel juego donde unas figuritas se comían a otras. Y ante mi evidente curiosidad, no tardaron en explicarme con gran entusiasmo, cuáles eran los movimientos posibles y las reglas básicas, dejándome seducir por aquel juego que hasta ahora nunca había tenido

oportunidad de conocer a fondo. Aun así, el trayecto se me hizo tan largo, que tuve que bajar en alguna parada para desentumecerme las piernas, como tantos otros.

Con una pequeña maleta a cuestas, cogimos un taxi en la estación de ferrocarril, que nos llevó hasta el aeropuerto de la capital polaca, donde no tardamos en embarcar en un avión.

Ya en nuestros respectivos asientos, poco después de despegar, el sueño me venció durante algo más de una hora, en la que prácticamente no pude descansar debido a la excitación que me embargaba.

El éxito me estaba esperando en aquel nuevo mundo que pronto conocería.

5

París.

En una sala de pulidos suelos de mármol y múltiples espejos, me esperaba aquella pasarela enmoquetada en rojo, donde en pocos minutos tendría que hacer mi aparición ante la atenta mirada de todos los cientos de personas que allí se habían concentrado. Yo aún no lo sabía, pero era un acontecimiento muy esperado cada año. Allí se elegiría a la nueva musa de la firma francesa más importante del momento. Pero no solo eso, era también un trampolín para adentrarse en un mundo, donde el anonimato dejaría de existir para la que demostrara un innato talento desfilando.

Mientras esperaba junto al resto de las chicas mi turno en la cola, iba observando todo lo que sucedía a mi alrededor, dispuesta a escrutar cómo se desenvolvían mis rivales, con un único objetivo: aprender de los errores que muchas iban cometiendo. Tenía los nervios a flor de piel y podía sentir la adrenalina que me provocaba todo aquello. La gente allí presente comentaba en susurros, mientras se agolpaba para ver cómo deslizaban sus pies por el enmoquetado rojo, aquellas jóvenes que supuse que compartían mis sueños.

Nadie allí parecía querer perderse detalle. Un jurado esperaba al otro extremo, donde teníamos que hacer un pequeño parón para presentarnos y anunciar nuestras medidas, que minutos antes nos habían comunicado, después de medir con una cinta métrica nuestro contorno de pecho, cintura y cadera. Media vuelta, cabeza erguida, paso adelante y entraba la siguiente.

Comenzaba el turno de mis compatriotas, pues estábamos colocadas por nacionalidades. Yo era la última de las tres y pude percatarme, mientras desfilaban, de que no eran rivales para mí. Hermosas mucho, pero carecían del carisma y la elegancia que años después serían mis sellos de identidad. No obstante, la idea de que aquel sueño estuviera próximo a acabar, estaba muy presente en mi cabeza.

A pesar de los años que han pasado, recuerdo aquel momento como si hubiera sido ayer. Las piernas me temblaban segundos antes de subir a aquella tarima que cambiaría el curso de mi vida. Pero cuando llegó mi turno, una increíble seguridad se apoderó de mí haciéndome desfilas como si llevara haciéndolo toda una vida. El silencio se adueñó de la sala por primera vez en

aquella mañana y pude sentir, como solo yo existía en aquel momento. Miré a cada uno de los miembros del jurado antes de presentarme:

—Natascha Ivanova. 1,78. 89-62-92

Y sin que mostraran expresión alguna, me di la vuelta enmascarando las mil emociones que en aquellos segundos estaba experimentando hasta el final de la pasarela. Mi destino ya estaba escrito.

No me fui como hacían la mayoría cuando acababa su turno, aún no. Me quedé ahí plantada en aquel *backstage* improvisado, disfrutando de una experiencia que era consciente de que podía ser la última.

Estaba completamente absorta en las idas y venidas de las pocas chicas que ya iban quedando, cuando sentí una mano tirar de la mía. Era Jean, el responsable de todo aquello que me estaba sucediendo a miles de kilómetros de mi patria.

—Acompáñame, por favor, Natascha.

Me condujo hasta una habitación cercana donde no había nadie, pero sí un par de percheros con mucha ropa, de donde seleccionó un traje de chaqueta y falda, y un biombo donde los colgó.

—Adelante, ponte esto. Quieren volver a verte desfilando. —Y guiñándome un ojo, me dejó sola con aquella risa nerviosa que me invadió durante algunos segundos.

—Vamos, niña, tienes que cambiarte deprisa. Tengo que ver si te hace falta algún arreglillo antes de que salgas. Las tallas que os ponen no siempre son las vuestras —me dijo de pronto una mujer que no había visto llegar.

—Ya lo he podido comprobar con los zapatos —comenté mientras terminaba de abrocharme la chaqueta.

—Tendrás que acostumbrarte... pero no hables ahora que pierdes tiempo.

Cuando Jean vino a buscarme al cabo de un minuto, yo ya estaba lista. Me miró de arriba abajo y sonrió haciéndome un gesto con la cabeza para que le acompañara hasta la misma sala donde había desfilado antes, pero con un número bastante reducido de aspirantes. Me parecía increíble que las ciento y pico chicas que había hace apenas un momento se hubieran reducido a veinte, según conté, en donde no estaban mis compatriotas.

Era la siguiente. Nervios. Unas manos en mis caderas y un susurro en mi oído derecho:

—Derrite a todos con tu presencia, que no tengan dudas de que la que buscan eres tú —me dijo Jean.

Todo sucedió tan rápido, después... el jurado lo tuvo claro, yo era su

elegida. No lo podía creer, parecía estar flotando entre dulces nubes de algodón, cuando Jean descorchó aquella botella de champán, en la habitación donde me había cambiado de ropa hacia unos minutos.

—Esto hay que celebrarlo —dijo sonriente tendiéndome la copa con aquel líquido dorado burbujeante.

Al salir del hotel, varios periodistas se habían concentrado en la puerta dispuestos a escuchar unas declaraciones de la hasta ahora desconocida Natascha Ivanova. Evidentemente, me sentía cohibida ante todas esas personas y *flashes*, y mi desconocimiento del idioma me hicieron imposible entender ninguna de las preguntas que me hicieron, en el poco espacio que me separaba del mercedes negro que vino a recogernos para llevarnos a la agencia, donde firmaría mi primer contrato.

Esperé en una sala contigua durante un tiempo, en el que estuve oyendo cómo Jean parecía discutir con otro hombre, que por el cariz de la conversación, deduje se trataba del director de la agencia. Algunas frases se colaban a través de las finas paredes, y como hablaban en inglés, idioma que dominaba bien, no tuve problemas para hacerme una idea de lo que en aquel despacho se estaba fraguando.

—Yo seré su *booker*... —oí decir a Jean, y me pregunté qué significaría aquella palabra.

—No...

—Yo he descubierto a esa chica y yo he de ser su representante...

—Llevas a cuatro modelos, Jean. Esta chica va a firmar un contrato casi millonario y necesita a alguien que se dedique por completo a su carrera.

—Dejaré de representarlas.

—Estás loco, ¿crees que puedes hacer y deshacer como te dé la gana?

—Menuda gracia les haría, sobre todo a Christine.

—No me importa.

Hubo un momento de silencio precedido por unas voces que me llegaban en forma de susurros ininteligibles, por lo que decidí desconectar llevando mi mente hasta mi querida amiga Olga. Sin duda, estaría esperando noticias mías, y yo estaba deseando hacerla partícipe de mi inesperada y pronta felicidad.

Yo, mientras tanto, rememoraba los últimos acontecimientos vividos, cuando Jean abrió la puerta del despacho y me invitó a entrar. Un hombre atractivo que rondaría la sesentena, me esperaba de pie y estrechó mi mano antes de indicarme que me sentara. Jean me apartó la silla con caballerosidad. Por aquel entonces no estaba nada acostumbrada a esas formas delicadas para

dirigirse a mi persona, años después no toleraría que alguien no las utilizara.

Una vez firmado el contrato de un año con la agencia y Jean como mi *booker*, nos marchamos de allí hacia un restaurante para almorzar. No entendí por qué él decidió mi almuerzo. Estaba en francés, pero con una breve explicación por su parte, yo misma podría haber elegido. Pero no, no fue esa la razón y pronto me sacó de dudas.

—A partir de ahora te debes a tu imagen. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí... —dije sin estar muy convencida.

—Tú no podrás elegir ni tu peinado, ni tu ropa, ni tu comida, ni tus amistades, ni tu novio, ni tan siquiera tu amante... sin que yo dé el visto bueno. Es muy importante que esto te quede claro. Yo seré tu sombra, y créeme que puedes confiar en mí, porque de ti, depende el futuro de ambos. Tu éxito es el mío.

Yo asentía analizando cada una de sus palabras, mientras masticaba aquel pescado a la plancha con cuatro lechugas que no sabía si se comían o formaban parte del decorado del plato.

—Puedes y debes contar conmigo para lo que sea. Yo te ayudaré a encontrar apartamento, a elegir un correcto vestuario. También te daré en los próximos días unas clases de protocolo, que según he observado, te faltan. No eres de la capital, ¿verdad?

—No, ¿tanto se me nota? —le pregunté desilusionada por la apreciación.

—No. —Él sonrió de manera tranquilizadora—. Pero si en algo soy un experto es en imagen, Natascha.

Hablamos de todo un poco, le pregunté por las otras chicas rusas, y sentí cierta lástima cuando me dijo que estaban de vuelta a su país.

—Me sentí bastante frustrado en Rusia hasta que te vi en la tienda de mi amigo Yerik, bueno, es más amigo de mi padre, no sé si alguna vez te comentó que trabajó aquí en París durante la posguerra.

—No, la verdad es que llevaba poco tiempo trabajando allí.

—Claro..., bueno lo que te iba diciendo es que cuando te vi supe que eras lo que estaba buscando, y encima hablabas inglés, eso me facilitó mucho las cosas.

—¿Y qué era lo que estabas buscando?

—Es pronto para que empiecen los piropos, ¿no? —dijo sonriendo.

Yo bajé la cara algo avergonzada, dando muestras de la timidez que llevaba en mi interior y que me esforzaba en tapar, creo incluso que me sonrojé cuando sentí su mano acariciarme la mejilla y levantarme la cara

suavemente por el mentón hasta que nuestros ojos quedaron frente a frente. Nos observamos en silencio durante unos segundos en los que no pude pensar en ninguna otra cosa que no fuera en aquella mirada. Se acercó a mí y en un susurro, con la misma voz sensual que me había impulsado aquella seguridad en aquel desfile decisivo me dijo:

—Buscaba luz y tinieblas, alegría y dolor, sumisión y fuerza, agua y fuego...

La boca se me secó y tuve que llevarme la copa para beber, en un intento de buscar las palabras adecuadas que no me salían. Me sentí de pronto, muy cohibida.

—Está usted poco acostumbrada a los piropos, señorita Ivanova.

Asentí, mientras recuperaba el aliento.

—Eso pronto cambiará también.

La comida acabó con mi autoestima por las nubes y mi estómago completamente vacío. Me pregunté por un momento si a partir de ahora tendría que sacrificar aquellos alimentos que tanto me gustaban y que hasta hoy no me habían aumentado ni un gramo de mi masa corporal.

De allí, nos dirigimos a un centro de estética donde parecían conocer bien a Jean y sus directrices: una limpieza de rostro con su respectiva mascarilla con olor a menta mientras masajearan mi cabello en un baño burbujeante me llevó hasta el séptimo cielo.

Envoltura de barros por todo mi cuerpo dejaron mi piel sedosa como el cachemir, y una completa pedicura y manicura que me borró todo rastro de que alguna vez aquellas manos hubieran sido utilizadas para trabajar el campo. Todo fue bajo supervisión de Jean, que no se separó de mí ni un segundo para ver el correcto trabajo, hasta acabar con un peinado que devolvió el brillo que alguna vez tuvo mi cabello.

No tuve tiempo de asimilar nada hasta encontrarme a solas en la habitación del Hotel Crillon frente a una cristalera con vista los Campos Elíseos. Era una bonita imagen del atardecer digna de una postal o de compartir en buena compañía. Aquel hotel, que hoy tantos recuerdos agradables me trae, es uno de los más lujosos del mundo, según me dijo Jean antes de dejarme en la puerta de la habitación.

—Ahora te dejo descansar, que supongo que lo necesitarás. Mañana temprano vendré a despertarte para desayunar y comenzar una nueva jornada.

Efectivamente, me sentía terriblemente agotada y a la vez, plenamente feliz. No habían pasado más de treinta horas desde que había estado

despidiéndome de Olga y Alexander y ahora estaba allí, en aquel lujoso hotel viendo el ocaso parisino, tirada en una gran cama de mullidos almohadones, en una habitación de decoración clásica y exquisita. Todo parecía un sueño del que pronto despertaría.

Repasé los acontecimientos vividos en aquel vertiginoso día, y me concentré en Jean y su comportamiento para conmigo desde que nos encontramos en la estación de tren de Moscú hacía algo menos de dos días. Había algo en él que me confundía, no sabía si realmente su interés se limitaba estrictamente a lo profesional o iba más allá. No sabía si todas aquellas muestras de galantería y palabras bonitas iban metidas en el guion de perfecto representante o si me veía como una mujer inexperta, perfecta para seducir. No tardaría en descubrirlo.

El día siguiente fue igual de ajetreado, si no más. Después de un desayuno a base de frutas y una tostada de pan integral acompañada de un té, fuimos a firmar el contrato de la famosa firma que me había contratado. Después nos dirigimos a la que ya era mi agencia. Me esperaba una enorme sala dividida en dos partes: una dirigida a maquillaje y vestuario y otra al estudio de fotografía, donde Jean aquella mañana, me haría cientos de fotos, que seleccionadas por ambos formarían parte de mi *book*.

—Quiero cuatro estilismos completamente diferentes —les decía a dos chicas que hacían a su vez de estilistas y maquilladoras.

—Hemos seleccionado esto —dijo una de las chicas que respondía al nombre de Anette, trayendo un perchero móvil cargado de ropa y complementos.

Jean separó las perchas con rápidos vistazos que le permitieron elegir mis atuendos sin casi duda alguna: un bikini rosa de lunares con talle hasta la cintura, un traje pantalón campana en negro, un vestido corto tableado en la parte inferior y un traje de noche largo en satén blanco que, una vez puesto, resultó quedar espectacular.

—De momento trabajarás con las fotos que te haga hoy en el estudio. Más adelante ya iremos poniendo y quitando según los trabajos que vayas haciendo...

Después de horas de fotos, cambios de vestuario y maquillaje, hicimos un parón para picar algo que subió la otra de las chicas, Laetitia, a esos de las cuatro de la tarde. Nos quedaba aún un cambio para acabar, que nos llevó dos horas más.

—Esto tenemos que celebrarlo, te lo has ganado —me dijo mientras me

cambiaba detrás de un biombo—. Tengo que llevar todo esto a mi casa un segundo, ¿me acompañas?

—¿A tu casa? —le pregunté sin poder evitar cierta desconfianza.

—Tranquila, tengo allí mi estudio fotográfico.

Eran las nueve de la noche cuando entramos en un local de música tranquila, luces tenues y sofás cómodos donde un hombre, que imaginé que sería el encargado, vino rápidamente a saludar a Jean y a ofrecernos una buena mesa al lado de unos grandes ventanales que daban a la calle. Se retiró una vez que Jean le indicara que quería la botella de champán de siempre.

—¿Vienes aquí con todas las chicas que conoces?

—Vengo mucho, sí. Llevo casi quince años dedicándome a esto, así que imagínate la cantidad de modelos que han pasado por mi vida.

—Vaya, debes conocer a las mujeres al dedillo.

—Bueno, no soy de generalizar..., sí es cierto, que las personas nos movemos por patrones, ya seamos hombres o mujeres, pero en el fondo cada una de vosotras es un mundo.

—¿Te metes en el mundo de las mujeres?

—No me suele interesar en absoluto su mundo, si te soy sincero. Solo cómo salen ante la cámara o si me será rentable representar a una u otra.

—Eso suena superficial...

—La moda es un mundo superficial. No importa cómo te sientas, solo lo que transmites. Puedes estar pasando por un dolor horrible de ovarios y salir y comerte la pasarela, eso es lo que nos importa. Lo que queremos ver.

—Yo estoy acostumbrada a ello —dije algo lacónica rememorando ciertos recuerdos no tan lejanos—. Eso no me costará.

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy acostumbrada a que nadie repare en mis sentimientos.

—Vaya —dijo mostrándose realmente interesado—, es curioso que una mujer tan bonita no tenga miles de enamorados a sus pies.

—Para nada, no he tenido tiempo para amoríos.

—¿En serio? —preguntó asombrado—. ¿No tienes novio?

Yo negué con la cabeza algo apesadumbrada, comparándome con Olga en mi interior. Él me observó durante unos segundos en silencio en los que no supe que cavilaba aquella cabecita que intuí experta en temas amorosos.

—La inocencia puede llegar a ser una virtud, Natascha. No tienes por qué avergonzarte.

—Bueno, no me avergüenzo exactamente, no sé. Aunque para alguien que

ha conocido tantas mujeres casi debo parecer ridícula.

—¿Qué piensas?, ¿qué conocer muchas mujeres incluye haberme acostado con ellas? Para nada. De hecho, estar todo el día rodeado de mujeres hermosas me hace buscar algo más en ellas... Cuando tenía veinte años no, no te voy a engañar, tuve una época loca en la que me acostaba con todas las chicas que se me ponían a tiro, pero ¿ahora?, ahora no meto en mi cama a cualquier cara bonita.

Me gustaba hablar con él, parecía franco en sus palabras y eso fue aumentando a medida que la botella de champagne se vaciaba. Me gustaba observarle mientras hablaba, sus gestos, su manera de expresarse, de mirarme, de apartarse el cabello, de coger la copa, de encender un pitillo..., su camisa abierta mostrando un incipiente vello en un pecho varonil que no llegaba a ser musculado, sus manos, sus labios ligeramente carnosos... Era terriblemente sensual en todos sus movimientos, en todo su ser, y por un momento pensé en cómo sería estar entre sus brazos, pero no tardé en sentirme azorada por aquel pensamiento.

Brindamos por nosotros y a eso de la medianoche, después de casi tres horas de una charla en la que hablamos de mil temas, cogimos un taxi y me acompañó hasta mi habitación en el Hotel Crillon, donde me había reservado varios días, hasta que comenzara con la promoción de la firma, que me tendría durante un año viajando por el mundo entero.

Abrí la puerta, entré y al girarme dispuesta a despedirme, Jean estaba apoyado en el marco mirándome en silencio a los ojos como si deseara hacer o decir algo que no se atrevía, sopesándolo mucho a pesar del alcohol.

—Buenas noches —se limitó a decir.

—Buenas noches —contesté antes de cerrar la puerta.

Mientras me desvestía para meterme en la cama, muchas preguntas se gestaron en mi mente. ¿Y si me hubiera dicho de pasar? ¿Qué hubiera hecho yo entonces? ¿En el fondo me hubiera gustado? ¿En el fondo me sentía atraída por él? Sin encontrar respuestas, me sumí en un profundo sueño.

Aquella semana antes de que empezara mi andanza por las capitales más importantes del mundo, fue tan agotadora como fructífera. Una sesión de fotos que duró todo un día, para la firma con la que me había ligado por contrato, haría que cobrara realmente conciencia del giro de ciento ochenta grados que mi vida había dado, cuando a los pocos días comencé a ver mi rostro en carteles enormes de publicidad por las calles de París, y cuando Jean me comunicó el efusivo interés de las mejores revistas de moda por entrevistarme

y sacarme en su portada como la nueva promesa del mundo de la moda.

Antes de ello, durante dos días consecutivos tuve que dar unas clases de buenos modales en la agencia, indispensables según Jean. Pronto comenzaría a codearme con gente, que no siempre estaría dispuesta a considerarme como deslizo, una falta al protocolo. Aprendí muchas cosas indispensables, como por ejemplo: saludar correctamente, utilizar bien los cubiertos o los temas a evitar en determinados lugares.

«Tú estás por encima de todo y de todos, Natascha —recuerdo que solía decirme a menudo Jean, para insuflarme seguridad—, Pero tienes que demostrarlo, tienes que marcar la diferencia, tienes que luchar por esa perfección».

No dudó en contratar también a un profesor de inglés con el que perfeccioné el idioma; a una estilista con la que aprendí a destacar mis puntos fuertes, a vestir adecuadamente según la ocasión, a combinar correctamente los colores; a una maquilladora que compartió conmigo gran variedad de trucos y secretos de belleza; y a un experto en pasarela con el que aprendí a desenvolverme con soltura al caminar y manejar de manera precisa los complementos a destacar. Y todo ello en tres días en los que casi no pude descansar. Pero no me importaba, me sentía muy feliz con todo lo que me estaba sucediendo. Después de todo, los sueños pueden llegar a cumplirse...

—Ahora toca disfrutar, princesa. Esta noche hay una fiesta de la firma, donde se reunirán muchas personas importantes e influyentes del mundo de la moda y donde deberás brillar como la que más. Habrá muchas modelos conocidas y otras no tanto. Pero quiero que quede claro, quien será la próxima reina de las pasarelas cuando cruces esa puerta donde todos tendrán sus ojos puestos en ti —me dijo Jean una mañana.

Aquella fue la primera vez que irrumpió en mi habitación sin llamar a la puerta —seguramente habría pedido otra llave en recepción— mientras yo aún estaba en la cama. Corrió las cortinas y la habitación se inundó de una luz cegadora. Traía dos bolsas y una funda de la que sacó un hermoso vestido.

—Pruébatelo, creo que no me he confundido de talla —dijo sentándose en una de las elegantes butacas que había al lado de uno de los ventanales.

Me levanté y mi primera intención fue ir al baño para vestirme, pero Jean me detuvo a medio camino con sus palabras.

—Eres modelo, debes acostumbrarte ahora a que te vean desnuda. Después te será más difícil.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente. No te preocupes, estoy más que acostumbrado.

Yo le miré muy avergonzada, no pensaba que fuera a ser capaz de desnudarme delante de él, hasta que vi con atención aquel vestido, que había traído expresamente para mí.

Era de gasa, largo hasta los pies y ajustado a la cintura. A su lado había una estola de piel en el mismo tono y en el suelo reposaban unas sandalias en color plata. Me pareció todo tan hermoso, que me lo hubiera probado delante de quien hubiera hecho falta. Jean tenía un gusto exquisito y me lo demostró durante todos los años que estuvo a mi lado. Mis apariciones pronto se convertirían en la comidilla de la prensa rosa del país, por la exquisitez y elegancia de mis atuendos. Nunca olvidaré lo que sentí aquella primera vez que me desnudé delante de él. Luego le sucederían miles de otras ocasiones, en desfiles, sesiones de fotos y demás, pero en aquel momento, me di cuenta de que lo amaba. Lo amaba por su saber estar, su caballerosidad para conmigo, su mimo en todo lo que hacía, su inteligencia, su conocimiento del mundo, su sonrisa seductora y por supuesto, por aquella mirada en la que veía la misma admiración hacia mí.

A medida que me quitaba el pijama y la ropa interior..., una energía electrificante recorrió todo mi cuerpo, y no sé por qué deseé que me hubiera fotografiado así, desnuda y encima de aquella cama deshecha. En aquel momento aprendí lo que era el deseo. Mientras, él observaba cada uno de mis movimientos. Sentí como se recreaba recorriendo mi inexplorado cuerpo con un rostro impertérrito que no dejaba evidenciar ningún apetito carnal. Tal vez, no sintiéramos lo mismo, tal vez solo deseaba ver el resultado de su creación.

—Espectacular —dijo levantándose y moviéndose de un lado para otro mientras yo veía mi reflejo en aquel espejo que proyectaba mi imagen de cabeza a pies—. Guapísima, tal como esperaba. Ponte los zapatos y pasea con ellos, por favor.

Y así lo hice, divertida y expectante, caminé con aquellos altísimos tacones de un extremo a otro de la habitación.

—Es precioso... —le dije.

—Perfecto —dijo dando una palmada—. Hoy tienes el día libre para descansar, conocer París, lo que quieras... A las siete y media me paso a buscarte para ir a la agencia. Allí te maquillarán y peinarán —dijo acercándose a la puerta—. No olvides nada.

—¿Vendrás conmigo esta noche? —le pregunté.

—¿Acaso crees que me perdería algo así, pequeña? —dijo guiñándome

un ojo mientras salía y me dejaba allí con mi silencio.

Aquel día no salí de la habitación hasta que Jean pasó a buscarme a la hora acordada. Decidí darme un baño caliente con mucha espuma mientras dejaba mi mente en blanco y me relajaba por primera vez desde mi llegada a la capital francesa. Pedí que me subieran la comida a la habitación y escribí una carta a Olga, contándole que por fin me estaba ocurriendo algo bueno digno de compartir con ella. Ojalá pudiera ser pronto, la echaba de menos, pero era consciente de que vernos ahora sería imposible, pues ella comenzaría su segundo curso de medicina en septiembre y yo, contra todo pronóstico, estaría viajando.

De momento, un vertiginoso mundo se abría ante mí, dispuesto a embriagarme del dulce aroma que el éxito destilaba sin control.

6

Fui la sensación aquella noche en la que cientos de personas se agolparon para conocerme, a mí, a Natascha Ivanova, hasta entonces una completa desconocida. Fotógrafos de todas las nacionalidades me deslumbraron con sus *flashes* mientras yo intentaba oír qué me decían unos y otros entre aquel sonido ensordecedor que provenía de los bafles de aquella discoteca. Demasiadas adulaciones me tenían en una nube, sin darme cuenta de la hipocresía que me rodeaba. Muchos de los que comenzaron a rondarme no solo no me valoraban como profesional, sino que me veían simplemente como mujer-objeto. Eso es algo con lo que tuve que lidiar durante muchos años, los prejuicios siempre me acompañarían como a tantas otras modelos, pero ahora era muy pronto para verlo.

Podía haberme dado cuenta ya entonces de lo que realmente ocurría a mi alrededor, si no hubiera estado metida en aquella maravillosa burbuja en la que siempre me había resguardado del verdadero mundo exterior. Pero aquello estaba comenzando, era normal que solo sintiera cómo mi vanidad crecía poco a poco como cuando uno come un caramelo y su boca se recrea en el saboreo del maravilloso azúcar que lo envuelve, lo traga y quiere más. Quiere otro dulce caramelo de esos que nunca antes había probado y que tanto le ha gustado. Comprobé que me encantaba el champán y si no hubiera sido por Jean, que ahí estaba para quitarme de vez en cuando la copa de turno con una sonrisa de perfecto disimulo, me habría emborrachado.

—Controla la bebida —me susurró en una ocasión al oído.

Algo en mí se removió aquella noche cuando al entrar al baño, vi una jovencísima y preciosa chica esnifando unos polvos blancos en la zona de los lavabos. Levantó la cabeza y me preguntó:

—¿Quieres?

Entonces yo negué con la cabeza azorada, ojalá siempre lo hubiera hecho como aquella noche en la que, según di media vuelta, me olvidé de aquel episodio que recordaría años después.

Ya era tarde y noté como algunas caras habían desaparecido suponiendo que se retiraban a descansar, suponía mal, ingenua de mí.

—Deberíamos irnos ya. Lo poco deja ganas de más, lo mucho empacha, y

lo justo es lo que llevamos.

No sé por qué en aquel momento tuve ese impulso de abrazarle.

—¡Estoy tan feliz! —le exclamé.

Él me miró divertido y me estrechó entre sus brazos. Pude aspirar su aroma durante unos segundos en los que el resto del mundo pareció desaparecer. Al día siguiente, aquella imagen aparecería impresa en los periódicos y revistas de tirada nacional, pero no me importó en absoluto, no me importó porque durante aquellos segundos me sentí embaucada por un aroma varonil de seguridad.

Un fuerte dolor de cabeza me atormentó aquella mañana al despertarme con el sol traspasando la ventana y colándose hasta mi cama. Tenía una bandeja con un zumo de naranja, una tostada y un té reposando en la mesilla de noche. ¿Cuándo la habían traído? ¿Y quién? El teléfono me sobresaltó cuando aún mis sentidos no estaban del todo despiertos. Era de recepción para decirme que tenía un ramo de flores esperándome con un mensajero que tenía orden de entregármelas personalmente. Le mandé subir y al abrir la puerta solo vi un enorme ramo de flores de color malva, que más tarde supe que se llamaban iris, sujetas por un papel rojo brillante que tapaban la cara del joven que me las traía. Las olí y admiré su belleza mientras el chico esperaba impertérrito una propina. Solo había un hombre del que deseaba aquel regalo, pero para mí desilusión en la tarjeta, ponía un nombre que no me decía nada. Las puse en agua y me dispuse a desayunar acompañada de mi jaqueca.

Hoy abandonaría París. El avión salía a las cinco de la tarde por lo que tendría suficiente tiempo para descansar un poco más.

Primera parada: Londres.

Era mi primer desfile y Jean, como siempre, estuvo a mi lado dándome la seguridad que me faltaba con sus palabras halagadoras. El ajetreo era monumental, muchas chicas de aquí para allá cambiándose entre bambalinas mientras maquilladores, peluqueros, estilistas y diseñadores hacían su trabajo frenéticamente con el fin de que todo saliera perfecto. La música sonaba tras el telón y yo casi quería llorar al comprobar que los zapatos con los que tenía que cruzar aquel umbral, eran un número por debajo del mío y me oprimían tanto que me resultaba imposible andar como yo deseaba hacerlo.

—No puedo, no puedo —me quejaba a mi *booker* segundos antes de salir a desfilas.

—¿Cómo que no puedes? Esa palabra no está en tu vocabulario, no existe. Solo existís tú y la pasarela. Eres una diosa contemplada por un montón de

mortales que te admirarán hasta la saciedad. Adelante.

Y entonces llegó algo completamente inesperado. Jean cogió mi cara y me besó en los labios antes de apartar la cortina. Yo salí completamente trastornada, sonreí y anduve casi mecánicamente mientras los *flashes* de las cámaras me impedían ver más allá de las luces que iluminaban el camino y mis pensamientos iban y venían a la velocidad de la música, preguntándome si había hecho aquello simplemente para que mis nervios perdieran consistencia en mi mente. Al cruzar de nuevo la cortina, sin haber saboreado el momento —aunque los nervios tampoco me hubieran dejado hacerlo— le busqué por todas partes sin éxito y no volví a verlo en el resto del desfile que duró cuatro horas más. Necesitaba una explicación, pero al no poder obtenerla en aquel momento, desistí y me concentré en el trabajo todo lo que me fue posible, pues el sabor de sus labios me acompañó toda la jornada. Poco a poco fui haciéndome al ordenado caos que me rodeaba en aquel *backstage*, donde compartí experiencia con otras modelos que también desfilaban por primera vez.

Ya en el hotel, busqué a Jean en su habitación. Llamé con los nudillos a su puerta, que estaba colindante a la mía. Me abrió, iba solo con unos vaqueros puestos.

—Perdona, pasa, pensaba que acabaríais más tarde... —me espetó mientras se ponía una camiseta blanca—. Quiero decir que no te esperaba ahora...

Hasta yo me di cuenta de que estaba nervioso. Me ofreció un cigarro y ambos fumamos en un silencio denso como el humo que salía de nuestras bocas. No sabía bien como comenzar aquella conversación, por lo que empecé por lo que se me hizo más fácil, no quería preguntarle por el beso aún.

—Esta noche hay una fiesta.

—Ve tú, yo me quedaré aquí.

No me esperaba aquella respuesta y sentí como si me estuviera evitando de alguna manera.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—No. No te preocupes. Sal y disfruta. Y no bebas...

Me dolió el corazón aquella actitud y me fui de allí sin más palabras. Una vez en la soledad de mi cuarto, lloré en silencio, fumé cerca de diez o doce o tal vez más cigarrillos mientras las lágrimas echaban a perder mi maquillaje preguntándome que había podido hacer mal. Me tumbé en la cama y un sueño intranquilo me venció hasta entrada la tarde. Una ducha fría me despertó y

traté de arreglar mi maquillaje con esmero. Después de terminar de arreglarme salí dispuesta a olvidar los posibles motivos que impedían a Jean acompañarme y me concentré en disfrutar de la noche. No me fue fácil, y menos aún cuando una modelo que había visto en el desfile se acercó a mí con intenciones no muy gratas:

—He visto lo que Jean te hizo antes de salir a desfilas... —comenzó diciéndome, refiriéndose claramente al beso.

—¿Le conoces?

—Sí, me representó durante seis meses. Hasta que se cansó de follar conmigo.

Aquellas palabras me atravesaron por dentro como lanzas envenenadas y deseé escapar corriendo de allí, pero en vez de eso, pegué un largo trago a la copa que tenía entre las manos. Ambas nos quedamos observándonos durante unos segundos como si estuviésemos midiéndonos en la oscuridad de la sala. Había algo en aquella mirada felina que no me gustaba, algo me decía que no debía darle demasiada credibilidad, tal vez solo quisiera conseguir esto, hacerme daño, que no me sintiera especial para él, que solo sintiera que era una más en su larga lista.

—Solo quería decírtelo para que sepas quién es verdaderamente y no dejes engañar.

—Gracias por la información.

—Ven, acompáñame y te presento a otras modelos.

En un reservado había otras cuatro chicas con tres hombres que me resultaron repugnantes, no por su aspecto o su edad que distaba mucho de la nuestra, si no por esa manera de tocarlas y de besarlas. Parecían prostitutas, pero no me atreví a desechar la invitación de aquella modelo que se había presentado, cuando caminábamos hacia ellos, con el nombre de Helena. No me gustaron, eran terriblemente banales. Sentí verdadero asco cuando una de ellas comenzó a esnifar unos polvos previamente colocados de manera meticulosa, con una tarjeta de crédito, animada por uno de los hombres que la metía mano por la entrepierna a través del hueco que formaba su vestido. Tuve claro, que no quería pasar ni un segundo más al lado de aquella gente, por lo que ideé una buena excusa para irme de allí. Intentaron convencerme para que me quedara un poco más, pero me sentía hastiada en general y me marché sin dar opción a más palabras.

No podía evitar echar de menos a Jean, a pesar de los halagos, los bailes y la bebida. Pero la fiesta sin él, no era igual, por lo que a eso de las dos de la

madrugada di por concluida la noche. Pedí un taxi que me llevó al hotel. El silencio reinaba en el pasillo de las habitaciones y al pasar por la de Jean, me quedé unos segundos parada frente a ella, pensando qué estaría haciendo en aquel momento. No pensé en entrar, no era el momento. Continué el paso hasta mi habitación y entré dispuesta a descansar.

A la mañana siguiente, cuando me encontraba en una duermevela bastante superficial, oí la puerta cerrarse y haciéndome la dormida agucé el oído para saber de quién podía tratarse. Sin duda aquel aroma pertenecía a él. Abrió las ventanas para descongestionar la humareda aún presente de los cigarros fumados la tarde anterior, y sentí el aire limpio y cálido de aquel mes de junio colarse en la habitación. Se acercó a la cama y sus manos acariciaron despacio mis cabellos esparcidos por la almohada. Después, se dirigió al escritorio donde descansaba el cenicero lleno de colillas y lo vació en la papelera. Se marchó, dejándome el corazón desbocado.

Ocho horas de desfile me esperaban por delante y mañana volaríamos a Milán. Aquello era lo único que me hacía olvidar: desfilas. Sentir todas aquellas miradas a mi paso, todos aquellos *flashes* que luchaban por la mejor foto, me hacía sentir bella, única, especial y segura. Jean no apareció hasta el final, cuando ya habíamos acabado y me cambiaba la ropa para irme.

—Te invito a cenar, ¿te apetece?

—Claro.

Me llevó a un restaurante japonés donde pedimos agua mineral y pescado crudo con arroz, una comida que me resultó tremendamente extraña.

—¿Qué tal anoche? —me preguntó por fin después de que nos hubieran tomado nota.

—Bien.

—¿Lo pasaste bien?

—Sí, muy bien —mentí.

—¿Conociste a mucha gente?

—Bueno, sí, muchas tarjetas, hombres que querían representarme, que querían bailar conmigo... —Él asentía en silencio—. Conocí a una modelo.

—Conocerás a muchas...

—Esta te conocía a ti. —Su semblante cambió y me miró con expresión interrogante—. Helena se llamaba.

—Helena Stone...

—Ni idea de su apellido.

—Sí, seguro que era ella. ¿Qué te dijo?

—Que había estado acostándose contigo mientras la representabas..., hasta que te cansaste de ella.

—Siempre está igual... ¿La creíste?

—¿No debería hacerlo?

—Es una puta cocainómana. Por eso dejé de representarla.

—¿Te acostabas con ella?

—¿Te importa?

—Sí.

—¿Por qué? —Aquella pregunta podía guardar más de una intención, pero no quería poner mis cartas sobre la mesa, no quería que conociera mis verdaderos sentimientos y mis celos de haber sido verdad aquella historia.

—Porque quiero saber qué clase de persona tengo a mi lado —le respondí.

Pareció sorprendido por aquella respuesta, tal vez decepcionado. Después de tantas horas juntos ya comenzaba a percatarme de lo que sentía según lo que su expresivo rostro mostrara.

—De eso hace más de diez años...

—O sea que es verdad —sentí arder mi interior al conocer la verdad de sus labios mientras me lo confirmaba.

—He estado con algunas modelos, pero solo era sexo, tanto para mí como para ellas.

—Me tranquilizas... —dije irónicamente con rabia contenida.

El ambiente se tensó en décimas de segundo, dejando claro que la conversación había tomado unos derroteros que ninguno de los dos deseábamos. Durante unos minutos el silencio nos invadió. Busqué algo que decir, para romper el sentimiento de incomodidad que nos embargaba, pero al final él se me adelantó:

—Has estado fantástica hoy.

—¿Cómo lo sabes? No has estado.

—Estuve todo el tiempo. Entre el público. Igual que ayer —dijo con sus ojos clavados en los míos.

En aquel momento, sentí cómo mi corazón comenzó a bombear más rápido, golpeando mi pecho sin cesar, al comprender que su distanciamiento solo era figurado. Entonces no pude más que hacerle la pregunta que tanto me estaba atormentando.

—¿Por qué me besaste?

—No lo sé. Tal vez por la emoción del momento, era tu debut, nuestro debut —contestó con ambigüedad.

Aquella noche no salimos, después de la cena en la que hablamos del viaje de mañana a Italia donde estaríamos dos semanas, nos fuimos a descansar al hotel.

7

El sol reinaba en Milán provocando un calor asfixiante al que yo no estaba acostumbrada. Los 36 grados que hacía me obligaron a buscar como oasis en el desierto, la sombra.

Esta vez no me hospedé en ningún hotel, lo hice en un piso en el barrio de Corso Como donde vivían otras tres modelos. Jean se alojó en la lujosa casa en las afueras de la ciudad de un amigo de su familia, un afamado diseñador, con el que tuve ocasión de compartir mesa un par de veces durante mi estancia en la ciudad.

Aquí fue donde realmente me despegué en cierto modo de Jean (y él de mí) durante un tiempo y pude hacer más vida social con otras modelos. Al principio me pareció genial la idea de compartir piso con aquellas tres chicas tan simpáticas que me dieron la bienvenida como si me conocieran de toda la vida. Una ilusión nueva me invadió al comprobar que podía hacer amistades entre gente de mi edad y que se encontraban en una situación similar a la mía. Nada más lejos de la realidad, ilusa de mí. Pronto comprobé que sus intenciones para conmigo, no eran como yo esperaba.

—No son tus amigas, ni lo serán jamás. Son tus rivales —me dijo Jean una noche mientras cenábamos en una terraza y yo le comentaba lo amables que estaban siendo conmigo mis compañeras de piso.

En principio, pensé que exageraba, que no eran más que preocupaciones propias de alguien precavido y en cierto modo suspicaz. Pero poco a poco, a medida que pasaban los días en los que compartíamos veinticuatro horas, fui corroborando las siempre acertadas palabras de mi querido *booker*.

Cada una de ellas era un mundo completamente distinto, haberlas metido en el mismo saco hubiera sido injusto tanto para ellas como para mí. Con la que mejor me llevé hasta el final de mi estancia, compartiendo noches de fiesta, tardes de compras, y días de sol y mar, se llamaba Paola y era una italiana bellísima, de grandes ojos negros, muy competitiva y visceral, pero sincera y con unos veintitrés años muy sensatos de los que aprendí mucho. Respecto a María, era una española bulímica con la que viví episodios verdaderamente desagradables. Estaba verdaderamente obsesionada con las calorías de cada cosa que comía. Había momentos en los que se pegaba un

buen atracón, para después provocarse el vómito en el cuarto de baño. Tuvimos muchas discrepancias, tenía un carácter bastante complicado y difícil de llevar. Pero no se lo reprocho, era una enferma que necesitaba una ayuda que su acaudalada y clásica familia no le daba porque no compartían su manera de vivir. Pero con la que tuve verdaderos problemas fue con Anne, una holandesa pelirroja y pecosa, yonqui de no sé qué pastillas para adelgazar, cleptómana y según Jean una zorra acabada que solo conseguía trabajo a base de favores carnales.

Recuerdo como a la semana de mi llegada, cuando aún las tres me parecían encantadoras, me desapareció un bolso de Chanel que la firma me había regalado dos días antes. Todas me lo negaron con vehemencia al preguntarlas y no tuve más remedio, aprovechando una ausencia de las tres, que revisar sus armarios. Anne me lo había robado, lo encontré escondido en una de las maletas que tenía debajo de su cama. Lo dejé estar y nunca le mencioné nada. Decidí que lo mejor sería no provocar un enfrentamiento del que pudiera no salir bien parada. Su egocentrismo y su agresividad no propiciaban diálogos sensatos. Ya me regalarían más. Pero a partir de ahí, cambié mi actitud con todas ellas volviéndome más recelosa y cauta. Con Anne, especialmente.

En Italia tuve la primera proposición indecente, por llamarlo de alguna manera, a bordo del yate de un famoso empresario multimillonario donde fuimos invitadas Paola y yo una noche de fiesta en un club de moda. Jean no estaba invitado, pero un no rotundo por su parte a que yo fuera sin él, a pasar mi fin de semana libre por la costa esmeralda, me hizo replantearme ir.

—¿A caso crees que te invitan para ver tu preciosa cara? No pienso consentir que un viejo baboso se aproveche de ti, no tienes ni idea de lo que esa clase de gente es capaz de hacer.

No, no lo sabía, ni me lo imaginaba. Lo que sabía es que no soportaba estar lejos de él, no soportaba verle triste o enfadado, no soportaba defraudarle... Él, al que debía todo lo bueno que me estaba pasando... Él, por el que mi corazón latía al sentirle cerca. No importó al hombre que me había invitado que fuera acompañada, lo importante era tenerme a mí, por lo que accedió a que Jean también viniera. Todo era una excusa para que aquel multimillonario acostumbrado a conseguir todo, me tuviera en su barco: la invitación de Paola y de otras modelos no eran más que una excusa para una perfecta encerrona. Jean volvió a tener razón.

La noche era perfecta en altamar, la brisa fresca, el oscuro mar en calma,

las risas, la comida, la bebida... y por qué no, el lujo; todo el lujo que nos rodeaba. Era impensable para mí hace tan solo dos semanas estar flotando a bordo de un yate de tan grandiosas características. Veía a Paola totalmente trastornada de felicidad intentar seducir al dueño del barco que solo tenía ojos para mí mientras que Jean ardía por dentro pensando que aquel gordinflón hortera y pedante, podría conseguir lo que él tanto deseaba en silencio, cosa que sé porque hablamos de aquel episodio tiempo después. Yo solo le notaba contrariado e irascible desde que aquella tarde que me bañé en el mar y al subir a bordo, el gordinflón, hortera y pedante, se ofreció a aclararme el pelo con agua dulce de la ducha. Fue amable y le respondí de la misma manera dejándole hacer, ¿debería haberle dicho que me valía yo sola para aclararme el pelo? Yo no lo vi como acto de seducción y mucho menos por mi parte. Jean no lo vio así, tuvo realmente miedo. Ahora recuerdo su cara y no puedo más que reírme, ¿cómo pudo tener celos de aquel hombre?

Cuando todos ya llevaban unas copas de más, incluida yo, y empezaban a retirarse a sus camarotes, uno de los camareros me trajo un cheque en blanco y dejándolo en la mesa donde ya solo quedábamos Jean y yo, desapareció sigilosamente como un gato.

—Estaba claro —dijo mi *booker*.

—¿El qué? —Yo ni siquiera sabía que era un cheque bancario—. ¿Qué es esto?

Cualquiera hubiera pensado que era rematadamente tonta. Pero no, solo era una joven que hacía apenas un mes, vivía ajena al mundo en un régimen comunista; en una pequeña ciudad soviética.

Entonces el millonario gordinflón se acercó a nosotros con una sonrisa extraña en los labios y se sentó frente a mí.

—Tómelo por un regalo, señorita Ivanova. Ponga una cantidad... y yo la trataré con la delicadeza que su belleza merece, es decir, infinita.

En ese momento Jean se levantó violentamente y cogiéndolo por la solapa de la camisa, le izó y le apartó de allí un metro más o menos, pero no lo suficiente como para que no pudiera oír lo que ambos se dijeron. Por un momento pensé en el desastre si Jean le golpeaba. Todo se iría al infierno tan rápido, que mañana no tendría más que recoger mis maletas y volver a Moscú con miles de ilusiones rotas. Pero no ocurrió así.

—Natascha no es como las demás, no tiene precio, no está en venta, no mientras yo sea su representante y pueda evitar que hombres como usted la corrompan con sus manos —dijo mientras le soltaba.

Ambos se midieron con la mirada.

—No la ha disfrutado aún, ¿verdad? —dijo sarcástico sacudiéndose la solapa por la que Jean le había tenido cogido como si tuviera algún bicho indeseable posado—. Solo eso puede persuadir a hombres de su calaña de conseguir una cantidad de dinero por una noche, que ni tan siquiera su querida modelo, ganaría en un año.

Un hombre que parecía de seguridad se acercó hasta ellos preguntando si todo estaba en orden. Yo observaba la escena intranquila, deseando que aquella situación acabara lo antes posible.

—Sí, sí, ya hemos acabado el caballero y yo —dijo el hombre alejándose de allí a paso ligero, para mi alivio.

Jean se encendió un cigarro acercándose a la proa. Se apoyó en la barandilla y observé su cabello revolotear al son del viento. No quería interrumpir sus pensamientos, pero moría por ir corriendo y abrazarlo y besarlo y amarlo... Aquel controvertido episodio, sirvió para que me diera cuenta de cuánto me amaba y cuánto intentaba disimularlo.

Me desperté a altas horas de la madrugada, cuando el alba comenzaba a apuntar en un cielo aún estrellado, porque sentí que alguien salía sigilosamente de mi camarote. Extrañada, me levanté dispuesta a averiguar quién había cruzado el umbral de mi intimidad y por qué. Me puse una bata de raso anudada a la cintura y subí a cubierta donde vi a Jean tumbado en el suelo en el que habíamos tomado el sol horas antes. Miraba al cielo echando bocanadas de humo. Me acerqué y me tumbé a su lado. Encendió otro cigarro y me lo pasó.

—Gracias —le susurré.

Giró su cabeza hacia la mía, nuestros rostros estaban tan juntos que podía sentir su aliento. Nada podía desear más que me besara, ¿por qué no lo hacía? Mi pensamiento lo gritaba. Entonces se acercó un poco más y cuando nuestros labios estaban a punto de rozarse, su cara se alejó de nuevo diciendo:

—Lo siento, no puedo.

Se levantó y se marchó dejándome con un sentimiento de profunda tristeza, ahogada en un llanto enmudecido por el sonido de las olas que chocaban con el casco.

Milán fue la primera ciudad que más o menos conocí a fondo, antes que Moscú y París. Paola me enseñaba todo en los momentos libres que teníamos haciendo de perfecta guía turística, aprovechando que la última semana la pasé sin Jean, que volvió a París para ver cómo mis cuentas iban ganando ceros con

el paso de los días y estudiando diferentes contratos y entrevistas que los harían aumentar aún más. A la vuelta, ya tenía dinero suficiente para comprarme un pequeño apartamento en una buena zona de París. Pero mientras tanto disfrutaba de deliciosos helados italianos en concurridas terrazas, de risas en el parque Sempione, de paseos nocturnos donde los piropos de los aduladores llovían por doquier, de compras en las mejores tiendas...

Sí, reconozco que aún hoy suspiro por las tiendas y el efusivo interés de los dependientes por satisfacerme en todo. Siempre sonrisas y falsas cortesías de aquellos que sabían que compraríamos sendos caprichos sin tan siquiera mirar el precio de la etiqueta. Era un lujo al que muy poca gente podía aspirar. A veces era tan consciente de mi suerte, que la exigencia hacia mí misma por disfrutar cada momento, me provocaba un sentimiento contradictorio de pura insatisfacción.

—Ese *booker* tuyo está completamente enamorado de ti —me soltó Paola la última noche antes de que regresara a París, mientras cenábamos unas apetitosas ostras con vino blanco, en una marisquería.

—¿Por qué piensas eso?

—Por como te mira, por como me dijiste que se puso con aquel tipo del barco...

—Tal vez sí. Pero entonces no entiendo por qué no me dice nada.

—¡Está claro, querida! Su edad, su experiencia, su fama...

—¿Y eso que tiene que ver para que me diga lo que siente?

—Pues porque teme hacerte daño. De todas formas, no le des más vueltas, lo mejor de tu carrera está por llegar y podrás tener al hombre que quieras...

—Paola, lo amo.

—Amarás a tantos... Estás comenzando a vivir, disfruta de lo que la vida te depare, lo que tenga que ser será...

8

París se volvía más y más grande a medida que el avión descendía.

Con mi pesada maleta a cuestas le busqué, entre el gentío que esperaba a sus seres queridos en la puerta de salida. Allí estaba, nuestras miradas se iluminaron al reconocernos y al acercarme tímidamente con mis andares sinuosos de gacela enamorada, nos abrazamos sin palabras.

Nos acercamos hasta el Hotel Crillon, donde de nuevo una habitación me esperaba para los próximos días hasta que emprendiera el siguiente viaje. Allí pude dejar el equipaje, que Jean caballerosamente me subió. Por un momento recordé mi pasado, al ver como un hombre casi desconocido me había dado más cariño y protección, de la que mis padres me hubieran dado nunca y sentí ganas de compartir por primera vez aquellos fantasmas que atormentaban silenciosamente mi alma. Tal vez, eso le ayudara a conocer mi, a veces, circunspecto carácter, muy reacio a hablar de mi vida antes de Moscú y el motivo por el que valoraba tanto cualquier nimio detalle de su parte.

Nos pasamos por la agencia, muy concurrida aquella mañana, y por primera vez, nos reunimos en su despacho. Era una amplia habitación muy luminosa gracias al ventanal que daba a la calle, decorada con grandes fotografías en las paredes y una estantería con libros, carpetas y alguna planta. Me senté frente a él, separados por una gran mesa de madera, como si solamente nos uniera una relación estrictamente profesional, ¿o así era?

—Cambia la cara, tengo muy buenas noticias que darte —comenzó diciendo mientras sacaba de un cajón un sobre que parecía una carta.

—Estoy un poco cansada, es solo eso —me disculpé con aquella benévola mentira.

Le sentía frío y ese era el verdadero motivo por el que no mostraba mi habitual sonrisa. Mientras veníamos en el coche, no me dijo ni una palabra y no pude por menos que pensar que, durante aquella semana separados, hubiera podido replantearse su actitud conmigo, manteniéndola tan amable y cortés, pero también estrictamente profesional.

Pero efectivamente, tenía una noticia que me devolvería la sonrisa para el resto del día. Una carta de Olga me esperaba entre aquellos dedos que tantas noches atrás había deseado sentir en mi piel. Grité de alegría mientras rasgaba

el sobre, desplegando la hoja que leí con avidez. Me contaba su semana en la dacha que tenían sus padres en Crimea, sus ganas de comenzar el nuevo curso, la felicidad que le reportaba imaginar la suerte por fin sonriéndome y la triste imposibilidad de vernos en los próximos meses. El dinero que invertía en la universidad y en el alquiler del piso, le impedía poder comprar un billete para viajar a Europa. Pero no importaba, nos escribiríamos, ya habíamos pasado por esto antes, aunque ahora fueran miles de kilómetros de diferencia. La verdadera amistad nada puede romperla.

Las noticias de mi amiga, despertaron en Jean curiosidad sobre un pasado.

—¿Echas de menos Rusia?

—La verdad es que no.

—Moscú es una ciudad preciosa.

—Sí, lo es. Pero no es un lugar en el que haya sido demasiado feliz...

—Nunca me has contado nada sobre tu familia.

—Están muertos —solté sin más.

Tan pronto comenzó la conversación, me arrepentí de la idea de compartir con él mi dolor. Enterrar el pasado, sería el primer paso para olvidar aquello que ya no tenía sentido en mi presente.

—Lo siento, ha debido ser duro...

—No lo sientas —le interrumpí—. Y sí, duro, pero no quiero que me compadezcas.

—No lo hago. Todos tenemos un destino escrito y el tuyo lleva la palabra éxito. Por cierto —dijo mientras sacaba unas fotos del cajón y las posaba sobre la mesa—, las fotos que hicimos en el estudio han quedado espectaculares. Estás increíble. Échales un vistazo —dijo acercándomelas.

Me veía tan guapa, tan hermosa y profesional en mis poses que por unos momentos no me reconocía en aquel entramado de fotografías que formarían lo que toda modelo necesitaba para trabajar: un *book*.

—Hiciste un gran trabajo —le dije complacida por el resultado.

—Lo hicimos juntos.

Sí, los dos formábamos un buen equipo. Nos compenetrábamos muy bien trabajando juntos y gracias a eso, el resultado era perfecto.

Dejamos atrás las formalidades que parecíamos tener en el despacho y nos fuimos a comer para continuar tratando sobre temas laborales y económicos, pero en un ambiente más distendido.

—Te traje a la agencia porque quería enseñarte las fotografías —aclaró

mientras salíamos a la calle—. Hubiera preferido llevarte a cualquier otro sitio.

—¿Para hablar de trabajo?

—Para hablar de lo que sea..., aunque estuve repasando tus cuentas y quería comentarte algo que he estado pensando.

Entramos en el restaurante dejando la conversación en un punto que me intranquilizó. ¿Qué habría estado pensando? El *maître* nos acompañó a una mesa y a continuación nos dejó las cartas. No me molesté en abrirla, ya me estaba acostumbrando a las nuevas y exigentes reglas impuestas, o por lo menos lo intentaba. Para no variar, pidió algo ligero para mí: ensalada, pescado a la plancha y agua mineral sin gas. No me era difícil comer poco, en más de una ocasión tuve que hacer dieta forzosa en casa de mis padres. Lo que realmente me resultaba difícil, era tener dinero y estar pasando hambre. Después de que nos trajeran los primeros platos, al ver que no dejaba los temas banales, le pregunté:

—¿Qué era eso que me querías comentar?

—Tal vez deberías replantearte no gastar tanto en tiendas de marca —me soltó de golpe—. Si ahorras un poco, aprovechando lo que las firmas te prestan y regalan, en pocos meses tendrías el dinero suficiente para comprarte un bonito apartamento, aquí en París.

«Comprarme un apartamento», repetí en mi pensamiento. Jamás había pensado algo así, ni tan siquiera me lo había planteado. En la Unión Soviética nadie tenía nada. Todo pertenecía al Estado, por eso aquella idea de ser la propietaria única de algo, se me antojó como una utopía en aquellos momentos. Pero claro, aquí no había comunismo. Esto era París, la ciudad del lujo y el glamour, la cuna del *prêt-à-porter*.

La moda movía millones y millones de francos al año en Francia. El nuevo boom, que desde los años cincuenta estaba extendiéndose a lo largo del mundo capitalista, conocido como *prêt-à-porter*, llevaba tiempo desbancando a la alta costura. Se buscaba un tipo de diseño más cómodo y que sirviera para llevarlo en toda ocasión. Esto dotó a Francia de cuantiosas ganancias económicas, gracias a las innumerables exportaciones de diseños de las mejores casas de lujo. Nombres como Giorgio Armani, Oscar de la Renta o Gianni Versace destacaban especialmente en estos años, para los cuales trabajé asiduamente, sobretodo en mis comienzos.

Los 70 en Europa no solo significaron una década de cambios políticos y sociales, también resurgió una nueva manera de ver la moda y la estética que

distaban mucho de lo que yo hasta ahora había conocido.

Rusia estaba muy lejos de todo eso. Desde los años 60 se vivía en un estancamiento generalizado y solo gracias a Viacheslav Zaitsev, un famoso diseñador ruso que trabajó para la casa de modelos de la URSS, conocí algo del mundo exterior, de Occidente. Ahí comenzó mi atracción por aquel mundo donde los *flashes* y las portadas, inundaban mis sueños de temprana juventud.

Mis compatriotas tendrían que esperar a que Gorbachov —un político actualmente en la sombra—, apareciera años después (1985) para hacerse con el poder introduciendo nuevos aires de libertad. Esto significaría una nueva ley que permitiría la propiedad privada, mayor libertad de prensa y la liberación de presos políticos. Hasta entonces, algo que en Francia se consideraba perfectamente plausible, para nosotros solo eran utopías propias de otro mundo.

Durante los meses siguientes, mientras desfilaba en Italia, España, Suiza y Bélgica, Tokio y Nueva York, tuve muy presentes las palabras de mi representante. Luché por apartar de mis prioridades ciertos lujos y conseguí centrarme en mi objetivo. Después de casi un año trabajando sin parar y con el poco tiempo libre ocupándolo en descansar, regresé a París y compré un bonito apartamento donde me instalé. Lo diseñé a mi manera, a pesar de la insistencia de Jean por contratar un decorador. Una semana después, me ofrecían una cuantiosa cifra por hacer un reportaje fotográfico en mi nuevo hogar. Jean cerró el trato y en un mes, mi recién estrenado apartamento, estaba en las revistas de tirada nacional de todo el país.

Pero mi representante ambicionaba más cosas para mí. Aquella comida todavía no había acabado y aún quedaba otra propuesta antes de pasar a otros temas más triviales.

—También creo que deberías ir pensando en sacarte el carnet de conducir.

—Jean, ¿crees que me sobra tiempo para eso?

—Podrías estudiar en los descansos de los desfiles, entre pase y pase hay tiempo de sobra para ir preparándote el teórico.

Jean y sus consejos siempre tan acertados. No perdí mucho tiempo en decidirme y apuntarme a una autoescuela pocos días después.

Después de eso, la conversación cambió a otros derroteros aparcando aquellos consejos que parecía haber estado «estudiando» toda la semana. Ya en el postre, le conté como me había ido durante el tiempo que había estado sola en Milán.

—Me alegro de que lo pasarás bien con Paola, no la conozco demasiado así que no te puedo dar mi opinión. De todas formas, ella estaba en el momento oportuno para hacerte más llevadera la soledad.

—No tengo miedo a la soledad, a veces no es tan mala compañera.

—Tú lo has dicho, a veces. Cuando nosotros la elegimos a ella, no cuando ella es la que nos elige.

—De todas formas, paso muy pocas horas sola. Siempre estoy rodeada de mucha gente.

—Son como pequeños mosquitos. Acuden a la luz..., y tú lo eres en este momento. Tendrás que tener cuidado porque como buenos mosquitos, algunos querrán chuparte la sangre. Pero de eso, ya irás dándote cuenta.

Me acuerdo cómo conocí al presidente de una cadena de televisión francesa, que me abriría las puertas del mundo televisivo años después, del encuentro donde nos conocimos. Fue de pura casualidad, una noche cualquiera de entretenida cena y verborrea fácil entre Jean y yo. Comenzábamos a disfrutar de unas riquísimas crepes que nos trajeron como postre, cuando un hombre ya entrecano acompañado de una elegante mujer de su misma edad, se acercó a saludar efusivamente a mi querido representante. Parecían conocerse bien y gratamente, pues no duraron en sentarse con nosotros acompañándonos con aquellos dulces que nos habíamos permitido comer después de aquellas tres semanas de frenético trabajo con su correspondiente exhaustiva dieta. El resto de la velada lo pasé sin entender prácticamente nada. El matrimonio no hablaba inglés, para mi consternación. Y se limitaron a mantenerme al margen de sus asuntos hablando en un francés que yo aún no comprendía. Fue muy violento para mí, pero intentaba distraerme observando a Jean: sus gestos, sus manos de manicura cuidada, su brillante pelo, su mirada audaz de ojos azules y su, para mí, seductora sonrisa que estuvo permanente en aquella distendida velada, donde el champán y las volátiles partículas de humo de tabaco impregnaban el ambiente. La noche continuó para nosotros dos, tan pronto como nuestros recientes acompañantes se retiraron a su casa. Fuimos a un local cercano donde bailamos hasta altas horas de la madrugada. Parecía como si ambos quisiéramos parar el tiempo, como si deseáramos que aquellos sutiles roces de nuestros cuerpos al moverse al compás de la música permanecieran por siempre impregnados de aquella fuerte carga sexual que nos embargaba.

Me acompañó como siempre hasta mi habitación en el Crillon hacia donde nos acercamos en silencio a través del suelo enmoquetado. Pero esta

vez, para mi sorpresa, no se quedó en el umbral de la puerta dispuesto a marcharse para dejarme en la soledad de aquella enorme cama. Esta vez entró tras de mí y cerró la puerta. Nuestras miradas permanecieron clavadas la una en la otra durante unos segundos que se me hicieron eternos. Se acercó a mí, despacio. Yo permanecía de pie en un estado en el que el deseo y el miedo luchaban por imponerse en mi interior. Me sentí temblar cuando en la semipenumbra, tan solo con la iluminación que se colaba por la ventana procedente del sutil alumbramiento de las calles, le tuve enfrente, a escasos centímetros. Su rostro se acercó al mío, y cuando me di cuenta estábamos besándonos. Suave al principio, aumentando el ritmo después. Me atrajo hacia él cogiéndome de la cintura como si no existiera nadie más en aquel mundo que habíamos creado exclusivamente para nosotros. Sentí su aroma, su cuerpo pegado al mío, sus ardientes labios... y aquellos dedos que me desvistieron en un silencio lento del que ansiaba saborear cada instante. A medida que una prenda caía al suelo y una parte de nuestro cuerpo se quedaba desnuda, un incontrolable deseo se iba apoderando de mí sin remedio. Aquella excitación que sentía solo la pudo sofocar un sinfín de besos y caricias que recorrieron cada rincón de mi piel inexperta, mientras nuestros dedos entrelazados en las revueltas sábanas, parecían querer transmitir todo el amor que la fiebre del placer provocaba en nuestras entrañas dispuestas para el éxtasis.

9

El reloj aún no marcaba las ocho de la mañana y el calor ya era insoportable en Barcelona. Eso me dificultó bastante las cosas en mi primer desfile en exterior. Mi rostro sudaba continuamente, mi pelo siempre liso, se encrespaba, mis piernas después de cinco horas de pie subiendo y bajando las escaleras del parque Güell, con aquellos tacones de quince centímetros, se sentían pesadas y mis pies gritaban por un descanso que no llegaba. Todas parecían estar pasando por lo mismo, pero nadie se quejaba. Nos limitábamos a dar lo mejor de nosotras mismas. Aun así, no podía evitar sentir unos inmensos deseos de acabar y poder ir al hotel para quitarme aquel incómodo sudor que impregnaba mi piel, bajo una ducha de agua fría. Jean era el único consciente de mi incomodidad. Me conocía lo suficiente como para percatarse de que mis contadas sonrisas imprescindibles, eran fruto de una impaciencia bien disfrazada.

—Te tengo concertada una cita con la masajista del hotel para dentro de una hora —me animó Jean en un momento en el que me pude acercar a él.

Esa idea me dio fuerza para rematar el trabajo con la misma profesionalidad con la que lo había comenzado.

Efectivamente, como nos habían dicho, a las once y media de la mañana dieron por finalizado aquel desfile. La luz, demasiado fuerte, ya no era propicia para unas buenas fotografías y yo en mi interior, agradecí que así fuera.

Volvimos al hotel donde pude darme una rápida ducha antes de bajar al *spa*. Allí pude relajarme gracias a los masajes que una chica de más o menos mi edad, me dio en mis doloridas piernas.

Después de comer y descansar en la habitación durante las horas de más calor, aprovechamos la tarde para disfrutar de la playa. Había mucha gente a nuestro alrededor. Eso hizo que nos sintiéramos unos turistas más, bajo aquel montón de sombrillas que nos rodeaban. Pero para los *paparazzis* nunca seríamos unos más. Continuamente en el punto de mira, no descansaban en su empeño de fotografiarnos a la menor oportunidad, y aquella tarde fue una ocasión perfecta.

Las fotos vieron la luz a la semana siguiente, marcando las portadas de las

revistas españolas del corazón, con un gran titular que decía: «Fotos que confirman el romance entre la modelo rusa y el fotógrafo francés».

Jean pudo hacerse con una revista que ojeé con curiosidad, ya en mi apartamento de París. No entendía lo que estaba escrito, mejor así, porque ya bastante sorpresa me llevé al ver el amplio reportaje del interior: fotografías en la playa, cenando, paseando abrazados, besándonos, riendo, bailando en un club... Se me hacía bastante difícil comprender por qué mi vida de pronto suscitaba tanto interés y el sentimiento no fue muy agradable.

—Es el precio, Natascha.

—Pero me duele que la gente opine sobre mí, sobre nosotros, no saben nada —dije sosteniendo una de esas revistas en las que me ponían como una más en la lista del seductor francés—. Me insultan indirectamente, Jean. Gente que ni tan siquiera me conoce.

—Tú eres mi mujer, aunque no sea con papeles de por medio. Te quiero, ¿qué más da lo demás? —me dijo mientras me daba un pequeño beso—. Y no quiero vivir ni un segundo de mi vida si no es a tu lado, ¿lo entiendes?

—Jean...

—¿Dudas de lo que te digo?

—Lo único que sé es que te quiero, bésame, Jean, bésame...

Y no pude hacer nada para no verme arrastrada hacia la cama, por aquel aroma embriagador de palabras susurrantes y caricias aterciopeladas...

Mi primera estancia en España, salvo por aquella prensa que pronto empecé a odiar, fue de cuento de hadas. Barcelona me dio románticos paseos en el laberinto de Horta y cenas a la luz de las velas en concurridas terrazas. Madrid también me hizo disfrutar con su parque del Retiro y aquel rincón conocido como La Rosaleda donde frondosas rosas de variados colores, parecían haber sido aromatizadas para enamorar a los presentes.

San Sebastián, donde tomamos un rico vino contemplando el mar romper en las rocas a escasos metros, o el monte Igueldo y sus inolvidables vistas, al que accedimos gracias a un funicular que compartimos con otros turistas.

El trabajo fue arduo aquellos días, no solo fueron paseos y cenas románticas a la luz de la luna, también hubo muchos madrugones para pillar la buena luz del amanecer, con horas en la misma postura, llevando trajes de chaqueta y abrigos de la próxima temporada a treinta y cinco grados, y haciendo pequeños parones para sofocar mi acuciante sed. Pero todo aquello merecía la pena por ver a Jean admirándome y amándome en una justa distancia mientras disfrutaba de mi trabajo. Era increíble poder compartir los

mejores momentos de mi vida con él, era increíble que mi éxito fuera el suyo, era increíble no tener que soñar, porque no había nada que pudiera superar la realidad que estaba viviendo.

Pasaría el fin del verano en Nueva York, más concretamente, dos días en los que me tendría que enfrentar sola a mi primera entrevista para una revista. Era ni más ni menos, *Vanity Fair*. Y aunque Jean ya se había encargado de insuflarme los correspondientes ánimos, incluso en el aeropuerto antes de embarcar, no podía dejar de sentir aquella inseguridad que siempre me embargaba cuando no estaba subida a una pasarela.

El viaje se me hizo eterno, aunque terminaría acostumbrándome a la cantidad de horas de vuelo que conllevaría cruzar el Atlántico. Dos o tres tazas de tila me transportaron a una duermevela totalmente necesaria, aunque también tuve tiempo de ojear alguna que otra revista y pensar mientras miraba a través de la ventanilla el infinito color azul bajo nosotros. Pensar en cosas irrelevantes que mejor hubieran estado en el lugar llamado olvido, como mis padres, por ejemplo. ¿Cómo podía llegar a ser tan estúpida de pensar que con mi actual situación económica podría ayudarles..., ayudarles a mejorar su decadente hogar, su calidad de vida, su mísera alimentación a base de tubérculos varios... después de todo lo que me habían hecho sufrir? Es complicado de explicar, la mayoría de las personas me considerarían despiadada, egoísta y mala hija por arrepentirme de inmediato ante cualquier pensamiento de generosidad hacia mis progenitores, que pasaba por mi cabeza atestándola a continuación por un odio acérrimo que rallaba lo enfermizo. A mí me había tocado nacer, crecer, vivir... en una familia donde lo más amable que podían transmitirme era un silencio que aunque apuñalaba mi alma día tras día, como bien provoca la indiferencia de quienes queremos, podía sobrellevarlo con la autodefensa que la mente, sabia por naturaleza, nos manifiesta en momentos clave de una vida no siempre de color de rosa. Por eso, decidí no ayudarles nunca, no visitarles nunca, cumpliendo la promesa de que todo aquello quedara enterrado, si no, en mi memoria, pues aquello no podía evitarlo a mi pesar, sí en mi vida, como bien me dije a mi misma aquella mañana en la que esperaba un autobús de futuro incierto a la capital, cuando el alba rayaba el horizonte. Todo esto, no sé aún como fue filtrado por la prensa sensacionalista, pero en la cúspide de mi carrera, lograrían entre todos aquellos que decían llamarse periodistas destruir por unos cuantos centavos, la imagen perfecta que tanto me esforcé en cultivar. «Natascha, de niña infeliz en el campo a exitosa modelo en las pasarelas de todo el mundo» o «el pasado

oscuro de una modelo», o el que más dañino me pareció «La verdadera soledad de una modelo de alta costura sin familia». Así muchos titulares más, que pude sobrellevar de la mejor manera posible gracias a unos tranquilizantes, que recetados por, en principio, mi médico, se convertirían en mi primera válvula de escape cuando Jean dejó de serlo.

No así actué con Nil y Galina que siempre amorosos y considerados, me dieron el empujón definitivo que ignorado por nosotros, me llevaría al absoluto éxito. Ellos sí que recibirían cuantiosas sumas de dinero de cuando en cuando que aumentaron con la caída del régimen comunista años después, permitiéndoles pasar una vejez holgada y adquirir una bonita dacha en Suzdal, nuestra ciudad natal. Hoy en día es un lugar muy visitado por turistas ya que cuenta con numerosas iglesias y monasterios ejemplificando la antigua arquitectura rusa. Todavía tardaría mucho en verles, pasarían algunos años hasta que volviera a poner pie en tierra moscovita, pero siempre estuvieron en mi corazón. Y con ellos, Olga, que gracias a que al acabar medicina viajaría a Europa, más concretamente, a Londres, donde residiría, se nos hizo mucho más factible mantener un contacto y vernos a menudo, sobretodo en una etapa en concreto en la que cambié de residencia a la capital inglesa.

Terminé vencida por un sueño intermitente, más ocasionado por el aburrimiento que por el cansancio... y me perdí ver desde lo alto, la ciudad de los rascacielos iluminada por un sol que asomando tímidamente en el horizonte, anunciaba la llegada de un nuevo día.

10

Nueva York era una ciudad que respiraba por sí misma como animal en la sombra. Salvaje, a pesar de que a simple vista parecía un lugar tranquilo en aquellas calles del Upper East Side. Prometía no serlo tanto en el resto de distritos, donde la verdadera bestia salía de su guarida de tanto en tanto, para dejar su huella de crímenes, drogas y prostitución en aquellos años de finales de los 70. Jamás me dejé caer por lugares como el Bronx, Brooklyn o Harlem. Siempre estuve advertida, cuando no mi intuición sentía el ir y venir de trenes llenos de aquel arte que tanto se popularizó en aquellos años, el grafiti, procedentes de la diversidad de grupos pandilleros de los barrios menos favorecidos.

Ajena a toda la libertad de la que de repente me vi rodeada en aquella ciudad, me dirigí por la quinta avenida a la oficina donde *Vanity Fair* tenía su central, después de haber llamado a Jean desde el hotel para informarle de que todo el viaje había ido sin contratiempos. Se trataba de un edificio majestuoso de ochenta plantas, donde una vez arriba, me dejé enamorar unos minutos por aquella visión, mientras esperaba a Sarah Parks, la periodista con la que Jean había acordado la entrevista.

Fueron agotadoras las horas de posados con aquel fotógrafo incansable que me repetía en cada disparo lo bella que era. La maquilladora y el peluquero que me transformaron a su antojo en varias ocasiones, hicieron un trabajo increíble. Recuerdo los litros de laca que utilizaron para cardar mi cabello a la moda y las capas de maquillaje que utilizaron, mientras la periodista me formulaba de cuando en cuando preguntas absurdas sobre cómo había llegado a donde estaba o como era el famoso Jean en la cercanía, pareciendo más preguntas propias de curiosidad personal que para los posibles lectores de aquella célebre revista. Meses después cuando pude hacerme con un ejemplar del *Vanity Fair* con el que abriría la veda de las decenas de portadas que llegué a protagonizar en mi carrera, pude comprobar que tan solo cuatro preguntas habían sido publicadas.

A la mañana siguiente, la sesión fotográfica continuó en pleno Times Square para el asombro de los viandantes que por allí pasaban. Muchos de ellos se paraban para observarnos. Pero yo estaba concentrada en el trabajo,

cuando no tenía el pensamiento con Jean, al que echaba muchísimo de menos. Contaba las horas para verle, para olerle, para escuchar su voz, para tocarle y sentirle... aún quedaban cerca de diez horas para ello, pues nada más acabar las fotografías tendría que coger un avión para Los Ángeles, donde nos encontraríamos. Aquella primera vez en Nueva York, todavía no me dejaría ver por los clubs de moda, aún tenía que terminar de alcanzar la cumbre de un éxito que convertiría un robado mío en Studio 54 en el sueño de cualquier paparazzi que quisiera hacerse un hueco en aquel mundo tan competitivo en el que se encontraban. Este fue tan solo un viaje relámpago en el que aunque mi presencia había cruzado el Atlántico, mi espíritu seguía en París, con aquel hombre que había dado sentido a las palabras apego, amor, deseo, amistad, respeto... a una vida de intensa soledad donde todo aquello solo pude soñarlo de tanto en tanto, cuando a escondidas me bañaba en las cristalinas y frías aguas de aquel río que cruzaba la pequeña ciudad que me vio nacer.

Los Ángeles, Sidney y Tokio fueron las siguientes paradas antes de volver a París, tres meses después. Fueron días muy intensos, de noches largas y pocas horas de sueño, donde me fui haciendo un hueco entre la élite de la moda como futura promesa. Mi contrato millonario con la importante firma que representé durante aquel año, solo sería un trampolín para lo que vendría después, pues muchos otros famosos diseñadores y fotógrafos posarían sus ojos en mí para sus futuras campañas.

Por aquel entonces, no terminaba de encajar del todo la fama repentina y eso me hacía vivir en una nube continua. Horas de ensayos, simpatías, fiestas, alcohol, desfiles, carísimos regalos, fotografías, buenos contactos, hoteles de lujo..., y con Jean no siempre a mi lado para hacerme tocar el suelo —como ocurrió durante mi estancia en Tokio— me hacían no asimilar del todo la realidad en la que me encontraba.

En un mundo en el que era muy necesario alcanzar el equilibrio mental y físico para poder sobrellevar todo aquello sin enloquecer, era primordial una buena dosis de cordura, madurez y fortaleza mental que yo no tenía. Esto, durante mi primer año como modelo, parecía carecer de suficiente importancia porque lo sustituía con una ambición silenciosa y un poderoso sentido del sacrificio y del trabajo. Pero más adelante, con el paso de los años viviendo a ese frenético ritmo, mi mente se vería perjudicada a unos niveles que me condujeron a buscar en ciertas sustancias, lo que no podía conseguir por mí misma.

Los siete años siguientes que comprendieron desde 1975 hasta 1982, fueron los mejores de mi vida. Cosa que no he sabido apreciar realmente hasta hace relativamente poco, cuando sé que todo aquello perteneció un vez a una vida pasada en la que todo era perfecto. Una vida en la que una vez que conoces el éxito, todo cambia, todo se vuelve accesible y todo se vuelve posible.

Después de dos años de relación con Jean me mudé a vivir a su hermoso apartamento, aunque seguí manteniendo el mío, que sirvió para hospedar a Olga en sus visitas a la capital francesa. Ya que nuestra relación iba en ascenso, como mi carrera y por consiguiente, la suya, decidimos dar un paso más e irnos a vivir juntos. Fue una decisión acertada en un principio, aunque más adelante terminaría pasándonos factura: veinticuatro horas al día unidos, era demasiado incluso para nosotros, que creíamos nuestro amor a prueba de bombas.

Pero hasta que ese momento llegara, disfrutamos de muchas noches sin dormir, amándonos, deseándonos y susurrándonos palabras de amor entre aquellas sábanas que tanto me vieron gozar. Teníamos un *feeling* especial que nos hacía saber qué pensaba el otro en cada instante o como íbamos a actuar según el momento, también nos ayudó a eso las horas que pasábamos juntos, que eran muchas. Conocerle en profundidad fue todo un descubrimiento: no solo era guapo, elegante y educado —eso saltaba a la vista—. Era un hombre que no menospreciaba la inteligencia de una mujer por ser hermosa, como tantos otros que había conocido (y conocería), tampoco le parecía mal el concepto de mujer como ser independiente, cosa que me llamó poderosamente la atención, sobretodo porque yo venía de una cultura muy machista. Era culto, algo bohemio y con una sensibilidad especial para todo lo relacionado con lo que fuera crear e inventar. Gracias a él pude codearme con gente muy importante, no solo del mundo de la moda, sino también del arte y la cultura. Cuando teníamos oportunidad, visitábamos museos, íbamos a conciertos de música clásica o a exposiciones de fotografía donde pude aprender a disfrutar de otros tipos de belleza y a enriquecerme como persona, más allá de la superficialidad que rodeaba nuestro mundo.

Con el paso de los meses y trabajando duro, pude adquirir una bonita villa de la que me enamoré en uno de nuestros viajes a Niza. Recuerdo como me paré a observarla la primera vez. Me llamó la atención ver todas esas enredaderas ascender por aquella fachada de ladrillo y la situación privilegiada en que se encontraba. Era una casa con grandes ventanales que permitían entrar toda la luz del día en todas sus estancias, mientras podías observar el mar desde cualquiera de ellos. Allí comenzamos a veranear y a refugiarnos de la vorágine de nuestro mundo siempre que teníamos algunos días libres, cosa que no se daba muy a menudo, donde aprovechábamos para leer o nadar a primeras horas de la mañana. También me gustaba tomar el sol, pero era algo que hacía con mucha prudencia, sobre todo después de aquella vez en la que me puse roja como un cangrejo. Entonces Jean, ya solo me permitió hacerlo a primera hora de la mañana o a última de la tarde, cuando los rayos perdían fuerza.

Nuestros paseos por la orilla del mar al anochecer con la luna como único testigo, nuestros baños desnudos en las aguas cristalinas en los meses de verano, los desayunos en la cama, su opinión sobre qué vestido me iría mejor para tal cena, fiesta, cóctel... Le amaba con todo el alma, amaba la moda incluso más, pero todo aquello lo destruirían mis adicciones. Sí, la maldita droga que un día entró en mi vida

Todo comenzó un día de primavera del año 1985, cuando la divinidad se convirtió en un estilo de vida para mí. Yo estaba en la cumbre, codiciada por los mejores modistos, viajando por el mundo entero, a cualquier fiesta que se terciaba yo estaba invitada, cualquier local que yo pisaba, cobraba inmediata fama convirtiéndose en el lugar de moda del momento, cualquier vestido, traje de chaqueta o bikini que yo llevaba se agotaba en las tiendas, cualquier movimiento en falso por mi parte estaba en el punto de mira, pues los *paparazzis* por aquella época, me acechaban noche y día esperando el escándalo que un día no muy lejano llegó, y por el que las revistas pagarían millones por ser la publicación que se hiciera con la noticia en exclusiva, como arañas agazapadas esperando ver la mosca caer atrapada en su tela...; así lo sentí yo. La moda podía ser un mundo mágico, donde los sueños no se tambalean y el cielo no oscurecía, pero la realidad era otra.

La presión fue mucha llegados a determinado punto, era algo que no compartía con Jean, nunca llegué a comentarle ciertas cosas que atormentaban mi orgullosa y sensible alma. Quería ser perfecta para todos, incluso para él, mostrando en todo momento que mi ser estaba por encima de cualquier

contratiempo. Siempre me mostraba alegre, coqueta, bien vestida, resuelta y discreta, y la elegancia en mis modales me acompañaba hasta durmiendo, autoexigiéndome las veinticuatro horas, llegándome a olvidar de que simplemente era una mujer de carne y hueso, no aquella diosa que todos querían ver, y a cuya idea sucumbí durante un tiempo determinado. También se juntó mi lucha constante por conseguir el respeto más allá de mi belleza. En ocasiones me dolía sentir cómo por el hecho de ser guapa tenía que demostrar el doble que el resto. Tampoco es que fuera muy inteligente, pero de ahí a ser tonta había un pequeño abismo con el que tuve que lidiar en más de una ocasión ante algún comentario desafortunado o tal vez, de secreta envidia. Por mucho que Jean se preocupó por darme una cultura que no tenía y rápido aprendí con su ayuda, el estigma siempre estuvo presente, provocando en según qué lugares, gente reacia a relacionarse con una mujer que se ganaba la vida como modelo.

Todas esas cosas, día tras día me iban consumiendo de tal manera, que llegué a acudir a un médico a escondidas, con peluca y gafas de sol incluidas, para que me recetara tranquilizantes a los que me hice adicta más pronto que tarde, y con el que hablaba sobre aquellos traumas que, escondidos en mi alma, se hacían presentes con determinados comportamientos que fueron aflorando en mi vida. Siempre insuperable, porque un error me podía hacer caer estrepitosamente ante todos aquellos ojos que me admiraban y envidiaban, que me alababan y criticaban a partes iguales.

Aquella noche fui con Olga, que ya trabajaba en una clínica de Londres, a un concierto de un grupo de *rock* que parecía estar en boca de todos los ingleses desde hacía unos meses. Eran The Black Roses, pero yo aún no había tenido el gusto ni de oírlos, ni de verlos, tampoco me interesaba aquel tipo de música. Mi amiga me convenció para que fuera con ella pues yo en aquel tiempo no salía por aquel tipo de lugares, tenía demasiado trabajo aquí y allá, y lo único que deseaba era compartir con Jean el poco tiempo libre que teníamos para estar a solas en el calor de nuestro hogar. Así que después de una jornada de trabajo en París, sin tan siquiera pasar por casa para cambiarme de ropa o asearme, cogí un avión y me planté en la puerta de su casa poco antes de la hora en que comenzaba el concierto. La esperé unos minutos a que bajara, para a continuación dirigirnos a Hyde Park con ganas de pasarlo bien, en la zona vip donde teníamos nuestras localidades.

Para mi sorpresa, no tardé en verme bailando aquella música con copa y cigarro en mano. Realmente eran buenos y pude corroborar que el éxito que estaban teniendo con su segundo disco, era del todo merecido. La voz del

cantante me encantó desde el primer momento y su energía me cautivó a medida que le fui viendo moverse de un lado a otro en aquel enorme escenario donde parecía sentirse como pez en el agua. Tenían un carisma que atrapaba con aquel *look* que se me antojaba tan extravagante, llenos de tatuajes, cadenas y pelos largos perfectamente despeinados. Pero lejos de hacerme sentir desagrado por aquel tipo de individuos tan diferentes a los *snoobs* con los que yo me relacionaba a diario, sentí una inmensa atracción que aumentó horas después cuando pude conocerlos personalmente.

—Es increíble, ¿verdad?

—¿El qué? —le pregunté sin saber muy bien a que se refería.

—¡A que podremos conocerlos en persona en su camerino! ¡Michael Hunter en persona!

—¿En serio?

—Sí, un paciente trabaja en la discográfica y me ha dicho que podremos pasar sin problema, que él se encargaba. ¿No es fantástico?

Sí, era fantástico... The Black Roses aún estaban empezando, llegarían a ser famosos mundialmente, y yo llegaría a vivir ese éxito muy de cerca, aunque en aquel momento, no lo imaginaba ni remotamente.

Nunca en mi vida había estado ante un hombre tan *sexy*, Michael Hunter irradiaba sexo por cada poro de su piel. Era alto, delgado, con pelo oscuro ondulado a la altura de los hombros y ojos penetrantes que invitaban a querer conocer sus más íntimos secretos. Era simpático y con un don especial para las mujeres, que parecían derretirse a su paso, incluida Olga, pero él ya había posado sus ojos en mí y aquella misma noche, después del concierto, nos invitaron a una fiesta privada donde poco a poco fue conquistándome con su terrible simpatía y encanto, aunque para mi desilusión no tardó en marcharse, con una chica que parecía estar dispuesta a darle sexo fácil.

Pero él, Michael Hunter, por lo que supe después, me tendría muy presente en su cabeza, hasta que volviéramos a coincidir.

No tardamos en irnos, a pesar de que los demás miembros del grupo nos incitaron a quedarnos. Pero la cocaína empezó a hacerse presente en finas líneas de polvo blanco formadas en el cristal de la mesa donde reposaban nuestras bebidas y comprendí que ya no había ningún interés por mi parte a continuar en aquel lugar y con aquella gente que distaba tanto de mí.

Esa noche, en la soledad de mi habitación del Mandarin Oriental Hyde Park, lloré amargamente. Me sentía profundamente mal, traidora de mí misma aun sin haber hecho nada políticamente incorrecto, pero aquel hombre me

había borrado a Jean por unas horas de la mente y un horrible sentimiento de angustia me tuvo en vela hasta que me decidí a tomar una de esas pastillas que ayudaban a dormir.

Desperté con una aguda resaca imposible de mitigar, como prelude de un huracán que se aproximaba dispuesto a remover los más profundos cimientos de mi existencia.

12

Al aterrizar en París, la noche ya se había adueñado de la ciudad. Me extrañó que Jean no hubiera venido a buscarme al aeropuerto como siempre hacía, pero en seguida pensé que no habría podido por alguna razón y no le di más importancia. Cogí un taxi y observé las calles y avenidas a través de la ventanilla del asiento trasero mientras mis pensamientos rememoraban los acontecimientos de la pasada noche. Mi mente voló hacia aquel cantante de ondulados rizos negros..., y me obligué a parar aquel pensamiento, para centrarme en las ganas que tenía de ver a Jean, de besarle y dormir acurrucada a su lado. Yo le pertenecía y el resto no era más que fantasías, ¿o no? De todas formas no le volvería a ver, sería fácil hacer como que nunca le hubiera conocido. En una semana ya no existiría para mí y yo seguiría con mi vida de siempre..., pero el destino a veces podía llegar a ser muy caprichoso. La casa estaba sumida en una penumbra densa, provocada por un ambiente cargado de humo y de mala ventilación. Una luz tenue procedente del salón me hizo encaminarme hacia allí, donde pude ver a un Jean hasta entonces desconocido para mí. No me miró tan siquiera, continuó bebiendo aquella copa de *whisky* procedente de una botella que reposaba a su lado casi vacía. Estaba tirado en el sillón que le permitía tener su vista y pensamiento muy lejos de allí gracias al enorme ventanal. Tenía un aspecto deplorable y me asusté sin entender que podía haber sido la causa de aquello.

—¿Qué te pasa? —dije con miedo de acercarme demasiado.

Entonces cogió una revista de edición diaria y la tiró a mis pies sin más, sin dejar de mirar al exterior como si con su mirada lejos de allí demostrara en cierta manera como deseaba escapar del tormento que le ocasionaba en esos momentos mi presencia. Sin entender, me agaché y cogí la revista y vi su portada.

«La reina de las pasarelas se divierte con el “chico malo” del *rock* Michael Hunter», citaba la publicación, con una foto como colofón en la que se nos veía a ambos sentados muy juntos y sonriéndonos debajo de aquel sucio titular.

¿Una explicación plausible para explicar el sentimiento que todo aquello me producía? Imposible, mi cabeza daba vueltas reencontrándose en el mismo

punto de partida una y otra vez, como causa de una indignación mal controlada.

—Esto no significa nada —le dije.

Silencio.

—Vamos, Jean, fui con Olga a tomar algo y coincidimos con el grupo al que fuimos a ver..., no hay más. Todo esto está fuera de contexto, tú mejor que nadie debería saber a qué se dedica este tipo de prensa. Me han sacado muchas fotos con distintos hombres. ¿Por qué le das tanta importancia a este?

—¿Por qué? ¿Por qué? —dijo poniéndose de pie y clavándome una fría mirada abotargada de alcohol.

—Sí, ¿por qué?

—Porque esta clase de gente y el mundo en el que se mueven no es bueno para ti ni para tu carrera.

—Estas borracho y los celos no te dejan ver.

—¡Maldita sea, Natascha! ¡No son celos! —dijo gritándome—. Estoy harto de decirte en todo momento lo que debes hacer. Me equivoqué contigo, no eres más que una niña que vive continuamente en su pompa de cristal rosa.

Aquellas palabras me resquebrajaron el alma provocándome tal dolor que no me dejaba ni respirar, pues era consciente de que llevaban más verdad que mentira y no podía aceptarlo.

Oh, Jean... cuánto me querías y no supe verlo...

—No he hecho nada malo.

—¿Qué no qué? —Estaba furioso, fuera de sí, cada vez que abría la boca para decir algo, parecía aumentar su ira. Bebió el último trago de la copa y la tiró con todas sus fuerzas hacia la fotografía mía que adornaba la parte superior de la chimenea, enmarcada en un gran marco. Un montón de cristales volaron por los aires, rotos por el golpe y las ganas lágrimas saltaron sin más de mis ojos—. Todo el mundo sabe como son los roqueros, el *rock* en general, ese tío en concreto, menos tú, parece ser. Sus escándalos son más que sonados.

—¡Pues no! No lo sé ni me importa, porque no está en mi vida, ni nunca lo estará, ¿me oyes? Ese tío no me interesa lo más mínimo.

—Pues no es esa impresión la que he podido percibir en estas fotografías..., y no me vengas con que te encuentras con ellos de casualidad... ¡Mentira! ¿Me oyes? Alguien me llamó para contarme lo que mi querida novia, estaba haciendo mientras yo dormía en nuestra casa, en nuestra cama, soñando con tu vuelta.

—¿Y qué hice que sea tan grave? ¿Puedes decírmelo? Michael Hunter se marchó con una chica y Olga y yo nos fuimos poco después.

—¡Exacto! Os fuisteis cuando la fiesta perdió el interés, ¿verdad?

—¿Y dices que no estás celoso?

Se acercó a mí y cogiéndome fuertemente del brazo me atrajo hacia él para besarme transmitiéndome toda la rabia que destilaba cada poro de su suave piel. Me agarró de la cabeza con ambas manos y su beso se hizo tan profundo como las lágrimas que me brotaban de unos ojos que no expresaban más que el miedo de que aquel hombre hubiera dejado de amarme por un solo momento.

Aquella primera fisura en nuestro amor fue impalpable bajo ese halo de felicidad en el que la luz de la luna nos envolvía a través de los grandes ventanales de aquella habitación. Desnudos, sudorosos y abrazados, sumidos en una duermevela de despreocupación y placidez, olvidamos el fuego de una pasión que ya había comenzado a quemarnos.

A pesar de nuestra pronta y fructífera reconciliación, pude sentir con el paso de los días cómo la desconfianza se había adueñado de Jean. Algo había cambiado dentro de él desde aquella tarde en la que volví de Londres, ¿y por qué no admitir que dentro de mí también? Michael Hunter me había dejado una profunda huella con tan solo unas horas en su compañía, aunque en aquel momento no fui del todo consciente.

Continué trabajando mucho durante aquella época y eso mantenía mi mente ocupada en algo que me llenaba completamente. Viajaba de un lado para otro en la compañía de Jean, que sin ningún esfuerzo firmaba contratos millonarios que nos obligaban a dormir a bordo de aviones que nos llevaban a diferentes ciudades de Europa y Estados Unidos para pasar largas jornadas de hasta doce horas, en las que no se paraba más que para una ligera y rápida comida. Todo aquello me alejó del pensamiento la imagen del vocalista de The Black Roses, cuya fama experimentó un meteórico ascenso en muy poco tiempo.

Tantos cambios de maquillaje y peinado, me hicieron rápidamente utilizar a menudo cremas, sérums y demás productos recomendados por expertos para que mi piel y cabello no se vieran resentidos en pocos años. Complementos alimenticios y alguna que otra anfetamina en las jornadas que duraban hasta el amanecer, me ayudaban a disminuir el sueño y el cansancio. Me creía intocable y poderosa y eso me hacía creer que nada malo podía ocurrirme. Sentía que estaba por encima de todo y tan solo quería disfrutar. Verme guapa, admirada, deseada y con una cuenta corriente *in crescendo* como la espuma, hacía que no me preocupara ni lo más mínimo en pensar que todas esas pastillas que tanto placer me provocaban, estaban teniendo unos efectos sobre mi persona no tan deseables.

La primera vez que probé una anfetamina fue en España. Recuerdo aquella noche madrileña en una época en la que la droga comenzaba a correr por sus locales nocturnos como antes lo hiciera en otras capitales europeas. Comenzaban los 80 y la transición, tras la muerte de Franco, había marcado un antes y un después en ciertos círculos de la capital española, por lo que pude oír. El ambiente que yo veía era tan liberador que no pude más que dudar

cuando me comentaban las restricciones que habían pasado pocos años atrás con la dictadura y recordé mi Rusia natal, en un intento vano de comparar algo que no podía imaginar que una vez, tan cercana, se hubieran podido parecer en algo, ambos países.

Ya en varias ocasiones había oído hablar de aquellas pastillas entre otras modelos. Pero aquella noche terminé sucumbiendo, a pesar de lo reticente que siempre me había mostrado con aquellas sustancias. Pero estaba realmente cansada aquel viernes tras una semana de muchas horas de desfiles, sesiones fotográficas y diferentes fiestas a las que tuve que ir por contrato.

Recuerdo que llevaba un espectacular escotado vestido negro prestado por una lujosa firma y un collar de brillantes de la importante casa a la que prestaba mi imagen aquella noche y no porque yo lo diga (aunque así lo sentí), sino por los comentarios acontecidos en días consecutivos en la prensa del corazón, que no dudaron en protagonizar sus portadas con mi imagen, gratamente elogiada. Todo era lujo y glamour a mi alrededor en aquel salón del Hotel Palace, reservado para la ocasión. Pero detrás de aquel perfecto peinado se encontraba una mente somnolienta que luchaba por dar la mejor de las sonrisas; detrás de aquel perfecto maquillaje, unas ojeras protagonizaban un rostro con horas de sueño atrasado; y sosteniéndome en el suelo, unos pies enfundados en unos carísimos y altísimos zapatos, me pedían un tiempo de tregua a través de las numerosas llagas que estaban comenzando a atormentarme poderosamente. Al rato, Pude observar a una de las modelos que había estado conmigo trabajando el mismo número de horas que yo, campante cual adolescente en su primera salida nocturna. No pude más que acercarme a ella en cuanto tuve ocasión y preguntarle que si no estaba cansada, a lo que me respondió con una mirada suspicaz y una sonrisa ladina mientras le pegaba una calada a un cigarro que a continuación me pasó.

—Querida Natascha, te queda mucho por aprender... Una tiene sus trucos, bueno, una y la mayoría...

—Bueno, si te refieres a la cocaína prefiero abstenerme si no te importa —le dije dispuesta a alejarme, a lo que ella me respondió tomándome de la muñeca para impedírmelo y decirme:

—No, no me refiero a la cocaína. No soy ninguna patética drogata.

—No quería decir eso...

—Mira, ven.

Nos dirigimos al cuarto de baño y sacó un bote con unas cuantas pastillas y abriéndolo me puso una en la mano.

—Querida, esto es mágico, yo lo utilizo sobre todo para no engordar, pero también hace sentir muy bien. Tómate una y estarás como nueva.

Yo miré la pastilla en mi mano, dudando.

—Tranquila, no es ninguna droga, puede decírtelo cualquiera, no es adictivo ni distorsiona la realidad ni nada parecido. Eso sí, no creo que a tu querido Jean le gustase...; y tú te dejas dominar tanto por él...

—No es verdad —le dije cayendo en su juego de manipulación.

—Todo el mundo lo comenta..., no mueves un dedo sin él, querida.

—Bueno, es mi pareja y mi representante, es normal.

—Entonces vete a pedirle permiso, yo no quiero problemas.

—No le diré nada. —Y me metí la pastilla en la boca, tragándomela con un sorbo de mi copa.

No tardé ni cinco minutos en notar cómo mi estado de ánimo alcanzaba el mejor nivel de las últimas horas. Dejaron de existir los dolores en mis pies y mi cansancio pareció esfumarse como por arte de magia. En los sucesivos años, aquellas pastillas se convertirían en mis continuas compañeras de viaje.

Pero volvamos a la primavera del 85. Al día siguiente de mi llegada a París, después del escándalo que supuso mi relación con el vocalista de The Black Roses, tenía apostados una docena de *paparazzis* en la puerta de nuestro apartamento. Al salir me preguntaron por Michael Hunter a pesar de ir acompañada por mi pareja y representante, que se mordía la lengua para no dar un espectáculo que avivara más el tema. Así estuvieron unos días hasta que decidí ir a mi casa de Niza para poner tierra de por medio con la prensa, que no tardó en buscar otra víctima a la que sustraer sus entrañas, cuando me desvanecí como la espuma de la capital francesa.

Pude disfrutar de unos días de soledad, al sol de la costa azul, hasta que llegó el fin de semana y Jean pudo venir para revivir nuestra propia luna de miel en la siempre romántica casa que fue testigo de tantos buenos momentos. Me sentía plenamente feliz y tranquila, dispuesta a empezar con un reto nuevo: presentadora en un programa de televisión que se emitía los viernes por la noche con una duración de apenas media hora en la que se exponían las últimas noticias referentes al mundo del corazón. Por un momento pensé que pertenecer a este gremio haría que diversos *paparazzis* y periodistas de la cadena, me dieran cierto espacio para vivir una vida libre de cámaras que retrataran cada movimiento de mi vida..., pero aquello fue una simple ilusión. El mismo presidente de la cadena con el que hace años, a principio de mi carrera, coincidimos Jean y yo en un restaurante en París, me recomendó a los

directivos encargados de buscar una nueva cara para su programa...; tengo que decir que la experiencia fue gratificante para mi enriquecimiento personal, pero nada más. No tenía la fluidez verbal ni el aplomo necesario. Estuve tan solo seis meses en los que tenía que hacer verdaderos esfuerzos para vencer aquella inseguridad que solo la pasarela mitigaba hasta convertirla en su opuesto. Por lo que fue una decisión de Jean, de la directiva y mía, mi cese en el programa. No fue algo traumático, a pesar de que estaba acostumbrada a ser la mejor en todo proyecto en el que me embarcaba, más bien fue una liberación, pues empezaba a sentir como mi imagen iba descendiendo muy lentamente del olimpo de las diosas de la moda a una simple mortal con unos defectos cualesquiera. Durante este tiempo, no dejé de desfilas, de asistir a eventos y fiestas, donde ya hacía uso habitualmente de anfetaminas que conseguía a través de alguna modelo o algún contacto personal de alguna de ellas que no tenía inconveniente en acercarse hasta el punto de encuentro que yo le citara, incluso en alguna ocasión tuve que andar por barrios no muy deseables, en los que un atuendo adecuado, me hacían integrarme con la atmósfera sin destacar, ya que hubiera podido ser peligroso para mi imagen. Jean comenzó pronto a sospechar, tan sagaz, tan conocedor del mundo y tan inteligente, no sé cómo se me pudo pasar por la cabeza que podría continuar con aquello con él al margen.

Después de una semana de trabajo intenso en la que nuestros madrugones coincidían con los del sol y nuestras noches duraban pocas horas, llegaba el sábado, y con él la fiesta con la que tocaba culminar una semana de pocas horas de sueño, de comidas rápidas y el hervidero del *backstage* donde tantas horas de mi vida pasé. Jean estaba realmente agotado y por primera vez se planteó bajar el ritmo de nuestro trabajo, pues ya nos empezábamos a encontrar en una situación donde nuestra economía emergía boyante.

—Lo he estado estudiando, Natascha —me comentó mientras nos arreglábamos para asistir a una gala benéfica en la que era la invitada de honor—. Sabes que siempre te he dicho que la vida de una modelo es corta y había que trabajar duro mientras se pudiera...

—Sí...

—Bueno, creo que ha llegado el momento de poner cierto freno.

—Cariño, cuando estés cansado puedes quedarte en casa, no te preocupes por mí —dije mientras hacía pruebas con diferentes pendientes frente al espejo con total despreocupación.

—No lo entiendo, hace unos meses me lo pedías a todas horas, y

últimamente... —Se acercó a mí en silencio mientras me observaba a través del espejo en el que yo, despreocupada y feliz por el efecto de la anfetamina ingerida hacia menos de una hora, elegía el pendiente que mejor combinaba con aquel vestido verde esmeralda que una firma me había prestado para la ocasión. Levanté la vista y le vi observándome tan fijamente que me asustó. Entonces, me cogió del brazo girándome hacia él mientras su mirada escudriñaba la mía—. Cómo no lo he visto antes...

—¿El qué? —pregunté haciéndome la despistada antes de que un torbellino de ira incontrolable se adueñara de nuestro alrededor.

—¡Maldita sea! —gritó zarandeándome de los hombros con ambas manos. De repente, lo averiguó todo y así me lo escupió en la cara haciéndome sentir de lo más estúpida, pues en mi interior sabía que tenía la razón por más que yo me negara a reconocerlo ante él y ante mí misma.

Estábamos en el año 85 y ya era adicta a las anfetaminas y a los tranquilizantes, una bomba que yo misma había ido creando para una destrucción de la que no sería consciente hasta mucho tiempo después, cuando la oscura cara del éxito se cerniera sobre mí.

Aquella noche, sin embargo, le negué a Jean lo más obvio hasta la saciedad, sin resultado. Estaba claro que si alguien me conocía bien, era él, y mis excusas ante el cambio de comportamiento del que yo no me había percatado hasta ahora, cuando me espetó con la claridad de la ira incontrolada que suelta la lengua más sincera, no sirvieron más que para crear un muro que poco a poco iría creciendo entre nosotros hasta separarnos definitivamente.

Yo me fui a la fiesta sola, con el tiempo justo apretándome los talones, después de que el propio Jean me arreglara el maquillaje que las lágrimas provocadas por él mismo, habían echado a perder.

—Ya hablaremos cuando vuelvas... —dijo mientras me daba un beso tranquilizador en la frente—. Ahora muestra la mejor de tus sonrisas, como la buena profesional que eres.

Sentí como me invadía un fuerte odio y unas incontrolables ganas de escupirle a la cara todo lo que sentía en aquellos momentos. Toda la rabia de vivir en aquel mundo de falsedad encubierta, de esclavitud tapada con grandes cantidades de dinero, de sonrisas procedentes de almas rotas y vanidades enfermas de triunfo. Pero aquel sentimiento no me duró mucho, una vez en la soledad del taxi que recorría las oscuras calles de París, aquel odio injustificado se fue disipando para dar paso a una tristeza verdadera, al

comprender que solo yo era la responsable de aquella situación.

Vuelta a casa de la gala benéfica, que transcurrió sin mayor transcendencia, me acerqué a nuestra cama con los zapatos en la mano para no hacer ruido y vi a Jean aparentemente dormido para mi tranquilidad, pues no las tenía todas conmigo de que su dañado orgullo no le hubiera hecho pasar la noche lo más lejos posible de mí. Necesitaba tantísimo sentirle que tras quitarme la ropa y el maquillaje, me deslicé desnuda entre las sábanas y le abracé mientras le susurraba «lo siento» una y otra vez entre pequeños besos que parecieron despertarle. No nos dijimos nada, solo nos miramos para comprender el brillo de amor que nuestras miradas destilaban en la penumbra y con un abrazo predecesor, comenzamos a besarnos hasta terminar haciendo el amor como si fuese la última vez.

Segura de que no era adicta a nada, de poder dejar todas aquellas pastillas y de que no traería mayores consecuencias mi más que esporádico consumo, me negué a ir a ningún centro de desintoxicación como Jean quería, recreada en la terquedad del ciego que no quiere ver. Me equivoqué y él en su amor hacia mí también, pues confió en mis promesas, en las falsas promesas que la espiral de la droga te hace dar, a uno mismo y a los demás, hasta que es demasiado tarde.

14

Aquella mañana de invierno, una llamada urgente procedente de Londres, forzaría mi regreso a un pasado que creí enterrado para siempre.

—Mi madre ha muerto —me dijo la voz entrecortada por el llanto de Olga.

—Lo siento mucho... —susurré sintiendo el dolor que me transmitía aquella voz—. No sabía que estuviera mal, la última vez que hablamos no me dijiste nada...

—Ha sido rápido, Natascha, ni siquiera pensé que esto ocurriría tan pronto. Mi hermano ha podido conseguirme un vuelo con un permiso especial a Moscú que saldrá en dos horas.

—¿Mañana es el funeral?

—Sí.

—Iré, aún no sé cómo, pero iré, quiero estar contigo.

—Oh, Natascha..., te lo agradecería tanto, no te puedes imaginar lo que siento...

—Es horrible... —susurré sin saber que más podía decir.

Jean estaba a mi lado cuando colgué, había escuchado la conversación y percibió mi repentino desasosiego y mi rápida decisión antes de que abriera la boca.

—Cancela todos mis trabajos para los próximos días.

—No puedo cancelar el desfile de Roma de dentro de cuatro días, tú lo abres y...

—Estaré en Roma para entonces —le interrumpí—, solo tienes que buscarme un billete para Moscú lo antes posible, y en cuatro días volaré desde allí a Roma.

Esa misma tarde, antes de que el sol cayera por el horizonte, volaba dirección a mi patria, once años después de dejar un suelo moscovita próximo a desquebrajarse por aquel año 1985, mientras un serial de recuerdos se materializaba en una mente absorta en aquellas nubes que flotaban por debajo de nosotros. Hasta ese momento, con las prisas de aquel inesperado viaje y con la tristeza de Olga doliéndome el alma, no pude evitar sentir una mezcla de alegría y añoranza al imaginarme paseando del brazo de mi amiga de

infancia por los lugares que conocieron a aquella Natascha que ya no existía. ¿Cómo habrían cambiado sus gentes, sus calles, sus comercios... en aquellos años? Pronto lo descubriría junto con un frío que creía olvidado.

Gran cantidad de copos blancos que inundaban mi *kubanka* me transportaron sin remedio a una infancia perdida en la que los sueños podían llegar a cumplirse. Ahora, envuelta en pieles, bella, distinguida, acostumbrada a reverencias, poder, hombres, caprichos y dinero, me apresuraba a coger un taxi en aquella fría noche hacia la misma dirección que un día, una adolescente vestida de campesina, llena de miedo, incertidumbre y con solo unas cuantas monedas en el bolsillo, tuvo que hacer por motivos muy diferentes a los que ahora le movían. Sonreí para mis adentros al escucharme de nuevo hablar con aquel taxista en la lengua que tan olvidada había tenido todo este tiempo, ya que tanto con Jean, con el que mezclaba el inglés y el francés, como con el resto, incluida Olga, solo utilizaba el inglés con el que ya pensaba e incluso hablaba en mis sueños, adoptándolo como mi primera lengua. Desde luego, aquel Moscú que se extendía ante mí me era completamente desconocido. El tiempo que pasé en la capital en el pasado, había coincidido con los meses de primavera y principios de verano, que nada tenían de parecido a esa oscuridad de noche sin luna, donde la nacarada nieve y la soledad cómplice se adueñaban de aquellas espectrales avenidas.

El taxista fue muy amable al subirme la pesada maleta hasta el piso, donde Olga se echó en mis brazos justo después de abrirme la puerta, en una casa donde los espejos tapados por la reciente muerte, como era tradición, me dieron la bienvenida. Nos fundimos en un largo abrazo en el cual nos dijimos todo sin palabras. Sentí su profunda pena adueñarse de mí, como en un intento de autoalimentarse de una fuerza exterior que le permitiera seguir existiendo.

—Tranquila..., ella no desearía verte así... —dije apretándola fuerte contra mí, en un vano intento de consolarla.

Antes de que habláramos más, Alex, que parecía mucho menos afectado aparentemente, se asomó a través de la puerta del salón, quedándose muy quieto y sin palabras al verme.

—¿Natascha Ivanova? —preguntó con un escepticismo mientras su mente procesaba lo que realmente sus ojos veían, a la par que Olga y yo nos separábamos para dirigir a él mi saludo.

—¡Alex, querido! —exclamé con la ilusión que provoca ver a un viejo amigo—. Ojalá nos hubiéramos reencontrado en otras circunstancias. Lo siento mucho.

—Gracias. Pasa, pasa —dijo mientras me invitaba a entrar en el salón—. Tenemos té, ¿te apetece?

—Sí, claro —dije quitándome el abrigo de piel que me había traído para protegerme del intenso frío.

Mientras me escanciaba el humeante líquido en una taza, hubo unos momentos de tenso silencio en los que pude observar el nerviosismo de un Alex, que parecía intimidado ante mi presencia y una Olga ausente en sus tristes pensamientos. Decidí ser yo la que rompiera el hielo mencionando mis tiempos pasados en aquella casa que tan bien me acogió cuando no tenía a donde ir.

—Y pensar las noches que me he tirado en este mismo sofá...

—Ojeando revistas que después protagonizarías —apuntó Olga.

«Sí... », pensé nostálgica con la mirada perdida recordando unos comienzos protagonizados por una tímida e insegura muchacha provinciana.

—Y ahora mírate —dijo Alex esta vez—, estás irreconocible.

—¿Tú crees?

—Desde luego. Si te soy sincero, por aquella época nunca pensé que lograrías algo así. Llegar a donde has llegado en un mundo tan lejano para el comunismo soviético como es la moda, era, si no imposible, sí muy improbable.

—Nada aquí es como en Occidente.

—Sí, eso me dice Olga continuamente.

La conversación se tornó durante unos minutos más política de la cuenta, debido sobre todo a los últimos acontecimientos vividos por un país que gritaba el cambio para un pueblo ya cansado de la opresión, que líderes habían llevado a cabo durante demasiados años. Después los temas se tornaron varios, entre mi profesión, la de Olga..., con la atención de Alex puesta en ambas mientras relatábamos nuestras vidas abreviadamente durante aquellos años lejos de una patria que no echábamos lo más mínimo de menos.

—Gracias por venir, debe haber sido difícil con una agenda tan apretada —me dijo mi amiga cuando ya íbamos a acostarnos.

—No podía por nada del mundo no acompañarte en estos momentos.

—¿No tienes miedo de encontrarte con tus padres?

—Ninguno —dije muy segura de mí—. Más bien estoy deseando ver sus caras al reconocirme.

—¿Cómo crees que actuarán?

—No lo sé, la verdad. Pero más les vale ignorarme y no dirigirse a mí, si

no quieren recibir un airado desprecio.

—¿Nunca les perdonarás?

—Nunca.

—¿Y el día que fallezcan? Igual sientes como yo ahora, que podía haber sido diferente, que tenía que haber estado más cerca de mi madre, compartido más cosas...

—Olvídalo, no es comparable.

—Lo siento, llevas razón. Tu rencor es completamente comprensible y nadie puede juzgarte por ello.

—Si no te importa, me iré a acostar... —le dije mientras le daba un beso cariñoso en la frente. No deseaba hablar de ello, no deseaba recordar, no deseaba resucitar a unos muertos que tanto esfuerzo me había costado enterrar..., bastante tenía con hacer frente a sus fantasmas.

El fuerte viento, ululando en la lejanía, golpeaba la ventana cuyo sonido me hizo despertar aquella triste mañana de cielo encapotado y lluvia dispersa. Una pastilla de anfetamina formaría el preludio de un nuevo día, mientras el fuerte chorro de agua de la ducha escurría por mi cara, empapando cada poro de mi piel, despejándome tras de aquella larga noche de insomnio. Mucha ansiedad y pensamientos turbadores estuvieron atormentándome hasta bien entrada la mañana y no pude recurrir a mis tranquilizantes pues me los había dejado olvidados en París. No tenía buen aspecto, pero no era consciente de ello. Estaba segura de que un caro atuendo era capaz de desviar la atención del rostro más demacrado. Una vez más, me costaba diferenciar lo real de lo que no lo era, arrastrada por una fantasía casi infantil y un poder que creía que me hacía inmune.

A pesar del succulento desayuno de aroma embriagador, no probé bocado salvo una gran taza de té. Esto no pasó desapercibido a mi amiga, tan conocedora de mi habitual apetito matutino, que junto con mi nerviosismo y mi mal aspecto, fueron levantando unas sospechas más tarde confirmadas.

El frío era helador en el exterior, lejos de la calefacción central proveniente del interior de las viviendas, la temperatura oscilaba alrededor de los quince grados bajo cero con una sensación térmica inferior si cabe, debido al viento. Ambas fuimos agarradas del brazo durante toda la ceremonia en la que yo buscaba entre los presentes a mis fantasmas del pasado. No estaban, no fueron..., realmente estaban bien enterrados, aunque un halo de decepción me invadió en un interior que se debatía entre una altivez de revancha plenamente visual y un deseo de volátil admiración, de unos padres que demostraron hasta

el final una ignorancia hastiada que nunca llegué a comprender. Esa fue la única oportunidad de encontrarme con una familia inexistente, en la que los anhelos infundados habían suplantado en más de una ocasión, al más odioso rencor. Olga enterraba a una madre buena y cariñosa que la había colmado de una infancia dichosa y comprendí el sufrimiento de perder el bastión de un amor completamente desconocido para mí, en cuanto puse a un lado el egoísmo de mis propios recuerdos. En aquel momento, cuando el cura decía sus últimas palabras antes de que nos dirigiéramos al cementerio, observé a Olga que volteó su cabeza hacia mí y mirándome con sus acuosos ojos azules, la apreté la mano que apoyada tenía en mi brazo, en un gesto que intentaba demostrar un apoyo que ni yo tenía para mí misma.

Los paraguas negros inundaron el camposanto que recibía el nombre de Vvedenskoe, famoso por su belleza arquitectónica, imposible de apreciar con aquella lluvia que se había vuelto frondosa con el paso de las horas.

—El cielo llora por ella —le susurré a Olga en un momento en el que las personas se acercaban a tirar flores a un ataúd próximo a ser sepultado para siempre. Ella sonrió sin ganas ante la afirmación que realmente yo sentía y decidió dejar a su padre con su hermano y demás familiares y amigos para volver a casa a preparar la recepción a base de comida y bebida después del entierro. Yo la ayudaba en silencio, no quería interrumpir aquel duelo que tardó meses en superar completamente.

No tardaron en llegar las primeras personas a aquella recepción que dictaba la tradición tras un entierro, y donde la comida y la bebida eran las protagonistas. Nil y Galina pudieron acercarse para mi alegría. Después de dar el pésame a Olga y Alex, pude disfrutar de su compañía y su conversación después de tantos años.

—No os olvido nunca —les dije emocionada.

—Nata, cariño, nunca podremos agradecerte lo que estás haciendo por nosotros. Estamos muy felices por ti —me dijo Galina

—¿Estáis bien en Suzdal?

—Sí... —dijo dudando Nil.

—¿Pasa algo que no me hayáis contado en nuestras cartas?

—No, no, de verdad. Es una tontería —volvió a decir él.

—Tus padres no nos hablan desde que se enteraron de que recibimos dinero tuyo —se sinceró la mujer—. Pero nada más, todo está bien.

No estuvieron más de una hora. Les quedaba un buen camino por delante y sentí un inmenso agradecimiento por aquel esfuerzo que habían hecho viniendo

hasta Moscú para vernos y darnos unos ánimos, no muy fructíferos por las circunstancias. Me alegré mucho de verles, pero sentí como si pertenecieran a otra vida y no pude evitar entristecerme al comprender que el sentimiento que un día nos unió, ya no existía. La distancia o mi vida, habían hecho que me alejara de aquel matrimonio, que en tantas ocasiones hicieron de padres para mí. Aun así siempre mantuvimos contacto y siempre les ayude económicamente, pues era mi manera de agradecerles algo que durante muchos años se me tuvo vetado en mi propia casa y ellos no dudaron en darme: amor.

Las horas pasaban y el alcohol, que tan mal me hacía, comenzaba a correr por mis venas.

Otra anfeta. Vino. Vodka. Todo se fue complicando, y algo fuera de mi control ocurrió, para que poco antes de que se fueran los últimos invitados, Olga me increpara a solas en la cocina sobre un comportamiento completamente inconsciente que me hizo responderla con verdadero estupor, segundos antes de que se percatara de unos evidentes síntomas físicos fácilmente identificables por alguien que se dedicaba a la medicina.

—Dios mío..., tiembles..., ¿qué te has tomado, Nata?

—No tiemblo, ¿qué cosas dices? Estoy perfectamente.

—No lo estás... ¿cocaína? Es cocaína, ¿verdad?

—No..., son unas pastillas...

—¿Qué pastillas?

—Estoy bien, me hacen sentir genial, no te preocupes.

—¿Qué no me preocupe? Mi mejor amiga toma anfetas, ¿y me dices que no me preocupe? Porque no me vas a negar que son anfetaminas, ¿verdad?

—No son malas, solo me ayudan... Últimamente me encuentro muy cansada, no consigo dormir bien...

—¿Y crees que esa mierda te ayudará?

—Lo hace.

—Por un alto precio, por un alto precio... —dijo mirándome fijamente con una mezcla de miedo y rabia.

—¡No me mires así! ¡No me mires como si me compadecieras por algo!
—grité enfurecida.

—¿Jean lo sabe?

—Cree que lo he dejado.

—Tienes que ir a un centro de rehabilitación...

—¡No estoy enferma! Eres igual que Jean, os creéis tan perfectos, ¿verdad? Pues yo no lo soy, ¡nunca lo he sido! —la espeté cogiendo mi abrigo

y largándome de allí con un portazo hacia algún lugar.

Anduve bajo una lluvia lánguida que poco a poco fue calándome hasta que perdí la noción del tiempo, sumida en unos pensamientos que oscilaban entre la rabia, el odio, la pena y el remordimiento. Paró a mi lado un coche del que bajó Alex, que se acercó a mí y me recogió en un estado deplorable. Hasta ese momento, había estado caminando sin rumbo, ajena a las atónitas miradas de los viandantes de una ciudad, en la que el anonimato me salvó de protagonizar, tal vez, una portada que hubiera podido perjudicarme demasiado. Mi patria me lo debía, con ella, ya estaba en paz. ¿Cómo pudo mi vanidad permitir que el hombre que hacía unas horas me miraba con tanta admiración, ahora me viera en aquel estado? Yo era Natascha Ivanova. Natascha Ivanova..., la diosa, la perfecta, la aclamada, la deseada... ¿Qué me estaba pasando?

Olga me preparó un baño de agua caliente, y yo me dejé cuidar como la niña perdida que un día llegó a esa misma casa, con la diferencia de que aquella chiquilla del pasado era de la pureza de los no remordimientos. Me frotó con una esponja bien enjabonada y me lavó el cabello con la delicadeza del cariño que se siente por una hermana, sin más sonido que el del agua caer contra el agua.

—Lo siento —la susurré abatida.

—No lo sientes.

—Claro que sí, no entiendo como he podido hablarte así.

—Claro que lo sabes..., ahora voy a dejarte para que te vistas. Voy a prepararte un té para que termines de entrar en calor —dijo mientras salía del baño cerrando tras de sí la puerta.

Poco rato después, las dos charlábamos en el sofá con la tranquilidad de los viejos tiempos. Con la calma que aquella tarde no había mostrado y analizando cómo podía haber llegado al punto de hacer daño a una persona que tanto quería y que tan bien se había portado siempre conmigo, en un momento tan sensible. Aquel episodio fue el detonante para que tomara la decisión de entrar en un centro de rehabilitación en Londres, unas semanas después. Al día siguiente volví a ser la de siempre, contenta de que las cuatro pastillas restantes que había traído conmigo escondidas en las bragas, habían sido engullidas por el inodoro, para alegría de una Olga que miraba con satisfacción. Paseamos por el GUM y nos acercamos por la tienda que había cambiado mi destino de alguna manera. Todo había cambiado, incluso el hombre que me contrató ya no estaba allí, supusimos que se habría retirado por la edad. Ahora ya no era de moda masculina, si no, femenina y los

empleados eran también diferentes.

—¿Te gustaría ir a comer en aquel restaurante donde estuviste un par de días trabajando? Yo sigo yendo allí cuando vengo a Moscú, la comida es estupenda y pilla cerca de casa. Apuesto lo que quieras a que no te reconocen.

—Seguro que no. —Reímos con la complicidad que dan los años de amistad.

Al entrar en el restaurante, ya atestado de comensales y con el mismo ritmo frenético que recordaba, un aroma conocedor por una parte de mi cerebro me trasladó a aquellos días, en los que yo, bandeja en mano, iba de un lado para otro, con la ansiedad palpable del miedo a que todas aquellas copas se me cayeran, como alguna vez me pasó mientras todos me observaban en un bochorno enmudecido.

El *maître* no nos hizo esperar y saludando amablemente a Olga y revisándome de arriba abajo con disimulo, nos condujo a una buena mesa donde nos dejó sendas cartas en mano.

—Es curioso, el caso es que me miran... —dije en un susurro a Olga.

—Yo creo que te miran por el aspecto tan francés que tienes. En Rusia no se ven mujeres tan elegantes, Nata. Bellas sí, ya lo sabes, pero las extranjeras tienen tan poco que hacer aquí, que no vienen.

—Soy consciente de que mi manera de vestir es muy occidental y aquí puede chocar.

—Sí... Moscú está a años luz de estar al nivel de muchas capitales europeas en moda.

—Y en otras muchas más cosas, pero solo eres consciente cuando has vivido en ambas partes.

La comida fue amena y para mi alegría solo fui reconocida por un par de alemanes que se acercaron a pedirme un autógrafo.

Tengo que reconocer, que me encantaba ser el centro de atención, ser conocida y admirada, dar autógrafos me hacía sentir querida e importante y en seguida me di cuenta de que mi vanidad se veía alimentada diariamente con todas esas banalidades. Pero cuando llevas años y años con todos sus días, siendo reconocida, expuesta a opiniones de todo tipo públicamente, con todo lo que eso conlleva, agradeces sobremanera ir a un país donde el anonimato era el verdadero protagonista. Volví a ser la misma adolescente que lloraba, gritaba, reía, abrazaba, cogía de la mano a su mejor amiga mientras caminaban por las anchas avenidas o íbamos a la peluquería. Aquellos cuatro días que pasaron volando, fueron un bálsamo para el dolor de Olga y una liberación

para mí, que no hizo más que unirnos en un momento de diferentes necesidades para ambas.

Cuando quise darme cuenta, estaba de nuevo en la vorágine de un *backstage* en Roma, con mil miradas esperando lo mejor de mí.

—The Black Roses te quiere para uno de sus videoclips —me espetó Jean mientras me daban los últimos retoques del vestido con el que abriría el desfile.

Disimulé como pude mi estupefacción al escuchar aquello de labios de Jean, después de lo que habíamos pasado por culpa del vocalista de aquel grupo, que según pude ojear en alguna revista hacía unas semanas, se habían convertido en número uno de ventas en el Reino Unido. Que mi querido representante, me lo comentará con esa tranquilidad pasmosa, solo podía significar una cosa, aún no había dado respuesta porque esperaba ver mi reacción ante la posibilidad de aquel trabajo.

—Tú eres el que decide, cariño —le dije con toda la displicencia que pude.

El tema se quedó ahí durante el resto de la jornada, mientras la idea de volver a ver a Michael Hunter revoloteaba por mi cabeza.

Aquello marcaría un antes y un después en mi vida, y me haría romper la promesa de ingresar en un centro de rehabilitación.

Collar de perlas, lencería, ligeros, medias, tacones altos..., todo en negro y con mi larga melena suelta cayendo sobre la espalda. Ese era el escueto vestuario para mis tres secuencias del nuevo videoclip de The Black Roses.

Muchos ojos alrededor siendo testigos de la alta carga sexual reinante en aquel estudio, a pesar de que el contacto físico estaba siendo nulo (hacía mí, por cualquier miembro del grupo), como bien había firmado en un contrato diseñado por mi representante, que así lo había considerado. Muchas cámaras grabándonos, sintiéndome acechada como si se trataran de un grupo de *voyeurs* ocultos tras los objetivos, mientras yo me metía en un papel, posiblemente el más fácil de mi vida, en el que el juego sexual provocado por un guion, se tornaba más real de lo que nadie podía tan siquiera sospechar..., mientras yo luchaba por ocultar, sobre todo a Jean, que presente no perdía detalle de mi trabajo, que aquel *feeling* solo era propio de una buena actriz.

Michael cantaba una sugerente canción titulada *I wish you every night*, capaz de levantar cualquier libido femenina con aquella voz susurrantemente sexy y aquel fuego que su mirada desprendía cada vez que sus ojos se posaban en mí, mostrando una química tan fuerte, que muchos ya empezaron a especular con la idea de un romance inminente entre ambas estrellas. La letra, la poca ropa, el sudor que recorría nuestros cuerpos por el calor que los focos y el olor emitido por los mismos, no hicieron más que alimentar el deseo animal, ya experimentado en nuestro primer contacto hace año y medio en la misma ciudad donde nos encontrábamos ahora.

Jean, como buen profesional, estaba muy contento con el resultado y felicitó mi trabajo ante la mirada de un atento Michael que no tardó en alabar mi belleza y mi disposición para que todo saliera perfecto, delante de todo el equipo.

—Las modelos con las que hemos trabajado no nos han puesto las cosas tan fáciles —comentó Roy, uno de los guitarristas—. De hecho, la última con la que contábamos para este vídeo, nos dejó tirados a última hora.

—Bueno, hay de todo —dije yo quitando importancia al asunto.

—Sí, y la anterior llegó tarde, puesta de coca hasta las trancas y con unos

aires de diva insoportables —comentó esta vez el manager de la banda—. Menos mal que Michael te sugirió. —Entonces le miré, allí apartado fumando un cigarrillo, siguiendo la conversación como si no le importara. Durante aquellos segundos, nuestras miradas se entendieron, durante aquellos segundos, el resto dejó de existir a nuestro alrededor, entonces comprendí que todo había sido idea suya para volver a verme, para volver a tenerme cerca—. Y no se equivocó —prosiguió—, has estado perfecta, Natascha.

Conversamos durante unos minutos más antes de dirigirnos a nuestros camerinos, en los que Jean y Michael apenas hablaron. Ellos estaban a otra cosa, midiéndose en un silencio tenso que solo yo, protagonista en aquel triángulo, podía percibir.

Nerviosa y contenida, pasaban los segundos y no veía oportunidad para un contacto que se fraguaba el último. Perderíamos de nuevo la posibilidad de vernos a solas.

Recuerdo como fui despidiéndome amablemente de todos hasta llegar a Michael, que esperaba en último lugar. Bastó un leve roce disimulado, para sentir como entre mis dedos se colaba un diminuto papel.

—Voy a darme un baño —le dije a Jean una vez en el hotel con la ansiedad de leer aquella nota, que quemándome las entrañas había escondido.

—¿Te acompaño? —me preguntó agarrándome por la cintura.

—No, cariño, estoy cansada.

Y con una desesperación encubierta, cerré la puerta del baño dispuesta a leer aquella nota, que con bolígrafo azul dictaba:

«Apt. 3, One Kensington Gardens, 15 Victoria Road, Kensington».

El corazón comenzó a palpitar me con fuerza a medida que la idea de verle a solas fue cobrando forma en mi mente. Aquel papel, me mostraba la dirección donde encontrarle.

Unos nudillos llamaron a la puerta, disolviendo de mi mente las fantasías en las que me había visto enfrascada, en el relax de aquella bañera de agua tibia y espumosa.

—¿Quieres bajar a cenar o prefieres que pida algo para tomar aquí? —me preguntó Jean a través de la puerta.

—Entra, cariño, pasa —le dije. No me gustaba hablar con puertas de por medio, a pesar de que Jean era muy dado a ello. Siempre fue muy respetuoso con aquellos momentos de intimidad que a veces necesitaba tanto—. Podríamos ir a buscar a Olga a la salida de su turno y cenar con ella, si te parece bien... —le sugerí.

—Por mi perfecto. La llamaré.

La noche caía sobre Londres cuando los tres nos dirigimos a un restaurante a cenar con una media docena de *paparazzis* detrás.

—Y yo con este aspecto... voy a salir en las revistas como la amiga menos glamurosa de Natascha Ivanova.

—Esto no nos pasaba en Moscú, ¿eh?

—Es increíble el retraso en el que sigue sumido Rusia —apostilló Jean.

—Parece estar cambiando... —dije.

—Sí, lo está haciendo pero es un proceso lento —comentó Olga mientras entrábamos en el restaurante.

Rememoro aquella velada con cierta nostalgia ahora, la amabilidad y profesionalidad con la que fuimos tratados en todo momento, aun cuando Olga me apuntó en susurros, lo incómoda que se sentía en aquel lugar y con aquella retahíla de camareros yendo y viniendo tan dispuestos a satisfacernos. Era lógico, formaba parte de mi vida y, siendo sincera, me encantaba todo aquello: la mejor mesa, la mejor atención, la mejor disposición..., y así en cualquier lugar al que fuera, aunque solo me conocieran de oídas. La exquisita comida, se vio algo frustrada a la salida, pues por culpa de la cantidad de *flashes* cegadores en la oscuridad, provocados por decenas de cámaras buscadoras de la foto perfecta para el nuevo titular de la semana, cambiamos nuestros planes de finalizar la noche tomando unas copas en el club de moda, por recluarnos en la privacidad de la suite del Hotel Ritz, donde Jean y yo estábamos hospedados aquella vez, provocando casi un desmayo en mi amiga al ver el imponente lujo de un mobiliario deliciosamente exquisito, para aquellos a los que nos gustaba rodearnos de lo mejor. Fue al término de las copas cuando Jean decidió dejarnos a solas para retirarse a descansar, cuando pude compartir aquel secreto que me carcomía por dentro, en voz susurrante, propia de las confidencias más privadas.

—No creo que sea buena idea, Nata. Jean te adora, es centrado, rico, guapo...

—Lo sé, pero no sabes lo que me hace sentir ese hombre..., no puedo evitarlo —dije interrumpiéndola, sin importarme los calificativos tan acertados que hacía sobre mi pareja.

—Deberías intentar evitarlo. Michael Hunter es un hombre que solo puede traer sufrimiento a una mujer.

Aquella frase la recordaría años después, verificándome a través de las palabras de mi sensata amiga, mi propia inconsciencia e insensatez, provocada

por una pasión enloquecida, que me haría caer en un abismo predicho por todos.

—¿En qué te basas para decir eso?

—En Londres todo el mundo le conoce, todo el mundo comenta sus conquistas, sus escándalos, sus coqueteos con la heroína... Puede ser un cantante de *rock* brutal, que lo es, y que esa sucia prensa avive más esa imagen ascendiéndole a los cielos del estrellato, pero no es el hombre más idóneo para una relación, ni tan siquiera para una aventura...

—La prensa exagera tanto...

—Mi opinión es que te alejes de ese tipo y decidas centrarte en tu pareja, ¿o acaso ya no le quieres?

—Claro que le quiero, Olga, le debo todo.

—Pero eso no es amor, suena más a gratitud.

—Desde luego no se parece en nada a lo que pueda sentir por Michael. Con Jean me siento querida, amada, admirada... —Me quedé pensativa durante unos segundos, en los que mi corazón y mi cabeza mantenían una auténtica relación de discordia enfrentados entre sí.

Aquella conversación, lejos de aclararme, me complicó más unas ideas que iban y venían continuamente en sentido contrario. Lloré en la soledad del cuarto de baño, mientras me miraba en el espejo y tragaba un par de tranquilizantes con una necesidad imperiosa de descansar una mente en ebullición. Tal vez el alcohol acrecentó aquellos pensamientos perturbadores, tal vez no, pero si de algo no se me puede acusar, es de no haber dado vueltas a la idea de acudir a esa dirección o no. Yo no era una simple fan de Michael Hunter, yo no era una simple chiquilla que soñara en la intimidad de su habitación con los labios del hombre que cantaba aquellas canciones que se metían en el alma, yo era Natascha Ivanova y no estaba dispuesta a ser una más en su lista de conquistas, acudiendo a un encuentro fortuito en una cama donde no sería más que un cuerpo excitado. Pero ese cuerpo me pedía ir. Me pedía ir y olvidarme del mundo en aquellos brazos, en aquellos labios y perderme en aquella mirada traviesa y oscura que horas antes me había retado a conocer sus más íntimos secretos. Ambos lo deseábamos y el deseo puede convertirse en la más poderosa droga si tu mente no sabe manejarla, puede convertirse en el huracán destructor de un mundo imposible de asentar de nuevo, puede convertirse en el anhelo más grande de un alma que haya huido de él.

16

—¿Dónde vas así vestida? —me preguntó Jean aquella mañana de dulce resaca.

—Voy a correr, necesito despejarme un poco de este abotargamiento que tengo —mentí, pues la anfeta tomada con el zumo de naranja del desayuno ya había hecho sus efectos, mitigando el dolor de cabeza con el que siempre despertaba después de haberme tomado unas copas.

Con chándal, visera, gafas de sol y lencería estrictamente escogida, cogí un taxi con el corazón latiéndome a mil por hora, en aquel Londres donde la primavera comenzaba a hacer estragos con su cielo azul y sus bellas flores brotando a lo largo de Green Park, mientras el coche recorría Piccadilly dirección Knightsbridge. Aún estaba a tiempo de dar marcha atrás a toda aquella locura, Michael podría estar en aquellos momentos con otra y protagonizar una escena vergonzosamente cómica, o simplemente estar dormido o no estar, pero el paso ya estaba dado y necesitaba averiguar que me esperaba al otro lado de aquella puerta, que ya tenía delante. Era emoción en estado puro, como la primera vez que subí a una pasarela y sentí aquella adrenalina mezclada con el miedo y la incertidumbre provocada por el desconocimiento de algo verdaderamente ansiado por todo mi ser. Pagué una carrera que me había resultado realmente corta y me dispuse a fumar un cigarrillo mientras ojeaba los alrededores como si fuese una de esas *paparazzis* que a veces pululaban en la cercanía de mi domicilio parisino. Tenía que tocar aquel timbre ya, no podía demorarme mucho más si no quería arriesgarme a poder ser reconocida por algún vecino un poco observador.

El momento en que llamé a aquella puerta y un Michael despeinado me abrió a con cara de desconcierto, pues de primer vistazo resultaba bastante irreconocible, se me hizo eterno.

Una sonrisa enmarcada por un expresivo rostro me invitó a pasar. No hicieron falta las palabras porque nuestros ojos lo decían todo. Ya con la puerta cerrada tras de mí, despacio y alargando su mano, me quitó la gorra y las gafas dejando mi cabello suelto y mi rostro desnudo ante una incrédula y divertida mirada provocada por la agradable sorpresa que había experimentado al verme allí. Su aspecto era desaliñado, con cara de no haber

dormido apenas, vestía una camiseta blanca de manga larga y unos pantalones grises de algodón. No sé quién besó primero a quien, pero después de unos minutos observándonos en un excitante silencio marcado por el deseo, nuestros labios se unieron en un ávido fuego que no había hecho más que empezar a arder. Aferrada por sus brazos, acabamos en una cama desecha donde experimenté el verdadero placer por primera vez en mi vida, donde gocé una y otra vez mientras los minutos corrían demasiado rápido.

—Quédate.

—Tengo que irme —dije luchando contra los demonios que deseaban no separarme de aquel hombre jamás.

—¿Cuándo volveré a verte?

—No lo sé.

—¿Mañana?

—No sé si podré, Jean... —apretando sus labios sobre los míos con aquella desesperación anhelante, no me dejó continuar en mi intento de explicar los motivos por los que tal vez no volviera allí.

—No digas ese nombre y vuelve mañana.

Y volví. Al día siguiente y al otro, hasta que tuve que regresar a París con todo el dolor de mi corazón. Me había enamorado.

Jean no tardó en darse cuenta de mi raro comportamiento aquellos últimos días y esperó a estar en el avión para preguntarme los motivos. No era por celos, solo por preocupación y eso hacía que se incrementaran unos sentimientos de culpa dentro de mí solo apaciguados con una extrema frialdad que ni yo misma conocía.

Me volví irascible, apática, distraída, refugiándome en un trabajo que volvía a sacar adelante por las anfetaminas. Jean no entendía ni sospechaba nada, por lo menos de momento y su afecto mortificado por un amor que veía perdido, no hacía más que alejarme de él. Lloraba por las noches pensando en cuando volvería a ver a un Michael que, de gira, imaginé olvidándose de mí en los brazos de cualquier otra mujer, mientras sentía las tímidas caricias de un hombre, que en un vano intento de consolar aquello que no conocía, ya no pertenecía a mi corazón.

Seguí los periódicos y distintas revistas, buscando noticias de The Black Roses sobre su gira por Estados Unidos, que según me dijo Michael duraría mes y medio. Algún que otro escándalo provocó más mi sonrisa que mi estupor y sobresalto. Eran estrellas del *rock* y aquello solo acrecentaba su fama de chicos rebeldes y el miedo de Olga, convencida de que yo no era más

que un pasatiempo para un vocalista de éxito, indómito y díscolo en busca continúa de una nueva conquista.

Apenas tres semanas después de nuestra vuelta a París, Jean me informó de un trabajo inminente en Nueva York al que no podría acompañarme. Por lo visto, el gran fotógrafo del momento, Gordon Evans, con el que ya había trabajado muy gratificadamente en otras ocasiones, me deseaba a mí y no a Kate Steel, la elegida en un primer momento, como modelo para el gran reportaje que semanas después se adueñaría de Times Square.

—Gordon te adora —me comentó Jean.

—Es mutuo, aunque tú siempre serás mi favorito, Jean. Nadie me conoce como tú y eso se nota en nuestros trabajos.

Ambos tomábamos unas copas en un local famoso de París, muy frecuentado por *celebrities*, horas antes de que nos despidiéramos en el aeropuerto con una frialdad rápidamente captada por unos *paparazzis*, que no tardaron en especular con una ruptura sentimental muy cercana.

Sumida en una duermevela, más provocada por los somníferos que por la oscuridad reinante en el avión, me acomodé en el asiento dispuesta a dejarme llevar por el mundo de los sueños durante el resto del viaje. Aún quedaban seis horas por delante y gracias a las pastillas que me había tomado hacía escasamente una hora en el baño del aeropuerto, mi inquieta mente pudo descansar exitosamente.

Resguardada de la lluvia con una gabardina Burberry y algo narcotizada aún, busqué entre todos aquellos deslumbradores *flashes* y micrófonos acosadores, el coche que la agencia había alquilado para llevarme al Waldorf Astoria.

¿Es cierta su ruptura con Jean Fontaine? ¿Hay otro hombre? ¿Se reunirá con él aquí en Nueva York? ¿Por qué su representante no viene esta vez acompañándola? ¿Se han dado un tiempo? ¿Hay posibilidades de reconciliación?

¿Cómo podían atormentarme tanto? Quería preguntarles yo. Sin embargo, solo fui capaz de decir, ya apunto de subir al vehículo donde un atento chófer guardaba mi maleta:

—Todo está bien, gracias.

Estuve poco tiempo en el hotel antes de ir al estudio donde comenzaría la sesión fotográfica. Intenté olvidarme de todo mientras duraron las fotografías, pero me fue imposible. Distráida, imposible de encontrar el punto de concentración, lo busqué en las anfetaminas. Comencé a trabajar drogada, ya

no era una toma puntual para las noches de fiestas nocturnas en donde no hacía más que acto de presencia, exponiendo mi perfecta imagen. Y lo peor de todo, era que no era consciente, las tomaba sin más, pensando que podía controlar algo que ya me controlaba a mí desde hacía tiempo, engañando a todos los que me rodeaban, considerándolos mis enemigos incluso en ciertas ocasiones, cuando la única enemiga era yo misma.

Aun así, las fotos salieron bien, solo tenía que estar hermosa y vender aquel carisma innato del que todavía no había perdido ni un ápice.

—¿Está todo bien? —me preguntó Gordon, el fotógrafo, al término del día.

—Sí. Las fotos salieron perfectas, eso es lo único que debería importarte.

Sus sospechas eran más que fundadas, me conocía bien y cualquiera hubiera notado un sustancial cambio entre la disciplinada y dulce Natascha de antes, a la dispersa, nerviosa y amarga de ahora. Pero no hizo más comentarios y felicitándome por el trabajo nos despedimos hasta el día siguiente. Tardaría días en saber que había llamado a Jean para hablarle sobre el trabajo y sobre mí.

Según llegué al hotel, a eso de las ocho de la tarde, uno de los recepcionistas se me acercó educadamente para entregarme una nota que abrí casi con desesperación. Era de Michael, como imaginaba, ya estaba en Nueva York y había conseguido convencer al grupo para que, igual que yo, se hospedaran en el Waldorf Astoria. Miré el reloj y comprobando que aún estarían en la habitación anotada, esperé a un ascensor que se me antojó exasperadamente lento hasta llegar a la planta donde tan solo unos metros, me separaban del hombre de mis desvelos. Con el corazón en vilo, llamé a la puerta. Nick, uno de los chicos del grupo, me abrió con botella de cerveza en mano y recorriéndome con mirada lujuriosa de arriba abajo, me invitó a pasar en el mismo momento en que Michael se acercaba y le empujaba ligeramente:

—Aparta, Nick —dijo sin mirarle—. Nena, estás aquí.

—Sí... —respondí tímidamente mientras sentía sus dulces labios darme pequeños besos por la cara ante la mirada divertida de unos compañeros que no tardaron en vitorearle para mi bochorno.

El ambiente estaba tremendamente cargado, humo de cigarro y marihuana pululaban en una habitación llena de botellas de cerveza, ceniceros saturados de colillas y desorden generalizado, donde en un improvisado círculo despejado de muebles desperdigados, el grupo hacía sus últimos ensayos entre risas y partituras. Cualquiera en su sano juicio, hoy pienso, que de allí hubiera

salido corriendo ante tan tremendo caos. Sin embargo, yo disfrutaba con el llamativo contraste entre mi mundo y aquel. Representaba toda la libertad a la que yo me había visto limitada durante toda una vida, de una manera u otra. Allí se fumaba, se comía comida basura, se bebía, se bailaba, se cantaba..., se podía saltar encima de una cama desecha revolviendo mi pelo al son de la música, podía gritar haciendo el amor salvajemente, podía comer con la boca abierta, podía llevar puestos los calzoncillos de Michael para desayunar..., podía vivir a voluntad. Nadie censuraba nada, nadie criticaba mi gusto por las anfetaminas, es más, lo compartían algunos de ellos, nadie me miraba ni por encima ni por debajo, era una de ellos, siempre de igual a igual aunque algunas veces el alcohol les hiciera decir alguna que otra broma subida de tono, apaciguada por un feliz Michael. Nadie se sorprendía si después de cada concierto, chicas desnudas y colocadas pululaban por la inmensa suite, dispuestas a marcharse después de un polvo rápido y unas cuantas rayas.

—¿Tú haces lo mismo? —le pregunté a Michael mi última noche mientras fumábamos unos porros, desnudos sobre la cama.

—¿A qué te refieres?

—A subir chicas...

—Lo hacía. —Silencio—. Hasta que te vi aquella noche en mi camerino acompañada por esa amiga tuya.

—¿Así? ¿Sin más? Si apenas hablamos...

—Yo ya sabía quién eras. Te había visto en fotografías, había leído entrevistas tuyas...

—¿En serio? ¿Antes de aquella noche?

—Antes de aquella noche ya soñaba con tenerte algún día.

—¿Y por qué no lo intentaste?

—Oh, nena..., eras un sueño inalcanzable...

—Los sueños pueden llegar a cumplirse...

Pero los sueños, son sueños y el avión que salía en unas horas fue el encargado de recordarme que mi realidad era otra bien distinta. Tenía que volver a París y dejar atrás los mejores tres días que posiblemente había vivido hasta entonces y enfrentarme a un Jean al que no sabía si sería capaz de mirar a la cara, después de aquella traición que no se merecía.

Esta vez no había nadie esperándome en el aeropuerto; ni *paparazzis*, ni coche privado, ni Jean. Cogí un taxi para llegar a una casa donde el verdadero amor se me antojaba lejano. Tonta de mí, aquel era mi verdadero hogar, donde un hombre bueno lucharía hasta el final por un corazón que ya no le pertenecía, en un vano intento de recuperar a la afectuosa Natascha que un día conoció y que un día tanto le amó. Tonta de mí, que me creí diosa de mi propia vida. Tonta de mí, que me convertí en una peonza de mis propias circunstancias.

Por un momento, mientras aquel taxi recorría unas calles parisinas iluminadas por el sol de mediodía, miré melancólica a aquellas personas, que por allí paseaban tan despreocupadas y sentí envidia de ellas, con sus vidas monótonas, con sus amigos verdaderos o no, con su libertad no juzgada..., pero fueron solo unos sentimientos fugaces, pronto estaba ante aquella finca señorial en el mejor barrio de París y aquellos pensamientos se desvanecieron de mi mente como fantasmas de otro mundo.

Un ramo de rosas blancas y rojas me daba la bienvenida en la antesala de aquel piso sumido en el silencio de una soledad manifiesta. Lo cogí y aspiré su dulce perfume cuando vi la nota que lo acompañaba:

«Estaré de vuelta para comer, deseando verte, te ama, Jean».

No entendí aquel regalo después del distanciamiento de las últimas semanas, pero hizo que me sintiera lo suficientemente culpable como para esperarle con su vestido de día favorito y la mejor de mis sonrisas.

No pude evitar las lágrimas de culpabilidad ante la visión de aquel hombre elegante que con su alegre rostro y su mirada de brillante amor invadieron de nuevo mi mundo. Me abracé a él e ignorando su estupor le dije una vez y otra que lo sentía.

—¿Qué sientes, mi amor? —me preguntó. Sentía tantas cosas dentro de mi traidora y cobarde alma... —. Quedaste fantástica en las fotos, pude verlas esta mañana.

—¿Te gustaron?

—Muchísimo, como siempre.

—Tomé anfetaminas, perdóname —le confesé echa un mar de lágrimas, provocadas por otra razón—. Perdóname.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí, Gordon me lo dijo.

—Soy una estúpida.

—Pero todo tiene solución, cariño, Olga llamó a casa pensando que te encontraría aquí y terminamos conversando...

—¿Sobre qué?

—Sobre ti, me dijo que ya tiene todo preparado para tu ingreso en un centro de rehabilitación. ¡No me dijiste nada! Era eso lo que tan inquieta te ha tenido estos pasados días, ¿verdad? —me quedé sin palabras. En todo este tiempo, no había vuelto a acordarme de la promesa que le hice a Olga en Moscú hacía unas semanas—. No te preocupes, todo saldrá bien. Ya he cancelado todos tus compromisos para el próximo mes.

—No es necesario —solté secamente ante la idea de verme recluida en un horrible sanatorio.

—Pero...

—¡No! —le grité de repente interrumpiéndole—. No necesito nada de eso, puedo dejar de tomarlas sola.

—¿Estás segura? Olga está convencida de que necesitas ingresar...

—Olga no sabe nada de mí, apenas nos vemos.

—Olga es médico y una amiga que te quiere y se preocupa por ti. No te entiendo, Natascha, no te entiendo.

—Resulta que después de pensarlo mucho, he pensado que mi carrera se vería afectada si declaro públicamente una adicción así.

—Para nada. Sería una actuación muy valiente.

—Sería reconocer que no soy la mujer perfecta que tanto habéis querido explotar.

—¿Explotar? ¿Qué estás diciendo?

—Sí, explotar. ¿Alguna vez te has preocupado por si quería un trabajo o no? ¿Por si me encontraba bien o no? ¿Por si estaba agotada o no?

—Silencio—. Podéis iros todos al infierno, estoy harta de que me manejeis a antojo vuestro. —Hice intento de dirigirme hacia la puerta dispuesta a marcharme y dar por zanjada aquella discusión antes de sobrepasarme con una incontinencia verbal impropia y desproporcionada, pero Jean, cogiéndome del brazo, me lo impidió.

—Siempre me he preocupado de ti, siempre has sido lo primero en mi vida, siempre he deseado lo mejor para ti...

—¡Mentira, para ti!

—¡Para ambos! Estamos en el mismo barco, ¿recuerdas?

—No sois todos más que unas asquerosas sanguijuelas. ¡Todos!

Ya no nos reconciliaríamos haciendo el amor apasionadamente como en otras ocasiones. Ya no habría palabras bonitas ni muestras de afecto. Solo una relación de dependencia por los felices años de amor nos mantuvo en una armonía lo suficientemente desahogada para poder continuar siendo el tándem perfecto profesionalmente.

Todo dejó de tener importancia mientras esperaba el regreso de un Michael, que descansaría cuatro días en Londres para regresar a la vorágine de la gira que continuaría por Europa. Mientras tanto, trabajaba como autómatas entre la desidia del anhelo esperado y la pasión por no decaer, como comenzaban a vaticinar. ¿Cómo la prensa conseguía averiguar todo y explotarlo hasta el escarnio? ¿Acaso todo valía? Ahora la vigilancia a la que me veía expuesta era tan asfixiante, esperando el dramático final de una pareja considerada irrompible, que no pude más que alejarme a mi residencia de Niza, después de dos semanas de mi regreso de Nueva York, para huir de aquella ansiedad que me provocaba sentirme día y noche perseguida. París se convirtió en aquellos momentos, en una ciudad donde no podía dar un paso fuera de las cuatro paredes de mi domicilio, si no quería verme en alguna revista sensacionalista acompañada por un exasperante titular grotesco.

El verano estaba próximo y se hacía presente en la costa mediterránea donde un cielo azul, se fundía con la lejanía del mar y los veraneantes comenzaban a dejarse ver por un paseo marítimo lleno de luz. Recostada en la tumbona colocada en la terraza de la habitación principal de mi villa, oí sonar el teléfono por primera vez en los tres días que llevaba instalada. Para mi alegría, la voz de Michael sonó al otro lado de la línea.

—Nena, soy yo. ¿Cómo estás?

—Ahora, bien.

—He llegado hace unas horas de Nueva York. Le he dicho a mi mánager que me consiguiera un vuelo para hoy a Niza y después de preguntarme si estoy loco y contestarle que sí, que me parieron así, me lo ha conseguido para esta noche. Solo podré estar dos días, princesa.

—Tengo tantas ganas de verte...

—Y yo a ti, nena.

La espera se me hizo larga, solo eran las once de la mañana cuando recibí su llamada, e ideé un día lleno de planes en un intento de hacer correr las

agujas más rápidamente. Decidí bajar a comprar algo de comida para preparar una buena cena a base de mariscos y vino blanco, que me trajeron más tarde, amablemente a casa. Abrí un libro con la vana esperanza de meterme en una historia, que se me antojó aburrida y terminé por dejar, para pasar la tarde de compras entre las diferentes *boutiques* donde terminé comprando un bonito conjunto de lencería blanco de encaje y yendo a la peluquería para peinarme y hacerme una manicura en rojo.

Según se acercaban los minutos, la ansiedad por verle se apoderaba de mí sin control, intenté mitigarla con un cigarro tras otro, mientras imaginaba qué nos depararían aquellos dos días que por primera vez serían para nosotros solos. Preparé una bonita mesa y me vestí como si fuera a la más importante fiesta, mirándome una y otra vez en un espejo que confiaba que me daría una imagen de mí misma cada vez mejor, hasta que por fin el timbre sonó.

Y sin palabras, abalanzándose sobre mí como un lobo hambriento, hicimos el amor en el suelo del recibidor con una pasión que rozaba la locura. Por una vez, lo importante no era ni mi caro vestido, ni mi bonito peinado, sino poseer mi cuerpo y mi alma.

—Ahora ya podemos cenar —me dijo con una pícaro sonrisa. Al hacer ademán de vestirme, me paró—. No te pongas nada, quiero verte desnuda el resto de la noche.

Y así, haciendo de mi cama nuestro particular nido de amor, donde me dejé llevar por novedosos juegos sexuales y distintas perversiones, conocí lo que vulgarmente se llama «chino».

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté con más curiosidad que otra cosa, al regresar de la ducha y verle calentando algo en un trozo de papel plata.

—¿No sabes qué es esto?

—No.

—Algo que te encantará.

—¿Qué es? —insistí.

—La mejor heroína del mundo.

—Es una droga —afirmé contundente.

—La mierda esa de las anfetis que tomas, sí que son drogas... esto es diferente, es el nirvana, *darling*.

—No pienso pincharme nada.

—Esto ya está listo, ven, nena, ven a probar..., esta vez la fumaremos.

—No sé, Michael...

—Mírame, nena. —Y yo le miré—. Solo quiero tu placer. Será nuestro

secreto, solo lo harás conmigo. —Dudé—. Si lo deseas.

Lo hice sin más, sin pensar en lo que hacía, sin pensar en sus efectos o consecuencias, impulsada por aquel momento de felicidad compartida. No puedo culpar a Michael de haberme introducido en ese mundo de tan difícil retorno. A él le gustaba todo aquello, le gustaba aquella sensación que yo estaba a punto de comprobar, pincharse y dejarse llevar por aquella despreocupación envolvente y aquella euforia que tanto estimulaban su imaginación, para escribir aquellas letras que a tantas hizo suspirar y que tantos éxitos le trajeron. Él fue sincero conmigo, realmente solo quería hacer de su placer, el mío. Y yo, solo me dejé llevar, enloquecida por una pasión cegadora y una ignorancia generalizada sobre un tema, que por aquel año 86, lejos estaba de estar estigmatizado en según qué círculos.

¡Qué mal me encontré aquella primera vez!

—Todo me da vueltas, Michael.

—Es normal. Túmbate aquí a mi lado.

—Me encuentro mal, tengo ganas de vomitar —le dije con cierto miedo provocado por una ansiedad incipiente.

—Vomita, nena, se te pasará.

Perdí la cuenta de las veces que vomité mientras Michael me sujetaba el cabello para no manchármelo. Tenía la boca pastosa y una necesidad imperiosa de beber, pero cada vez que lo hacía, vomitaba de nuevo.

—Esto es una mierda, no me he encontrado tan mal en toda mi vida.

—La primera vez es bastante normal, aunque yo no me acuerdo mucho. Compensa con lo que viene después.

—Ah no, yo no vuelvo a probar esa mierda.

—Ya pasaste por lo peor, nena.

—Ni hablar.

Pero unas horas después, comencé a sentirme volar entre nubes de dulce algodón, mientras una felicidad eufórica invadía cada uno de mis sentidos, transportándome a un mundo de placidez absoluta como nunca antes había experimentado con nada. Todo dejó de preocuparme, de tener sentido fuera de esas cuatro paredes que formaban mi habitación porque solo ahí estaba el fruto de mi repentino placer, en forma de polvo blanco.

Desde aquel primer momento, la heroína se apoderó silenciosamente de mí, sin yo tan siquiera sospecharlo

Una llamada de Jean me hizo regresar a París. Muy serio, esperando reunirse conmigo en la agencia como representante y no como pareja, me esperaba en el despacho que tan pocas veces pisé, con semblante frío y postura tensa, invitándome a tomar asiento. Me dolió su actitud, tan distante de lo que un día fuimos, pero yo sola había cavado la fosa para enterrar aquel amor y yo sola debería ser consecuente con los actos que me llevaron a aquella situación, de cada vez más difícil regreso.

—Quería saber si puedo contar contigo para consecutivos trabajos o si quieres continuar por tu cuenta.

—¿A qué viene esto, Jean?

—En este tiempo que has estado fuera, he pensado mucho y le he dado muchas vueltas a las palabras que me dijiste.

—¿Qué palabras? —dije sin entender a que se refería.

—No voy a repetir las. Lo que sí te diré es que si quieres estar conmigo, profesionalmente hablando, tendrás que acceder a los trabajos que yo decida. Si vas a estar seleccionando unos sí, otros no, ahora necesito descansar, ahora quiero trabajar..., búscate a otro. Yo no estoy aquí para aguantar caprichos de nadie.

—Estás muy enfadado —dije sopesando sus congruentes palabras.

—Lo he estado más.

Nos miramos durante unos segundos en los que el tenso silencio casi se podía palpar, mientras analizaba una situación que comenzaba a estar fuera de mi control. Le había herido profundamente y su dolor se reflejaba en cada palabra que emitía. Pero egoísta de mí, decidí permanecer bien agarrada a mi tabla de sustento y salvación, aun sabiendo que a la larga le haría mucho más daño de lo hasta ahora experimentado, sin merecerlo. «Después de todo, no era tan diferente a mis padres», pensé con cierta tristeza para mis adentros.

—Todo lo que te dije aquel día, fue producto de un momento de enajenación.

—No, Natascha, ambos sabemos de qué fue producto, pero no tocaré más ese tema. Tú sabrás lo que haces con tu salud... y con tu físico, que es la base de tu trabajo.

—¿Acaso algo de eso ha cambiado?

—Cambiará, no lo dudes y antes de lo que crees. —Ilusa de mi creyéndome tan poderosa, ¡cómo recordaría aquellas palabras!, como tantas otras—. Hay un programa que quiere entrevistarte en directo, las preguntas no las sabremos pero podrás negarte a contestar las que consideres oportunas, como así firmarías en el contrato.

—¿Cuándo sería?

—Mañana por la noche. Durará una media hora tu momento en antena, en el que harán un repaso a tu carrera, tus comienzos y demás.

—Lo siento, Jean, lo siento pero no accederé a ninguna pregunta sobre mi pasado en la Unión Soviética.

—No te preocupes, se sabe poco de aquella época tuya, por no decir nada, niégate a responder sin más.

Me sacó el contrato que firmé sin mirar, como hacía siempre y me dispuse a irme dando por finiquitada una reunión que se me antojaba violenta para ambos. Nos habíamos convertido en dos extraños de la noche a la mañana, obviando el amor profesado, tantos años atrás.

—Hay otra cosa que quería comentarte, si quieres te llevo a casa y te cuento por el camino.

—¿Has comido?

—No— respondió secamente.

—Podríamos ir a Le Precope —sugerí.

—Me parece bien.

Mientras atravesamos los pasillos que iban desde el despacho de Jean hasta la puerta, pude observar el gran movimiento de jóvenes modelos, estilistas y *bookers* yendo de aquí para allá. Hacía tanto tiempo que no pisaba la agencia, que todo aquello me hizo recordar momentos mejores de un pasado cercano, caracterizados por una ilusión inocente, ya perdida.

De pronto, oí una voz femenina exclamar mi nombre a mis espaldas:

—¡Es Natascha Ivanova! —gritó mientras se acercaba a mí, risueña—. Te admiro muchísimo, tenía muchas ganas de conocerte en persona y bueno —dijo tímidamente, tal vez eclipsada por mi presencia—, me gustaría decirte que si me dedico a la moda, es por ti, porque sueño con llegar algún día a ser la mitad de buena que tú.

Muchos de los que por allí pasaban en esos momentos, se pararon dispuestos a presenciar mi reacción para con aquella espontánea admiradora. Entré en el estudio donde se llevaba a cabo una sesión de fotos e

interrumpiéndola como solo yo podía, cogí de la mano a la joven y pedí al fotógrafo que dispara un par de fotos de ambas juntas.

—Quédate la que te guste y yo me encargaré de dedicártela.

Esa fue mi impulsiva acción ante la divertida mirada de Jean, por primera vez en mucho tiempo.

—Muchísimas gracias, guardaré esta foto como si fuera mi mayor tesoro, nunca lo olvidaré —me dijo a modo de despedida.

Aquellas palabras en aquel momento de mi vida, significaron mucho más de lo que aquella bonita chiquilla pudiera haberse siquiera imaginado. La ilusión perdida por un mundo exprimido al máximo, al ver aquellos ojos grises mirarme como si realmente me tratara como a una presencia divina, me hizo plantearme el error que estaba cometiendo, no valorando lo suficiente aquello que la suerte y mi belleza me había proporcionado. Pero solo fueron aquellos instantes, al cruzar la puerta de la agencia, aquella chiquilla se desvaneció de mi mente y con ella, aquellos pensamientos provocados por unas palabras desinteresadamente halagadoras, provenientes del deseo de alcanzar el éxito y el reconocimiento tan ambicionado por cualquier mortal.

—Deberías venir más por la agencia —me dijo Jean de camino al restaurante—; para las chicas que comienzan eres su referente, su icono.

—Es muy agradable, pero también me crearía una responsabilidad para la cual no valgo.

—No llegaste arriba por llegar. Fue tu constancia, tu responsabilidad para el trabajo, tu amor por la moda..., lo que te ha llevado al éxito.

— El éxito también tiene su parte oscura y tú mejor que nadie lo sabes.

—No sabes nada de la parte oscura del éxito, aún no.

Entramos en Le Precope, un restaurante muy conocido en la capital francesa, por su decoración del siglo XVII y sus sabidos clientes a lo largo de décadas de apertura. Nos dieron mesa al lado de uno de los grandes ventanales, pero decidimos cambiarla por otra en un lugar un poco más apartado que nos permitiera más intimidad. Me encendí un cigarro mientras esperaba a que Jean comenzara con aquel asunto debatido hacia unos minutos en la agencia, sopesando si el motivo sería más referente a nuestra vida como pareja.

—Esta mañana trajeron un ramo de rosas.—¿Algún admirador? —le pregunté temiendo conocer la respuesta.

—Eran negras.

Oh, Dios mío, Michael estaba completamente loco, solo él era capaz de

una cosa así. Era su símbolo, el nombre del grupo con el que había llegado al estrellato, su esencia..., y las había conseguido de a saber dónde, para mandarlas al domicilio donde vivía con mi todavía pareja. Me maravillé con aquella osadía solo digna de un insolente con un sentido realmente extravagante del romanticismo. Respiré hondo y una vez más, hice como si nada de lo referente a Michael Hunter, me importara lo más mínimo.

—¿Y? ¿Las acompañaba algo más?

—Sí, dos entradas para el concierto que darán The Black Roses la semana que viene en París. —Silencio—. No voy a preguntarte a que se debe tal cortesía.

—No voy a ir.

—Claro que irás.

—No.

—Irás, y más bella que nunca. Esa noche brillarás en tu papel como tan bien sabes hacerlo.

En aquel momento, me sentí odiarle. Solo deseaba un escarnio público donde llevar a cabo una dulce venganza sin que él saliera perjudicado. Sería como salir a la *arena* ante miles de hienas deseosas de despellejarme por tan tremenda afrenta a mi aún pareja. Pero no hizo falta esperar a aquel concierto, la *arena* me esperaba en un plató de televisión la noche siguiente, donde el elemento sorpresa, me llevó a dar el primer verdadero traspies de mi carrera, aún sentada en la cómoda butaca donde fui entrevistada.

Con vestido rojo, perfecto maquillaje, pelo recogido y vertiginosas sandalias, hice mi aparición ante los millones de franceses que aquella noche siguieron, como supe más tarde, mi primera entrevista en directo, después de diez años en la cima de la moda.

El plató era sencillo, circular y estaba situado en lo alto de un habitáculo limitado por asientos donde un público variopinto que estalló en aplausos ante mi incursión en escena, sería testigo directo de, en este caso, mi entrevista. La periodista, Amélie Leduc, muy sonriente y concedora de su entorno, me invitó a tomar asiento en una butaca de color beige mientras ella hacía lo propio en una silla situada a no más de metro y medio de mí.

Me sentía segura a pesar de que aquel no era el medio donde mejor me manejaba. Los años ante las cámaras me habían proporcionado una fluidez y una desenvoltura, casi al nivel de mis apariciones en pasarela, pero a medida que las preguntas se fueron tornando más personales e incluso, algo osadas, un nerviosismo se fue apoderando poco a poco de mí.

Comenzamos con temas anodinos: cómo empecé en la moda, qué era lo mejor de ser modelo, consejos para otras chicas que estaban empezando, mi fotógrafo favorito..., pero aquella periodista, fue llevándome a un terreno en el que me vi obligada a no responder y a no caer en diferentes provocaciones, agradeciéndome a mí misma, haber acudido totalmente sobria de cualquier sustancia que pudiera haber mermado mi apreciado control. En algún momento, miré a Jean. Fuera del plató me observaba con una cierta mirada ladina, que sospeché se debía a un contenido disfrute al ver como ante tremendo bochorno, toreaba con la elegancia que me caracterizaba un sinfín de preguntas de lo más comprometedoras.

—Se ha comentado recientemente su adicción a algún tipo de sustancias, ¿qué nos puede decir de eso? ¿Es cierto?

—No voy a pronunciarme al respecto.

—¿Tal vez sea por su reciente amistad con el roquero Michael Hunter?

Respiré hondo y miré fijamente a Jean mientras pensaba cómo había sido capaz de fraguar aquella trama contra mi persona. Pero la sorpresa vino cuando la periodista, muy diestra a la hora de provocar tempestades en sus entrevistas, continuó hablando ante mi silencio.

—Se comenta que el famoso cantante fue visto salir de su domicilio en Niza...

¿Acaso ya había corrido la voz de mi relación con Michael? Me sentí invadir por una ira momentánea. Le hubiera gritado, abofeteado y me habría ido de allí sin mirar a ningún otro lado que no fuera la puerta de salida. Pero me refugié en mi característica frialdad rusa que en tantos momentos me salvó de apuros como aquel, provocados por personas que como aquella periodista, necesitada de una notoriedad incapaz de conseguir por otros medios.

—Somos solo amigos.

—¿Qué clase de amistad?

—Amistad, sin más.

—¿Dónde le conoció?

—En la grabación de un videoclip del grupo.

—Sin embargo, salieron fotos tuyas con él hace poco más de un año, creo recordar...

—¿Y?

—Que entonces, le conocía de antes...

—¿Y?

—Que nos ha mentado, señorita Ivanova, ha mentado a la audiencia que

fiel cada noche nos sigue.

—Demonios, por un momento creí estar ante una reputada fiscal en un juicio sin juez, en vez de ante una periodista que no tiene demasiado claro su lugar —dije sarcásticamente sonriente.

Hubo ciertas risas en el plató, incluido a Jean pareció gustarle mi repentino contrataque. Comenzaba a estar harta de aquel juego, si algo me caracterizó siempre fue un orgullo desmesurado que a nadie permití pisotear. Aquella mujer había cometido el error de creer tener ante sí, una rubia frívola, infiel y dada a sucumbir a determinados vicios..., cosa relativamente cierta. Pero olvidó pensar, que las personas somos mucho más de lo que aparentamos en primera o segunda instancia, olvidó que somos capaces de muchas más cosas según que circunstancias, olvidó que no hay animal más peligroso que el que está herido.

—Yo no le he faltado al respeto, señorita Ivanova.

—Yo tampoco se lo he faltado a usted, señorita Leduc. Solo me he permitido recordarle que el tema que nos ha reunido hoy, aquí, es la moda. Así que, continuemos la entrevista por donde corresponde y no mienta a la audiencia que tan fiel sigue su programa cada viernes, desviándose por otros derroteros.

La periodista claramente desconcertada por mi reacción y la de un público que de pronto parecía disfrutar con una locuacidad que hasta me sorprendió a mí misma, pareció darse por vencida y, tras una pausa, donde dio un pequeño sorbo al vaso de agua que ahí reposaba en una mesita colindante, continuó con el interrogatorio, volviendo al mismo tipo de preguntas anodinas con las que había comenzado. No tardó mucho en dar por concluida una entrevista banal, en la que solo yo, gracias a su estupidez, había salido ganando para los muchos que estuvieron comentándola aquellos días que la prosiguieron. También conté con detractores, según alguien me comentó, pero no me importó lo más mínimo, solo tuve que hacer acopio de una indiferencia, que tan bien venía para ciertas ocasiones.

Aquella noche de vuelta, decidí conducir yo hasta nuestro domicilio, esperando que la concentración en llevar correctamente el coche por las oscuras calles de París, ya caída la noche, me permitieran alejar los asaltos de ira que contra Jean tenía.

—Has estado fantástica.

—No gracias a ti, desde luego.

—Bueno, ya tocaba que me hicieras reír un poco, ¿no? —Silencio—. Esta

noche he comprendido porque me enamoré de ti...

—Qué tarde, ¿no crees?

Al llegar a casa, me tomé dos tranquilizantes para poder dormir bien, cosa que sin ellos, sentí se me antojaría difícil. Jean cenaba una ensalada en el salón. Me invitó a sentarme con él y compartirla, pero deseché la idea alegando estar cansada, para su desilusión. Olvidando nuestra pasada pelea, pude percibir los días siguientes, su esfuerzo por pasar página, volvía a ser el mismo hombre amable, cariñoso y generoso que se desvivía por mí, en un intento de no perder aquello que cada día se tornaba más lejano. Recuerdo como a la mañana siguiente, mientras yo yacía en un sueño superficial, me arropó y me besó dulcemente antes de salir para la agencia. Una lágrima resbaló incontrolable por mi mejilla, al recordar aquel primer beso, casi robado, que tanto me hizo vibrar. ¿Dónde había quedado todo el amor profesado? ¿Dónde? ¿Cuándo dejé de amarlo? Jean tenía unos valores extraordinarios y más que cualidades para conseguir a cualquier chica y más en aquel mundo, en el que se pasaba los días rodeado de las más bellas.

Por la mañana, a eso del mediodía, me preparaba un zumo de naranja, aún algo dormida por los efectos de las pastillas de la noche anterior, cuando el teléfono sonó:

—Hola, nena.

Una oleada de felicidad me invadió al oír aquella voz, que tan poco esperaba.

—¿Dónde estás?

—En Roma. ¿Puedes hablar?

—Sí, sí, estoy sola.

—Anoche te estuve viendo antes del concierto, eres *la puta ama*, princesa. —Reí ante tan desconocida expresión—. Te quisieron joder y tú les jodiste a ellos, a todos.

—¿Eso fue lo que pareció?

—Sí, a todos nosotros nos pareció eso, a pesar del pedo que llevábamos.

—¿Cómo os está yendo la gira por Italia?

—Genial, a reventar, esto es una auténtica locura...

—Como me alegro, Michael.

—Me gustaría poder compartir todo esto contigo.

—Es complicado...

—No, nena, no. Quiero gritar al mundo que eres mía, mi chica, saber que cuando no trabajas, estarás en nuestra casa, y no con ese pijo niño de papá

gabacho.

—No hables así de él..., es mi representante también, recuérdalo.

—Cualquiera representante querría llevarte... Arréglalo o lo haré yo a mi manera.

Hablamos poco tiempo más, me preguntó si me había gustado su regalo, si asistiría al concierto la próxima semana, donde se alojarían los dos días que tocarían en París...

Una vez cortada la comunicación comencé a sopesar seriamente los pasos a dar. Tenía miedo, aún tenía miedo de ser solo un capricho pasajero para aquel hombre acostumbrado a poseer mujeres dispuestas a todo, por un momento de sexo con él. ¿Estaría con otras? Yo llevaba meses sin intimar con un Jean que parecía aguantarlo todo con tal de estar a mi lado. Decidí no acudir al concierto, muy a mí pesar. Habría otras oportunidades, pero ahora sería una manera de evidenciar lo que tanto me había esforzado por tapar, ante los demasiados ojos críticos que tenía sobre mí.

Aquella semana corrió rápida entre trabajo y trabajo. Pasé dos días en un Madrid de intenso calor, donde tuve que posar durante horas bajo un sol candente, al que no estaba acostumbrada, con ropa de abrigo de la siguiente temporada otoño-invierno. Me sentí desfallecer en más de una ocasión a pesar de las atenciones de un Jean, muy atento y acostumbrado a mis pequeñas quejas, que no eran muchas comparadas con lo que a mis oídos llegaban de otras modelos. Con él no necesitaba hablar para ser comprendida, aquello me hacía dudar una y otra vez, sobre si trabajaría igual, con la misma comodidad y desenvoltura con otro representante. El segundo día, también hicimos exteriores pero esta vez fue bajo la sombra de los árboles del Retiro, que mitigaban un poco el calor a esas todavía tempranas horas de la mañana. Al día siguiente, a las seis y media de la mañana, volvíamos a estar en el aeropuerto para coger un avión destino Nueva York. Con pocas horas de sueño en el siempre incómodo avión y una comida rápida, nos dirigimos al *backstage* donde me maquillaron, peinaron y vistieron, lo suficientemente rápido como para estar en la inauguración de la importante joyería que me había contratado, tres horas después de nuestro aterrizaje en la Gran Manzana. El ritmo fue frenético los minutos previos al evento, pero una vez allí, todo fue saliendo a pedir de boca. *Flashes*, poses, sonrisas y saludos protagonizaron aquella velada, que acabó con la mayoría de nosotros, muchas caras conocidas del mundo de la moda, el cine y la música moviendo su esqueleto en el centro de la pista del mítico Studio 54. Viví la noche sin excesos, aunque

añorándolos en aquel lugar donde tan difícil era controlar los impulsos a los que incitaba su entorno, pues tenía a un Jean vigilante pegado a mi espalda cada segundo. Con Michael hubiera sido tan diferente todo... ¡Como hubiéramos disfrutado ambos de aquella fiesta donde todo estaba tan al alcance!

Con tremenda resaca por el alcohol y tabaco consumido, me desperté por la mañana, con el único deseo de tener una pastilla de anfetamina cerca de mí.

—¿Cuándo sale el avión? —le pregunté aún entre las sábanas.

—En tres horas.

Mi pensamiento aquella mañana consistió en contar las horas que quedaban para, de vuelta a París, poder coger las pastillas. Era algo que superaba mis fuerzas después de cuatro días sin consumir ningún tipo de estimulante externo. Un nerviosismo silencioso se apoderaba de mí, junto con aquel sudor copioso y frío que recorría mi piel. El síndrome de abstinencia comenzaba a evidenciarse, a pesar de haber decidido dejarlas en París para evitar discusiones innecesarias con Jean, sentía que las necesitaba más que nunca.

19

—¿Follas con ese novio tuyo? —me preguntó Michael, enfatizando despectivamente la palabra novio.

—No.

—¿Y cómo puede aguantarlo? Yo terminaría violándote...

—Él es muy diferente a ti.

—Gracias a Dios.

—No quiero hablar de él.

—Yo sí, no puedo soportar pensar en las noches que deseará recorrer tu cuerpo con sus dedos, como yo he estado haciendo ahora.

Michael, sentado en una de las butacas de aquella suite del hotel The Peninsula París, preparaba la que sería mi primera dosis a altas horas de una noche que pronto vería su fin. Yo le observaba proceder desde una revuelta cama fruto de la pasión fraguada momentos antes. Calentaba una cuchara desde su base, mientras aquellos polvos blancos mezclados con gotas de agua y limón, se iban diluyendo a medida que el calor del mechero traspasaba el metal. Sentí miedo al verle sacar aquella jeringuilla y no comprendía por qué el proceso era diferente a la vez anterior, pues sin más, se puso a preparar toda aquella parafernalia que tan complicada se me antojaba, sin explicarme nada. No tenía pensado inyectarme nada en absoluto. Una cosa era fumar *un chino* y otra muy diferente inyectarme heroína.

—¿Por qué no lo has preparado como la otra vez?

—No tengas miedo, nena. Puede impresionar la primera vez, pero luego te habitúas.

—¿Habituarne? Ni de broma, Michael, no pienso pasar por ahí. Esto es algo puntual.

—No quise decir eso, efectivamente, es algo puntual..., ya lo hablamos la otra vez. Pero bueno, no te voy a obligar a nada..., solo quería compartir mi placer contigo.

—Prefería que hubiera sido fumada... —comencé a dudar, contagiada de su seguridad—. ¿Y si se me queda la marca en el brazo o me sale un moratón? Jean se podría dar cuenta...

—Es una aguja mínima, ni lo notarás.

—¿Seguro?

—Trae el brazo.

Y me dejé llevar por aquel hombre que obnubilaba cada uno de mis sentidos, extendiéndole mi brazo derecho, sin saber que con aquel gesto, le estaba entregando mi vida a un silencioso asesino. Ahora pienso en lo ciega que estuve, en lo ciego que puede llegar a ser un amor y en las consecuencias para con uno, si este es destructivo. Pero cuando estás viviéndolo en presente, en la impulsiva juventud y rodeados por un éxito casi encandilador, la realidad se desdibuja hasta volverla quimera.

Una oleada de relajación me invadió en pocos minutos, llevándome a un mundo de despreocupación e intenso placer, que fue degenerando en un estado de ligera euforia y sedación. Aquellos efectos fueron disminuyendo progresivamente como a las dos o tres horas, en las que todo dejó de tener algún valor. Ya no importaba Jean, ni la búsqueda de una excusa plausible que justificara mi ausencia aquella noche. Ya no importaba una posible marca delatadora en un brazo de nivea blancura, ni los *paparazzis* que tal vez me hubieran seguido hasta aquel hotel. Me quedé dormida rozando el alba envuelta en una ficticia felicidad, con la voz de Michael, tarareando alguna dulce melodía que mi mente interpretó lejana.

Al día siguiente, ya en la soledad de mi casa, una extraña sensación que no llegaba a comprender se apoderó de mí. Se trataba de lo que llaman «*craving*», un fuerte deseo de volver a consumir. El síndrome de abstinencia apareció aquella mañana, como demonio en la sombra. Era la segunda vez que probaba la heroína y ya, sin saberlo, me atrapó en sus oscuras redes de destrucción.

El día se me hizo cuesta arriba. Al llegar Jean a la hora de comer y encontrarme en la cama, lejos de disgustado, se sentó a mi lado y preocupado me tocó la frente.

—Creo que tengo gripe... —le dije sin saber si era mentira o verdad.

Sudaba, tenía oleadas de frío y calor, acompañadas por una febrícula que parecía imposibilitarme dormir.

—Voy a llamar al médico.

—No, Jean, de verdad. No te preocupes por mí.

El episodio quedó ahí, gracias a que no tenía heroína al alcance, si no, posiblemente hubiera sucumbido a la seductora tentación de acabar con un malestar físico que por momentos se tornó tremendamente irritante. Pasando poco más de veinticuatro horas, aquellas molestas sensaciones remitieron,

quedando todo en un proceso febril sin importancia ante los ojos de un Jean, que preocupado me veló durante toda la noche. Me sentí tan culpable que no pude por menos que ofrecerle pasar parte de nuestras vacaciones, ya próximas, juntos, en el lugar que eligiera. Eso pareció devolverle la ilusión de nuestros comienzos. Pero hiciera lo que hiciera, los remordimientos me atenazaban pues sabía que no estaba actuando como una buena mujer debiera. Solo me dejé llevar por la cobardía de no perderle, de tenerlo amarrado a pesar de no quererle solo porque me interesaba que así fuera. ¡Cómo podíamos ser las mujeres en algunos momentos! Ladinas para conseguir de un hombre lo que deseamos, astutas para saber ofrecerles lo que tanto ansían, pérfidas para ignorar aquello que de sobra sabemos, no es correcto.

20

Aquel verano lo pasé entre Marbella y Niza. El primer destino lo compartí con Jean, que encantado estuvo de hacerme de guía turístico, pues él ya había estado en otras ocasiones y parecía moverse como pez en el agua por un Puerto Banús plagado de yates, restaurantes y tiendas de importantes firmas. Pasamos momentos agradables rodeados del lujo, de la buena comida y del maravilloso clima que aquella pequeña ciudad nos ofrecía de mano de sus simpáticos habitantes. Observaba a Jean jugar al golf, jugábamos al pádel, cuando no, al tenis, monté a caballo por primera vez y disfruté de los diferentes tratamientos estéticos con los que el Hotel Marbella Club, donde nos alojamos, contaba. Pero la mayoría del tiempo tenía a Michael en la cabeza y no podía evitar la zozobra que me producía no tenerle a mi lado. Le echaba desesperadamente de menos y tenía que, de momento, contentarme con escucharle a través de un teléfono que a veces sonaba a horas intempestivas por la diferencia horaria, una o dos veces a la semana.

Tantas veces me pidió durante aquella gira que me uniera a él..., y sin embargo, no terminaba de sentirme preparada para dejar de lado mi mundo de comodidades, por horas de carretera en caravana y comidas precocinadas en algún bar de motel. Al lujo uno se acostumbra rápido y era algo a lo que no quería renunciar mientras pudiera. Entretanto, seguía con atención el éxito de The Black Roses a través de la televisión, la radio y las revistas.

En Niza, siempre sentí mi verdadero hogar. Al llegar aquel agosto, preparé todo durante dos días con ayuda de una mujer que contraté expresamente durante todo el mes, para no sentirme esclavizada de las tareas del hogar que tan poco me gustaban. Después de un tiempo sin estar habitada, una limpieza general era obligada y en muchas ocasiones me tocaba recurrir a ayuda experta que me redimieran de aquella obligación.

Conduje hasta el aeropuerto con un coche de alquiler para recoger a Olga y a su nuevo acompañante, al cual aún no conocía, un médico que trabajaba con ella y había despertado mi curiosidad, por ser la única relación seria de mi amiga. Venían dispuestos a pasar la quincena conmigo en la costa azul, cuyo clima tan bien nos sentaba a nuestras palidecidas pieles.

Al verle, le encontré algo insípido, tirando a soso aunque educado, con

aspecto arreglado pero no pijo como pudiera ser Jean, y de atractivo limitado. Sin embargo, vi a una Olga radiante de felicidad y eso me hizo aceptarle desde el principio con la cercanía que tanto me caracterizaba con mis escasas amistades. A medida que los días fueron avanzando, fui percatándome de las grandes cualidades del hombre que había robado el corazón de mi querida amiga: afable, honesto, comprensivo, dialogante..., muy similares a las de Olga, por los que les auguré un buen futuro juntos.

Hubo momentos en los que me sinceré con ambos contándoles mis diferentes inquietudes respecto a Michael y a Jean, aunque Olga ya sabía bastante y no estaba muy contenta con mi manera de proceder. Ella adoraba a Jean y siempre le defendió hasta el final, impulsándome a formalizar nuestra relación casándonos, ya que consideraba a Michael como un hombre banal y no dado a la lealtad necesaria para hacer feliz a una mujer.

—Estás cegada por su fama y su aspecto de chico indomable —me comentó una de tantas noches, mientras tomábamos unas copas en el jardín—, y eso, no te conduce a ninguna parte.

—En Londres, su banda es muy conocida y no solo por su música, también por sus adicciones y líos amorosos... —comentó Connor, el novio de Olga—. En el hospital ya les hemos atendido en alguna ocasión...

—¿A Michael?

—A Michael no, aunque le hemos visto en alguna ocasión trayendo a Larry Cook, creo que se llama el batería, medio a rastras, en un estado deplorable por el consumo de alcohol.

—Larry es un caso aparte, desayuna whisky, con eso os digo todo. Michael no es así.

—Ahora nos dirás que todo lo que cuentan de él, es mentira... —dijo Olga.

—La prensa exagera mucho.

—Te engañas a ti misma, Nata —continuó mi amiga—, no son buenas compañías.

Pero aquella conversación se sucedió en más ocasiones, incluso preguntándome si seguía consumiendo anfetaminas y somníferos, como ocurrió dos días después. Tema que realmente me incomodaba e intentaba evitar a toda costa.

—Solo tomo muy de vez en cuando. Tú no sabes el ritmo que tengo que aguantar muchas veces, es muy fácil juzgar...

—Olga no te juzga —apuntó Connor—, solo se preocupa por ti.

—Pues que no se preocupe tanto, no es mi madre.

Mi amiga se marchó directamente a su habitación dolida por mi comentario, aunque pensé que no era para tanto. Y Connor decidió quedarse desayunando conmigo en el jardín mientras me fumaba un pitillo con el café.

—Es nuestra profesión, llevamos en la sangre preocuparnos por la salud de los demás, no se lo tomes en cuenta.

—Estoy hecha un lio, no puedo sincerarme con nadie realmente, solo confío en dos personas de verdad, y a ninguna de ellas puedo hacerles partícipes del sentimiento tan infame con el que convivo la mayoría del tiempo.

—¿Por qué tienes ese sentimiento contigo misma? Eres una mujer increíble en todos los aspectos.

—No, no lo soy. Soy buena en mi trabajo, brillante según muchos. Pero de un tiempo a esta parte el caos ahonda en mi vida privada. Nada me sale bien.

—Igual necesitarías ayuda de un profesional.

—No quiero un loquero, no estoy loca..., solo confundida... —dije mirando a aquella masa de agua azul que se movía en libertad.

—Si yo te puedo ayudar...

—Son tantas cosas, que no sabría por dónde empezar.

—Adelante, Natascha, te escucho.

—No quiero hacerle daño a Jean, no quiero perderle pero no le amo.

—Amas a Michael Hunter...

—Sí.

—Sin embargo, no pareces feliz amándole.

—Sí, soy feliz cuando le tengo a mi lado.

—Pues adelante con ello, pero tendrás que ser consecuente.

—Tengo un miedo atroz a las consecuencias..., eso hace que intente evadirme de la realidad... ¡Es tan difícil de explicar! Cualquiera desearía estar en mi situación y sin embargo...

—¿Sin embargo?

No sabía realmente que contestar, comenzaba a tener pensamientos caóticos imposibles de ordenar con la cordura de un tiempo ya pasado. Necesitaba preguntarle sobre las anfetaminas, sobre los somníferos y sobretodo sobre la heroína, que soñaba volver a probar. Pero el miedo a defraudar, el miedo a no ser lo perfecta que todos me consideraban, el miedo a los propios prejuicios que yo me autoimponía, me paralizaba. Yo misma sentía ciertas sensaciones ahora presentes casi a diario, que habían irrumpido en mi

vida y solo desaparecían con aquellas sustancias de las que realmente, tan poco conocía. Ahora podía ponerme agresiva con cierta facilidad, los pensamientos corrían rápido por mi mente, el apetito me había disminuido severamente cuando antes cuidaba de manera escrupulosa mi alimentación y cuando no, un nerviosismo me dominaba por dentro imposible de controlar, salvo con tranquilizantes. Todo se había vuelto una espiral, un círculo vicioso del que era más que consciente, sin embargo, se escapaba de mi poder controlarlo y eso me asustaba, me asustaba sobremanera.

—Supongo que sabes por Olga que consumo ciertas sustancias...

—Sí, aunque no solo lo sé por ella..., al observarte hay cosas que saltan a la vista.

—¿Tan obvio es? Imposible.

—Para un médico observador, sí.

A pesar de aquellas conversaciones, no terminaba de sacar nada en claro. En principio parecía convencida por sus diferentes argumentos, pero pasaba un día y ya volvía a actuar con la misma impulsividad de siempre.

La sorpresa vino una mañana, cuando estando los tres en la piscina vi a Michael apoyado en la puerta del porche, con sus pantalones de cuero, su camiseta blanca que dejaba entrever los tatuajes de sus brazos y sus mil anillos y pulseras mientras fumaba un pitillo. En un primer momento, pensé que se trataba de alguna alucinación, pero al comprobar que realmente era él, fui corriendo hacia sus brazos, que me envolvieron con fuerza.

—Solo tengo dos horas.

—¿Has venido solo para dos horas?

—He venido porque necesitaba verte y besarte.

Entonces me tomó en volandas y llevándome hasta la piscina, se tiró al agua arrastrándome a mí con él. No podía dejar de reír ante la absorta mirada de una Olga y un Connor que no daban crédito y ante el aspecto de Michael, completamente vestido, en el agua.

—Me muero por hacerte el amor, no podía esperar, ¿crees que si lo hacemos aquí, tus amigos se escandalizarían? —me preguntó en susurros.

—¡Michael! —le grité risueña.

—Estamos en Madrid. El concierto de anoche fue brutal, nena. Miles de personas, todas allí reunidas para vernos, para verme cantar..., fue un verdadero subidón y esta noche toca más. Solo me faltabas tú, así que le pedí a Jude que me consiguiera un vuelo para venir a verte, con la condición de regresar para esta tarde..., y aquí estoy.

—Te quiero, te quiero, te quiero... —le decía mientras le daba pequeños besos por el rostro—. Seguro que ni has dormido...

—Pues poco, la verdad.

—¿Y qué vas a hacer con tu ropa?

—Ya se secará.

Después de saludar a una Olga que no recordaba y a su novio, Connor, entramos en casa y nos encerramos en el baño de mi habitación en la planta de arriba, pensando que sería el lugar más íntimo en aquel momento. Dejamos volar la pasión que nos dominaba con tan solo mirarnos y que tantos días había estado reprimida por la distancia, extinguiendo con velocidad el tiempo escaso con el que contábamos.

—¿Tienes caballo para fumarnos un *chino*? —le pregunté mientras me vestía.

—No, nena, no traje nada. No podría fumarme un *chino* ahora, tendrían que suspender el concierto.

—Sí, es cierto... —dije con cierta desilusión.

—Me debo a mi público y a mi música, ¿entiendes? —Asentí—. Ya lo he hecho alguna vez y he terminado saliendo al escenario dando tumbos e inventándome las canciones.

—¿En serio?

—¡Sí! —espetó riéndose a carcajadas—, pero me debo a mi público, no al caballo. Y a ti te voy a tener alejada de él un tiempo. Tú sigue con tus anfetamidas, Nata, pero olvídate de la heroína, no quiero que lo veas como algo habitual entre nosotros.

—¿Por qué? No lo entiendo, tú fuiste el que me convenció...

—Sssssh —me interrumpió poniéndome un dedo en los labios—. Nadie te convenció, nena. Lo hiciste tú sola.

Comenzaban a caer las primeras hojas de los árboles, producto de una nueva estación, cuando The Black Roses voló lejos hacia una nueva aventura. Asia y Oceanía les esperaban con ansias. El nombre de Michael Hunter comenzaba a ser oído en los cuatro continentes. Pronto conseguiría la fama mundial que tanto deseaba.

Éramos más similares de lo que a simple vista pudiera parecer. Arrastrábamos unos fantasmas similares productos de la misma carencia afectiva que habían protagonizado nuestras infancias y tempranas juventudes. Impulsivos, débiles y perfeccionistas, a la par que introspectivos, luchadores y caóticos. Con un carisma especial que nos hizo tener el mundo, en cierta manera, a nuestros pies. Con una empatía limitada por unas dolorosas vivencias que degeneraba en egoísmo, solo preocupándonos de nuestros propios intereses, llegando incluso al egocentrismo que nos llevaba a continuas sensaciones de vacío existencial y tristeza. Horas de viajes interminables, lejos de nuestros hogares, expuestos a una opinión pública no siempre indulgente, perseguidos por *paparazzis* sin tregua a intimidad, cierta inseguridad alimentada con grandes dosis de continuas adulaciones que daban paso a una vanidad casi enfermiza...; esa era nuestra actual vida, la mía desde hace ya once años. ¿Éramos felices? Sí y no, supongo que como todo ser humano, pero en nosotros no era bien visto sentir tristeza, no sonreír a cada halago, pues aparentemente, teníamos todo lo que cualquiera pudiera desear: juventud, belleza, éxito, dinero...

La situación de Jean era completamente diferente, a pesar de ir en perfecta concordancia con la mía, en lo referente al mundo laboral. De buena clase social, ciertamente mimado por la élite parisina del mundo de la moda desde que nació, con buena preparación académica y un entorno familiar relativamente unido, aspiraba a la mujer perfecta que yo no era. Éxito, lujo, glamour... Un tiempo fuimos la pareja ideal, un tiempo en el que no existía aún Michael Hunter para demostrarme qué era el amor de verdad.

Pero Jean me enseñó, que lo importante no es querer mucho, si no querer bien, una lección que aprendí demasiado tarde, cuando ya las circunstancias le hicieron desaparecer de mi vida con el orgulloherido.

Él seguía haciendo como si nada mientras los días pasaban, mientras los meses pasaban... Yo, entretanto, trabajaba esperando la oportunidad de reunirme con Michael. Citas que se volvieron muy escasas durante el tiempo que duró aquella gira asiática, en la que muchos romances y coqueteos con las drogas se le achacaron.

Fue un día en Londres, cuando en un importante desfile se desató el suceso que me precipitaría al abismo. Era el último día de una semana frenética de cambios de vestuario, sesiones interminables de peluquería y maquillaje y alguna que otra fiesta al terminar la jornada, que me hizo recurrir a las anfetaminas, tal vez, más de lo habitual. Recuerdo estar sentada en mi tocador asignado, cuando un dolor agudo me atacó de pronto debajo del estómago. Intenté aguantar sin decir nada, esperando a que se me fuera pasando. Fue en vano. Al poco tiempo sentí como un líquido viscoso brotaba de mis entrañas mientras aquel dolor se volvía inaguantable. El peluquero me quitaba los rulos cuando una oleada de pánico me invadió, provocando que comenzara a gritar el nombre de Jean, en un momento de desespero absoluto. Debía andar por allí cerca, como siempre, pero no podía moverme, completamente paralizada por el miedo, seguí gritando a pesar de los intentos por tranquilizarme de algunas personas cercanas. Todo el mundo a mi alrededor me miraba expectante como si fuera una loca, o por lo menos yo lo sentí así, mientras esperaba en aquella silla, con el corazón palpitándome a mil por hora y controlando un llanto nervioso, típico de cuando se desconoce el motivo del mal que acontece. Jean vino en unos segundos que se me hicieron largos minutos en una espera en la que aquella viscosidad no dejaba de salir de mi interior y el dolor continuaba lacerando mis entrañas.

—Sangro —le dije en un susurro.

—¿Te traigo un tampón?

—No, Jean, no, sangro mucho. Mucho. Y me duele.

—Déjame ver, levanta.

—No. Dame un cigarro, necesito fumar.

Me acercó un cigarro que encendí con manos temblorosas, mientras todos a mí alrededor habían parado sus tareas alarmados por mi evidente desazón, tal vez preguntándose si todo aquello no era más que el espectáculo de una perturbada mental o una excéntrica Natascha Ivanova.

—Levántate.

—No pienso levantarme con toda esta gente aquí mirándome, Jean —le dije con miedo a tener debajo de mi un charco de sangre.

En unos segundos de los que ni siquiera fui consciente, me encontré en el suelo sin conocimiento, después de sentir aquel mareo que me hizo caer sin remedio.

Los rayos de sol filtrados por la ventana, me despertaron en una habitación desconocida, sin entender nada de lo que había pasado, ni me había conducido hasta allí, me incorporé un poco para observar el entorno en el que me encontraba. Me sentía aturdida, por lo que tardé unos minutos en comprender que me encontraba en un hospital. Estaba sola, enganchada a una bolsa de suero y con un vaso de agua reposando en una mesilla auxiliar colindante. Me levanté despacio, y arrastrando el gotero me dirigí hacia la ventana para comprobar si realmente estaba en Londres, como sospechaba, cuando alguien entró en la habitación. Era Olga, con su bata de médico.

—¿Qué haces levantada? Madre mía, Natascha, acuéstate, aún estás muy débil —dijo llevándome a la cama como si fuese una niña pequeña.

—¿Dónde está Jean? ¿Qué me ha pasado? —le pregunté observando como su semblante se ponía tenso.

—¿No te haces una idea?

—No lo sé, por eso te pregunto, no estoy para acertijos.

—Perdona, llevas razón. Mira, Nata, ahora más que nunca tienes que ser fuerte como yo sé que eres. Estoy aquí y estaré aquí siempre y Connor también.

—¿Qué me ha pasado, Olga? —le pregunté ya nerviosa.

—No voy a andarme con rodeos... Has tenido un aborto. Lo siento mucho.

Un sufrimiento indescriptible se apoderó de mi alma en segundos cayéndome como una losa. Aquellas cuatro paredes de blanco inmaculado, parecían oprimirme como si de pronto se fueran estrechando y estrechando, mientras me quedaba sin aire. Sentí morir en vida. Un montón de pensamientos volaron veloces por una mente que no terminaba de comprender, ni de creer. Había estado embarazada y ni siquiera lo había sospechado, pues últimamente mis ciclos se habían tornado muy irregulares. Ya me había ocurrido en alguna otra ocasión y no le di importancia, achacándolo a, tal vez, el estrés o la falta de vitaminas. ¡Qué equivocada había estado esta vez!

Sentí unas horribles ganas de gritar, de llorar, de salir de allí corriendo en un intento desesperado de hacer como si todo aquello solamente formara parte de una pesadilla, pero huir hubiera sido en vano.

—¡Quiero morir! ¡Dejarme morir! —comencé a decir desesperada,

sintiendo que yo era la única responsable de aquella tragedia.

Olga me miraba en silencio, tal vez sin saber qué palabras serían las apropiadas para apaciguar el desgarrador dolor que su amiga sentía.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos días.

—¿Y Jean?

—Se fue...

—Se fue para no volver, ¿verdad?

—Estuvo aquí durante todo el legado, no sé marchó hasta saber que estabas bien. —Silencio—. Michael también estuvo aquí. Ambos sabían quién era el padre a pesar de no dirigirse ni una palabra, por eso Jean se había ido.

—Tengo que explicarle..., dame un teléfono, he de llamarle y...

—No tienes nada que explicarle, Nata. Tienes que descansar.

—¡Sí! ¡Descansar para siempre! Solo yo tengo la culpa de haber perdido a mi hijo, solo yo...

En ese momento, Connor con expresión asustada entró en la habitación y cerrando la puerta tras de sí, se sentó en una esquina de mi cama.

—Dejad de compadecerme, no puedo soportarlo. Quiero irme de aquí, darme el alta —les dije.

—No puedes ir a ninguna parte —dijo mi amiga.

—Claro que puedo. ¡Quitarme esta mierda! —grité moviendo aquel cable que me conectaba con la bolsa de líquido transparente.

Estaba histérica, dispuesta a cualquier cosa que me hiciera olvidar por unos segundos aquel dolor. Después de querer morir, pasé a desear salir de aquel hospital con olor a desinfectante, para inyectarme todo el caballo del mundo. Para mi sorpresa, Olga pareció leerme el pensamiento y gritándome por primera vez en la vida, explotó producto de un ataque de ira incontrolado.

—¿Para qué? ¡Vamos, sé valiente y di para qué quieres salir! Para meterte alguna de esas mierdas que te metes, ¿verdad? Pues quiero que sepas, y mírame a la cara cuando te hablo, que toda esa mierda es la causante de que hayas perdido a tu bebé y posiblemente no puedas volver a quedarte embarazada nunca más.

Connor la agarró del brazo en un intento de hacerla callar, pues sabía que no era el momento para aquella explosión de sinceridad cruel. Pero fue inútil, ella necesitaba gritarme todo lo que tanto tiempo había llevado dentro, haciendo uso de una verborrea hasta entonces desconocida por mí.

—¿Heroína? ¿Cómo has podido hacerte algo así? ¿Cómo? ¿Cómo, joder?

—Entonces las lágrimas brotaron de sus ojos, justo antes de abandonar la habitación con un portazo.

No quería que la viera llorar. Me quedé en silencio mirando hacia una ventana que no veía. Sin pensamientos, con la mente paralizada por el dolor de oír aquellas verdades en boca de mi única verdadera amiga.

—Me mataré en cuanto salga de aquí —dije totalmente convencida en aquel momento.

—No lo harás —dijo tajante Connor.

—¿Para qué seguir viviendo? Solo genero dolor a mí alrededor.

—No digas eso, hay mucha gente que te quiere y que te admira.

—Te agradecería que me dejaras sola..., pero antes querría un cigarro, por favor.

—Te lo traje, sabía que me lo pedirías.

Y llevándose el mechero consigo después de encenderme el pitillo, avanzó despacio hasta la puerta, hasta perderse tras ella y dejar la estancia en absoluto silencio.

Si hubiera podido explicar con palabras lo que sentí en aquel momento, nadie hubiera podido llegar a comprender el dolor lacerante que se apoderó de mi corazón. Había que vivirlo para sentirlo porque las palabras se hubieran quedado cortas ante cualquier posible explicación. Aquel día, parte de mi alma murió con aquel niño que yo sentía haber matado. Mi bebé. Realmente quería morir y cuando empecé a pensar en las diferentes formas plausibles de suicidio, las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos. ¡Qué sola me sentía y qué insignificante! Olga y Connor solo actuaban como su trabajo les obligaba, Jean ganó una inmensa fortuna a mi costa, Michael solo estaba eclipsado por mi fama, y en mi trabajo, solo era un pedazo de carne más, sin sentimientos ni emociones, sustituible en cualquier momento. ¿Y mi familia? En ellos mejor ni pensar. ¿A quién le iba a importar que desapareciera? Siempre rodeada de falsos aduladores, siempre rodeada de gente que parecía apreciarme y, sin embargo, allí estaba, sola. Había dejado de brillar, repentinamente. Ya nadie quería formar parte de una sombra, que ya no existía.

Pasé dos días más en el hospital, pues me encontraba muy débil. Había perdido mucha sangre. Solo dos personas se pasaron a verme en ese tiempo, Gordon, mi fotógrafo fetiche, y Paola, una de las modelos italianas con quien mantenía cierta amistad desde hacía muchos años. Michael no dio señales de vida, ni una triste llamada, pronto sabría por qué. Pero mi ánimo fue incrementándose poco a poco, gracias a una fortaleza interior que no sabía de

donde salía y los continuos cuidados de Connor y Olga, dispuestos a pasar horas acompañándome, incluso, fuera de sus horarios de trabajo. Sospecho que querían evitar de alguna manera que pudiera caer en algún tipo de depresión que me condujera a un callejón sin salida ni retorno. Nunca podré agradecerles lo suficiente, todo lo que me ayudaron en aquel momento tan crítico de mi vida.

Antes de darme el alta, me enteré por la televisión, cómo Jean y mi agencia habían roto su contrato conmigo en un comunicado. Sinceramente, no me afectó como pude imaginar que lo haría, ya nada podía afectarme más, o por lo menos eso creí en ese momento. La prensa hablaba sobre mí, sobre los motivos que podían haberme llevado al hospital. Escuché todo tipo de conjeturas y especulaciones antes de apagar la televisión y sumirme en la duermevela producto de los tranquilizantes que Connor me había administrado. Era mi última noche como paciente en el *Chelsea and Westminster Hospital*.

Estaba lista para salir al exterior aquella mañana. Me vestí esperando a que Olga o Connor vinieran a traerme el parte de alta, mientras pensaba en los pasos a dar a continuación. Iría a casa de Michael, si no quería saber nada más de mí, no lo entendería, pero lo aceptaría sin más y me pondría manos a la obra, para comenzar de cero mi vida. No tenía miedo, ya lo hice una vez. ¿Dolor? Mucho y profundo.

La voz de Connor interrumpió mis pensamientos.

—Hay algunos *paparazzis* en la puerta principal, por lo que saldrás por detrás.

—¿No hay ninguno cubriendo la puerta trasera? Cuánto me extraña...

—Saldrás en el coche de una de las enfermeras que acaba de terminar su turno. Te agachas mientras estéis por los alrededores del hospital y luego, iréis por la A3220 hasta Kensington High, allí te dejará y ella continuará su camino. Está al lado del domicilio de Michael, imaginé que querías ir allí...

—Sí.

—Puedes coger un autobús.

—Iré andando, me vendrá bien para pensar, no sé que me va a esperar a partir de ahora...

—Eres Natascha Ivanova. Sin Jean o con Jean, tú eres la estrella.

El plan fraguado para no ser vista por los *paparazzis*, salió perfecto. Ninguno de los jóvenes allí apostados con sus trípodes, cámaras y caras de aburrimiento, sospecharon de mi salida en aquel coche gris, conducido por una

mujer de mediana edad, llamada Elisabeth, que supuse que ya habrían visto entrar y salir en anteriores ocasiones.

Ya en Kensington High Street, me dispuse a pasear tranquila, como quien desea disfrutar de una libertad recién concedida, disfrutando de aquel día soleado, de aquella brisa y de sus anónimas gentes. En el último tramo, caminando por Earls Terrace, recordaba las últimas palabras de Connor. Me insuflaban fuerzas cuando el miedo intentaba aflorar en mi interior. Sí, yo era la estrella y pensaba seguir siéndolo a pesar de los contratiempos que se me pusieran por delante, a pesar de lo que me encontrara al otro lado de la puerta de la casa de Michael Hunter y a pesar de todo lo demás.

Al llegar a su domicilio, me quedé un rato meditando en la puerta antes de entrar, rememorando la primera vez que allí, en aquel mismo punto había dudado si acercarme a llamar a ese timbre o no. Ahora me invadía la misma indecisión, pero los sentimientos eran completamente diferentes. ¡Cómo había cambiado todo en aquellos dos años! ¡Cómo se habían ido fraguando los acontecimientos!

La calle estaba tranquila y la casa desde esa perspectiva parecía vacía. Crucé de acera, me acerqué hasta la puerta y pulsé el timbre, esperando a hacer el mayor ridículo de mi vida, si como sospechaba, Michael estaba con otra mujer.

Larry, uno de los componentes del grupo y amigo de Michael me abrió la puerta. Al verme noté como su nerviosismo aumentó, convirtiendo sus palabras casi en titubeos.

—No deberías estar aquí, Natascha. No es buen momento.

—¿Por qué, Larry? ¿Qué es lo que ocurre? ¿Dónde está Michael?
—pregunté mientras intentaba cruzar el paso que el intentaba impedirme.

—Pues... Michael no está en condiciones de verte... No deberías entrar en su habitación... —decía mientras yo continuaba avanzando hasta ella con paso decidido.

—Voy a entrar me digas lo que me digas, así que ahórrate esfuerzos en seguir persuadiéndome de manera tan mísera.

Al principio no pude ver el interior de la habitación con claridad, pues mis ojos tuvieron que acostumbrarse a la absoluta oscuridad provocada por unas ventanas cerradas a cal y canto. Después fui siendo consciente de aquel humo, posiblemente de cigarrillos, que enturbiaba toda la atmósfera como si de una espesa niebla se tratara.

—¿Michael? ¿Estás ahí? —No hubo respuesta.

La visión fue cobrando forma poco a poco. Efectivamente, allí estaba Michael, pero jamás pude imaginarme encontrármelo así.

La habitación estaba cargada de un nauseabundo olor a cerrado, alcohol y tabaco. El desorden reinaba entre aquellas cuatro paredes que muchas veces habían sido testigo de una felicidad que ahora parecía quimera. Botellas de *whisky* vacías, papeles convertidos en pelotas de papel y ropa sucia, decoraban el suelo que en otros momentos había lucido esplendoroso cubierto por una magnífica alfombra persa, ahora parcialmente escondida tras todo aquel caos. Fui acercándome hasta la cama donde un Michael de aspecto deplorable parecía dormir. Larry me seguía.

—Lleva así desde que volvió del hospital... No quiere hablar con nadie...

La mesita colindante a su cama, mostraba una jeringuilla, papel de plata quemado, una cuchara y varias mitades de limón, perfectamente exprimidas. Entonces comprendí que estaba tan colocado que no podía moverse, ni hablar. Solo me seguía con una mirada sin expresión. También a mí me hubiera gustado fumarme un *chino* o inyectarme un pico en aquel momento, pero tenía que estar lúcida para poder pensar como proceder de la mejor manera.

—¿Has llamado a un médico? —le pregunté mientras le tocaba el cuello en busca de sus latidos.

Parecía estar muerto, tenía un pulso muy débil.

—No. Ha dicho que no quiere recibir a nadie que no sea su camello.

—¡A la mierda! ¡Podría morir! Corre, llama por teléfono al Chelsea and Westminster Hospital, pregunta por la doctora Petrov. Te digo el número.

—Está solo drogado..., se le pasará cuando se le piren los efectos, tía. Déjalo en paz, ya le hemos visto así muchas veces.

—Vete a la mierda. Está mal, no puede ni moverse, ¿no lo ves? Lo que no entiendo es como no has llamado antes a un médico.

Se marchó farfullando algo entre dientes que no entendí. Desde luego, él también parecía estar colocado. Mientras marcaba los números, oí como se cerraba la puerta de entrada de un portazo. Larry se había ido. «Maldito cabrón de mierda», pensé intentando no perder la calma.

Alguien me cogió el teléfono a la primera llamada. Olga aún continuaba en quirófano por lo que decidí preguntar por Connor, que alarmado por si algo

grave me ocurría, se hizo rápido con el auricular.

—¿Qué ha ingerido?

—Heroína y *whisky*, imagino.

—Puede estar sufriendo una sobredosis, ¿cómo respira?

—No sé, solo sé que no se mueve y tiene el pulso débil...

—En seguida mando una ambulancia para allá. Aquí os espero. No le dejes dormir.

La ambulancia apenas tardó cinco minutos. Michael parecía molesto y reacio a moverse de su cama, pero no podía poner resistencia, no tenía fuerzas para ello y eso facilitó mucho las cosas. Durante el trayecto al hospital, comenzó a delirar, decía cosas inconexas y parecía no entender qué ocurría a su alrededor. Estaba sufriendo una sobredosis, como Connor bien había intuido. Y el miedo a perderle también a él y de aquella manera, me golpeó fuertemente en el pecho, a pesar del tranquilizante que había tomado hacía horas antes de salir del hospital.

Estuve dando mil vueltas y fumando por la sala de urgencias, esperando una buena noticia, cuando Jude, el mánager de Michael apareció con aire bastante enfadado.

—¡Tenías que haberme llamado a mí, no al hospital! —me espetó.

Su grosería me pilló desprevenida y le dejé decir mientras la sangre comenzaba a hervirme por dentro. A aquel hombre solo le importaba la estrella, no la persona; el escándalo que sería haber ingresado de urgencia por una sobredosis y no que pudiera morir. Nos dijimos unas cuantas verdades que sentíamos, entrando en un rifirrafe acalorado sin sentido, donde él me reprochaba estar alejando a Michael, de la que debiera ser su única prioridad y a su vez, yo le instaba a que dejara de tratarle como si solo fuera una máquina para hacer dinero.

—Todo esto dañará su carrera.

—Todo esto podía haberlo evitado si se hubiera preocupado un poco por él.

Fuimos interrumpidos por Connor, que salió para explicarnos cómo habían ido las pruebas.

—Efectivamente, ha sufrido una sobredosis, pero ya está controlado. Le hemos podido administrar un revulsivo y ahora descansa, ya en planta donde, si todo sale como está previsto, se recuperará y podrá abandonar en veinticuatro horas.

—Tengo que verle —dijo Jude.

—Lo siento, pero en este momento debe estar tranquilo.

—Seguro que a ella si la dejaréis verle.

—Tengo entendido que es su pareja, ¿no? Es lógico.

—¿Su pareja? No me haga reír. Solo es con quien prefiere follar más a menudo.

Al oír aquellas palabras, después de todo lo que llevaba contenido, no pude más que darle un fuerte tortazo que le pilló del todo por sorpresa.

—No creo que a su representado le hiciera mucha gracia las palabras que le dedica a su novia —me defendió Connor.

—Váyanse los dos al infierno —dijo dando media vuelta y perdiéndose por la puerta, donde algunos *paparazzis* esperaban noticias.

Ya en la habitación, le observé dormir durante largo rato. Me acerqué a sus labios y le besé cuando pareció comenzar a recuperar la consciencia.

—Gracias —fue su primera palabra al despertar.

Le cogí la mano y entrelazándola con la mía, la apreté con suavidad.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—Bien, ¿tú?

—Bien.

—Hemos perdido a nuestro hijo...

—Sí, Michael, lo siento tanto...

—Tú no tienes la culpa.

—Pero hay una buena noticia.

—¿Podremos tener otro?

—No me refería a eso. Jean me ha dejado, soy libre para estar contigo.

—¡Qué alegría más grande! Ven, abrázame, nena. —Y me incliné para dejarme estrechar entre sus brazos—. Todo se arreglará.

—Sí, pero no vuelvas a darme un susto así.

—Pasó sin querer, después de estar aquí, esperando noticias de tu operación, llegué a casa muy deprimido. Necesitaba caballo.

—Lo sé, amor. Ahora tienes que recuperarte y volver a componer tu siguiente álbum.

—Sí..., y te tendré a mi lado, ¡qué mejor inspiración!

Al día siguiente, Michael recibió el alta. Ambos decidimos salir por la puerta principal donde algunos fotógrafos y periodistas nos hicieron preguntas, en el breve espacio que separaba la puerta del hospital y el coche que nos esperaba.

—¿Cómo te encuentras, Michael?

—Bien, muy bien.

Aquella fue la única pregunta a la que Michael contestó, yo me limité a guardar silencio. No era dada a dar explicaciones a pie de calle sobre mi vida privada y menos en aquel momento. Era nuestra primera aparición pública juntos, y con eso ya tenían suficiente noticia.

De allí, nos dirigimos al estudio donde sus compañeros celebraron su vuelta. Su mánager seguía evidentemente molesto, pero ninguno de los dos le hicimos conocedor a Michael, de nuestra discusión del día anterior. Era mejor así, no era momento para echar más leña al fuego.

Les dejé hacer mientras yo me enfrascaba en los contactos de la agenda que siempre me acompañaba, buscando un nuevo posible representante. Qué ardua tarea la mía, no acostumbrada a esos menesteres. Pero mientras repasaba aquellos nombres haciendo memoria sobre la identidad que ocultaban, miré a Michael ensayar. Cantaba a capela una bonita canción, cuando nuestros ojos se encontraron y me sonrió. Yo también le sonreí. Por primera vez en mucho tiempo me sentía verdaderamente feliz y todo gracias a una sonrisa. Una sonrisa del hombre que amaba.

Un hombre que recordaba vagamente se presentó esa mañana en la casa de Michael, ahora también mía, como posible candidato para representarme. Le conocí tiempo atrás, no recuerdo el momento exacto, pero sí que fue en mis comienzos como modelo. Se llamaba Paolo Manzotti, y Gordon me lo había recomendado después de llamarle con ciertas dudas sobre un posible candidato.

—Llámame siempre que lo necesites, Natascha —me había dicho mi amigo cuando me visitó en el hospital.

Desde luego, sospeché que lo haría, debió verme muy perdida. Posiblemente lo estaba, pero remonto rápido ante cualquier contratiempo, por duro que sea. Y allí estaba Paolo, después de haber eliminado otros tantos nombres de una lista bien elaborada, decidí conocerle a él.

En un principio, me sentí reticente a cualquier persona que ocupara el puesto de Jean, hasta que yo misma me convencí, con ayuda de Michael, de que nadie era imprescindible, que después de uno, siempre habría otro incluso mejor. Los cambios siempre dan miedo, o como mínimo, cierta inquietud, pues debía amoldarme a una nueva manera de pensar y actuar. Mi éxito y mis ganancias estaban en juego. Pero aquel hombre, Paolo, me causó muy buena impresión. Satisfecha tras su marcha, me metí en la cocina, dispuesta a preparar a Michael una rica comida.

Pronto comencé a trabajar, después de aquel pequeño parón cargado de incertidumbre. Si en un momento pensé, que el escándalo que supuso mi ruptura con Jean motivada por una infidelidad más que probada con el vocalista de The Black Roses, perjudicaría seriamente mi carrera, me equivoqué. No sé si era el morbo producido por el quebrantamiento de las reglas impuestas por una sociedad reprimida, pero de pronto, todos querían entrevistarnos a Michael y a mí, fotografiarnos juntos y seguirnos, dispuestos a immortalizar el primer beso público entre la modelo y el roquero del momento.

Por las tres cosas tuvieron que esperar. Michael estaba enfrascado componiendo y ensayando, se dedicaba a ello por entero en cuerpo y alma. Yo le oía tocar la guitarra mientras buscaba el acorde perfecto o la palabra más apropiada. Había noches que las pasaba cantando alguna melodía que de

pronto se le ocurría sin más y me sentía afortunada de poder ser testigo de la creación de aquellas canciones. ¡Cuántas mujeres soñarían con dormir con la voz de Michael Hunter susurrando una canción que podría convertirse en éxito en el mundo entero! Después de unos meses sin probar la heroína, volvimos a aquella espiral que parecía que habíamos conseguido dejar atrás. Nos fumamos un *chino* entre los dos, pues a ambos nos había dejado algo de reticencia después de aquel episodio que casi le cuesta la vida al cantante. Pero las ganas de sentir sus efectos eran más fuertes y una noche cualquiera, mientras yo escuchaba a Michael escribir una letra que se le resistía, a pesar de mis intentos nulos por ayudarlo, decidió sacar el poco caballo con el que aún contaba, pensando que aquello sería la solución para su estancamiento mental. Evidentemente sí lo fue, y durante las dos horas siguientes acabó convirtiendo lo que apenas era tres líneas, en una canción brillante, con la que conseguiría nuevamente, el número uno de ventas en el Reino Unido.

Yo, mientras tanto, me movía de aquí para allá, pero no con la intensidad de antes. Los trabajos que me salían eran menos y yo lo agradecía. Había decidido dejar de lado las anfetaminas (nunca dejé los tranquilizantes), y me cansaba con facilidad, o por lo menos, bastante más que cuando las consumía y no era un sentimiento muy grato. Pero nunca pensé en dejar la moda, a pesar de lo que muchos pensaron y comentaron públicamente. Ahora seleccionaba mis trabajos, sin importarme tanto el dinero. En ese momento de mi vida, se podía decir que era lo suficientemente rica para poder haber vivido sin problemas el resto de mis días, pero amaba realmente ese mundo, amaba subirme a una pasarela, amaba sentirme admirada y amaba aquel estilo de vida, en el que no me privaba de nada. Aquello era realmente adictivo.

Simplemente, mis prioridades eran diferentes o variadas, más bien. Había momentos en los que prefería quedarme en casa o acompañar a Michael al estudio de grabación. Me gustaba verle cantar, me gustaba verle reír y disfrutar de aquella parte de su vida tan importante para él. Sus amigos eran encantadores conmigo. Me acogieron como a una más, aunque siempre sospeché que era más por respeto a su vocalista que por afinidad a mí, con el tiempo me demostraron que estaba equivocada, sobre todo con Roy. Les chocaba aquel enamoramiento de un hombre con una trayectoria tan grande de rompecorazones y no dudaban en gastarles bromas con el tema, que ambos nos tomábamos con humor. Poco a poco fui introduciéndome en aquel mundo de *chupas de cuero*, tatuajes, guitarras eléctricas y lenguaje mordaz, que me sirvió para comprender más a un Michael, al que comencé a admirar, más allá

del amor y la pasión. De pronto me sentí ser dos mujeres en la misma persona, con sus respectivas personalidades. Y eso me hacía feliz, por primera vez me sentía completamente llena. Y libre.

A los cuatro meses, después de mucha insistencia por parte de una famosa revista norteamericana, decidimos hacer nuestra primera entrevista juntos en Nueva York. En portada, una foto de medio cuerpo de ambos, demostró que nuestra química iba mucho más allá de lo plenamente sexual. Gordon nos hizo una sesión fotográfica que daría la vuelta al mundo. Los ejemplares se agotaron en pocos días. Nunca hice fotos tan buenas, mis ojos brillaban de absoluta felicidad, y eso la cámara lo captaba. Porque si por algo se caracteriza a un buen fotógrafo, es por su poder de captar el alma con cada disparo y Gordon, para mí, era el mejor. Hubo preguntas difíciles de contestar para ambos. Por mí parte, fueron las que mencionaban a Jean, a las que contesté de la manera más pragmática posible y las que me hicieron rememorar aquel momento, en el que mi amiga Olga me comunicó mi aborto y para Michael, las que hacían referencia a su supuesta adicción a la heroína.

—Mi única adicción se llama Natascha Ivanova.

Sonó muy romántico oír aquello de sus labios, pero todos sabían la verdad. Sobre todo, después de que alguien filtrara la noticia a la prensa, días después de su ingreso en urgencias por una clara sobredosis.

Pasó una semana de la publicación de la revista, cuando una noche mientras cenábamos en casa, Olga, Connor, Michael y yo, vi a Jean por la televisión. Les hice callar con un breve gesto de mi mano que enseguida entendieron y escuché con atención. Estaba en la presentación de unos premios en París y le estaban entrevistando, era inevitable que le preguntaran por mí y quería oír sus respuestas. Me interesaba saber qué pensaba, cómo se encontraba, qué sentía de alguna manera, después de haberme apartado de su vida sin palabras, simplemente desapareciendo, después de doce años juntos. No le culpaba por ello, ni le juzgaba, sus razones tenía. Pero no podía evitar que algo me removiera por dentro al verle a través de la pantalla del televisor.

—Ya han pasado cerca de seis meses desde su ruptura con la *top* Natascha Ivanova, ¿cómo lo está llevando? —le preguntaron.

—No estoy aquí para hablar de mi vida privada, eso se lo dejo a ella.

—Se nota cierto rencor en sus palabras...

—En absoluto, nunca en mis casi dieciocho años como representante de diferentes modelos, he hecho declaración alguna..., y no voy a hacerla ahora. Gracias por el interés.

Su respuesta no me sorprendió en absoluto, le conocía bien y si por algo siempre se caracterizó fue por su discreción. Le vi bien, como siempre, sereno, controlando el medio que le había visto crecer, guapo y elegante. Me sentí orgullosa de que aquel hombre hubiera sido parte de mi vida tantos años.

—¿Qué le cuesta decir que está bien? Tanto misterio..., se cree él la estrella con todos esos aires de caballero perfecto que se da.

Desde luego, para Michael, tan locuaz e impulsivo, aquella contestación de Jean a la reportera, solo era fruto de la soberbia. Podría haber pensado que simplemente eran celos, pero sabía que no, ambos eran demasiado diferentes en todos los aspectos de la vida.

Olga y Connor, no hicieron comentario alguno, tal vez por no herir los sentimientos de Michael en su propia casa, o simplemente porque ya no merecía la pena hablar de un pasado, que obviamente, no volvería.

Cenas como esa hacíamos un par de meses al mes, aunque con el tiempo se fueron espaciando. Éramos dos parejas completamente dispares, pero no faltaba nunca tema de conversación ni unas buenas risas, o eso pensaba yo. De vez en cuando, Olga parecía preocuparse por nuestros posibles devaneos con la heroína para desesperación de Michael. Le preocupaba muchísimo, muy tarde entendí por qué.

—Somos débiles, no podemos evitarlo —le dijo Michael una de las veces.

—Todos tenemos puntos débiles. Identificarlos nos hace más fuertes, conocerlos nos permite controlarlos, y poder controlarlos significa hacer que pierdan fuerza o incluso lleguen a desaparecer.

—Yo prefiero aceptarlos tal como son y vienen, Olga.

Esa noche, ya en la cama, mientras nos fumábamos el último cigarro antes de irnos a dormir, Michael me comentó lo incómodo que a veces se sentía con mis amigos. Si no me lo hubiera dicho, creo que no lo hubiera sospechado.

—No quiero tener que comulgar con esa absurda manera de pensar.

—No es absurda, solo diferente.

—Ya, pero no puedo evitar sentirme cohibido. Son tan perfectos que si me comportara realmente como soy en su presencia, me verían como si fuera un loco.

—Te entiendo, a mí también me pasa. Pero son buenas personas que me quieren, Michael.

—Mucha gente te quiere, nena. Solo tienes cerca a Olga porque es la única cosa que te recuerda tus raíces.

—No es cierto.

—Claro que lo es.

—Lo que te jode es que nos esté dando la monserga con las consecuencias del caballo cada dos por tres.

—Eso desde luego.

La conversación duró hasta tarde. Era la primera vez que discutíamos y terminé yéndome a llorar al salón, no quería hacerlo delante de él. En parte llevaba razón, Olga y yo no compartíamos nada. Ella renegaba de las fiestas, de venir a los desfiles a verme o a cualquier sesión de fotos, de venir de compras sin hacerme sentir mal por gastar verdaderas fortunas en ropa de firma, zapatos, bolsos o complementos o negarse a subir en mi nuevo Porsche, como ocurrió semanas antes cuando fui a buscarla, ilusionada por mi nueva adquisición. Por su parte, ella vivía su profesión con el corazón, se involucraba tanto que cuando moría alguno de sus pacientes y a continuación nos veíamos, conseguía contagiarme su tristeza. Y eso no me lo podía permitir, ya bastante depresivo era Michael en ocasiones, sobre todo cuando bebía. Pero vino y tomándome en brazos me llevó de nuevo hasta la cama. Me hizo el amor, mientras las lágrimas brotaban de mis ojos en silencio. No por tristeza ni añoranza, si no por las sensaciones que aquel hombre provocaba en mí solo con rozar mi piel con la punta de sus dedos. Era increíble, tanto, que incluso a veces sentía miedo de poder estar simplemente soñando.

Pasábamos los fines de semana que yo no tenía ningún trabajo, en Niza. Pero ni allí Michael se desentendía del grupo. Había días que los pasaba pegado al teléfono, sobre todo con Roy al otro lado de la línea, para ver como sonaba esto o aquello, mientras yo tomaba el sol en la piscina, leía o simplemente me deleitaba mirándole tocar su inseparable guitarra eléctrica. Quería disfrutarme, pero tenía sed de volver a los escenarios, de volver con nuevas canciones y hacer enloquecer a los fanes que con ansias, esperaban el tercer disco de The Black Roses. Por las noches íbamos al Casino. Lo pasábamos bien allí a pesar de que nunca gastáramos más de lo necesario. Muchas veces se celebraban fiestas a las que éramos invitados, por lo que no íbamos siempre a jugar, aunque a Michael le gustaba mucho el póker. ¿De qué cantidades hablamos? No recuerdo, pero para la prensa gastábamos cantidades desbordantes jugando al *blackjack*. Como tantas otras cosas, no era cierto. Pero un día a Michael se le pasó por la cabeza una de esas ocurrencias suyas, que sí llevaría a cabo: comprarse una villa en Montecarlo. Entonces sí que nos tacharon de ludópatas empedernidos. Michael se reía con todas esas

cosas que decían, se reía de verdad, disfrutaba estando en el ojo del huracán. Le fascinaba ser *el chico malo del rock*. ¿Forzaba aquella imagen? Nunca lo creí.

Aquel año 1986, conocí al verdadero Michael Hunter, mucho más allá de la estrella, del cantante o del personaje que movía masas. Era un niño inseguro, inestable, melancólico y necesitado de reconocimiento y cariño continuo. Su infancia no fue fácil. El dolor y la soledad de tener una madre alcohólica por las continuas palizas de un padre ausente, le hizo refugiarse en la música, el sexo y el alcohol. Más tarde, vendrían las drogas, cuando comenzara a ganar sus primeras libras.

—Empezamos ganando una mierda, nena —me dijo una noche, mientras nos fumábamos un *chino* tirados en el sofá—, nadie apostaba por nosotros. Y eso fue un año y otro, recorriendo todos los putos pueblos de este puto país con esa maldita camioneta que se caía a trozos.

—Pero ¿disfrutabas?

—¡Oh, claro! Todos disfrutábamos mucho. Fue divertida esa época a pesar de todo. No ganábamos un pavo, pero follábamos como cabrones y nos metíamos toda la mierda que encontrábamos.

—¿Ligabas mucho? —le pregunté algo celosa.

—Siempre he tenido un encanto irresistible —dijo guiñándome el ojo y sonriendo con aquella sonrisa que él sabía tan *sexy*.

Le tiré un cojín rabiosa porque sabía que era cierto y el me lo devolvió, yo volvía a tirárselo otra vez y así estuvimos unos minutos hasta que me rendí.

—Pero hace años, cuando os vi aquí en Londres, ya erais famosos.

—Sí, en Inglaterra sí y comenzábamos a serlo por Europa, pero después de mucha lucha, créeme. No nos ha sido fácil llegar hasta aquí. —Michael suspiró—. Parece que fue hace un siglo, aquel día cuando te vi entrar en mi camerino..., no podía creermelo que la mujer con la que tantos años llevaba pajeándome estuviera delante de mí en carne y hueso. ¡Casi te tenía que haber pedido yo el autógrafo a ti!

—Sin embargo aquella noche te fuiste con otra.

—¿Con otra? Ni idea...

—¿No lo recuerdas?

—No. —Se quedó pensando unos segundos y prosiguió con lo que debió ser una divertida evasiva de ese momento—. Lo más seguro es que me tuvieras tan cachondo que me pillé a la primera tía que se me puso a tiro. —Y rio muy a mi pesar. Yo no le vi la gracia.

—Cabrón.

—Mucho.

—Continua, ¿cómo empezaron a conocerlos? Imagino que no tendríais mánager al principio.

—Suponemos que fue por el boca a boca. Gustamos. Gustamos desde el principio, la gente se callaba cuando salíamos al escenario, era increíble.

Michael sorprendía en todos sus conciertos, no solo por su música o por su vestimenta, sino porque era impredecible. Podía llegar a quitarse la camiseta para tirársela a la gente, subir a una fan para bailar con ella, o incluso, inventarse las canciones sobre el escenario, haciéndolas incluso más brillantes que las originales. Todo dependía de cómo estuviera su ánimo en ese momento. Michael era único y eso era lo que volvía loco a su público. En cuatro años, The Black Roses, desbancó del número uno a Dark Souls, considerados el mejor grupo de *rock* hasta entonces.

—Que se joda ese cabrón de Ryan Owen —me espetó cierta vez refiriéndose al vocalista del grupo.

A finales de ese año, nos mudamos a Montecarlo, coincidiendo con la presentación del primer single de su tercer disco.

Nuestra felicidad tocó techo entonces, de ahí a que comenzará a decrecer, había un suspiro.

—Vente con nosotros, nena. Ahora ya no vamos en sucias camionetas recorriendo los pueblos.

Michael me pidió con insistencia que lo acompañara durante su próxima gira, con ese argumento y otros intentaba convencerme de dejar apartada mi carrera para seguirle durante un año por el mundo. Entre la espada y la pared, me debatía con las dos cosas que más amaba en mi vida.

—No puedo aparcar los próximos trabajos con los que ya me he comprometido.

—Pues te descomprometes, es fácil.

—Tengo contratos firmados, Michael. Contratos importantes. Eso no quita que siempre que pueda coja un avión y vaya a verte donde estés.

Parecía tan desilusionado cuando le hablaba sobre la posibilidad de estar alejados, que hasta a mí me dolía el alma. Ya no había tiempo para pensarlo más, debía decidirme. Por eso, aquella mañana, sin decirle nada porque quería darle la sorpresa, llamé a Paolo para decirle que no apalabrara ningún otro trabajo más durante el próximo año.

—En ocho meses se llevará a cabo el primer desfile de Victoria's Secret de la historia. Me imagino que sabes lo que significa para tu carrera algo así. Hace unos días me llamaron para explicarme que habían pensado en ti, y ni más ni menos, para que abrieras el desfile... Por no decir, el calendario Pirelli en dos meses... Son ofertas que no puedes rechazar, Natascha.

Lejos de estar pletórica de alegría con aquella conversación, solo conseguí sumirme en un estado de melancolía y tristeza. Michael se pondría furioso o se hundiría en su propia desolación, acudiendo a la que siempre consideró su fiel compañera, la heroína. Adivinar su reacción era imposible, pero no sería buena, de eso estaba segura.

Por aquella época Victoria's Secret no tenía la fama mundial con la que hoy cuenta, aunque sí la suficiente en Estados Unidos como para que todas las modelos desearan ser partícipes de aquel elenco, donde solo las mejores tenían la oportunidad de derrochar sensualidad con la ropa interior de la firma norteamericana. Me encendí un cigarro mientras miraba la lluvia caer y rebotar contra los cristales de los grandes ventanales del salón de nuestra

nueva casa. No sé por qué, pero Jean se me vino de pronto a la cabeza. Con él siempre pude hablar, siempre pude contarle mis inquietudes, siempre me ofreció sus consejos y su comprensión. ¡Qué cruel fui al gritarle aquella vez que solo se importaba a sí mismo! Recuerdo ahora su contestación clara y concisa: Tu éxito, es el mío. ¡Cuánta razón en tan pocas palabras! Pero ahora ya era tarde para mirar atrás. Después de años deseando posar para la publicación anual del Calendario Pirelli, la oportunidad se me presentaba ahora, cuando ya contaba con treinta años. El tiempo corría en mi contra y posiblemente no tendría otra ocasión igual. Pronto dejaría de ser la número uno.

Según entró Michael por la puerta, le dije la decisión que había tomado.

—He decidido no acompañarte, Michael. —Su expresión cambió tornándose muy seria—. Pero nos veremos, iré a verte siempre que pueda.

El volcán que llevaba días en ebullición, erupcionó con todas sus fuerzas, arrasando todo como solo el fuego puede hacerlo. Comenzó a tirar todas las sillas por los aires, los ceniceros volaron estrellándose en un estruendo brutal contra el suelo, la ira se había apoderado de él y por primera vez sentí miedo a su lado, sentí miedo de él. Entonces se sirvió un vaso de *whisky* y, bebió un largo trago hasta vaciarlo, para a continuación, estrellarlo contra el suelo con todas sus fuerzas. No me atreví a decir nada hasta que vi que estaba dispuesto a marcharse. Él tampoco pronunció palabra alguna. La desesperación se adueñó entonces de mí.

—¿Dónde vas?

—Me voy a Londres —me dijo dirigiéndose hacia la puerta.

—No te vayas, Michael. No te vayas por favor...

Caí de rodillas echa un mar de lágrimas, mientras le pedía una y otra vez que no se fuera. Pero ya no estaba. Había cerrado la puerta tras de sí, sin mirar atrás. Sentí deseos de ir tras él y suplicarle, no podía perderle, no así. ¡Qué desesperación sentí! Pasado mañana comenzaba su gira por Europa y ni siquiera nos habíamos despedido. Cogí la botella de *whisky* y tal cual, ingerí todo aquel alcohol mientras me quemaba las entrañas.

El mismo día que Michael viajó a Roma para dar su primer concierto, yo volaba a Madrid para asistir a una entrega de premios que yo misma presentaría en el Hotel Ritz. Eso no me impidió seguir de cerca la llegada de The Black Roses a la capital italiana desde el hotel. Solo él estaba en mi mente, solo Michael Hunter estaba en mi corazón y sentí que tal vez, había tomado la decisión equivocada al anteponer mi carrera. Quedaban dos horas

para que vinieran a buscarme y aún no había comenzado a arreglarme cuando Paolo tocó la puerta de mi habitación. Mi estado era deplorable, sin maquillar, con los ojos hinchados de tanto llorar una pérdida que no era, y el pelo revuelto. Sentí a mi representante realmente preocupado al verme de aquella guisa. Para él, era la primera vez que me encontraba así y no pudo más que pensar que me encontraba enferma. Realmente lo estaba: enferma del alma.

—¿Te encuentras mal?

Me eché en sus brazos llorando como una niña desconsolada necesitada de un poco de afecto.

—Le perdí, Paolo, le perdí... Soy una estúpida...

—No lo creo.

—Oh, claro que sí. Se marchó y no he vuelto a saber nada de él, no tardará en olvidarme...

De pronto, alguien tocó a la puerta.

—Es uno de los botones, tenías un curioso regalo en recepción y le he pedido que lo subiera —me explicó Paolo.

Era un ramo de rosas negras con una tarjeta que decía: «Te amo más que nunca. Estaremos en el Hotel The St. Regis Rome hasta el miércoles. Michael».

Entonces mis lágrimas se transformaron en una inmensa sonrisa de pura felicidad, experimentando un cambio extremo en mis emociones. Mi corazón muerto durante aquellos casi tres días, pareció revivir palpitando con fuerza, mientras imaginaba nuestro reencuentro.

—Consígueme un vuelo para mañana a primera hora.

Las horas pasaron lentas a pesar de las muchas personas interesantes con las que pude conversar. Continuas adulaciones y *flashes* a los que ya estaba acostumbrada, intentaban captar la mejor de mis sonrisas. Es probable que consiguieran una buena instantánea, pues de nuevo me sentía feliz. Pero no me quedé a la fiesta para desconcierto de más de uno, que me sospechaba muy asidua a ellas por los rumores de una prensa no muy bien intencionada. Nunca entendí por qué los periodistas tenían la absurda manía de inventar cosas, cuando mi realidad ya era bastante rocambolesca. Al llegar al hotel, no podía dormir, me quedaban seis horas y el desvelo provocado por un corazón desbocado de amor me hizo dar muchas vueltas en la cama. Barajeé la idea de tomarme un tranquilizante que me ayudara a conciliar el sueño, pero tenía miedo de quedarme dormida y no despertar a la hora necesaria para coger el avión a Roma. Al final, terminé sucumbiendo y después de levantarme a fumar

un cigarrillo en mitad de la noche, me tomé una pastilla para dormir.

A la mañana siguiente, Paolo me despertó temprano. Aún con los efectos del somnífero me dirigí a la ducha, mientras mi atento representante me pedía el desayuno por teléfono. Me alegré de haberla tomado pues me restaba toda la ansiedad que hubiera podido sentir en un momento como aquel, en que moría por ver a Michael y saber cómo le había ido en el primer concierto de aquella nueva gira por su tercer disco *Strong attraction*. De esto último pude enterarme ya en el avión, pues una de las azafatas, no sé si intencionadamente, me acercó un periódico en el que la primera plana hacía alusión a The Black Roses tildándola de la mejor banda de *rock* de todos los tiempos. No podía creerlo. Realmente habían arrasado.

Eran las doce del mediodía cuando llegué al hotel. En recepción, al verme acercarme, muy amables me dieron la llave de la habitación donde Michael estaba hospedado. Parecía como si me estuvieran esperando, supuse que ya estaban avisados sobre mi llegada. Pero al subir y abrir la puerta no había nadie. Dejé la pequeña maleta que me acompañaba en uno de los armarios y me dispuse a cotillear la gran *suite* mientras me fumaba un cigarro. No tardó en llegar. Trasnochado y no muy sobrio, se acercó rápido hacia mí y cogiéndome la cara con ambas manos comenzó a darme pequeños besos intercalados con «te amos» que me hicieron llorar de emoción. Sin más palabras, comenzamos a quitarnos la ropa el uno al otro con la desesperación de dos náufragos de amor, recién encontrados. Una pasión desbordante inundó la habitación durante el resto del día. En la noche, él sería el único protagonista, o eso creía yo, cuando detrás del escenario les vi salir ante el desgarrador rugir de unos fanes realmente entregados.

Fueron cinco horas de auténtico fervor por parte de todos los miembros del grupo, incluso Michael, que después de más de treinta horas sin dormir, brillaba como nunca antes le había visto hacerlo en un escenario. Estaba pletórico cantando las canciones que yo a su vez susurraba tras el telón. Cuando de pronto hizo un parón, antes de la última canción y comenzó a hablar a un público expectante, acostumbrado a sus impredecibles salidas. Siempre sorprendía, incluso a mí, que en esta ocasión me dejó sin palabras.

—Hoy está aquí la mujer que amo, que tanto me ha inspirado para muchas de las canciones de este disco. Quería compartir con todos vosotros este momento. —Entonces hizo señas para que saliera al escenario.

¡Qué nervios sentí! ¿Qué se proponía? Yo, vestida con unos pantalones de cuero, tacones de aguja, jersey ajustado, todo en negro y mi larga melena

suelta cayéndome libre por la espalda, salí a aquel escenario sin hacerme mucho de rogar, pues sabía que no cesaría en su propósito. Algunos gritaron de alegría, otros silbaron al verme salir y dirigirme hacia un Michael Hunter que me recibió con un largo beso. Podría haberme muerto de vergüenza ante aquella situación, pero estaba tan emocionada que no tuve tiempo para ello.

—Solo será una pregunta, Natascha Ivanova. Una pregunta con solo una respuesta posible. —El silencio ahora era tan absoluto, que parecía imposible estar rodeados por tantos miles de personas—. Esto no estaba planeado, lo juro. —Muchos rieron mientras la expectación crecía—. Natascha Ivanova, ¿quieres casarte conmigo?

La emoción me embargó ante aquella absoluta sorpresa. Todo de golpe desapareció a mi alrededor, tan solo el rostro de Michael existía en aquel momento de éxtasis donde sus ojos y los míos se entendieron sin palabras. No me la esperaba en absoluto, ni siquiera se me había pasado por la cabeza en todo este tiempo, pero mi corazón gritaba «sí». Y así, Michael y yo nos comprometimos ante la televisión, la prensa, millones de fans y el resto de los componentes del grupo, saltando todos en vítores.

—Quiero que todo el mundo sepa que eres mía —me dijo en un susurro al oído.

Aquella noche, la fiesta duró hasta pasado el amanecer. Pero las sorpresas no habían acabado, una vez en la habitación dispuestos a descansar, rendidos por el cansancio, Michael me dijo que The Black Roses sería el grupo estrella invitado para el primer desfile de Victoria's Secret.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Yo siempre consigo lo que quiero, nena.

Todo parecía haber vuelto a una dulce calma, pero una nueva tormenta volvería a cernirse sobre nosotros antes de acabar aquel año.

Los rumores de infidelidades continuaban, pero esta vez, con nombres y apellidos. Mientras estuvo de gira por Europa pudimos vernos bastante a menudo y todo parecía marchar muy bien entre nosotros. Pero ahora llevábamos tres meses alejados, desde que viajara a Sudamérica y junto con aquellas habladoras, que esta vez sí sospechaba como reales, me sentía poco a poco enloquecer. Por primera vez, pensé en romper la promesa que un día le hice a Michael de solo consumir heroína con él. ¿Pero dónde encontrarla? Tuve que desistir de aquella idea y no por falta de ganas, si no por falta de medios. Conocía a gente que podía conseguir marihuana, coca o anfetaminas, pero no caballo. Y no quería enfrascarme en una aventura de la que pudiera salir muy mal parada. La heroína no era tema baladí. Supuse que sería fácil de encontrar, pero no para mí, tenía que proporcionarla alguien con la suficiente confianza como para que no me la dieran adulterada o arriesgarme a que me la pincharan mal, pues yo sola no sabía hacerlo.

Me asaltaban *paparazzis* con preguntas hirientes por la calle, en la puerta de mi casa, en el aeropuerto..., sobre entrevistas de ciertas chicas contando intimidades con Michael Hunter, que yo prefería no ver, pero aun así me enteraba. Todo el mundo comentaba en susurros a mis espaldas, me sentía continuamente humillada en lugares donde siempre fui respetada y admirada a partes iguales. Así se lo hacía ver a Michael cada vez que teníamos oportunidad de hablar por teléfono, cosa que era casi todos los días. Pero él siempre lo negaba, mientras yo luchaba por creerle, hasta el siguiente rumor. Por momentos le odiaba, no podía evitarlo, crecía una cólera dentro de mí capaz de arrasar con todas aquellas furcias que pronunciaban su nombre a golpe de talonario. Por fortuna, el desfile de Victoria's Secret estaba a la vuelta de la esquina y había decidido no separarme más de él en los tres meses siguientes, hasta que regresaran a Londres, donde darían el último concierto de aquel año. Deseaba hacer callar todas aquellas bocas de una vez por todas que juraban conocer al Michael más apasionado, mientras yo moría de celos a miles de kilómetros de él.

Los ensayos para el desfile más esperado del año comenzaban dos semanas antes, en las que también se nos exigía una dieta específica y mayor

ejercicio físico de la mano de un entrenador proporcionado por la firma de lencería. El ritmo era tan frenético y riguroso que no tenía tiempo para pensar en algo más aparte del trabajo. Por un lado lo agradecía, así mi mente estaba ocupada en otros menesteres y no en autoinfligirme un daño innecesario dudando sobre la fidelidad del hombre que tanto amaba. Pero por otro lado, volví a echar mano de las anfetaminas. No estaba tan entregada a la moda como años atrás, pero era consciente de la repercusión mundial de aquel desfile y siempre fui muy perfeccionista con los trabajos que hacía, me preocupaba hasta del último detalle para un resultado de diez y reconozco que eso influyó para ser tan querida entre los fotógrafos y modistos. Pero en aquella ocasión había mucha presión. Las mejores modelos del mundo estábamos allí reunidas y yo, siempre tan exigente conmigo misma, no iba a permitir que ninguna otra me quitase el pódium de oro.

Una noche, cuando apenas llevábamos un par de días enfrascadas en los ensayos, Cindy Miller, una de mis compañeras, sacó un botecito con unas pastillas que en seguida reconocí. Estábamos las dos solas con aquellos batidos de frutas que nos sirvieron como cena. El hambre era atroz y no pude aguantar las ganas de querer comprarle unas cuantas «píldoras mágicas» que entre otras cosas, me ayudaran a sobrellevar mejor la estricta dieta. Ella en un principio disimuló, alegando que se trataban de pastillas para los gases, pero yo le insistí con la seguridad que daban años de ingesta diaria de anfetanas tan características. A partir de ahí, empecé a necesitarlas día sí, día también. ¡Cómo las había echado de menos!

Michael llegó a Nueva York la mañana del día anterior al desfile, aunque hasta la tarde no pudimos vernos, pues yo estaba enfrascada en los últimos preparativos. Me sentía ansiosa como una niña pequeña la noche de Reyes. Michael era el regalo que llevaba tres meses y medio esperando. Pero llegó antes de lo previsto, mientras desfilaba en el que sería el último ensayo, ante la atenta mirada de algunas personas que ultimaban los detalles, le vi en el otro extremo de la sala observándome atentamente. Fumaba un cigarro apoyado en la pared. ¡Dios, qué guapo estaba! No sé cómo terminé de andar sobre aquella tarima sin salir corriendo hacia él. Pero lo hice nada más cruzar el telón que separaba el escenario del *backstage*, llena de ansiedad por sentirme de nuevo entre sus brazos.

—No quiero separarme tanto tiempo de ti nunca más.

—Ni yo. ¡Cómo te he echado de menos, nena!

—He tenido tanto miedo a perderte, a que me olvidarás con alguna otra...

—Sólo te amo a ti, Natascha. No veía el momento de verte. Mira —dijo sacando una pequeña caja que me entregó. Era un anillo de brillantes—. Tu anillo de compromiso.

—Oh, Michael, es precioso... —dije emocionada, mientras comprobaba lo bien que quedaba en mi mano—. No pienso quitármelo nunca.

De pronto todas mis dudas se desvanecieron como por arte de magia. Cuando estaba junto a él, todo cobraba sentido y me sentía feliz como con nada en el mundo. Se quedó el resto del ensayo sentado en una de las butacas vacías que formaban el palco, con una gorra que le tapaba casi todo el rostro y algo alejado de las primeras filas para no llamar demasiado la atención. Pero a pesar de eso, la voz se corrió en segundos y algunas modelos, revolucionadas por su presencia se acercaron a él en alguna ocasión, para pedirle algún autógrafo. Mientras fumábamos un cigarro en el *backstage*, esperando nuestro turno, Cindy Miller me comentó cómo podía aguantar aquello, refiriéndose al continuo revolotear de chicas alrededor de una pareja.

—Estoy acostumbrada. Mi anterior pareja se dedicaba a este mundo...

—Sí, ya sé, pero no es lo mismo.

—Jean se pasaba el día viendo modelos desnudas y tratando con ellas. Cuando yo le conocí era un mujeriego de cuidado, pero con el tiempo todo se olvida..., ahora la gente solo le recuerda como lo que ha sido en estos últimos doce años.

—Coincidí con él hace unos meses.

—¿A sí?

—Sí. Perdóname el atrevimiento..., pero es un gran hombre.

—Por supuesto que lo es, nunca podría decir lo contrario. ¿Te gusta? ¿Quedasteis en algo?

Ella pareció dudar durante unos instantes como si meditara con cuidado la respuesta, por lo que supuse que eran afirmativas.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí —contesté.

—¿Qué has visto en Michael que no tenga Jean?

Desde luego no me esperaba aquella pregunta, pero no tuve que pensar mucho para contestar.

—Michael es la libertad.

—¿A qué libertad te refieres?

—A su manera de ver la vida, de vivirla, de sentirla...

—¿A aguantar que viva como un hombre libre? ¿Sin compromiso?

—Michael y yo estamos comprometidos, con Jean nunca lo estuve en once años.

—Estás comprometida en palabra, no en hechos. No conozco a Michael, pero conozco a hombres como él y sé de buena tinta que nunca llegan a comprometerse del todo.

—No sé a dónde quieres llegar...

—Mira, Natascha, te seré sincera. Tú posiblemente no sepas nada de mi vida, porque de sobra es sabido que pasas bastante de la prensa y demás cotilleos, pero yo sí conozco tu trayectoria. Eres mi referente, lo fuiste muchos años y he de confesar que he seguido todos tus trabajos con mucho interés.

—Gracias, siempre gusta oír algo así...

—Jean y tú erais la pareja perfecta..., cuando comenzaron a salir rumores sobre vuestro distanciamiento, pensé que algo gordo tenía que haber ocurrido entre vosotros. Pero pronto me enteré, por mi pareja de entonces, con quién te estabas viendo.

—No lo sabía nadie.

—En el mundo del rock, sí. Y más el que era mi novio, Ryan Owen.

—¿El cantante de Dark Souls?

—El mismo. Eras su amor platónico..., aunque ahora que lo pienso, no sé por quién tenía más obsesión si por Michael o por ti...

—Vaya...

—El caso, es que yo viví un infierno... Al principio piensas «qué guay», he conquistado al chico malo. Pero no, nunca se les conquista. Ellos solo viven para su música y sus adicciones...

—Te agradezco tu preocupación, Cindy, pero soy muy feliz ahora. Nunca lo he sido tanto.

—Tal vez no debería haberte contado todo esto, pero estos días que hemos compartido habitación y he ido conociéndote más, he visto en ti a una buena persona. Como Jean me dijo que eras —dijo sonriéndome con dulzura.

—¿Qué más te ha dicho?

—Que necesita tiempo..., te ha querido demasiado.

—¿Se lo darás? —le pregunté con cierta complicidad, sabiendo a que se refería.

—Sí.

Aquella noche, mientras Michael dormía profundamente abrazado a mí, no pude evitar recordar las palabras de Cindy Miller. Con ese pensamiento y otros, el sueño me venció. Mañana sería el gran día.

Me sentía una auténtica diosa con aquel escueto conjunto de lencería, tacones vertiginosos y aquellas alas de immaculado color blanco, que nos encumbraban al olimpo. El maquillaje y el peinado eran absolutamente perfectos después de tantas horas de trabajo en el *backstage*. La música comenzó a sonar y el momento de salir era inminente. Había elegido una canción de su anterior disco, *Sexy blonde girl* y sonreí para mis adentros recordándola a capela en nuestra casa de Londres. Sonaron los primeros acordes e hice mi incursión en escena al escuchar su voz. Me comí la pasarela con ese halo de seguridad que siempre me caracterizaba, contoneando las caderas como una sensual gacela, sonreí a Michael sabiéndome deseada. Todo el público estaba concentrado en nosotros. No veíamos más allá del *front row* pues estaban sumidos en oscuridad, pero se intuía. Parecía como si estuviéramos solos con aquellos juegos de luces que nos iban iluminando en cada movimiento. Vanidosos, disfrutamos como nunca de sentirnos protagonistas a partes iguales, mientras compartíamos alguna que otra mirada cómplice, secundada por algún silbido procedente de algún lugar entre el público. *Flashes* y mi pose final antes de abandonar la pasarela, que aquella mañana recorrería otras tres veces.

—¿Cómo definirías en una sola palabra el *show* de hoy? —me preguntó un periodista que me abordó de camino a la fiesta posdesfile.

—Éxito.

Un montón de fotógrafos esperaban la incursión de las modelos y demás invitados en otra de las salas del Hotel Plaza de Nueva York, que haría la función de discoteca por aquella noche. Vestida con un sensual vestido rojo hasta los pies, tenía toda la atención de los periodistas allí concentrados deseosos de pillar un buen posado o una buena declaración para el próximo número de alguna importante revista.

—Felicidades, Natascha, hoy has brillado como nunca. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien, gracias.

—¿Ha tenido algo que ver estar tan cerca de Michael Hunter?

—Gracias —me limité a decirle, alejándome de allí con una ligera sonrisa.

Me preguntaba donde estaba Michael hasta que le vi aparecer, junto con los demás miembros del grupo, unas horas después. Se había cambiado la camisa y los pantalones de sastre por su atuendo de siempre: camiseta, pantalones de cuero y aquella ristra de pulseras y collares, tan característica entre los de su gremio. Los demás se fueron desperdigando por la sala,

mientras él se acercaba a mí y me daba un apasionado beso. Roy le trajo un vaso de su *whisky* favorito, The Macallan.

—Wooww, ¡qué bueno! —exclamó al probarlo.

—Esta noche hay barra libre...

—¿De qué, Roy? —Ambos rieron ante las segundas intenciones de la pregunta—. ¿O me dirás que prefieres emborracharte hasta que no se te levante la polla?

—Oh, mierda, ¿con todos estos pibones por aquí?

—¿Hay *farlopa*? —preguntó Nick al acercarse. Roy se lo llevó comentándole algo al oído.

—Estoy cabreado —me dijo mientras daba largos tragos a la bebida.

—¿Por qué? ¡Todo salió perfecto, mi amor!

—No me gusta que todo el mundo te vea casi desnuda, como hoy o en la portada de esa revista...

—Nunca me habías comentado que te incomodaba...

—Porque nunca lo he vivido como hoy...

—¿No estás orgulloso de mí?

—No he dicho eso.

El alcohol a Michael no le sentaba bien, siempre sacaba esa vena violenta e irascible que tenía escondida. Tal vez por eso, no era muy amigo de la cocaína aunque alguna vez la probaba, solo estando de gira, donde el ritmo de vida no concedía descanso. Y como consecuencia, siempre montaba su propio *show* rompiendo alguna guitarra, cuando no destrozando parte del mobiliario de la habitación de hotel de turno o contestando con irritación a la prensa. Él era consciente, por eso intentaba estar alejado de ella, a pesar de tenerla continuamente cerca en cantidades industriales. El alcohol era otro cantar, no podía evitarlo, le gustaba igual que a mí. Echábamos mano de él como si fuera agua. Hubo momentos en mi vida en los que los *gin-tonics* eran la única bebida que ingería, por eso no podía juzgarle. El alcohol no cambiaba a Michael, solo sacaba al diablo que tenía dentro. Y así pude comprobarlo aquella noche, cuando a altas horas de la madrugada, ya en la habitación, me acerqué a curiosear aquella mochila donde guardaba todas las cartas de amor que sus fanes le dirigían. ¿Qué pretendía encontrar? ¿Qué creía él que encontraría?

—¿Se puede saber qué haces? —me preguntó claramente molesto, mientras bebía de la botella el último trago que parecía quedar.

—Nada, solo miraba...

—¿Nada? ¿Qué coño haces metiéndote en mis asuntos? Puta fisgona...

—Michael, yo... —El miedo me paralizaba, me dejaba sin palabras y me achicaba más y más con cada grito procedente de su boca—. Vete.

—¿Qué dices?

—¡Vete, joder! ¡Vete! ¡Lárgate de aquí! ¡Vamos! ¡Vamos!

Y agarrándome fuertemente del brazo me sacó de allí cerrándome la puerta en las narices. Sola en el pasillo del hotel, me apoyé en la pared unos metros más allá y comencé a llorar desconsoladamente. No entendía qué había hecho mal, me autoculpaba de haber creado una situación así cuando una de las puertas se abrió. Intenté disimular mi llantera, aunque hubiera dado igual no hacerlo porque aquellas dos chicas que salían de una de las habitaciones se largaron dirección a los ascensores entre risas, sin prestarme la más mínima atención. Después una cara asomó desde el interior. Era Roy.

—Pasa. —No me moví, dudaba—. Si te tocara un pelo, Michael me mataría. Pasa.

Y entré conteniendo mis sollozos. La habitación era un auténtico caos. Nick esnifaba cocaína en una mesa, Larry no estaba.

—No te vayas muy lejos. Mañana Michael querrá verte.

—Ahora no quería..., me ha echado de su habitación...

—Tendrás que aprender a convivir con sus dos caras —me dijo Roy mientras me preparaba una pequeña dosis de caballo.

—¿Sabes inyectarlo?

—Ay, querida..., es la droga fetiche de nuestro querido Michael. Y la que un día le matará. Pero te vendrá bien.

—Pero estás borracho..., no sé si será buena idea...

—He inyectado heroína en peores circunstancias. —Silencio—. Te quiere. Y mucho.

—A veces tengo muchas dudas de ello.

—Le conozco desde que éramos unos críos.

—No ha aguantado más de dos noches a ninguna piba —esta vez el que habló fue Nick.

—Ven nena, relájate, dame tu brazo. —Se lo extendí.

No miré mientras lo hacía. No dejaba de darme cierta impresión observar la aguja atravesarme la piel. En pocos minutos me sentí adormecida y con una dulce sensación de tranquilidad. Me acompañó hasta la cama y quitándome los zapatos me introdujo en su interior.

—Gracias.

—No te quites el vestido, sería el colmo que Michael te encontrara desnuda en mi cama. Yo dormiré aquí en el sofá.

—¿No te importa?

—¿Dormir en este sofá? —Eché una carcajada—. Puedo dormir en el mismo suelo si hace falta, pero no sé si encontraría un hueco donde tumbarme entre toda esta mierda. ¿Estás mejor?

—Sí.

—Bien.

Me sentí flotar en aquella habitación donde los problemas parecían haberse esfumado como por arte de magia. Pero no era magia, era la heroína, a la que comencé a recurrir cada vez que Michael y yo discutíamos. Me ayudaba a no sufrir por sus ocasionales desprecios, gritos o incluso alguna bofetada. De hecho, al día siguiente, amanecí con mi primer moratón. Me había apretado demasiado fuerte del brazo cuando me sacó de la habitación.

26

Como dijo Roy, aquella mañana al despertarme, lo primero que vi fue a Michael sentado en una silla al lado de la cama donde había pasado la noche. Fumaba un cigarro.

—Lo siento —me dijo al verme abrir los ojos.

—Michael...

Se echó a mi lado y me besó dulcemente en los labios.

—Ven, vamos a darnos una ducha. Pero aquí, no.

—El baño está hecho un asco..., cuando vengan las chicas que hacen las habitaciones van a querer vomitar, pero en vuestra cara.

Michael pareció no escucharme. Cogí mis zapatos y con ellos de la mano, caminé detrás de él, sorteando botellas, papeles, colillas, paquetes de cigarrillos y demás, hasta el pasillo enmoquetado. Su habitación era otra cosa y su baño no olía a vómito reconcentrado, lo cual agradecí.

—Tengo ganas de ti...

—Oh, Michael, no vuelvas a hablarme así. Me hubiera ido si no hubiera sido porque Roy salió en ese momento y me vio.

Me quitó el vestido que cayó a mis pies y me apartó despacio el pelo de la cara mientras observaba mi cuerpo con una mezcla de admiración y deseo.

—Anoche me trastornaron los celos.

—¿Qué celos, Michael? Solo tengo ojos para ti...

—Celos de tener que compartir esta imagen con miles de hombres.

—Pero es solo mi imagen...

—Sí, es solo una imagen..., pero es la imagen con la que sueño cada día...

El agua templada corría en la ducha, cuando nos introdujimos después de quedarnos completamente desnudos. La pasión se adueñó de nuestros cuerpos como tantas otras veces. Recorrí con mis dedos cada uno de los tatuajes que dibujados, estaban perennes sobre su piel y me dejé hacer, olvidando cada uno de los sinsabores que había sufrido por aquel hombre que me envolvía en un halo de ciego frenesí, una y otra vez, con solo una mirada.

Haciendo la maleta, alguien llamó a la puerta. Michael abrió encontrándose con Paolo al otro lado.

—Voy a secuestrar a tu representada por los próximos tres meses —le espetó sin más.

—Algo me comentó ya Natascha. ¿Está aquí? ¿Puedo verla?

—Oh, claro, adelante. ¿Quieres un *whisky*? Es lo único que puedo ofrecerte...

—No, Michael, gracias. Será solo un minuto.

Nos saludamos con un cálido abrazo y un beso en la mejilla mientras me felicitaba por el desfile de ayer.

—Estuviste increíble, todo el mundo lo comenta.

—¡Qué bueno oír eso!

—Sabes que a partir de ahora, eres la embajadora de la marca durante un año...

—Sí, lo sé, pero no me pidas algo que me impida acompañar a Michael el resto de la gira, porque no lo haré.

—Pero Natascha..., el mes que viene Victoria's Secret abrirá su primera tienda en Canadá y tienes que estar allí.

—¿El mes que viene?

—Estaremos en Florida —apuntó Michael que seguía la conversación con interés—. No será problema, allí estará.

Después de aquella conversación, cogimos un avión privado que nos llevaría hasta el otro extremo del país, San Francisco. Recuerdo como Larry y Nick estuvieron fumando crack antes de subir al avión y el enfado de Roy, cada vez más exacerbado por aquella conducta. Michael, sin embargo, pasaba de todo. Metido en su mundo, se limitaba a beber *whisky*, mientras escribía alguna nueva canción que tarareaba de cuando en cuando.

—A ver, Roy, escucha, toca esto, a ver como suena con tu guitarra.

Visto desde fuera, era una estampa surrealista. Por primera vez, me centré en observar a cada uno de ellos y sus respectivas personalidades. Todo amaban la música, pero Michael era el único con verdaderos deseos de triunfar, el único que soñaba con el éxito. Roy era más realista y sensato, y el que más se tomaba en serio los ensayos, los conciertos y su vida. Lo que realmente buscaba era hacer disfrutar y no defraudar a todos esos miles de fans que los seguían fielmente, manteniendo la unión del grupo, cuando en ocasiones, parecía unirles tan solo un hilo de cordura, mientras que Larry y Nick, se dedicaban a vivir el momento, a pasarlo bien, sin darse cuenta de cómo sus cuentas corrientes ganaban miles de dólares en pocos meses. Para ellos, esto no era importante, mientras tocaran su música, tuvieran drogas y

tías dispuestas a satisfacer sus carnales deseos.

—¿Quieres, Nata? —me preguntó un Larry muy colocado, señalándome una botella de vodka, alejándome de mis pensamientos

—Déjala en paz —contestó Michael.

—Perdone usted, majestad. Se me olvidaba que lo suyo son los narcóticos.

—Sí, ellos son los tristes... —dijo Nick entre risas.

Roy hizo intentó de saltar a contestarles, pero Michael agarrándole del brazo se lo impidió.

—Déjalos, están colocados.

Se querían como hermanos, eran una gran familia de miembros extremadamente diferentes y en eso irradiaba parte de su éxito. Cada uno contaba con un talento y unidos formaban un grupo excepcional. Nunca pensé que aquello pudiera funcionar sin alguno de ellos, como alguna vez oí comentar a Roy, cuando hablaba de las fuertes adicciones que sufrían Nick y Larry. Sobre todo cuando durante los días que pasamos en Los Ángeles, fueron detenidos por posesión de drogas, retrasando un día el resto de conciertos. Michael, deprimido por lo sucedido, se inyectó una buena dosis de heroína. Durante largas horas estuvo en un estado fuera de la realidad, mientras el mánager se encargaba de pagar la fianza. Roy estuvo desaparecido durante dos días, en lo que los nervios se apoderaron de nosotros. Fueron unos días de auténtico caos en los que no sabíamos qué iba a suceder. Una hora le esperaron para salir al escenario donde todos los fans gritaban una y otra vez cada vez más coléricos por no verles salir a escena. Estaban dispuestos a dar el concierto sin él, justo cuando Roy emergió de la nada. Subieron a aquel escenario donde miles de fans olvidaron toda la espera que una vez hubo. Michael tenía ese poder fuera y dentro del escenario. Cuando aparecía, cantaba o hablaba, daba igual lo malo que hubiera podido hacer antes, solo podías caer rendido ante ese magnetismo que él conocía tan bien.

A pesar del éxito de aquella noche, hubo algo que no marchaba bien dentro de él. Sudaba copiosamente y trastabilló en alguna ocasión. Nadie se alarmó, solo yo me di cuenta. Y corroboré mis dudas, cuando al acabar el concierto, decidió que fuéramos al hotel.

—Necesito inyectarme un poco de caballo.

—¿Estás seguro?

—Totalmente, nena.

Era la primera noche en casi tres meses que no salíamos de fiesta después

de un concierto, a excepción de los dos días que pasé sola en Montreal. Y eso me preocupaba, sentí miedo pues no quería volver a revivir un episodio como el que tuvimos en Londres hace ya, casi dos años. Me tomé una anfetamina y pude estar velándole toda la noche, sin caer rendida por el cansancio. Pero todo pasó sin más. A la mañana siguiente, se levantó como si nada y a eso de las doce del mediodía fuimos a desayunar a una cafetería cerca del hotel, donde varios grupos de adolescentes se colaron para pedirle algún autógrafo.

Lo pasamos bien. Vivíamos en una continua burbuja donde solo el ahora importaba. Fue entonces, en aquellos tres meses, cuando me introduje verdaderamente en aquel mundo donde las drogas, el alcohol y el dinero formaban parte de un día cualquiera. La oscura cara del éxito se cernía sobre nosotros pero no lo podíamos ver. No lo vimos hasta que era demasiado tarde. Nos creímos dioses, y aquella soberbia fue el pecado que años después tendríamos que pagar.

—¿Por qué The Black Roses? —le preguntó a Michael una chica en una rueda de prensa, después de uno de los conciertos.

—Bueno, a mi madre le gustaban mucho las rosas..., teníamos un jardín siempre plagado de rosas blancas... Un día estábamos Roy y yo, tirados en el suelo tocando algo, no recuerdo que...

—Nadie más tenía esas flores en su jardín —interrumpió Roy.

—Sí..., eran hermosas..., y ese color las hacía puras... Era lo único hermoso y puro de aquella puta casa. Así que un día le dije a Roy...: deberían ser negras... casan más con nuestras jodidas vidas.

—Sí, creo que estábamos bastante fumados... —Risas.

—Sí, pero nos gustaban esas jodidas flores...

—Sí...

—De ahí vino el nombre del grupo.

Yo ya sabía aquella historia, pero a Michael le costaba muchísimo hablar en público de sus años de infancia y aunque alguna vez había mencionado el origen de aquel nombre, prefería no responder a preguntas como las que vinieron después a colación. Se ponía muy nervioso y podía llegar a sacar su otra cara en cuestión de segundos.

—¿Por qué tenían *jodidas* vidas?

—No todo es bonito en el mundo del Señor —contestó irónico.

—Pero no tiene contacto con sus padres, ¿verdad?

—Cierto.

—¿Su relación con ellos no era buena?

—¿Alguien puede decirle a esta piba que calle de una vez su puta boca?
—preguntó mirando hacia los demás miembros del grupo.

Roy que le conocía bien, hizo un gesto con la mano, invitándola a dejar aquella entrevista, que así se dio por finalizada.

Una vez en el hotel, Michael estaba fuera de sí.

—Putade mierda.

—Cálmate —le dije.

—¿Que me calme? ¿Te calmarías tú si te preguntaran por tus jodidos padres en un *photocall* sobre una crema hidratante?

—La gente te admira, Michael —le dijo Larry—, quieren saberlo todo sobre ti.

—Soy músico, no un personaje de esos que se sacan de la manga para rellenar mierdas de programas donde la gente cuenta sus miserias.

—Llevas razón, cariño..., pero no puedes permitir que te afecte tanto...
—le dije en un nefasto intento por aplacar su enfado.

Solo había dos cosas capaces de hacerle aplacar ese mal humor que tanto le atormentaba: hacerme el amor o la heroína. Mejor si eran las dos juntas y por ese orden, como aquella noche ocurrió.

—Dejadme. Quiero follarme a mi novia sin público. Gracias.

El último concierto antes de dar por finalizada la gira y poder volver a Londres, fue en Las Vegas, conocida como «La Ciudad del Pecado» o «La Capital de las Segundas Oportunidades». Nos hospedamos en el Hotel The Mirage, recién inaugurado, que incluía el Casino Castaways, donde pasamos enfrascados muchas horas, mientras los demás andaban desaparecidos. Poco tiempo se dejaron ver desde que aterrizamos hasta el concierto. Pero era normal, allí había mucho por ver y disfrutar.

Jamás había conocido ciudad igual. Michael y yo paseamos por primera vez como unos turistas cualesquiera, disfrutando de un casi absoluto anonimato, mientras sorprendidos como niños, descubríamos todas aquellas joyas arquitectónicas y anchas avenidas envueltas en luces multicolor.

—Es increíble ver tantos casinos juntos, ¿verdad? —me preguntó Michael.

—Son enormes.

—Aquí es todo enorme.

—Sí, menos la Estatua de la Libertad y la Torre Eiffel. —reímos.

Pero no solamente nos llamaban la atención los casinos por su singular estética o por su invitación al juego, si no por los espectáculos que ofrecían en sus entradas. Desde luego, aquella ciudad por si sola era un *show*, y The Black Roses, estuvo a la altura del lugar. ¿Escandalizada? Tal vez. Michael siempre conseguía sorprender, incluso a mí. Era el dueño de mi corazón y cualquier escándalo que pudiera organizar, me resultaba divertido. Le veía sobre el escenario y me sentía feliz de que aquel hombre, por el que tantas mujeres suspiraban, fuera mío. A veces me olvidaba de que yo toqué el cielo antes que él, que yo era igual de deseada que él, que yo era tan aclamada como él... A veces caía al mundo terrenal, por ese amor que poco a poco me fue conduciendo a un infierno donde los ángeles no existían.

Eufóricos por la gira tan exitosa, dieron su última rueda de prensa pocos minutos después de acabar el concierto donde tanto agradecieron la presencia de los miles de fanes que les habían acompañado durante aquel frenético año. Sin embargo, cada vez más quemados por los sinsabores que les producían continuamente algunos medios de comunicación, Michael decidió darla por

concluida antes de tiempo. Así era, tenías que saber qué decir y en qué momento, si no querías conocer el otro lado de una personalidad oscura cargada de fantasmas pasados.

Nos fuimos todos de copas a un local, incluidos los miembros que trabajaban en iluminación, sonido y decorado, como solían hacer después de cada actuación. Pero después de pasada una hora, con un par de rayas de cocaína en el cuerpo y alguna que otra pastilla de anfeta, Michael decidió ir a otro lugar. Algo me pareció extraño en su manera de cuchichear con Roy, que parecía no estar dispuesto a irse, pues estaba enfrascado en una amena conversación con una *groupie*. Sentí que tramaba algo. Ellos fuera del escenario no solían depender los unos de los otros para hacer nada y que Michael insistiera en que todos fuéramos a otro lugar, sin especificar donde, me dio que pensar. Con esas, salimos de allí y nos dirigimos los cinco por un ancho bulevar, con destino (solo para mí, por lo que supe después), desconocido. Durante aquellos minutos se me pasaron mil y un sitios donde poder ir a continuar con la diversión, pero jamás pude imaginar que acabaríamos donde terminamos.

—¿Una capilla? —pregunté sin comprender.

—Sí. —Silencio—. ¡Vamos a casarnos en Las Vegas, nena!

—Pero ¿qué dices? ¿Ahora? —Yo no daba crédito a su repentina ocurrencia.

—Ahora. Ellos serán nuestros testigos. Pero tranquila, ya haremos una boda de verdad donde tú quieras, con tu vestido blanco y todas esas cosas...

—¿Con vestido blanco? —preguntó divertido Larry.

—Bueno, o del color que quiera.

Comenzaba el año 1988 cuando nos casamos en Las Vegas, en cuestión de media hora. Roy, Nick y Larry actuaron como testigos y por qué no decirlo, como cómplices de una placentera encerrona. Aquel matrimonio solo era válido allí, pues aún no existían trámites que lo legalizaran en cualquier otra parte del mundo, como sucedió años más tarde. Como decían: «Lo que ocurre en Las Vegas, se queda en Las Vegas». Era algo plenamente simbólico, pero me emocioné enormemente, sobretodo porque fue una auténtica sorpresa. No hubo vestido, ni ramo, ni invitados, ni una capilla decorada. Pero estábamos él y yo, y eso era lo único importante.

A la mañana siguiente, cogimos un avión con destino a Inglaterra. Dejábamos atrás muchas horas de alcohol, drogas, sexo, *rock* y pocas de sueño. Mi físico poco a poco se fue viendo afectado: el brillo de mi piel, de

mi mirada, de mi cabello, se fue apagando al compás que lo hacía mi personalidad. Las ojeras comenzaron a protagonizar mi rostro y acusé una bajada de peso debido a las malas comidas y al ritmo de vida que llevaba. Pero nosotros no nos dábamos cuenta de ello, vivíamos en una irrealidad constante, cegados por el brillo del éxito.

Llovía copiosamente en Londres aquella mañana de febrero. El aterrizaje no fue del todo fácil, debido al fuerte viento que reinaba en el aeropuerto de Gatwick. Las continuas turbulencias durante el último tramo del trayecto habían oscurecido el semblante de un Michael al que en cuestión de segundos parecía haberle dominado de nuevo, su demonio interior. Todos nos dimos cuenta, era mejor no hablar demasiado en esos momentos, pues no sabíamos qué palabra o qué frase podía acabar provocando una incontrolable erupción de su ira. Momentos como aquel, desataban dentro de mí una ansiedad difícil de controlar. Realmente, comencé a tener miedo de sus reacciones, pero siempre me lo callé, por supuesto. A veces eran sin previo aviso, otras veces como ahora, se venían venir. Y claro que vino, había mucha lava que expulsar.

Al salir, un montón de periodistas con sus respectivas cámaras, *flashes* y micrófonos, querían captar el momento de la llegada del grupo de *rock* más importante del momento. Una limusina negra nos esperaba a pocos metros, pero el tumulto ocasionado por las muchas personas que allí se concentraron, hicieron difícil que pudiéramos llegar a ella rápidamente. Michael no pronunció palabra. Muy serio, tirando de mí mano, intentaba avanzar haciendo caso omiso a lo que los periodistas le preguntaban. Yo tampoco hablé, no sé por qué, tal vez, la inseguridad provocada por las circunstancias, me hizo callar prudencialmente. Nos seguían Roy, Larry y Nick, tampoco muy habladores por el cansancio del viaje pero sí correctos en sus escuetas respuestas. Parecía que íbamos a conseguir meternos en la limusina sin ningún problema mayor, cuando un paparazzi nos hizo la pregunta equivocada.

—¿Se han casado en Las Vegas como muchos medios apuntan?

Michael se paró en seco y le miró fijamente.

—¿A ti qué te importa, payaso? —le espetó ante la atónita mirada de los allí presentes.

—Solo es una pregunta como cualquier otra, Michael. Es muy fácil responderla.

—Maldito estúpido de mierda.

—Parece que al vocalista de The Black Roses se le ha subido la fama a la cabeza, señores —dijo el provocador paparazzi a todos y a nadie en general.

Entonces ocurrió lo que me estaba empezando a temer, desde que aquel fanfarrón abrió la boca. Michael me soltó la mano y acercándose a él, le asestó un fuerte puñetazo que le derribó.

Michael fue detenido y llevado a dependencias policiales, donde fue fichado. Tenía treinta y dos años y ningún antecedente, a pesar de su carácter.

Durante las cuarenta y ocho horas que estuvo en el calabozo hasta que fue liberado bajo fianza, yo estuve en casa de Roy, que no quiso dejarme sola.—Tranquila, no le va a pasar nada...

—Lo sé, pero no puedo evitar sentir esta angustia.

—¿Te preparo una infusión?

—Gracias, Roy, no hace falta.

La casa era un auténtico basurero. Nada de lujos, tan solo un piso normal en una zona normal, con las cosas básicas y una nevera vacía. No comprendía como podía vivir así, manejando tanto dinero

—No necesito más. Solo quiero un lugar donde poder tocar mi guitarra sin molestar a nadie. Además, el pasado año compré una casa preciosa en Ibiza, te gustaría, aunque no tiene nada que ver con vuestra villa en Montecarlo.

Pedimos una *pizza* y unas coca-colas que nos tomamos mientras veíamos las noticias. Zapeando, comprobamos en un canal, cómo la prensa se había cebado con Michael, dedicando un programa entero sobre sus miserias.

—Menos mal que no le gusta ver esta basura —dijo Roy.

La mayoría de las cosas que contaron mientras vimos aquel programa, no eran más que mentiras y blasfemias que no hicieron más que cabrearnos más si cabe. Se atrevieron a hablar sobre una infancia y adolescencia que desconocían por completo y a sacar sus más sonados escándalos. Repasaron y comentaron desde sus salidas de tono con algunos periodistas hasta sus trastornos de personalidad derivados, según ellos, del consumo abusivo de heroína y de estupefacientes varios.

—Dan asco, no quiero verlo —dijo Roy mientras apagaba el televisor.

Las horas pasaban y no teníamos noticias. Frente al teléfono, marqué el número de Paolo para comunicarle mi regreso a Europa y dónde podía encontrarme en los siguientes días.

—Me han llamado de varias revistas y programas de televisión, quieren entrevistarte —me comentó.

—No pienso dar más bola a toda esa gente.

—Creo que deberías hacerlo. La gente quiere saber cómo fue tu experiencia como ángel de Victoria's Secret, cómo viviste de cerca el éxito de The Black Roses, cómo os casasteis en Las Vegas..., vamos Natascha, tú conoces este mundo, la gente te quiere, la gente pide ver a Natascha Ivanova.

—Tengo que pensarlo. Dame dos días y te confirmaré.

Comencé a no tener autosuficiencia para decidir que trabajos hacer y cuáles no. Pero esta vez no era como cuando Jean me llevaba, que a todo decía que sí sin consultarme. Ahora las cosas eran distintas, Michael me eclipsaba con su éxito y su fuerte personalidad, y poco a poco fui dependiendo de él para tomar cualquier decisión, aunque solo me concerniera a mí. No era consciente, como por ejemplo aquella vez, le pedí tiempo a Paolo para pensar algo que solo dependía de lo que Michael decidiera. La libertad que un día creí conseguir con él, no era más que un dulce espejismo provocado por la ceguera de una pasión incontrolable. La realidad era más bien otra, pero aún no sabía que aquel amor estaba siendo la mayor prisión que nunca viví.

Al día siguiente, después de dormir pocas horas y mal, apareció por casa el mánager de los chicos, para hablar con Roy. Desde el altercado que tuvimos en el hospital, casi ni se dirigía a mí, y si lo hacía alguna vez, era en presencia de Michael. Tampoco me importaba, era un tío con el que no tenía la más mínima química. Por eso en aquel momento, me mantuve alejada mientras hablaban. Observando desde la distancia, mientras fumaba un cigarrillo más, cómo le decía que saldría libre bajo fianza en menos de veinticuatro horas.

—Es mejor que no vayáis a recogerle, yo iré en una limusina y vendremos aquí. La comisaria y su casa están llenas de *paparazzis*.

Y con esas esperamos allí encerrados a que llegaran mientras las horas parecían cobrar una dimensión de semanas.

—Tienes mal aspecto —me dijo Roy.

—Tú tampoco estás en tu mejor momento...

—Yo no me debo a mi físico. No deberías descuidarte. Michael se alegrará de encontrarse con una bella esposa que le haga olvidar la mierda de un calabozo maloliente.

Llevaba razón, y sin discutirle ni una de sus palabras fui hacia el baño dispuesta a meterme en aquella bañera. En el espejo me encontré con una Natascha que no conocía. Me toqué el rostro y observé mi cuerpo mientras me desvestía. Tenía un aspecto gris, ¿dónde estaba aquella que tanta luz irradiaba? Allí no, pero me decidí sacarla dándome una ducha, dejando correr el agua

templada por la piel que después acaricié con suaves cremas que siempre llevaba en la maleta y que me proporcionaron un bonito color satinado. Me vestí con ropa limpia mientras dejaba mi pelo secarse al aire, envolviéndome en el dulce aroma que aquel champú impregnaba en todo, mientras daba un poco de color a mi pálido rostro. El cambio fue notable y así me lo hizo ver Roy cuando salí al salón, donde tocaba la guitarra.

—Wooww, así preferimos verte... Si no fueras de Michael...

—Si no fuera de Michael, ¿qué?

Pareció dudar unos segundos la respuesta.

—Te follaría aquí mismo.

—¿Siempre habéis sido tan consecuentes con la lealtad?

Roy se echó a reír.

—Siempre hemos compartido las chicas, incluso alguna vez nos hemos follado a la misma juntos.

—¿Entonces?

—Tú eres diferente para él, ya lo sabes. Desde antes de que te conociera ya soñaba contigo.

De pronto, me sentí desearle. Tal vez aquella situación tan morbosa generase en mí aquel sentimiento de atracción o tal vez, solo fuera la vanidad que me estaba jugando una mala pasada al sentirme deseada por un hombre diferente al mío. Pero el caso, es que me imaginé teniendo sexo con él en ese momento, y me excité.

Roy no era tan atractivo como lo era Michael, pero eso muchas veces no tiene que ver para que un hombre despierte nuestra libido en un momento determinado, como aquella vez me ocurrió. A pesar de eso, era bastante atrayente, de hecho, seguramente sería el que más pasiones levantaba después de Michael. Era alto, de complexión fuerte, con varios aros decorándole una oreja y pelo negro y liso cayéndole por la cara, pero no tenía aquella voz, aquella mirada, aquellos labios y aquella arrolladora personalidad que me hacían perder la cabeza.

Me senté a su lado en el sofá dispuesta a tentarle a dar un paso más. Es increíble lo que el deseo puede obnubilar a veces la mente. Muy poderoso, capaz de ensombrecer cualquier otro pensamiento de lealtad o posible dolor posterior por una culpabilidad extrema, te empuja sin más hacia el objeto que en ese momento se vuelve de extrema necesidad.

—No me tientes...

—¿A qué, Roy? ¿A qué te tiento?

Nos miramos en silencio durante unos segundos. ¿Qué esperábamos? No lo sé. Pero después agradecí la decisión que tomó.

—Voy a comprar algo para comer, en seguida vuelvo.

Por una vez, se me olvidó que Roy era el más sensato y cerebral de los cuatro.

A su vuelta, preparamos la comida entre los dos, sin mencionar nada del tema. Pero había un halo tenso en el ambiente que intenté suavizar hablando sobre otras cosas. Fue en vano, Roy parecía abstraído en otro mundo y solo se limitaba a contestar con monosílabos. Comimos enfrascados en nuestros pensamientos. Me hubiera gustado saber qué pasaba por aquella cabeza, pero por lo general, Roy era bastante parco en palabras y no se dejaba conocer, cosa que respetaba pero no podía dejar de llamarme la atención, pues yo era muy habladora y sociable y no entendía como alguien podía estar en silencio durante horas.

Me quedé dormida en el sofá después de comer una rica ensalada y unos filetes de pollo que Roy había tenido la amabilidad de comprar, pensando en mi dieta. Al despertar, tenía un fuerte dolor en el cuello debido, supuse, a la postura en la que me había quedado. Una manta me tapaba.

—Llevas dormida un buen rato. He estado tocando el teclado y ni siquiera te has movido.

—Seguro, tengo un dolor horrible de cuello.

—¿Puedes moverlo?

—No puedo girarlo para este lado —le dije indicando con mi cabeza hacia la derecha.

—A ver..., ¿puedo echarlo un vistazo?

—Adelante.

Me apartó el cabello y sentí sus dedos rozarme la piel. Después me tocó un poco más fuerte y pegué un grito a causa del dolor.

—Veo que te duele...

—Sí, mucho.

—Entonces no meteré mis manos en tu contractura, te dolería más.

—¿Tengo una contractura?

—Eso es, lo mejor es calentar una toalla y que te la pongas donde sientes la molestia.

—¿Cómo sabes de eso?

—Bueno, cosas que uno aprende. Ahora tú también lo sabes.

Mientras traía una toalla de una de las habitaciones y la ponía a calentar

en la estufa que teníamos encendida para entrar en calor, le di las gracias por haberme tapado con la manta mientras dormía.

—Eres muy amable.

—Sssssh no lo digas muy alto. Joderías seriamente mi reputación.
—Reímos.

Me extendió la toalla que a continuación me puse en el cuello. Parecía sentir alivio de pronto, al notar ese calor sobre el dolor.

—¿Por qué estabas tan callado antes?

—¿Cuándo?

—Cuando viniste de hacer la compra.

—Lo que ocurrió esta mañana no volverá a suceder.

—No pasó nada.

—Pasó más de lo que me hubiera gustado que pasara, lo siento.

—Yo también lo siento.

Pero no era verdad, no lo sentía. Y estaba segura que él tampoco, a pesar del grado de culpabilidad que le atormentaba en aquellos momentos. Por un momento me sentí mala mujer, mala persona, pero... ¿quién no se había sentido tentado por otra persona alguna vez? A pesar de amar a su pareja, ¿quién? Intentaba auto disculparme buscando diferentes razones para aquel repentino comportamiento tan desleal por mi parte, sobretodo porque amaba a Michael con todo mi ser. Podría ser también solo fruto del aburrimiento, después de muchas semanas con un nivel de vida tan frenético, estar encerrada allí, sin nada que hacer más que esperar por su libertad, con un hombre vestido solo con unos vaqueros continuamente pendiente de mi bienestar..., hubiera sido difícil no pensar en sexo. No quise darle más vueltas, no había razones para ello, solo había sido algo puntual que no volvería a ocurrir. ¿O quizás sí?

Antes de dormir, nos fumamos unos canutos bien cargados, que nos ayudaron a olvidar las últimas horas vividas y enfrascarnos en una ligera duermevela cargada de risas sin sentido.

—Deberías irte a la cama a descansar, aquí solo no conseguirás dormir bien, sino que tu cuello empeorará.

—No tengo ganas de dormir, solo de ver a Michael.

—Tiene que estar asqueado allí dentro.

—Sí, no creo que esté de muy buen humor.

—Nada que el caballo no solucione.

—¿Tienes?

—Siempre tengo.

—Pero a ti no te gusta...

—Yo lo compro para Michael.

—¿Le quieres mucho?

—Es como un hermano para mí. El hermano que nunca tuve.

—¿No tienes?

—No, soy hijo único.

—¿Tú?

—Tengo dos, pero como si no los tuviera...

—¿Por qué? ¿No eran buenos contigo?

—No, nada de eso. Eran pequeños cuando me marché de casa de mis padres. La diferencia de edad era muy grande en aquel momento.

—No has debido pasarlo nada bien...

—No. Pero mi suerte cambió.

Pasamos parte de la noche rememorando anécdotas y vivencias de una vida ya casi olvidada, hasta que nos vimos sorprendidos por unos golpes en la puerta. Eran Larry y Nick.

—Vaya, no os esperábamos a estas horas —dijo Roy al verles pasar—. Apestáis a alcohol.

—Bueno, aquí no es que el olor sea muy agradable —dijo Larry.

—¿Marihuana? Mmm que buena, da un poco a los amigos, Roy. Nosotros que traíamos una botella de *whisky*... —dijo Nick.

Eran las seis de la mañana y ninguno habíamos dormido ni lo haríamos en las siguientes horas. Los recién llegados volvían de fiesta y no tenían intención de acabar la noche a horas tan tempranas. Se trajeron dos taburetes de la cocina donde tomaron asiento y se dispusieron a prepararse unos porros. Yo saqué la cabeza por la ventana, intentando respirar el aire puro que cada vez se volvía más irrespirable entre aquellas cuatro paredes. Me sentía algo mareada por la marihuana y el humo contaminante, pero el frío viento de la noche me espabiló en pocos segundos. Desconecté durante unos minutos evadiéndome de la conversación que los chicos mantenían en el interior, mirando al horizonte donde el sol se podía ya adivinar. Llovía ligeramente sobre la ciudad de Londres y el viento era helador, pero mi mente estaba tan lejos de allí, que era incapaz de sentir el frío que provenía del exterior.

—¡Cierra la puta ventana, Natascha! —me gritó Nick.

—Lo siento —dije volviendo a la realidad de la que mi mente había huido de pronto.

—No pasa nada, tía, pero hace un frío de cojones.

—¿Estás bien? —me preguntó Roy cuando me senté a su lado.

—Sí, gracias.

Michael apareció con Jude a eso de las doce del mediodía. Entró fuera de sí, pateando los taburetes que salieron volando por el salón. Estábamos borrachos y bastante fumados y no nos inmutamos por aquellas reacciones de un Michael que nos esperábamos.

—Putra mierda —dijo entre dientes.

—Ya estás libre, tío —le dijo Nick.

—Sí, ya estoy libre y con ganas de largarme de este puto país. Nena, mañana nos largamos a Mónaco —dijo acercándose a mí para darme un beso—. Mmmm, cómo he echado de menos estos labios allí dentro.

—Aquí he estado, Michael, esperándote.

—¿Qué tal se han portado estos contigo?

—Bien, muy bien.

—Ven, necesito una ducha que me quite esta peste.

Esperé sentada en la tapa del retrete mientras se enjabonaba y frotaba el cuerpo con frenesí. Me contaba irritado el trato recibido y la incomodidad de haber estado con las esposas puestas todo el tiempo que estuvo encerrado en esa sucia celda, donde miles de pensamientos le estuvieron atormentando en aquellos dos días de cautiverio. Sintió mucha incertidumbre y rabia interior de no saber nada sobre el mundo exterior. Yo le escuchaba con atención, pero tenía ganas de besarle, de tocarle y sentirle, por lo que esperé a que se desfagara verbalmente para quitarme la ropa y entrar en la bañera junto a él. Rápidamente la excitación se adueñó de nosotros. Dos días sin tener noticias el uno del otro, eran suficientes para volvernos locos de desesperación por sentir el calor de nuestros cuerpos alcanzando el nirvana.

Cuando salimos del cuarto de baño, reinaba el silencio en el piso. Todos se habían ido y Roy dormitaba en el sofá.

—Vaya porquería.

—¿El qué? —le preguntó su amigo incorporándose.

—Podrías pillarte una chocita un poco más decente.

—Sí, podría.

Roy había bajado a comprar unas *pizzas* y unas cervezas mientras estábamos en la ducha. Michael tenía un apetito voraz que le incrementó al oler aquella masa recién hecha, adueñándose sin preguntar de la más grande. Bebía y comía mientras le volvía a relatar a su amigo lo mismo que me había

contado a mí, minutos antes.

—Y para colmo, la puta prensa esperando mi salida en la puerta de la comisaria. ¿Habéis puesto la tele? ¿Algo ha salido?

—No la hemos visto mucho, la verdad, aunque si salió algo sobre tu detención. Pero la corté, es todo una auténtica puta basura —dijo Roy.

—Me dan ganas de vomitarles en la puta cara.

—Bueno, si mañana nos vamos a Mónaco, ya no será necesario —apunté yo.

—¿Y habéis estado los dos solos aquí los dos días?

—Sí, ¿dónde querías que fuera? Jude me dijo que esperase aquí.

Nos miró de hito en hito a Roy y a mí durante unos segundos, como si intentara adivinar qué pasaba por nuestras mentes en aquel momento, como si intentara averiguar a través de nuestras miradas si había algo ignominioso detrás de nuestros tranquilos rostros.

—Si no fuera porque es Roy, os hubiera dado una paliza a ambos ahora mismo —soltó de golpe.

—Pero ¿qué dices? —le pregunté yo.

—Lo que has oído.

—¿Estás celoso? —insistí queriendo comprender aquella frase que interpreté como amenaza.

No contestó hasta un buen rato después cuando nos quedamos solos. Roy, en silencio, acabó su parte de *pizza* y sin más, se fue a su habitación.

—Confío plenamente en Roy, si hay una persona en la que confío es en él.

—¿No confías en mí?

—No confío en nadie más.

—Pero yo te amo, ¿no se me nota?

—Amar es una cosa. Ser leal, otra. —Silencio—. Y tú eres irresistible para cualquier hombre. Si tú fueras de otro y tuviera ocasión, no lo pensaría. Te follaría sin preguntar.

Aquella tarde, no salimos de la habitación hasta bien entrada la noche. Hicimos el amor una, y otra y otra vez, mientras una triste melodía de guitarra se colaba por la rendija de nuestra puerta, procedente de algún lugar de aquel pequeño piso.

Nos casamos oficialmente en el ayuntamiento de Montecarlo el 1 de mayo de 1988. Yo llevé un bonito vestido de encaje y color blanco, diseñado en exclusiva por el famosísimo diseñador argelino, Yves Saint Laurent, y Michael eligió por esta vez, también el blanco como color de su traje. A pesar de nuestras reticencias para con la prensa, aquel día estábamos tan felices que no pusimos ningún tipo de objeción a la hora de posar para algunos medios y hacer escuetas declaraciones. Después de la boda, a la que consideraron «la boda del año», nos dirigimos al lujoso Hotel Le Meridien Beach Plaza, conocido por ser el único hotel con playa privada de la ciudad. Allí celebramos un banquete, con veinte invitados, que duró hasta la mañana siguiente. Los invitados pudieron disfrutar después, de dos días hospedados en el hotel, igual que nosotros, hasta que nos embarcáramos en un viaje en yate por el Mediterráneo. Todo fue perfecto, me sentía pletórica y feliz. Bailamos, reímos, bebimos y recibimos sendos regalos por parte de nuestros amigos. Incluso a Olga se la veía feliz a pesar de sus reticencias sobre aquel enlace con el roquero del momento. Pero al acabar la fiesta, Michael había bebido demasiado y como era de esperar, su lado violento explotó en aquella maravillosa suite con vistas al mar, donde nada fue como había imaginado.

—Te sientes atraída por Roy —me dijo seriamente mientras le daba un trago a una botella de carísimo *champagne* francés—. No intentes negarlo, no soy estúpido.

—Michael, has bebido demasiado, creo que deberías dejarlo por hoy...

—Estoy borracho, muy borracho, pero no ciego. He visto cómo os miráis..., ¿tenéis una aventura?

—¡No! ¿Pero qué estás diciendo?

—¡No me mientas, joder! ¡Sois un par de traidores! —gritó cada vez más alterado.

—Michael, por Dios, no es verdad. Solo somos amigos.

—Amigos, sí; muy amigos, desde luego...

—¡Pero si no le veía desde que llegamos a Montecarlo! —intenté explicarme, pero cuando se ponía así, era inútil, solo quería sacar toda aquella ira que el alcohol le provocaba, cegándole la razón por completo—. Joder,

nunca te haríamos nada así, ni él, ni yo.

—¡Mientes! ¡Mientes! ¡Mientes! ¿Cómo puedes ser tan cínica? Le conozco desde que tengo uso de razón..., le conozco mejor que a mí mismo.

—¿Y por qué lo pagas conmigo? ¡Yo no he hecho nada!

—Porque eres mi mujer, ¿entiendes? —dijo agarrándome fuertemente del brazo.

—Suéltame, me haces daño.

—¿O qué te crees? ¿Qué no me he fijado como habéis bailado juntos? ¿Cómo has estado con él más tiempo que con tu queridísima Olga?

—¡No tenemos nada, Michael! ¡Nunca ha habido nada! —comenzaba a sentirme verdaderamente desesperada por huir de aquella habitación, donde tan humillada me estaba sintiendo—. Déjalo ya —le pedí casi a modo de ruego.

—Al final, sois todas igual de furcias.

Aquellas palabras sí que se me clavaron en el corazón. Sentí mi alma desgarrarse, provocándome una rabia que nunca antes había sentido. De pronto sentí como si fuera a explotar. Me acerqué a él y en mi desesperación por el ego mancillado, comencé a golpearle el pecho con mis puños, mientras le gritaba una y otra vez cuánto le odiaba. Entonces ocurrió. Me soltó una bofetada con el revés de su mano que me hizo trastabillar hasta casi caer al suelo. Sentí como si lo hubiera hecho con toda su fuerza concentrada en dar el mejor golpe, mientras los anillos hacían el resto. Entonces, comencé a llorar desconsoladamente y me dispuse a salir de la habitación. Era el infierno. Antes de cerrar la puerta, le oí gritar detrás de mí:

—¡Eso, vete con él! ¡Vete con él!

En un primer momento, pensé en ir en busca de Olga y Connor a su habitación, en la planta de arriba. Pero desistí de ese pensamiento al imaginármela entrando en bucle con aquellos sermones que tanto me hastiaban y dolida por aquel trato vejatorio que Michael me proporcionaba. Ella ni siquiera podía llegar a imaginarse de lo que era capaz y no quería hacerle sufrir más de lo necesario. Pero después de buscar mentalmente donde ir, con aquel vestido blanco manchado de sangre y de que Roy se me pasara por la cabeza un par de veces como mejor opción, a pesar de no parecerme la mejor idea según lo acontecido, me decidí por dirigirme a su habitación.

Corrí hacia el otro extremo del pasillo, deseando que nadie saliera ni entrara en ese momento de ninguna de aquellas habitaciones. Habría sido un bochorno enorme y ya bastante avergonzada me sentía. Al llegar a la puerta de

la *suite* donde Roy estaba hospedado, fui a llamar con mis nudillos temblorosos, cuando escuché fuertes gemidos de mujer al otro lado que me echaron para atrás. Pensé durante unos segundos en marcharme de allí, pero alguien salió de una habitación cercana y no pude más que, dándole la espalda a quien fuera, tocar la puerta con vehemencia y rezar porque no fuera alguien conocido y tuviera que girarme en aquellas condiciones. Gracias a Dios, pasó de largo justo cuando un Roy completamente desnudo me abría la puerta.

—¡Oh, Dios mío! —dijo al verme.

—Lo siento, no sabía dónde ir, yo...

—Corre, pasa. —Y allí, sin dar un paso más, esperé llorando a que volviera, pues había desaparecido tras la puerta del dormitorio donde supuse que le esperaba la chica—. Tienes que irte. Ya —oí que la apremiaba.

Me metí en el baño pues no quería cruzármela y que me viera en aquellas condiciones. Tampoco quería saber quién era la dueña de su placer. Entonces me vi en el espejo y comprendí la cara de susto de Roy al verme. Un círculo morado rodeaba mi ojo izquierdo y ya podía notarse una ligera hinchazón, similar a la del resto de aquella parte de mi rostro. Por unos momentos, mi mente regresó a Suzdal, regresó a aquella casa... y sentí volver los fantasmas que creí bien enterrados.

Oí como la puerta se cerraba, entre susurros de despedida y me sentí realmente culpable por aquella intromisión, tan inoportuna. Roy ya se había puesto unos vaqueros.

—Lo siento, de verás...

—¿Michael te ha hecho esto? —Yo asentí con la cabeza baja, no me atrevía ni a mirarle a la cara—. ¡Joder! —gritó dando un puñetazo a la pared—. Tiene que verte un médico.

—¡No! No quiero que nadie lo sepa, por favor.

—¿Y cómo piensas ocultarlo?

—No sé, ya veré, no me ha dado tiempo a pensar en eso.

—Hay hielo en la nevera.

—Michael está convencido de que hay algo entre tú y yo.

Se quedó parado unos segundos, mientras parecía asimilar lo que acababa de decirle.

—Eso lo dice porque está borracho. Ahora se meterá una buena dosis de jaco, dormirá y en unas horas posiblemente, o no se acuerde de nada o se ponga a llorar desesperado por el sentimiento de culpa. —Me acarició el rostro donde estaban las marcas y casi en un susurro me dijo—: Si fuera otro,

lo mataría.

Entonces, me separé de él, con la excusa de ir a coger hielo. Su cercanía me turbaba.

—¿Tienes caballo? —le pregunté de pronto.

—Sí, ¿quieres?

—Sí.

—¿Fumada?

—Inyectada.

Pasé gran parte del día colocada en un estado de bienestar y paz, imposible de ser perturbado por nada. Por la noche, alguien tocó la puerta. Era Michael. Lloraba como un niño. Se acercó a mí y arrodillándose comenzó a besar mis descalzos pies mientras me pedida perdón, una y otra vez. No me importaba nada, estaba demasiado poseída por los efectos de la heroína. Michael se dio cuenta y miró mi brazo en busca de marcas.

—Roy, ¿cuántas veces le has inyectado?

—Tres.

—Todo es por mi puta culpa.

—Esta vez te has pasado —le dijo su amigo.

—Me ciegan los celos, tío. La quiero tanto...

—Así solo conseguirás perderla.

—¡No! —gritó—, no me digas eso. Natascha, perdóname, dime que me perdonas, por favor.

—Te amo. —Al pronunciar estas palabras, Roy miró hacia otro lado—. Pero si esto vuelve a ocurrir, yo...

—No, no volverá a ocurrir. Te haré feliz, te lo prometo. Mañana embarcaremos en el yate que he comprado para ti.

—¿Has comprado el yate? Pensaba que ibas a alquilarlo...

—Hace una hora. Y llevará tu nombre, ¿no es genial?

—Sí... —dije sin mucha ilusión.

—Déjala descansar. Aún está drogada —le dijo su amigo.

—Vaya, Roy, si no te conociera pensaría que estás enamorado de ella.

—Lo hago por ti.

—No te lo crees ni tú. La deseas, ¿verdad?

—Déjalo estar ya, ¿o pretendes golpearme a mí también?

—Michael, vámonos a nuestra habitación —dije abrazándole por detrás al ver el cariz que estaba tomando la conversación entre los dos amigos—. Descansaré allí y mañana embarcaremos.

Durante aquel viaje de dos semanas, Michael volvió a ser el dulce roquero que me había enamorado. Pendiente de mí en todo momento, de mi bienestar y mi felicidad, viajamos en aquel yate por el Mediterráneo, en el que había contratado a cuatro personas para que no nos faltara de nada. Atracamos en diferentes ciudades de Italia por las que paseamos ante la atónita mirada de muchos viandantes que se paraban para vernos, a decirnos buenas palabras, a pedirnos alguna foto y sobre todo autógrafos. Lo mismo ocurrió en España y Francia. Atendimos a todos con una amabilidad a la que Michael no solía ser proclive y yo me sentía feliz de verle de tan buen humor. Consiguió que me olvidara de la última pelea, a pesar de que tuve que estar con grandes gafas de sol durante aquellos paseos en tierra firme, pues la marca me duró bastante más de lo que en un principio creí. Comimos en los mejores restaurantes de cada ciudad, compramos en las mejores tiendas y conocimos los mejores clubs nocturnos donde bailamos hasta el amanecer.

No nos despedimos de nadie el día que embarcamos. Ambos lo decidimos así, a pesar de que era una auténtica grosería, pero peor hubiera sido haberme presentado ante todos nuestros amigos con parte de la cara así, hinchada y rojiza y un ojo ligeramente ensangrentado dentro de aquel círculo amoratado que poco a poco fue tornándose casi negro. Hubieran sido demasiadas preguntas con difíciles respuestas a las que no tenía fuerza para enfrentarme. Prefería olvidar y no ahondar más en un dolor inútil. Una carta sirvió para agradecerles su presencia en un día tan especial para nosotros.

Había noches que, tumbados en cubierta sobre una manta y cuando ya todos se habían acostado, observábamos el cielo mientras fumábamos marihuana, con el único sonido de las olas golpear el casco. Abrazados, terminábamos haciendo el amor o simplemente nos quedábamos dormidos. Una noche, Michael se tiró al agua después de haberse quedado desnudo, dispuesto a darse un baño en aquella oscuridad, eclipsada por un cielo plagado de estrellas.

—Ven, nena. Tírate —me invitó.

—Está fría.

—No, está buenísima. Vamos, tírate.

Me quité el pantalón corto y el jersey que me protegía de la caída de temperaturas mar adentro y me lancé al agua. Estaba más fría de lo que imaginé. Le salpiqué con vehemencia mientras le gritaba entre risas como podía haberme mentido. Cuando paré de hacer remolinos con los brazos, divertida por aquella sensación de flotar desnuda entre aquellas oscuras aguas

de una noche sin luna, vino nadando hacia mí y agarrándome por la cintura, comenzó a susurrarme lo que me amaba una y otra vez.

—Yo también.

—¿Eres feliz?

—Mucho.

Realmente lo era, siempre lo era a su lado, a pesar de aquellas trifulcas que tanto daño me hacían en el momento en que se producían. Tenía el poder de hacerme olvidar cualquier cosa entre sus brazos, con sus carnosos labios o susurrándome alguna romántica canción que de pronto se le ocurría. A pesar de todo, Michael solo era un buen niño, víctima de sus circunstancias, al que me moría por cuidar y amar hasta el infinito.

Pero todo llega a su fin, y aquel viaje se acabó antes de lo que hubiera deseado. Las dos semanas pasaron volando y Michael tenía que comparecer ante el juez que firmaría su sentencia. Por lo que nada más pisar tierra, volamos a Londres. Su abogado le esperaba, y a mí Paolo, que comenzaba a estar hastiado de la falta de compromiso por el trabajo, en la que poco a poco me fui enfrascando.

Durante aquel verano, The Black Roses se fue de gira por Australia y yo me centré en promocionar Victoria's Secret por Estados Unidos, que a punto estuvo de romper su contrato conmigo al no presentarme a un evento de la firma por estar de luna de miel.

Los rumores de que era adicta a la heroína comenzaron a correr por entonces en aquel mundo en el que ya no era la número uno. Las marcas en los brazos me delataban a pesar del maquillaje. Mi repentina impuntualidad, mi egocentrismo y una acusada delgadez hicieron el resto. Mientras que para Michael, todos aquellos rumores que apuntaban a varias adicciones, entre él y los demás miembros del grupo, incrementaba el lado salvaje de la banda y el morbo por verles actuar, para mí la cosa fue bien distinta. Sentí como poco a poco, muchos de los diseñadores, marcas y fotógrafos que un día mataron por trabajar conmigo, hoy me daban la espalda. De la noche a la mañana, sentí cómo aquella luz que tantos años me estuvo envolviendo, poco a poco se iba apagando sin remedio. Y lo peor es que no era consciente de las verdaderas razones. Yo lo achacaba a mi edad, contaba con treinta y un años y en la moda, muchas empezaban ya a retirarse. Inocente de mí.

Michael volvió de aquella gira con numerosos éxitos a sus espaldas y yo estaba feliz por él, pero no podía evitar sentir cómo un cielo lleno de nubarrones se cernía sobre mí, a pesar de continuar estando en primera línea y seguir contando con la confianza de muchos. Aquello no hizo más que meterme en una espiral, donde la heroína se convirtió en la mejor amiga de aquellas crisis existenciales que comencé a tener, a espaldas del mundo.

A comienzos del otoño, me llamaron para presentar los premios Grammy del próximo mes de diciembre, donde se concentrarían los mejores grupos y cantantes del momento. Esa noticia fue lo mejor que me pudo pasar, me dio esperanzas para dejar de creer que mi ocaso estaba cerca y me insufló las fuerzas necesarias para demostrar a todos que el trono seguía siendo mío, a pesar de todo.

The Black Roses serían los favoritos en todas las encuestas frente al grupo Darks Souls, galardonados durante los últimos tres años. Michael, eufórico ante la noticia, decidió conceder una entrevista a la revista *Rollings*

Stones, junto a Roy, Nick y Larry, después de evadir por completo a cualquier medio de comunicación en los últimos meses. Se había sentido asqueado ante la manera en la que algunos periodistas habían hablado sobre él y eso también había repercutido en mí. Yo me negué a contestar cualquier pregunta que hiciera referencia a mi vida privada en cualquier evento, por miedo a provocar de nuevo la ira de mi actual marido.

—Creo que deberíamos romper la veda con la prensa —dijo un día Michael después de conocer la noticia de las nominaciones.

Estábamos todos reunidos cenando en nuestra casa de Londres y nos pareció buena idea aquello que Michael propuso. No podíamos dejar al margen a la prensa. Estaba claro que siempre habría detractores y loaders y era momento de comprender, que formaban parte de nuestra vida y no podíamos hacer nada por evitarlos.

—Es increíble que estemos nominados a once candidaturas —dijo Roy feliz.

—¡Brindemos! —gritó Michael.

Y chocamos nuestras copas, llenas de champán, recitando un montón de buenos deseos para aquellos premios tan soñados. Michael me agarró y me sentó encima de él mientras apartaba mi cabello para poder besar mi cuello. Larry y Nick le gritaban exacerbados por aquellos arrebatos de amor delante de ellos, mientras que Roy se limitaba a mirarnos en silencio mientras daba fuertes caladas a un cigarro.

—Por fin, Dark Souls van a pasar a mejor vida —dijo Nick.

—¡A la puta mierda, ese engreído de Ryan Owen! —gritó Michael.

—Seguro que algún galardón se lleva —apuntó Larry.

—Pero no será a la mejor canción ni al mejor álbum —dijo con seguridad Michael—, y lo mejor es que allí estarás, nena. Tú me entregarás el premio más importante de mi vida.

Decidí ponerme manos a la obra y dejar apartada la heroína durante unos meses, pero no fue fácil. De hecho tuve que recurrir a Olga, a espaldas de Michael, para que me diera algo que mitigara aquel mono que se estaba volviendo insoportable.

—Lo mejor es que entres en un centro de rehabilitación —me dijo.

—Ni hablar, eso sería aceptar mi adicción y no me lo puedo permitir.

—Yo no puedo hacer nada.

—Pero algo habrá que me quite esta mierda que siento.

—Ya hablas como ellos...

—¡Joder, Olga, he venido aquí a pedirte ayuda!

—Y yo te he dicho dónde encontrarla.

—Me duele todo el cuerpo, no sé si podré aguantarlo sin volver a pincharme.

—Yo ya te he dicho lo que hay, Nata. Tú sola no podrás con ello.

Y con esas me fui a casa de Roy, donde no había vuelto desde que Michael estuvo detenido en comisaria, meses antes. Necesitaba una solución que no fuera volver a pincharme y no me importó que lleváramos tanto tiempo sin hablarnos. Me habían enseñado los cinco vestidos posibles para llevar en la gala y ninguno de ellos tenía manga larga, por no decir todo lo que tenía que aprenderme en poco más de dos meses. Drogada sería imposible y no podía decepcionar a Michael, ni a mí misma. Era demasiado importante para todos nosotros.

—Hola, ¡qué sorpresa, no te esperaba! Pasa. Perdona el desorden —dijo al abrirme la puerta.

—No creas que a estas alturas me voy a asustar. ¿Qué hacías?

—Tocaba una canción que Michael ha compuesto hace unos días. Parece que suena de puta madre, ¿quieres escucharla?

—Claro.

—O bueno, cuéntame antes que te trae por aquí.

—Vengo del hospital, he estado hablando con mi amiga Olga...

—¿Te encuentras mal?

—Mal es poco. Tengo un mono horrible de heroína, lo sé porque he visto cómo Michael lo ha sufrido muchas veces..., y bueno, el caso es que quiero dejarlo por un tiempo, por lo menos hasta que pasen los Grammy... Estoy desesperada, no sé qué hacer.

—¿Michael sabe qué estás aquí?

—No, no sabe nada, ni siquiera sabe la decisión que he tomado.

—Si le diera por venir...

—No vendrá. Le he dejado bastante colocado y concentrado en sus creaciones, como él las llama.

—¿Estás segura?

—Sí, ¿por qué?

—Porque no quiero problemas ahora que las aguas están tranquilas. Mira, el mono como mucho te puede durar una semana, ¿crees que podrías aguantarlo?

—Imposible. Llevo solo un día y no puedo más, me subo por las paredes,

es insufrible.

—Hay algo que te podría conseguir. Se llama metadona, he oído decir que es un sustituto de la heroína, pero no sé hasta qué punto. La dosis debe ser administrada por un médico si lo que realmente quieres es desengancharte.

—Átame a la cama.

—¿Qué? —preguntó sorprendido Roy al no entender a qué me estaba refiriendo.

—Déjame atada una semana a la cama y ponte tapones en los oídos.

—No puedo hacer algo así. Tienes que volver con Michael...

—Si vuelvo con él y le cuento lo que me pasa, me convencerá para inyectarme de nuevo y entonces habré perdido un día muy valioso. Sería como volver a empezar.

Roy me miró unos segundos, como si sopesara la mejor opción.

—Creo que lo mejor es que probemos con pequeñas dosis de metadona..., pero no sé qué puede pasar..., o seguir pinchándote heroína en cada vez menores dosis..., o... tal vez no te dure el mono una semana, tú no eres consumidora diaria de caballo.

—No.

—¿Cuándo tienes que viajar a Nueva York?

—En siete días.

—¿Irás sola?

—Sí.

—Es increíble que Olga no quiera ayudarte... Si yo pudiera estar esa primera semana contigo...; o una enfermera...

—Ven.

—¿Y qué le digo a Michael? No, mira, que me voy a Nueva York con tu mujer, pero no es lo que parece.

—Ven... —dije aproximándome despacio a él.

En aquel momento, como siempre que estábamos cerca el uno del otro, la tensión sexual se podía palpar en el aire. Nos deseábamos con una locura ciega y negarlo hubiera sido mentirnos a nosotros mismos. Lo mejor que hubiera podido hacer, hubiera sido salir de allí y olvidarme de intentar verle únicamente como un amigo más, porque me era imposible. Sin embargo, como atraídos por un imán invisible, nuestras cabezas se aproximaron hasta encontrar nuestros labios. Nos besamos con deseo incontinido mientras sus grandes manos me cogían de las caderas atrayéndome hacia él. Solo fueron unos segundos. Un fuerte dolor que recorrió mi cuerpo me trajo de nuevo a la

realidad.

—Tengo que irme —dije poniéndome de pie—. No debería haber venido.

—Nata, espera —me pidió agarrándome suavemente de la muñeca. Me giré y le miré con una mezcla de sentimientos entrecruzados—. Lo siento...

—No me digas eso, porque no es verdad. Ninguno de los dos lo sentimos. Amo a Michael con todo mi corazón y te deseo a ti con las mismas ganas, aunque pueda parecer imposible, pero es así. Tal vez, esté loca.

—No digas eso, no lo estás.

—Claro que lo estoy, a veces siento que voy a enloquecer, que voy a perder el control, que mi vida se está disputando en una partida de ajedrez donde el próximo movimiento de ficha puede significar mi ruina o mi gloria.

—Ssssh. —Puso su dedo apoyado en mis labios para hacerme callar. Parecía querer decirme algo, sin embargo, las palabras no terminaron de salir de su boca y se marchó a su habitación cerrando la puerta.

Yo salí de allí algo trastocada y al llegar a casa, decidí contarle a Michael la decisión que había tomado con respecto a la heroína, como bien tenía que haber hecho desde un principio. Las cosas podían haber acabado muy mal por culpa de aquella ansiedad en la que me veía enfrascada. Anduve durante mucho tiempo por las calles de Londres, mirando a sus gentes disfrutar de sus anodinas vidas, mientras perdía la noción del tiempo preguntándome mil asuntos que atormentaban mi mente: ¿Qué hubiera ocurrido si no me hubiera sobrevenido aquel dolor repentino? ¿Qué habría querido decirme Roy cuando me hizo callar? ¿Cómo iba a mirar a Michael ahora a la cara, después de haber disfrutado de aquel beso que había conseguido encenderme como una cerilla en contacto con la lija? No había respuestas, yo misma no quería responderme.

Al entrar en casa y ver a Michael venir hacia mí, con aquella sonrisa irresistible y besarme como solo él sabía hacerlo, me derrumbé.

—¿Cómo te quiero! —le dije con lágrimas en los ojos.

—Y yo a ti, nena. ¿Qué te pasa?

Entonces le conté lo mal que me sentía, los dolores que tenía por todo el cuerpo y mi decisión de dejar la heroína durante un tiempo.

—Esta mierda me está controlando.

—Pero tampoco llevas mucho tiempo colocándote, tiene que ser fácil para ti poder vivir sin inyectarte...; ayúdate con tus tranquilizantes, ¿no?

—Estoy desesperada.

—Relájate, princesa. Ven, voy a cantarte algo en lo que estuve trabajando

todo el día...

—Michael, he pensado en irme a Nueva York antes de empezar con los ensayos de la gala.

—¿Por qué?

—Necesito alejarme de esa mierda, me puede. Y contigo me es imposible.

Entonces su reacción me sorprendió una vez más.

Sin decir nada, se dirigió a la despensa donde en un pequeño cajón guardaba siempre dos bolsas de aquel polvo blanco. Las cogió y abriéndolas con un cuchillo, las vació por el desagüe del fregadero. Abrió el grifo y ambos nos quedamos en silencio viendo cómo todo el contenido desaparecía arrastrado por el agua, como si nunca hubiera existido.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté.

—Porque si ese era tu problema, ya no existe.

—Oh, Michael —dije echándome a llorar en sus brazos.

—Lo pasaremos juntos, pero no te vayas aún.

Al día siguiente, fuimos al estudio. Estuvieron ensayando las dos nuevas canciones en las que habían estado trabajando desde la vuelta de la gira por Australia, durante toda la tarde hasta el anochecer. Pero las cosas no terminaron de rodar como a Michael le hubiera gustado y eso le irritaba sobremanera. Larry llegó tarde varias horas y en un estado que no le permitía casi ni estar en pie. Demasiado alcohol en sangre tenía la culpa. Nick se pasó todo el tiempo esnifando cocaína. Roy también se colocó con aquella *farlopa*, pero lo justo para no sobrepasar la línea de la conciencia. Michael era el único que parecía tomarse en serio su trabajo, por lo menos aquella vez. Mientras yo, cargada hasta las cejas de tranquilizantes, observaba aquella grotesca escena que parecía discurrir a cámara lenta. Era cerca de la media noche cuando una chica se apareció en el estudio acompañada por una amiga. Fue directamente hacia Michael, al que parecía conocer bien. Y entonces mis sentidos de alerta se agudizaron dentro de lo posible según mi estado, para no perder detalle de quien era aquella joven que recién habría cumplido la mayoría de edad. Larry coqueteaba con la amiga y ella con él, claramente se conocían de antes y parecía que muy bien. Nick había salido a comprar tabaco y Roy, sentado en una butaca, observaba aquel panorama desde el otro extremo de la sala, claramente, desde una perspectiva muy diferente a la mía. Ojalá aquella chica se hubiera pasado de la raya, entonces hubiera podido tener buena excusa para arrastrarla de los pelos por todo el piso hasta la puerta,

como tanto ansiaba hacer. Pero no pasaron más de diez o quince minutos cuando se marcharon. Y mirando a Michael con cara de pocos amigos, intuyó mis pensamientos y decidió acercarse para besarme dulcemente y soltarme alguna ocurrencia que me hizo reír y relajarme. No le pregunté quién era, conocía la respuesta. Una fan. Una fan más, como otra cualquiera, ¿o no? Pero eso él, no me lo diría nunca.

Como en el anterior disco, aparecería en el videoclip de uno de los temas, pero todavía quedaba mucho por trabajar y no sabíamos cuál sería la canción elegida para ello.

Aquella semana, tuve que viajar a Barcelona para un desfile. No me encontraba bien aún, pero intentaría hacerlo lo mejor posible, con la perseverancia que me caracterizaba.

«Un paso, otro, otro, otro, parar, posar, *flash, flash, flash*, media vuelta, un paso, otro, otro...», me repetía a mí misma mientras caminaba con aquellos diseños de alta costura a la vista de cientos de personas. Tuve que concentrarme para no desfallecer, pero conseguí desfilar. Lo hice como yo solo sabía hacerlo y las felicitaciones no se hicieron esperar. No pude quedarme a la fiesta que más tarde se celebró. Me hubiera gustado, mucha gente me esperaba, había muchos autógrafos que firmar y muchas sonrisas que lucir aún. Pero había abusado durante todo el día de una fuerza que no tenía y no quise forzarme. Fui criticada por ello y tachada de tener unos aires de diva que no me permitían mezclarme con el resto de los mortales desde que estaba casada con el líder de The Black Roses. Mentira, pero era mejor que pensarán eso, a que aquel temblor, que los últimos días delataba el engaño al que estaba sometiendo a mi cuerpo, se hubiera manifestado a la vista de todos. Los intensos dolores solo duraron un par de días, después fue un malestar que remitió en menos de una semana. En el aeropuerto, varios periodistas me siguieron mientras rodaba mi maleta hasta la zona de embarque.

—¿Es cierto que desea retirarse de la moda?

—Yo nunca me retiraría.

—¿Y la gente que apunta a sus presuntas adicciones como posible causa?

—Yo solo soy adicta al amor a mi trabajo y a mi marido, no sé de donde salen esas cosas.

—Pero ¿es cierto que ha coqueteado con algunas drogas?

—No lo negaré.

—¿No lo niega?

—No voy a decir nada más.

—¿Con ganas de presentar los Grammy? —me preguntó otro reportero.

—Muchas.

—¿Apuesta por su marido, Michael Hunter, como gran triunfador de la noche?

—Por supuesto.

Me agradecieron la amabilidad de responder a sus preguntas cuando ya crucé el umbral al que solo accedían los pasajeros. Me giré y les sonreí a modo de despedida. Estaba tan contenta por haber conseguido pasar lo peor, que hasta en mi reacción con la prensa se notaba.

Llovía a raudales en Londres. Un taxi me llevó hasta nuestro piso. No había nadie y deshice el equipaje, dispuesta a hacer otro. Mañana por la tarde, viajaría a Nueva York para comenzar con los ensayos para la esperada gala. The Black Roses, lo haría una semana después para su entrevista con la revista Rollings Stones. Puse música mientras tanto, me encantaba escuchar la voz de Michael resonar a través de los altavoces de toda la casa, sobre todo aquellas canciones que sabía que había escrito pensando en mí. Metí en la lavadora todo lo usado y terminé de preparar la maleta que llevaría al día siguiente. Tampoco era muy abultada, tenía la suerte de que en mis destinos me proporcionaban todo lo necesario y cuando no, siempre podía comprarlo. A pesar de eso, me llevó su tiempo seleccionar ropa adecuada para cada ocasión con sus respectivos zapatos y complementos. Marcaban las once de la noche cuando terminé de cerrar aquella cremallera que parecía que iba a explotar de un momento a otro. Apagué la música, me tomé un tranquilizante para mitigar el malestar que todavía me embargaba en ocasiones y me tiré en el sofá dispuesta a ver las horas pasar hasta que el sueño se apoderara de mí. Puse la televisión, y al rato ya me sentía cabecear, por lo que me fui a la habitación para ponerme el camisón blanco con el que solía dormir, cuando oí la puerta y me acerqué al vestíbulo con aquel atuendo tan poco apropiado para recibir visitas. Michael estaba tan borracho, que incluso con la ayuda de Roy, pareciera que se fuera a desvanecer de un momento a otro.

—Pero ¿de dónde venís?

—De tomar unas copas... —dijo Roy.

—¿Unas copas?

—Nena, estoy bien... —dijo Michael.

Le llevamos a la cama entre Roy y yo. Le quité los zapatos y lo metimos dentro. En un minuto, ya estaba dormido.

—Salimos del estudio y bueno, ya sabes..., hoy hemos acabado la

canción principal del próximo álbum... y había que celebrarlo un poco.

—Tú también estás borracho.

—Bastante, por eso mejor me voy.

—¿Así? Ni hablar, hay habitaciones de sobra donde puedes descansar hasta que se te pase el pedo que llevas.

—Y un piano que amo... —dijo sentándose en el taburete frente a él.

—Roy, vas a despertar a todos los vecinos.

—Que se jodan. —Comenzó a tocar una melodía—. Quiero tocarte algo...

—Estáis locos. Los cuatro.

—No..., solo es el alcohol...

—Haz lo que quieras, yo me voy a dormir.

—Natascha...

—Hasta mañana.

—Nata...

—Buenas noches.

Michael dormía profundamente. Poco después yo también, envuelta en aquella dulce melodía de piano.

Era la primera vez que iba a hablar ante tanta gente. Me sentía nerviosa y deseosa de tener todas las miradas puestas en mí, de volver a sentir aquella adrenalina que significaba ser única y de demostrar al mundo entero que no estaba ni mucho menos acabada. Me miré en el espejo para comprobar que todo estuviera en su sitio y atravesé en telón ante miles de aplausos que resonaron con fuerza ante mi aparición. Había ganado un par de kilos en aquel mes sin heroína y mi autoestima había mejorado considerablemente. A pesar de todo aquel sufrimiento experimentado, había conseguido salir adelante con solo mi voluntad. Y aquello, me hacía estar más segura de mi misma y más feliz. Era más fuerte de lo que yo creía y así quería demostrárselo a todos los presentes y los que nos siguieran a través de la televisión. Después de mucho ensayar y ensayar, estaba convencida de poder desenvolverme en aquel escenario, iluminado por mil focos que podrían captar hasta el más mínimo error que pudiera cometer.

Durante la gala tocaron varios grupos. The Black Roses fueron los terceros en actuar, demostrando estar en su mejor momento. Tocarón una balada que por poco consigue emocionarme hasta el punto de llorar. Michael sabía transmitir como nadie en el escenario, conseguía meterse en el alma de quienes escuchaban su voz, transportándoles a un mundo inventado solo por él. No importaba quien actuara antes o después aquella noche. A pesar de la competencia, aquel año había sido de The Black Roses y en la gala demostraron con creces los motivos.

Michael y yo no pudimos hablar durante todo el momento que duraron las actuaciones, pero si hubo miradas cómplices y sonrisas disimuladas que para algunos no pasaron desapercibidas. Como bien insinuó Ryan Owen cuando recibió el primer premio, al que tuve el gusto de conocer mientras me maquillaban en el *backstage*. Recuerdo como se me acercó y entabló conversación conmigo haciendo gala de sus famosas dotes de seducción. Era más guapo y encantador de lo que me habían contado y aquello me hizo entender el odio que Michael le profesaba. Pero tan solo fueron unos pocos minutos de plática sin ninguna transcendencia, por lo menos para mí. Ahora tuve que entregarle la primera estatuilla, donde aproveché para piropearle.

Se notaba su atracción hacia mí, no podía disimularlo y si encima provocaba la ira de Michael, que mejor que aquel momento para manifestarlo.

—¿Tú estás incluida en el premio? —preguntó generando algunas risas.

—Bien sabe usted que no...

—Es una pena, usted sí sería un verdadero premio...

La cosa no pasó de ahí, se acercó al atril donde dedicó aquel codiciado gramófono, haciendo alguna que otra gracia que hizo al público saltar en carcajadas, con la tranquilidad que da la experiencia, después de varios años subiendo a aquel escenario.

Me imaginé a Michael revolviéndose en su asiento, pero lejos de ponerme tensa, me sentía feliz porque era consciente de que su momento se aproximaba a medida que iba entregando los premios. Evidentemente, yo no sabía nada, pero se oían cosas y después de que el grupo llegara a ser número uno en ventas con aquel disco en Estados Unidos y media Europa, las cosas parecían apuntar a nuestro favor.

Cogí el siguiente sobre y me dispuse a leer. Esta vez, sí era nuestro momento.

—Mejor canción del año es para... ¡*I burned in your fire!* ¡De The Black Roses! —grité sin poder disimular el entusiasmo que aquello me producía.

El grupo entero subió al escenario, capitaneado por un Michael eufórico, que ante todos los allí presentes, me cogió por la cintura y me dio un apasionado beso que daría mucho que hablar. Cientos de medios de comunicación alrededor del mundo, inmortalizaron aquella imagen en sus portadas como resumen de los Grammy de aquel año 1988.

El éxito de The Black Roses con sus cuatro estatuillas, le encumbraron al punto donde Michael siempre soñó: ser el número uno. Pensé que aquella noche, nada podía ensombrecer la felicidad de mi marido, pero me equivoqué. Al terminar la gala, me cambié de vestido en el *backstage*, como muchos también hicieron. Me decidí por un vestido blanco, largo y de satén que evidenciaba todas mis curvas y más tarde acaparó todos los *flashes* y miradas. El collar de diamantes prestado por una importante firma, también tuvo mucho que ver..., pienso. Y me fui hacia la fiesta post premios con Michael, en una limusina. Él había elegido el negro total para su atuendo, solo roto por tres grandes collares plateados y sendas pulseras del mismo metal. Incluso se había pasado una delgada línea negra de lápiz por el interior inferior de sus ojos, resaltando aún más si cabe, su penetrante mirada.

Los fotógrafos parecieron enloquecer a nuestra llegada. Solo existíamos

Michael y yo en aquel momento. Éramos los grandes protagonistas y todos estaban deseosos de conseguir nuestras primeras declaraciones tras el éxito conseguido aquella noche. Yo, envuelta en una estola de piel también color blanco como el vestido, fui muy elogiada tanto por mi elegancia como por mi papel como presentadora, apareciendo días después como una de las mujeres más elegantes del mundo en diferentes listas organizadas por algunas famosas revistas. Firmamos algunos autógrafos a los fanes que allí esperaban tras el cordón de seguridad antes de posar en la alfombra roja preparada para la ocasión, donde estuvimos varios minutos mientras éramos fotografiados.

—¿Felices? —nos preguntaron.

—Mucho, sobre todo por poder compartir esto con la mujer que amo. Nada de esto sería igual sin ella.

Fue todo muy emocionante, realmente nos sentíamos dioses.

Una vez dentro del local, localizamos a Larry el primero. Conversaba con dos chicas en la barra y le preguntamos donde estaban Roy y Nick.

—Están en un reservado allí, al fondo —dijo señalándonos el lugar.

Fue la última vez que le vimos aquella noche. A los demás les encontramos con rapidez, pues aunque había gente, se podía andar con facilidad, sin tener que ir sorteando a unas personas y otras como ocurría en muchas fiestas en las que nos movimos durante la gira. Roy se besaba con una chica que estaba sentada sobre sus rodillas. No pude evitar sentir una punzada en mi interior, tal vez de celos. Y Nick esnifaba cocaína en la mesa de cristal, plagada de copas. Nos sentamos un rato junto a ellos. Michael me comentó que Roy había conocido hacía unos días a aquella rubia llamativa.

—Parece que le debe gustar como folla —dijo riéndose.

No llevábamos más de una hora, cuando Ryan Owen se nos acercó.

—Tengo que felicitarte, Michael.

—Bueno, es el resultado de mucho trabajo.

—Me refería a tu boda con Natascha..., pero supongo que tu respuesta también podría valer...

—Vete a la mierda.

—Esas no son maneras de contestar a un amigo...

—Tú y yo, ¿amigos? ¿Desde cuándo, Ryan? —le preguntó Michael con desdén.

—Desde que me vas a permitir bailar con tu mujer...

—Ni lo sueñes.

—¿Natascha? —me preguntó a modo de invitación.

—Tal vez en otra ocasión.

—¿Haces todo lo que tu querido marido te impone? Qué poca confianza tiene en ti...

—No intentes jodernos, ¿quieres? —dijo Michael, ya poniéndose de pie.

La gente de nuestro alrededor pareció detenerse para ver la escena que los dos líderes estaban protagonizando. Ellos, ajenos al mundo, parecieron medirse durante unos segundos en los que algunos *paparazzis* aprovecharon para fotografiarlos. Comenzaba a intuir que una nueva tormenta se avecinaba a pesar de mis intentos por calmar el carácter explosivo de mi marido, con palabras dulces que solo él podía oír.

—Espero que pronto volvamos a vernos, Natascha..., pero sin hombres que recorten tu libertad de decidir...

—Michael no me recorta nada.

—No te pareces a la mujer con la que hablé hace unas horas en el *backstage*.

Entonces Michael se giró y me miró con el ceño fruncido.

—¿De qué habla?

—Solo quiere provocarte, Michael.

—¿De qué habla?

—Cuando estaban terminando de maquillarme, se acercó y se me presentó.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque no ha venido al caso.

—Vaya, ¿también tienes que contarle todo? —continuó instando Ryan.

—Como no te calles de una puta vez, voy a cerrarte la boca a base de hostias, ¿me entiendes?

Entonces, Roy se levantó y se interpuso entre ellos con el fin de aplacar la disputa.

—Déjalo, hermano —le dijo su amigo—. Está jodido, todo el mundo sabe que tienes las dos cosas que él más desea.

Claramente se refería a mí y al galardón al mejor cantante de rock.

Michael pareció tranquilizarse sopesando las palabras de Roy y solo le dijo una cosa más a modo de amenaza.

—Si vuelves a acercarte a mi mujer, te mato.

Y con eso, dio por zanjada la discusión que le tuvo de mal humor el resto de la noche a pesar de mis intentos por animarle, sacándole a bailar y dedicándole mis cariños.

No tardamos en irnos después de aquel suceso. Michael quería sentir que solo le pertenecía a él, en cuerpo y alma. Y no dudó en hacérmelo saber en el ascensor, de camino a la suite donde estábamos hospedados. Sus manos acariciaron todo mi cuerpo por encima del vestido y sus besos se volvieron apasionados. Al llegar a la habitación, follamos en cada rincón, contagiándome por aquella rabia que emanaba de sus entrañas y le hacía poseerme una y otra vez, como si mañana, el mundo pudiera dejar de existir.

Aquella pasión, jamás la experimenté con ningún otro hombre en mi vida. Hoy, años después, puedo decir que la química y el deseo que nos envolvía con cada uno de aquellos encuentros, nos transportaban a un mundo donde la lujuria, era la principal protagonista.

—Voy a prepararme un *chino*, ¿te apetece? Ahora ya puedes desconectar de todo el trabajo del último mes...

—Oh, me encantaría... —le dije sin poder evitar la tentación.

—Has estado bárbara.

—Vosotros también. He disfrutado mucho con vuestra actuación.

—¿Qué te ha parecido Ryan?

—¿En qué sentido?

—En general.

—Presuntuoso, frío y mordaz.

—¿Guapo?

—Es guapo.

—¿Debería preocuparme?

—¿Acaso no te demuestro en cada momento lo que siento por ti?

—Sí, nena, sí... —Me dio un beso—. Te amo tanto, moriría sin ti...

—No digas esas cosas.

Aquella noche volví a sentir el embriagador aroma del éxito inundar mi alma falsamente inmortal. Deseaba sentir la droga con la que tantos días llevaba fantaseando mi mente. Inconsciente de que con aquel gesto, tiraba por la borda todo el esfuerzo y el malestar sufrido por aquella peligrosa adicción. ¿Por qué nada nos satisfacía? ¿Por qué siempre tan inconformistas? Teníamos todo, y sin embargo queríamos más. ¿Cuándo llegué a ese punto en mi vida? ¿Fue con él? La última respuesta es claramente afirmativa, para las demás no tengo, ni aun hoy, una clara contestación. Michael y yo andábamos al borde de un abismo, ajenos a que un pie en la posición equivocada nos haría caer hacia un infierno del que no existía retorno.

¿O acaso ya estábamos en él? Lo cierto es que a partir de ahora,

conoceríamos la cara más oscura del éxito.

Aquellas vidas disolutas que llevaban se fueron acentuando, provocando una metamorfosis en cada uno de los miembros del grupo, sobretodo en Michael. Sus ocasionales crisis existenciales se volvieron cada vez más numerosas y más largas. Siempre huidizo con la prensa, se negaba a dar cualquier entrevista, pasando días enteros sin salir de su habitación enfrascado en la burbuja que solo la heroína podía provocar. Parecía de pronto haber perdido el gusto por su música, ya nada de lo que componía le gustaba como para compartirlo y las pelotitas de papel escritas de a saber qué letras, ocupaban cada vez más parte del piso.

Mientras, Roy hacía esfuerzos por hacerles ensayar a todos juntos y sobrios, cosa que cada vez se volvía más difícil. Las disputas comenzaron entre los dos amigos, cuando el guitarrista y coautor de la mitad de las letras, se presentaba en casa dispuesto a sacar a Michael de aquel hermetismo en el que vivía enfrascado día y noche. Se preocupaba realmente por él, pero todo lo que hacía era en vano. Pronto, Michael comenzó a echarle en cara que sus intenciones eran bien distintas.

—Lo único que te interesa de esta casa es mi mujer —le decía a menudo.

Pero estaba muy equivocado, Roy era el único que parecía no haber sucumbido ante el éxito de la banda en aquel último año, y sus esfuerzos por mantenerles unidos eran auténticos, independientemente de su siempre cariñosa actitud para conmigo.

Yo, sin embargo, comencé aquel año 1989 ajena a todos los problemas que comenzaban a asolar a The Black Roses, para alegría de unos y tristeza de otros, que ya apuntaban a su próxima disolución. Con muchos nuevos contratos y con mi renovación en Victoria's Secret, empecé a viajar como hacía años, impulsada por el nuevo reconocimiento que había supuesto mi trabajo como presentadora en los Grammy. De pronto, todos los rumores que meses atrás, me había señalado como heroinómana, parecía haberse esfumado como la espuma. Evidentemente, más que por mí misma, fue por la prensa, siempre capaz de elevar o enterrar a quien le pudiera rentar, o por simples simpatías. Yo, por lo pronto, parecía haber recuperado el interés de aquellos que no hacía mucho, vaticinaban mi inmediata caída. Así podían ser las cosas: hoy

protagonizaba todas las portadas y mañana quién sabe, si el olvido me protagonizaría a mí.

Podía estar fuera por una semana, pasar dos días y volver a irme, pues la mayoría de los desfiles y sesiones de fotos que realizaba estaban al otro lado del Atlántico. Sin darme cuenta, volví a meterme en el ritmo frenético de mis pasados años con Jean. Esto no solo repercutiría en mi relación con Michael, cada vez más distanciados, sino en la incapacidad de dejar de pensar por un momento que yo era el centro del universo, mientras mi marido se hundía poco a poco en una depresión de la que no fui consciente hasta que Roy, a mediados de año, me hizo conocedora.

—Deberías estar más al lado de Michael. Te necesita mucho.

—Él también sabía con quien se estaba casando. Tampoco son fáciles ciertas cosas para mí.

—Natascha, recapacita. Hay días que está tan colocado que no puede ni levantarse de la cama. No puede seguir así.

—No es eso lo que me cuenta..., cuando llego de viaje, le veo feliz...

—Lo ves feliz porque solo es feliz cuando estás cerca de él. Solo entonces, el genio que tiene dentro lucha por salir a la superficie.

Aquella tarde, mientras veía ensayar a los chicos la canción que daría cierre a su nuevo disco, aproveché para meditar la conversación mantenida con Roy hacía unas horas. Observaba a Michael cantar y le veía brillar como siempre, con aquella voz que enamoraba cualquier oído femenino, una balada que ya olía a éxito. Me miraba y me sonreía, cuando no, me guiñaba un ojo. Le veía tan alegre que me resultaba difícil imaginarle como Roy me había contado. ¿Sería cierto aquello que cuando yo no estaba a su lado, todo era diferente? Resultó ser que sí.

Pocos días después fui testigo de algo que haría cambiar el transcurso de mi destino.

Estábamos en la cama después de un largo día en los estudios de grabación, cuando Michael se sinceró conmigo:

—Noto cosas raras, nena... Igual debería ir a un médico.

—¿Cosas raras? ¿A qué te refieres?

—Estoy comenzando a ver cosas..., cosas que no existen...

—¿Qué dices, cariño? ¿Qué cosas? —le pregunté alarmada.

—A veces siento que la gente me persigue. —Comenzó a llorar—. No sé cómo explicártelo, es horrible. Siento que me acechan... ¡Nata, son fantasmas que vienen a por mí, me quieren llevar con ellos y yo no quiero ir! Tengo

miedo... No te lo había comentado porque no quería preocuparte, pero no puedo más.

—Llamaré a Olga.

—No, a Olga no. Me odia.

—La llamaré para comentárselo, a ver qué opina... ¿Solo te atacan ese tipo de alucinaciones?

Se quedó quieto, en silencio, acobardado como un niño presa del pánico, mientras parecía meditar una respuesta que le costaba expresar con las palabras adecuadas.

—Bichos.

—¿Qué?

—¡Bichos! —gritó casi con desesperación.

Sin dejarle decir una palabra más me dirigí hacia el teléfono para llamar a Olga a su casa.

Un tono, dos tonos..., y descolgó. Su voz adormilada, me hizo caer en la cuenta de que eran más de las dos de la madrugada.

—Nata, cariño, la gente a estas horas duerme..., bueno, la gente normal...

—Michael está muy raro...

—Tu marido es raro...

—Tiene alucinaciones. Se ha puesto a llorar y lo peor es que no sé cómo puedo ayudarlo, dice que siente que vienen a por él o yo que sé...

—Está experimentando un brote psicótico. Tienes que llevarlo al hospital, Nata. Pregunta por el doctor Baker.

Colgué el teléfono y volví a la habitación. Le vi tapado con las sábanas hasta la nariz. Sus ojos vidriosos me miraban con expresión de temor, mientras negaba con la cabeza. Sentí tanto dolor y rabia ante aquella imagen, que me vi tentada a recurrir a la heroína para olvidar aquel sufrimiento que de pronto invadió mi alma. Pero el hombre que amaba me necesitaba y yo tenía que ayudarlo, manteniendo la mente lo más fría posible.

—Vamos cariño, levántate, vamos a ir al hospital.

—¡No! ¡Aléjate! ¡Quieres matarme!

—Mi amor, ¿qué dices?

—Queréis matarme, todos queréis matarme, lo sé; pero no lo conseguiréis...

Volví hacia el teléfono, mientras me intentaba encender un cigarro que me aplacara los nervios. Oía gritar a Michael palabras inconexas desde el otro extremo de la casa, mientras intentaba marcar los números con mis

temblorosos dedos.

La ambulancia no tardó en venir, supuse que Roy, nos esperaba ya en el hospital después de mi llamada alertándole. Pero aquellos minutos de espera fueron terribles. Intentaba disimular mi llanto, mientras acunaba a un Michael desconsolado.

—No te acerques, Nata. Tengo bichos, ¿no los ves?

—No me importa que tengas bichos, cariño.

—Salen de mi piel, ¿los ves?

—Sí, Michael, los veo. Pero son inofensivos..., no te harán nada mientras yo esté aquí...

—¿No me harán nada?

—No...

—Son feos, ¿verdad?

—No tanto, no tanto...

Intenté seguirle la corriente con palabras dulces y tranquilas, a pesar de estar rompiéndome por dentro en mil pedazos. Pero los médicos, no tardaron más de diez minutos en tocar el timbre desde mi llamada telefónica.

—¿Qué es eso? ¿Quién viene? ¡Maldita zorra, me has traicionado!
—comenzó a gritar mientras corría hacia la puerta.

Y en el hospital vi como se lo llevaban en una camilla, desapareciendo tras una puerta que se cerró en mis narices. No me dejaron pasar. Rompí a llorar momentos antes de echarme en brazos de un Roy, que recién aparecido, parecía muy preocupado.

—Dime que le curarán, dímelo, por favor... —gimoteé.

Las horas fueron pasando sin noticias. Larry y Nick también nos acompañaron toda la noche, mientras los recuerdos de hace dos años se agolpaban en mi mente incrementando más mi dolor.

Como aquella vez, me echaba la culpa de los males de Michael. Si no hubiera sido tan egoísta, si hubiera estado más pendiente de él, si hubiera...

Roy intentaba consolarme a su manera, pero todo era en vano. Solo podía fumar y pensar, mientras andaba de un lado para otro enfrascada en diferentes pensamientos que me hicieron tomar una decisión inamovible: dejaría la moda por un tiempo.

Tres días después hacía pública aquella decisión en un programa de televisión, acompañada de un Michael ya recuperado, gracias al tratamiento psiquiátrico tan exhaustivo que le habían impuesto.

Paolo, por supuesto, fue completamente contrario a mi decisión,

considerándola irresponsable y precipitada. Le parecía una insensatez aparcar mi carrera en un momento como aquel, por un drogadicto. Le critiqué mucho entonces, acusándole de que solo le interesaba su cuenta corriente. Con los años me di cuenta del error que cometí.

Michael y yo pasamos el mes de agosto en Niza. Pensé que nos vendría bien una desconexión después de tantas horas de trabajo en aquel primer semestre, pero solo logramos introducirnos, más si cabe, en la heroína. Mucho tiempo libre, sin responsabilidades y dinero a espuestas, significaron que poco a poco nos encerráramos en un mundo en el que nuestras adicciones empezaron a dominarnos paulatinamente. Vivíamos para consumir, para un buen *pico* que poco a poco fuimos necesitando hasta el punto de dejar de buscarlo por puro placer. No nos dábamos cuenta de que comenzamos a hacerlo para no sentir los efectos de un mono que a los pocos días de la última dosis se hacía terriblemente presente. Las venas en mi brazo derecho se fueron tornando oscuras y difíciles de encontrar, por lo que comencé pinchándome en el otro, mientras me preguntaba qué podía hacer ante aquella delatadora evidencia. Michael, hacía meses que había pasado esa fase y ya se las buscaba en las piernas, o incluso en el cuello, donde me enseñó a inyectarle.

Dejé mi afición de comer en restaurantes caros y elegantes, como acostumbraba con Jean, porque simplemente no tenía apetito. Michael y yo nos alimentábamos poco y mal. Muchas veces con un yogur para cenar ya estábamos satisfechos. Evitábamos a vecinos, amigos y *paparazzis*, y dejamos por completo de pisar el casino y las diferentes fiestas a las que nos invitaban. Tampoco tomaba el sol y ni me bañaba en las cristalinas aguas del Mediterráneo con la asiduidad de años atrás.

Los rumores no tardaron en llegar, y con ellos, las llamadas de nuestros amigos alarmados.

Pero llegó septiembre y tuvimos que volver a Londres. The Black Roses comenzaba la promoción de su cuarto disco y Michael tenía que volver al hospital para visitar al psiquiatra que le estaba llevando desde el brote psicótico. Recuerdo que le acompañé como tantas otras veces, pero esta fue diferente. El doctor nos observó entrar en la consulta y sentarnos en unas sillas frente a su mesa con una expresión extraña que me incomodó. Tal vez fue solo una impresión mía, fruto de una suspicacia que últimamente me dominaba, no lo sé. Pero el caso, es que sus primeras palabras se refirieron a un ingreso inmediato de ambos en un centro de rehabilitación.

—Ni hablar. Mañana empezamos la promoción del nuevo disco, no puedo

dejar colgados a mis compañeros, ni a los fanes que tanto me han apoyado en todo este tiempo —dijo Michael.

—Si no deja de consumir opioides, puede volver a sufrir otro brote psicótico...

—¿Opi... qué?

—Heroína, señor Hunter, heroína. Si no deja su consumo, todo esto no tiene sentido. Y lo mismo le digo a usted, señora Hunter.

—Mire, doctor —comenzó diciendo Michael—, mi consumo, nuestro consumo, es plenamente ocasional..., estamos perfectamente...

—Corre el riesgo de desmayarse en pleno concierto o incluso olvidar la canción.

—Bueno, no sería la primera vez. Me invento otra letra y ya está.

—¿Cuánto tiempo tendríamos que estar internados? —pregunté yo.

—Ni hablar, nena, ni hablar —dijo Michael sin dejar contestar al doctor y marchándose de la consulta con un portazo y sin despedirse.

—¿Podría morir? —le pregunté entonces refiriéndome a Michael, ya solos.

—Podrían morir ambos.

Durante los tres meses que siguieron a la promoción del disco, consumimos menos heroína. No porque no lo deseáramos, sino porque era lo que tocaba. El ritmo en el que estábamos sumidos nos lo impedía por completo. Continuas sesiones de fotos, entrevistas y conciertos en todo el país, no hubieran sido posibles con un Michael colocado de caballo. Él era consciente y decidió que no era momento para ello, refugiándose en otras drogas estupefacientes, a las que también recurrían Roy, Nick y Larry con bastante asiduidad.

Yo, sin embargo, me encontraba mal la mayor parte del tiempo, pero no se lo hacía saber a nadie. Sufría dolores esporádicos pero muy fuertes, tanto en los músculos como en el estómago, que solo podían mitigarse con los tranquilizantes que siempre llevaba conmigo. Muchas veces, no les acompañaba a las fiestas que duraban hasta el amanecer, a pesar de la insistencia de Michel y Roy. Me refugiaba sola en la habitación del hotel, rodeada de los fantasmas que yo misma había ido creando.

A pesar de eso, lo pasábamos muy bien juntos. Los chicos estaban felices, era su mejor momento, cada uno con su particular manera de ser y de vestir, hacía que tuvieran cada uno sus propias fanes y llegaran a diferentes personas. Una noche, se nos acercó una tía y me pidió permiso para que Michael le plasmara un autógrafo en su generoso escote, por no decir, en sus enormes tetas. Yo me reí, bueno, creo que todos lo hicimos. Sobre todo cuando le pidió a Roy que le firmara en la otra. Cosas tan nimias como aquellas nos divertían y nos preparaban para lo que significaría aquella nueva gira que comenzaría en plenas fiestas navideñas en Nueva York.

Las radios emitían las nuevas canciones, las revistas se rifaban entrevistarlos y las entradas se vendían hasta completar los aforos en cualquier parte del mundo. Mientras, había gente que se preguntaba si llevaba bien mi papel en la sombra como mujer de un hombre tan codiciado en todos los sentidos, y así alguna vez me lo hicieron saber.

—Soy muy feliz, estoy al lado del hombre que amo.

—Pero Natascha Ivanova ya no es el centro de las miradas. ¿Cómo lleva eso?

—Lo llevo bien, necesitaba un respiro —respondía sin más.

Y era cierto. El caso es que no echaba de menos estar en primera línea, a pesar de que el interés por mí y mi vida al lado de una estrella del rock, también interesaba a los medios de comunicación, que no dejaron de perseguirme ni un solo día.

A medida que los días pasaban y Michael y yo solo nos dábamos el lujo de fumarnos un *chino* de muy vez en cuando, cuyos efectos eran considerablemente menores a una inyección, los dolores fueron remitiendo junto con los escalofríos y el profuso lagrimeo al que me veía obligada a tapar continuamente con unas gafas de sol.

—Ese maldito médico no tiene ni puta idea —me dijo Michael un día—. Se cree que somos unos heroinómanos de mierda y míranos. Estamos casi limpios sin necesidad de loqueros que nos laven el cerebro con sus patrañas, ni pastillas que nos conviertan en *zombies* de laboratorio.

—Bueno, pero seguimos tomando otras cosas...

—¡Chorradas! Igualmente podríamos dejarlas cuando quisiéramos. Pero no queremos porque nos gustan, porque somos jóvenes y porque nada puede con nosotros.

Esa era la filosofía de vida que terminó siendo la mía, a pesar de que en ocasiones me asaltaban ciertas dudas, sobre todo, cuando no me encontraba bien, sobre todo, cuando me miraba en el espejo y no veía el mismo reflejo de apenas unos meses antes. Yo seguía siendo muy bella, aunque me viera obligada a recurrir más al maquillaje, para tapar mis ojeras y disimular el tono que mi piel —antes nívea—, que venía experimentando de un tiempo a esta parte. Pero en aquel mundo de drogas, sexo y *rock and roll*, era lo normal y nadie parecía sentir alarma alguna. Todo el mundo estaba acostumbrado a ser testigos de escenas en las que alguien esnifaba coca, fumaba *crack* o se inyectaba heroína en algún rincón.

El momento de promoción pasó rápidamente y la gira comenzó en un abrir y cerrar de ojos. Primeramente por Estados Unidos, luego por Sudamérica, para después continuar por Europa y acabar en Asia.

Los chicos estaban eufóricos y con ganas de tocar ante todos esos miles de fanes que les provocaban un arrebatador estado de éxtasis. Pero las cosas no fueron como en la pasada gira, hacía poco más de un año. A pesar de comenzar espectacularmente, Roy tenía que tirar de ellos como hizo meses antes para la grabación o los ensayos, y yo hacía lo propio con Michael, que parecía haberse endiosado ante un éxito no muy bien asimilado. Los cambios

de humor se le habían acentuado. Estaba bien, y en cuestión de segundos, por cualquier cuestión sin importancia, estallaba irritado. Eso provocaba fuertes disputas que llegaban a ser palpables incluso en el escenario. Larry y Nick, sin embargo, pasaban de todo, ellos con tener chicas, alcohol y cocaína, les bastaba para salir y demostrar lo formidables músicos que eran, ya fuera bajo las órdenes de Michael o de Roy. Ciertamente, nunca se inclinaron por ninguno, se limitaban a ser plenos espectadores de sus peleas.

Yo, sin embargo, sufría mucho con todo eso. Michael era mi marido, pero Roy era el que realmente luchaba por el bien del grupo y cualquiera se hubiera dado cuenta. Pero no podía manifestarlo, tenía que quedarme callada, si no quería provocar los celos del suspicaz cantante.

Una noche después de un concierto en Bogotá, Roy y yo nos quedamos en el bar del hotel tomando una copa, mientras Michael, Nick y Larry desaparecieron rumbo, a saber qué fiesta. Evidentemente sentía celos, evidentemente, sabía que en ocasiones se acostaba con otras mujeres, en concreto cuando no venía hasta el día siguiente, ¿pero qué podía haber hecho? Simplemente, prefería no pensarlo. Roy siempre salía con ellos, y yo lo hacía bastante a menudo pero no siempre. Esa noche fue una de ellas y aprovechamos para charlar a solas. Hacía mucho que no coincidíamos.

—Parece que ya se te han quitado las cicatrices de los brazos.

—Sí, menos mal, aunque no veas como lo echo de menos.

—Es normal. Pero lo llevas muy bien.

—Supongo que sí, aunque la procesión va por dentro.

—A cada persona le afecta de manera diferente.

—Desde luego a Michael le vuelve completamente irascible.

—Bueno, solo incrementa sus defectos. —Dio una calada larga a su cigarro—. A veces, no sé cómo puedes aguantarle..., una mujer como tú...

—No puedo evitar quererle... y admirarle.

—Te mereces a alguien mejor.

—¿A ti, por ejemplo?

—Por ejemplo.

—Olvidalo.

—Solo era un ejemplo.

—Ya.

Silencio.

—A veces siento estar navegando en un inmenso mar sin rumbo —le confesé.

—Te sientes sola, ¿verdad?

—A veces, sí.

—Nadie dijo que nuestra vida fuera fácil.

—Bueno, la que yo llevaba tampoco lo era. Pero no me imaginaba que volvería a ser presa de mis circunstancias.

—Todos somos presos en cierta manera. Tal vez por eso nos drogamos..., necesitamos volar a veces, aunque solo sea de pensamiento.

Con Roy sentía que podía sincerarme. Me escuchaba con atención, sin juzgarme, a pesar de llevar varias copas de más en el cuerpo. El alcohol parecía no afectarle demasiado, tal vez por su costumbre de beber desde tempranas horas o por su corpulencia, el caso es que nunca daba la sensación de estar borracho, como le pasaba a Michael.

Aquella noche, varias chicas se le acercaron sin pudor, al reconocerme como la novia de Michael. Él les hizo el caso justo para no pasar aquella línea que significaba tener que subir a alguna a la habitación como solía ser normal, pero el suficiente para dejarlas contentas haciendo uso de su simpatía y sensualidad. De hecho aquella noche, le encontré más *sexy* de lo habitual con su pantalón negro de cuero y su camisa vaquera abierta, mostrando parte de su pecho bajo aquellas cadenas de las que nunca se separaba.

—¿Por qué no has quedado con alguna de ellas? Eran guapas...

—Yo no cambiaría tu compañía por la de ninguna otra.

Nos miramos en silencio, mientras Roy pegaba un trago a su *whisky* con hielo. Y sentí de nuevo crecer el deseo dentro de mí, ese deseo contra el que tantas veces luchaba y me negaba a reconocer, ese deseo que permanecía siempre oculto, especialmente en momentos como aquel, en el que la soledad por un Michael ausente, me volvía más vulnerable a sus encantos.

—¿Qué piensas? —le pregunté.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—En que te follaría aquí mismo.

—¡Estás borracho, Roy! —dije riéndome ante su contestación.

—Sí, lo estoy, por eso será mejor que nos vayamos a descansar.

Apagó el cigarro en el cenicero y poniéndose su *chupa* sobre un hombro, dio por zanjada sin más la conversación. Como siempre, luchaba contra sí mismo por su amigo, a pesar de que la fractura entre ellos cada día que pasaba se evidenciaba más. Yo también me levanté y nos dirigimos al ascensor para ir a nuestras respectivas habitaciones en la misma planta. No nos dijimos nada,

era mejor así, pero cuando Roy llegó a la puerta de su suite, me agarró de la muñeca y girándome para sí, me besó apasionadamente. Yo me dejé llevar. Abrió y nos metimos dentro sin dejar que nuestros labios se separaran ni un segundo, ávidos de un deseo durante años reprimido. Me agarró fuertemente subiéndome hasta su pelvis y me apoyó en la pared del mismo vestíbulo, mientras con una mano se bajaba los pantalones. Mis piernas se agarraron fuertemente a su cintura. Allí mismo follamos, sin preámbulos, como animales, mirándonos gozar mientras el sudor perlaba nuestros rostros sofocados por el esfuerzo.

Al día siguiente, Michael no apareció hasta pasados unos minutos de la hora en la que el concierto tenía que haber comenzado. Larry y Nick habían estado con él hasta bien entrada la mañana, luego había desaparecido, según nos contaron. Ni una sola llamada a su mujer, me hicieron aparcar los remordimientos que me estuvieron asolando hasta hace unas horas. Fui testigo de como el cabreo de Roy fue incrementándose a medida que las agujas del reloj avanzaban y no daba señales de vida. Cuando llegó, con los nervios a flor de piel, cogió a Michael de la pechera de la camiseta, mientras este le miraba con ironía.

—Eres un puto cabrón de mierda.

—¿Vas a pegarme, hermano?

—Me importa una mierda lo que hagas con tu maldita vida, pero no juegues a este juego conmigo, ni con ninguno de nosotros. La gente estaba comenzando a impacientarse.

—Esperan, tío. La gente espera —dijo tranquilamente colocándose la camiseta.

Mientras subían al escenario pude escuchar a Roy decirle a Michael:

—Y cuida de tu mujer, si no quieres perderla.

—Si la tocas, te mato.

El ambiente se notó tenso y no tocaron como en otras ocasiones. Incluso en los descansos evitaban mirarse. Intenté mediar en un par de ocasiones pero fue inútil, ninguno de los dos pensaba dar su brazo a torcer. Para Roy era una ofensa que Michael estuviera cambiando tanto. El cantante, tan perfeccionista y meticuloso con sus actuaciones, se iba tornando más despreocupado a medida que pasaban los meses. Incluso conmigo, su actitud cambió. Ya no era el hombre cariñoso y detallista que un día me enamoró. Parecía haber olvidado de repente, que había dejado todo por seguirle a él. Pero aquella noche, debió tomar conciencia, ya fuera por las palabras de Roy antes de salir

al escenario o por su alto grado de culpabilidad, decidió quedarse conmigo, tranquilamente en el bar del hotel, donde ayer había disfrutado de la compañía de su hasta ahora mejor amigo, dejando que los demás disfrutaran de la fiesta sin su compañía.

—Siento no estar comportándome de la mejor manera últimamente.

—Igual no ha sido buena idea que te acompañara este año entero.

—No digas eso, no es verdad. Eres, junto a la música, lo más importante de mi vida.

—Sin embargo, nos has relegado a segundo plano...

—No sé qué me ha pasado, a veces no puedo controlar algunas cosas.

—Deberíamos plantearnos acudir a una clínica cuando acabe esta gira.

Nos vendría bien.

—No sé si seré capaz, nena. Ahora estoy aquí, feliz a tu lado, y sin embargo estoy deseando subir a la habitación para hacerte el amor e inyectarme un poco de *jaco*.

—Por eso mismo te lo digo. Tengo miedo de que pueda pasarte algo...

—No me va a pasar nada, Nata. No, estando tú aquí conmigo. —Me besó dulcemente en los labios—. Dime que me quieres...

—Te amo. Si no, no estaría aquí.

—Lo sé. Solo quería oírtelo decir.

No fui testigo de como Michael y Roy hicieron las paces. Pero durante los siguientes días, la tormenta que peligrosamente nos había amenazado, remitió como por arte de magia. De pronto, todos actuaban como si nunca hubiera ocurrido nada, como si nunca hubiera habido una voz más alta que otra, como si todos fuéramos honestos con todos, como si no tuviéramos turbios secretos. Volvíamos a salir juntos de fiesta hasta altas horas de la noche por los garitos de las diferentes ciudades donde nos íbamos encontrando, durmiendo por el día y recibiendo masajes y demás cuidados en el *spa* del hotel de turno por la tarde. Volvían a verse felices, pero Roy solo de cara a la galería. Había algo que le carcomía el interior y yo era la única que parecía darse cuenta. Después de varias semanas sin quedarnos a solas ni mencionar el tema de aquella noche en Bogotá, se me acercó cuando Michael firmaba un montón de autógrafos a pesadas fanes que no paraban de tocarle y sonreírle a pesar de mi presencia.

—Te necesito.

—Olvidalo, fue algo puntual que no volverá a ocurrir.

—No puedo sacarte de mi cabeza desde aquella noche.

—Pues desquítate con cualquiera de esas, Roy. No puedo decirte otra cosa.

—¿No te gustó?

—No —mentí.

—Sabes que mientes, en tu vida te han follado así.

—Roy no me lo pongas más difícil. ¿Qué quieres que diga? Sí, me gustó. Mucho. Eres increíble en todos los aspectos y nadie me ha follado en la vida como tú y lucho por quitármelo de la cabeza, pero ahora las cosas están bien y no quiero estropearlo.

—¿Sólo vas a acudir a mi cuando estéis mal? ¿Cuándo Michael desaparezca porque está disfrutando de una bacanal de sexo y droga?

—Eso ha dolido.

—Tú sí que me dueles. Cada día, me dueles.

—Sabías lo que hay..., y disimula, Michael nos está mirando.

Si tuviera que ser sincera conmigo misma y pudiera volver a esa noche, habría actuado exactamente igual. No me arrepentía lo más mínimo y menos después de los rumores de infidelidad que se cernían sobre Michael. Mi amor por él seguía intacto a pesar de todo. Su sonrisa, su mirada, su manera dulce de hablarme, de cantarme en ocasiones hasta que el sueño me vencía, de celarme, de hacerme reír..., todo en él era mágico, incluso cuando estaba de mal humor. Nos comprendíamos sin hablar, teníamos una química que sobrepasaba la realidad y eso era algo con lo que Roy, a pesar de darme aquella noche el mejor sexo de toda mi vida, no podía competir.

Fue cuestión de un mes, ante el ritmo de vida y las oportunidades sexuales de Roy, que todo regresara a su cauce. Volvimos a nuestra amistad de siempre, a pesar de que ambos sabíamos que soñábamos con un nuevo encuentro.

A Olga y a Connor les mandé dos invitaciones para el concierto que se celebraría en Londres, pero les fue imposible asistir por temas laborales. A pesar de eso, pudimos vernos durante una hora en la cafetería del hotel, donde les fui comentando superficialmente como nos estaban yendo las cosas.

Fue en París donde me enteré, dos semanas después, de que Jean se casaba con una modelo de veintitrés años. Lo vi en una revista que cayó en mis manos y no pude sentir cierta nostalgia ante aquellas imágenes en las que se les veía tan felices. Una parte de mí, le hubiera gustado poder acercarme a la que fue nuestra casa durante tantos años para felicitarle, pero esa idea era tan absurda que no tardé en desecharla de mi mente. Las cosas entre nosotros no acabaron bien muy a mi pesar, pues le tenía un grato recuerdo y mucho

cariño, pero no creí que él sintiera lo mismo hacia mi después de todo lo que sufrí por mi culpa. Era mejor seguir como estábamos, sin contacto alguno.

Hacía tiempo que no visitaba la capital francesa, donde pasé los mejores años de mi vida. Recorrí sus calles en soledad, rememorando episodios de un tiempo que parecía muy lejano. Compré ropa en alguna de sus tiendas. También para Michael. Mientras, algunos *paparazzis* comenzaron a seguirme como salidos de la nada. Alguien pareció avisarles tras reconocermelo y eso me obligó a regresar en un taxi al hotel y dar por concluida aquella tarde de recuerdos.

Los últimos dos meses de gira, ya en Asia, los chicos se iban notando más cansados. Ya las noches de fiesta se fueron acortando progresivamente, a pesar de la cocaína y las anfetaminas que con asiduidad consumían para poder llevar el ritmo tan exigente al que estaban expuestos un día tras otro. Aun así, lo dieron todo en el escenario hasta el último concierto donde con nostalgia se despidieron de sus entregados fanes. Michael brillaba con luz propia, los demás eran los mejores músicos con los que podía contar The Black Roses. Nada hubiera podido salir así sin el conjunto de aquellos cuatro monstruos del escenario, pero Michael era su líder, su esencia... el que había conseguido amasar la mayor fortuna del mundo del *rock* en los últimos tres años y al que aclamaban una y otra vez desde la platea, en los aeropuertos o en los hoteles. Nada podía presagiar que aquella sería su última gira.

Mónaco se convirtió en el ansiado refugio que nos permitió desconectar del mundo exterior, durante las pequeñas vacaciones que nos permitimos antes de retomar nuestras agendas. Navegamos en El Natascha durante algunos días, como hicimos en nuestra luna de miel. Pero las cosas fueron distintas, gran parte del tiempo lo pasábamos colocados, buscando el placer que ya el sexo comenzaba a dejar de darnos, mientras veíamos las horas pasar con una lentitud exasperante. Michael estaba melancólico, enfrascado en su música y en sus cantadas dedicatorias de amor. Yo comenzaba a sentir agobio de estar todos los días rodeados solo por el agua del mar y no tardamos en dar la orden de vuelta al puerto.

No tardé en ponerme en contacto con Paolo, con el que quedé una mañana, dos días después de nuestro regreso a Londres.

—Tienes un par de programas interesados en entrevistarte en Francia y una revista española en hacerte un reportaje fotográfico y algunas preguntas. También estás invitada a la entrega de unos premios en Estados Unidos el mes que viene, y me han dicho expresamente que debes acudir con Michael Hunter.

—¿Qué premios?

—Los Óscar, querida.

—Woowww...

—¿Crees que Michael querrá acompañarte?

—Claro que sí, no creo que ponga objeción.

—Perfecto, entonces confirmaré vuestra asistencia.

—Pero ¿no tengo trabajos, Paolo?

—Bueno, todo esto que te he comentado está muy bien pagado...

—Sí, pero yo soy modelo... y quiero hacer trabajos de modelo.

—Mira, Natascha, te seré sincero. Las firmas no confían en ti y no consideran que les puedas aportar buena imagen.

—¿Por qué?

—Básicamente por dos razones. La primera: a nadie le ha gustado que rompieras parte de tus contratos para irte de gira con tu estrella del rock. La segunda: los rumores sobre tu adicción a la heroína han ido incrementándose en los últimos meses, y en nada han beneficiado ciertas fotos por las que he

tenido que pagar un quintal para que no fueran publicadas.

—¿Qué fotos?

—No te había comentado nada porque he podido solucionarlo sin tener que preocuparte.

—He sido muy cuidadosa en todo momento.

—No tanto como tú crees.

—¡Explícate de una vez! —le apremié nerviosa ante tanto misterio.

—Hay varias fotografías en las que se te ve demasiado cómplice con uno de los miembros de la banda de tu marido. Pero no te preocupes, todo el material que un día tuvieron, ya no existe. —Silencio—. Ya no confían en ti, Natascha, esa es la verdad... Sabes que eres imagen no solamente cuando estás trabajando, lo eres las veinticuatro horas. Y no te culpo por nada, te comprendo perfectamente, pero a veces en la vida hay que poner las cosas en una balanza y sopesar qué es lo que nos compensa más. Tú elegiste seguir a tu marido y como persona lo entiendo, pero como modelo que eres, no. De todas formas, no tienes que preocuparte del tema económico, tienes suficiente dinero para vivir dos vidas.

Recuerdo como la pena me invadió al salir de aquella cafetería donde Paolo y yo nos reunimos después de un año sin vernos. La frustración me envolvía fuertemente, ciñéndose a mí como una losa mientras me preguntaba una y otra vez, que había hecho mal. ¿Ese era el precio que tenía que pagar por la felicidad al lado del hombre que amaba? A pesar del dinero y el creciente interés que mi vida inspiraba en los medios de comunicación, no ser querida por mi trabajo era un duro trance por el que tuve que pasar antes de lo previsto. Pero, ¿alguna vez llegamos a estar preparados para algo así? ¿Alguna vez llegamos a estar preparados para que nos releguen sin más?

Poco a poco, fui comprendiendo que cuanto antes me hiciera a la idea de mi nueva situación, menos sufriría en vano. Tenía a Michael conmigo y eso era lo que yo sola había elegido. Las consecuencias solo eran parte de la libertad de mis propias decisiones.

Durante los últimos meses de aquel año 1989, Michael y yo disfrutamos de la vida como una pareja, relativamente normal. Lejos de la vorágine de los conciertos, las sesiones interminables de fotos, que tan cuesta arriba se le hacían, y las entrevistas, su carácter parecía haberse suavizado y no recurría tan a menudo a las drogas. Parecía de pronto, haber encontrado una madurez tardía y un punto de equilibrio del que había carecido hasta hacía bien poco. Supongo que también influyó mi alejamiento forzoso de la moda. Él se tomó

aquella noticia tan bien, que sospeché sobre los verdaderos motivos de aquella pronta felicidad ante algo que para mí no era causa de, precisamente, alegría. Más tarde supe por qué.

Cenábamos en un restaurante, al que me llevó por sorpresa una noche, cuando me confesó algo que, según me dijo, llevaba tiempo rondando por su cabeza.

—Me gustaría mucho que tuviéramos un hijo —me soltó—. Es algo que llevo dándole vueltas varios días... y quería decírtelo.

Desde luego, aquello no era algo que me esperara, por lo que me llevó unos segundos pensar qué responder. Era consciente del sufrimiento que ambos habíamos experimentado ante el inesperado aborto que tuve, hacía ya tres años y era un tema que nunca habíamos vuelto a mencionar, a pesar de tenerlo más presente de lo que nos hubiéramos reconocido a nosotros mismos.

—No hay otra cosa que desee más que darte un hijo, Michael. Pero tengo tanto miedo...

—Podemos intentarlo, nena. Yo siempre te voy a querer igual, pero me gustaría intentarlo.

—Si tomamos esa decisión, me gustaría entrar antes en un centro de desintoxicación...

—¿Estás segura?

—No tengo nada que perder.

—Podrías hacerlo sola como la otra vez..., prometo no consumir en tu presencia.

—Lo pasé tan mal, no puedes ni imaginártelo... No sé si seré capaz de pasar por algo así sola otra vez.

—No estás sola...

—Me refería a sin ayuda médica.

—Entiendo.

—Sería para ingresar después de la entrevista que tengo pendiente en Madrid. A penas queda un mes, podría comentárselo a Olga.

—Si eso es lo que quieres, me parece bien.

Lo que ninguno de los dos sabíamos, era que mientras manteníamos esa conversación, un bebé se estaba gestando ya en mi interior.

No sería hasta estar en la capital española, cuando las náuseas matutinas se incrementaron hasta hacerme vomitar en el retrete de aquel lujoso baño del Hotel Ritz. Dos días antes, ya me había sentido extraña, pero lo achaqué a una mala digestión y no le di más importancia. Ahora me daba cuenta de que el

motivo tenía que ser otro.

Ya recompuesta, me lavé bien la cara y los dientes y me dispuse a bajar en *jeans* y camiseta hasta el salón del hotel donde tenían preparado un estudio fotográfico para la ocasión. Me probé varios modelos, unos más de *sport* y otros más sofisticados, por lo que me quedé con uno de cada. Mientras me cambiaba tras el biombo, pude observar como la estilista me miraba los brazos sin disimulo.

—Esto no es nada, para como lo he tenido —dije en actitud provocadora ante aquella chiquilla.

Y sonreí para mis adentros, solo Michael hubiera sido capaz de decir algo así. Desde luego, Olga llevaba razón, ya hablaba como ellos.

Pasé varias horas entre maquillaje y peluquería antes de empezar con las fotografías y una pequeña entrevista para el próximo número de la revista *Cosmopolitan. Flash, flash, flash.*

—Ahora que ya ha vuelto de nuevo al mundo que la vio crecer hasta convertirla en la número uno, ¿cree que acertó en su decisión de aparcar la moda durante un año, para acompañar a su marido, Michael Hunter por su gira mundial?

—Era algo que venía meditando mucho, no fue una decisión precipitada. Lo necesitaba mi cuerpo y mi mente. La gira de Michael solo fue un cúmulo de coincidencias que terminaron de convencerme para tomar la decisión que tomé. Actué con el corazón y con él no siempre se acierta, pero en este caso puedo decir que sí.

—¿Cree que le ha significado un antes y un después en su carrera?

—Sí, lo creo. Aunque también creo que era algo que tenía que suceder antes o después.

—¿Cómo es una relación con una estrella del rock?

—Como pueda ser con cualquier otro hombre que ame su profesión, solo que con muchas chicas detrás.

—¿Es cierto que existe mucha droga en ese mundo?

—Como en cualquier mundo donde se muevan grandes cantidades de dinero, supongo.

—¿Es cierto que ha sido consumidora habitual de determinadas sustancias ilícitas?

—No voy a decir que no.

Acabamos después de más de diez horas. Me sentía cansada y estaba deseando cambiarme de ropa y desmaquillarme para subir a darme un baño

caliente en la *suite* y dormir hasta el día siguiente. Tenía reserva hecha para tres días más, pues quería aprovechar la ocasión para conocer la ciudad que tan pocas veces había visitado. Pero un acontecimiento inesperado hizo que adelantara mi vuelo un día.

Mientras me cambiaba y me ponía de nuevo los *jeans* y la camiseta blanca con la que había aparecido esa misma mañana, sentí un mareo que me hizo desvanecerme en el suelo de mármol. Cuando desperté me encontraba en una ambulancia que me llevaba de camino al hospital Gregorio Marañón, donde permanecí varias horas. No tardó un médico en venir para felicitar me por mi estado.

—Enhorabuena por su embarazo. La tendremos unas horas en observación, pero todo va perfectamente.

—¿Embarazo?

—Sí. ¿No lo sabía? Está embarazada de siete semanas, señora Hunter.

Fue una auténtica sorpresa aquella noticia que me llenó de felicidad. ¡Estábamos esperando un hijo! Nuestro primer hijo. Ese mismo día por la tarde, hablé con Michael en cuanto llegué al hotel, pero decidí no contarle nada de mi mareo ni de mi embarazo. Aún no sé como pude callármelo, pero quería decírselo personalmente. Quería celebrar aquella alegría junto a él y ver su sonrisa inundarle el rostro ante aquella noticia que, tanto deseaba.

En Londres llovía a mares, a diferencia de Madrid, donde disfrutaban de un bonito sol y temperatura agradable a pesar de estar a principios de febrero.

Al llegar a nuestra casa, no había nadie. Esperé unos minutos e inundada por la ansiedad de contarle la noticia, decidí acercarme al estudio, donde imaginé que estaría.

Sin deshacer la maleta, me puse el abrigo y cogí el coche que tenía y tan poco usaba. El estudio estaba cerca, a un par de manzanas, pero llovía tanto que hubiera llegado empapada, incluso con paraguas. Aparqué en la puerta y entré al ver que no estaba echada la llave. A lo lejos, se oían risas y voces que fueron aumentando en intensidad a medida que me acercaba. También de mujeres. Gracias a Dios, me había tomado un tranquilizante hacía escasamente una hora, si no, no sabía cómo podía haber reaccionado al ver lo que me encontré. Michael, Roy, Larry y Nick estaban tirados en el suelo junto a dos chicas que no había visto antes, rodeados por varias botellas vacías de *whisky* y cervezas. Formaban un círculo irregular y el ambiente olía a humo de cocaína, *crack* tal vez. Al verme, todos ellos se quedaron quietos, pasmados mirándome como si fuera una aparición. Sus rostros se tornaron serios

mientras las chicas parecían disfrutar de la situación, sin mostrar pudor ante sus cuerpos casi desnudos. No me salió dar ningún espectáculo. Me sentí humillada y decepcionada. En un segundo, todas mis ilusiones se desvanecieron hasta convertirse en polvo. Aquella imagen valió para destruir todo aquello por lo que había dado tanto.

Sin más, me di la vuelta aguantando las lágrimas dispuesta a salir de allí para no volver. Una oleada de odio me invadió. Michael salió tras de mí, me llamaba. Roy también, pero yo no les oía. Mis sentidos estaban completamente obnubilados por unos sentimientos entrelazados de ira y amargura. En la calle, a poco menos de dos metros del coche me alcanzó. Llovía muchísimo.

—¡Déjame en paz! —le grité al sentirle rozar mi brazo.

—Natascha, espera...

—¡Te odio! ¡Te odio! —le grité mientras forcejeaba intentando soltarme de las manos que luchaban por no dejarme ir.

—No estábamos más que echándonos unas risas sin importancia.

—Escúchame bien, Michael. Se acabó —le dije con toda la tranquilidad que fui capaz de tener.

—Deja que te expliquemos —dijo Roy que acababa de alcanzarnos.

—Idos los dos al infierno.

Entonces monté en el coche y arranqué. Les vi haciéndose cada vez más pequeños por el espejo retrovisor, mientras el agua caía sin piedad sobre sus cabellos, ya empapados, en aquella noche cerrada. Antes de entrar en casa, me quedé llorando un rato en el coche. Estaba decidida a acabar con una relación que ya no era una divertida noria, cuando oí unos golpes en el cristal que me sobresaltaron. Michael estaba allí, golpeando el cristal con saña. Posiblemente había venido corriendo, pero no me importaba. Ya nada me importaba. Solo el hijo que con todo el amor un día engendré, era ahora mi única tabla de salvación para no caer en aquel agujero negro de inmenso dolor en el que me vi de repente inmersa. Bajé del coche y entramos en la casa. Fui directamente a nuestra habitación, en busca de la maleta que aún tenía sin deshacer, dispuesta a irme al aeropuerto y esperar allí lo que hiciera falta. Entre tanto, Michael gritaba y gritaba sin que yo pudiera oírle, mi mente ya había volado lejos de allí.

Me agarró fuertemente del brazo y yo le grité a punto de la histeria:

—¡No me toques!

—¡Pues para, joder! ¡Para! Deja de comportarte como una neurótica.

—¿Cómo una neurótica? ¿Y tú como te comportas? Estoy segura de que os

las habéis follado.

—No.

—¡No me mientas!

—No.

—Me marchó. —Justo cuando estaba a punto de salir por la puerta. Michael me gritó algo que se me clavó en el alma como una lanza que me desquebrajó por dentro.

—¡Sí, Natascha! ¡Sí, nos las hemos follado! ¿Así te sientes mejor? ¿Era eso lo que querías oír?

—Me das asco.

Y salí de allí con la idea de no volver nunca a esa casa, martilleándome en la mente: «No volverás a verme nunca».

Profeticé sin tan siquiera imaginar, que aquellas últimas palabras que le dije producto de un total estado demencial provocado por los celos, fueran las últimas palabras que le diría a Michael Hunter.

Llegué a Niza al día siguiente. Me encontraba muy cansada después de haber pasado la noche entera durmiendo en una incómoda silla del aeropuerto. Podía haber acudido a casa de Olga, pero seguro que ese hubiera sido el primer lugar donde Michael hubiera ido a buscarme.

Me llevé inconscientemente la mano al vientre y me pregunté si mi bebé se encontraría bien después de aquel desasosiego al que le había sometido horas antes. Ahora, más tranquila, me preparé una infusión. En el silencio de aquella enorme casa, me sentía en paz. Miré por la ventana de la cocina mientras pegaba pequeños sorbos al líquido humeante. Tan solo se podía apreciar la espuma de las olas al romper cercanas a la playa, pues la oscuridad de aquella noche sin luna, sumían en un espesa negrura todo el horizonte que ante mí se extendía.

Me fui a la cama, absorbida por los recuerdos experimentados entre aquellas sábanas y me pregunté si no había sido demasiado dura con él. Yo también había cometido errores, yo también le había sido infiel..., pero al verle allí, con aquella chica tan joven y atractiva, los celos me enloquecieron. Sentí un odio adueñarse de mí, como si de pronto Satán se hubiera apoderado de mi alma. No pensé en el hijo que llevaba en mis entrañas. No pensé en que no tenía ningún derecho a separarle de un padre que tanto le deseaba. Michael, tan impulsivo también, comprendería mi reacción y volveríamos a ser felices. Más incluso que antes, pues ahora algo nos unía para siempre. Algo mucho más fuerte que el amor que nos profesábamos.

Me quedé dormida con el pensamiento de llamarle mañana por la mañana dispuesta a olvidar todo el daño que nos habíamos causado mutuamente. Estaba decidida a olvidar todo y comenzar de cero, a compartir nuestras alegrías y nuestras penas y a no exigirle algo que yo tampoco le había dado.

El reloj marcaba las 8.00 cuando el teléfono comenzó a sonar. Adormilada alargué la mano hacia la mesilla para descolgarlo, pero lo único que conseguí fue tirar el vaso de cristal con agua que descansaba en la mesilla de noche. Se rompió en mil pedazos, ocasionando un fuerte estruendo que terminó por despertarme. Me incorporé, pero el teléfono había dejado de sonar. Ahora tenía que tener cuidado si no quería cortarme los pies descalzos

al bajar de la cama. Volvió a sonar. ¿Quién llamaría con tanta insistencia? Deseé con todas mis fuerzas que fuera Michael. Pero al otro lado solo pude oír la voz trémula de Olga. ¿Qué podría haber ocurrido? Jamás pude imaginarme que mi mejor amiga, sería algún día, portadora de la noticia más triste de toda mi vida.

—Supuse que estabas en Niza...

—¿Supusiste? ¡Qué rápido parecen volar las noticias!

Hubo un silencio tenso, que me hizo pensar que el verdadero motivo de su llamada a esas tempranas horas, no podía significar algo bueno. La conocía lo suficiente, para leerla entre líneas a pesar de la distancia.

—¿Qué ocurre? —le pregunté no sin cierto temor de oír una respuesta no deseada.

—Tienes que venir ahora mismo a Londres. Vístete y coge el primer avión, Natascha.

—No me asustes, Olga, ¿qué es lo que ocurre? —dije comenzando a ser presa de la ansiedad.

—Es tu marido.

—¿Qué le pasa a Michael? —dije a punto de llorar.

—Se muere.

Sentí como si aquellas palabras fueran fruto de una pesadilla. Como si no hubiera despertado del intranquilo sueño que se había adueñado de mí aquella noche mientras daba vueltas entre aquel lío de sábanas, ajena a la terrible tragedia que se estaba ciñendo sobre mí, sobre nosotros. Aun así, aun sintiendo que aquellas palabras no eran del todo reales, mi alma se rompió en mil pedazos como lo había hecho aquel vaso de cristal momentos antes.

Me vestí apresuradamente y me dirigí hacia el aeropuerto, no sin antes tragarme dos tranquilizantes, que poco efecto me causaron. En menos de cuatro horas aterrizaba en Londres. Cogí un taxi que me llevó hasta el hospital. El tráfico en la capital inglesa era insufrible aquel mediodía de lluvia intermitente. Tenía tal nivel de nervios, viendo como avanzábamos a paso de tortuga, que acabé pagándolo con el pobre asustado taxista que no entendía qué le pasaba a la famosa Natascha Ivanova.

La puerta del hospital estaba plagado de fanes, medios de comunicación y *paparazzis* que se agolpaban entre la multitud para captar alguna declaración que fue incapaz de dar. ¿Qué podía decir? En realidad, no sabía nada.

Olga había decidido no darme detalles por teléfono y eso me estaba quemando por dentro. ¿Realmente se moría? «No, no era posible», gritaba mi

voz interior. La vi en la puerta de la habitación que me había indicado, hablando con Roy, que surcado en lágrimas me hizo pensar lo peor.

—¿Dónde está? —dije gritando mientras Connor intentaba sujetarme para que no entrara de aquella manera al cuarto. Yo luchaba desesperada por zafarme de aquellas manos que solo me alargaban la amargura de no estar al lado del único hombre que había amado en toda mi vida—. ¡Déjame entrar! ¡Suéltame, joder!

Al verle con todos esos tubos y máquinas conectadas a su cuerpo, sentí el dolor más agudo que un ser humano puede llegar a sentir dentro de sí. Las lágrimas brotaron de mis ojos mientras me abalanzaba sobre aquel cuerpo inerte, al que le gritaba una y otra vez que no podía dejarme ahora.

—Ahora no, Michael, cariño... ahora no...

Le besaba con desesperación las manos, la frente, el cabello..., ajena a Roy, Larry, Nick, Olga y Connor, que estaban en silencio presenciando mi locura.

—¡Michael, estoy embarazada! ¡Vamos a tener un hijo! ¡Tienes que despertar! ¡Tienes que despertar! —grité abrazándome a él como si así pudiera retenerle en este mundo, que parecía haber abandonado ya.

Sentí cómo unas manos intentaban apartarme de aquel cuerpo, que parecía solo dormido y estar a punto de despertar.

—No puede oírte, cariño —me susurró Olga.

—¡No! ¡Dejadme! —dije aferrándome más a aquel abrazo, que intuía último—. ¡Michael, te amo, te amo, perdóname, perdóname! ¡Nunca pensé en dejarte de verdad! ¡Solo estaba enfadada, celosa! ¡Nunca te dejaría!

Al final, las manos de Olga que me hablaba dulcemente, me sacaron de allí a punto de sufrir una crisis nerviosa. Me acompañó a su despacho y me tumbó en una camilla, donde me puso una inyección que me rebajó la locura que estaba experimentando en cada rincón de mi cuerpo y de mi mente. Me quedé allí tumbada, mientras mi amiga acariciaba mi cabeza cariñosamente.

—¿Qué ha pasado? —pregunté minutos después, ya más relajada.

—No sabemos si ha sido un intento de suicidio o una sobredosis, Nata. Los análisis apuntan a una ingesta abundante de alcohol y heroína.

—Aún está vivo, aún se puede salvar...

—Hace poco más de dos horas, entró en muerte cerebral.

—¡No, Olga, no! ¡Tienes que hacer algo! ¡Tienes que salvarlo, por favor!

—No se puede hacer nada por él. —Y volví a romper en un llanto desgarrador—. ¿Estás embarazada?

—Sí.

—Ahora debes preocuparte solo de tu bebé. Esto no le hace ningún bien.
¿De cuánto estás?

—Me dijeron que de siete semanas en el hospital de Madrid.

—¿Estuviste en el hospital?

—Sí, me desmayé después de la sesión fotográfica y me llevaron allí... Michael lo deseaba tanto, Olga..., lo deseaba tanto... Regresé un día antes para darle la noticia y sin embargo, me fue imposible..., le vi con aquella chica en el estudio y me volví loca...

—Ahora tienes que centrarte en tu bebé, cuidarlo para que nazca bien y se convierta en un niño sano y fuerte. Él así lo querría...

Michael Hunter murió el 2 de abril de 1990 a las 23.00 horas, con tan solo treinta y tres años. La versión oficial sobre la causa de su fallecimiento fue sobredosis por heroína.

Ojalá hubiera podido volver a atrás si hubiera sabido las dolorosas consecuencias de mis actos. Ojalá la vida pudiera dar siempre una segunda oportunidad. Ojalá el destino no me hubiera castigado de una manera tan cruel. Por desgracia, había decisiones, hechos o simples palabras que no tenían arreglo posible. ¿Por qué aquella noche los acontecimientos se presentaron de aquella manera tan cruel? ¿Por qué tuve que adelantar mi regreso? ¿Por qué no le dije por teléfono que estábamos esperando un hijo? ¿Por qué Michael no estaba en casa? ¿Por qué me fui? ¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? Ya eso no importaba. Era demasiado tarde para tantas preguntas.

El funeral fue retransmitido por televisiones de todo el mundo. Acudieron tantos miles de personas procedentes de tantos países, que Michael se hubiera sentido muy feliz de verse tan querido por toda aquella multitud. Yo de completo luto, seguí el féretro, cargado por un Roy, un Nick y un Larry rotos por el dolor. Olga caminó a mi lado, enganchada a mi brazo, como años antes yo había hecho con ella..., ironías del destino.

Un montón de rosas negras fueron sepultadas bajo tierra junto a Michael Hunter.

Epílogo

The Black Roses se disolvió tan solo un año después de la muerte de su vocalista y líder. Lo intentaron con otro cantante, David Wilson, un gran tipo pero sin el carisma suficiente, al que pude conocer personalmente. Un absoluto fracaso. Nadie podía competir con un Michael Hunter que incluso muerto, seguía vendiendo millones de discos.

Yo me retiré por completo de la moda. Aunque hubiera querido continuar, no hubiera podido, sobre todo después de confesar mis adicciones en una televisión pública como principio de una terapia cognitiva conductual que me llevó casi un año. Ahora estoy completamente limpia. El único vicio que mantengo es el tabaco y alguna que otra pastilla para dormir. Lo hice por aquel niño que nació prematuro, pero sano, y al que llamé Michael. No quería que un día, la droga se llevara también a su madre, no estaba dispuesta a ello.

Olga y Connor se casaron y tuvieron una niña, a la que llamaron Lara. Vienen siempre que pueden a visitarme y los niños juegan juntos, pero no lo que les gustaría porque yo me había trasladado a Niza y su trabajo no les permitía grandes periodos de descanso como a los que yo estaba acostumbrada.

Con Larry y Nick tenía contacto puntual. Se limitaba a las ocasiones en las que nos juntábamos anualmente como motivo del homenaje a Michael Hunter. Con Roy, era diferente, éramos amigos, buenos amigos de verdad. Nunca volvimos a pensar en algo más allá de esa amistad que nos unía. Creo que fuimos los que más sufrimos su pérdida y eso nos unió de una manera que muchos no podían entender.

Pero la mayor parte del tiempo me sentía vacía y con aquella que llaman soledad como única compañera.

Ahora, años después, el mar se extendía ante mí mientras hacía un ejercicio de memoria que me permitía ver una vida pasada como una larga pasarela perdida entre la bruma. Llena de éxitos. Llena de fracasos. Y recordando cómo la droga, que a tanta gente mató en aquellos años 80 y 90, había acabado con todo lo que un día amé y por lo que tanto luché.

Ya solo quedaban recuerdos. Y rosas negras.

